
LA
ESPOSA
DESAPARECIDA
ASHLEY
TAYLOR JACKSON

LA ÚLA ESPOSA DESAPARECIDA

ASHLEY TAYLOR JACKSON



CONTENIDO

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Derechos de autor © 2025 Black Swan Digital
El derecho de Black Swan Digital a ser identificada como la autora de la obra ha sido ejercido por ella de conformidad con la Copyright, Designs and Patents Act 1988.
Primera publicación en 2025
Concepto creado por Black Swan Digital. Desarrollado por Annie Kenyon.
Salvo cualquier uso permitido por la ley de derechos de autor del Reino Unido, esta publicación sólo podrá ser reproducida, almacenada o transmitida, en cualquier forma o por cualquier medio, con permiso previo por escrito de la autora o, en el caso de producción reprográfica, de conformidad con los términos de las licencias expedidas por la Copyright Licensing Agency.
Todos los personajes de esta publicación son ficticios y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

«Entendemos lo peligrosa que puede ser una máscara.
Nos convertimos todos en aquello que fingimos ser.»
Patrick Rothfuss,*El nombre del viento*

«Casi desearía no haberme metido por esa madriguera—y sin embargo—y
sin embargo—ies bastante curioso, ya sabes, este tipo de vida!»_
Lewis Caroll,*Alicia en el País de las Maravillas*

PRÓLOGO

Siempre dicen que el fuego purifica, pero aquí, de pie, viendo cómo esta casa perfecta se convierte en ceniza, no siento ni un ápice de limpieza. Las llamas atraviesan las paredes de vidrio, extendiéndose como dedos codiciosos, devorando cuanto tocan. El calor palpita contra mi piel, incluso desde esta distancia. Ojalá pudiera consumirme también, rasparme hasta dejarme cruda, despojarme hasta que no quede nada salvo otra cosa.

El sol es implacable; su calor primaveral se posa denso sobre mis hombros, apretando como un peso. No debería estar tan claro, no hoy, no ahora. El cielo es un azul brillante, sin nubes, un contraste cruel con la humareda negra que se alza, enroscarse y retorcerse como si tuviera vida propia. Puedo oler el fuego desde aquí: punzante, acre, asfixiante; pero debajo, hay un hálito salado del océano. La brisa lo trae colina arriba, burlona, suave y fresca, como si ridiculizara el infierno de abajo.

El mar se extiende sin fin más allá del acantilado, sereno, indiferente. Su superficie reluce bajo el sol, las olas llegan en ritmos suaves y previsibles. La vista debería reconfortar, pero solo hace que las llamas parezcan más vívidas, más violentas. Al océano no le importa este instante, ni lo que he hecho. No le importan él, ni las mentiras, ni el daño que dejó. Solo sigue moviéndose, inmenso y eterno, mientras yo me quedo aquí, ahogada en humo y amargura.

La casa era una obra maestra. Todas esas líneas rectas y nítidas, las interminables paredes de vidrio que daban la sensación de estar siempre expuesto. Un monumento a la brillantez, la ambición y el control. Antes odiaba cómo se erguía en el acantilado, desafiando al mundo. Ahora odio cómo arde, como si intentara desafiarme aún mientras se desmorona.

Clavo las manos en la corteza áspera de un árbol a mi lado, buscando anclarme contra el mareo. Las palmas me arden, resecas por el alcohol, los dedos aún pegajosos por los restos. Siento la cerilla entre ellos, incluso ahora. El peso fantasma de ella, el chasquido seco al encenderla, persiste en mi cabeza. Me pregunto si alguien alguna vez pensó que yo era capaz. Si, aunque solo fuera por un segundo, se dieron cuenta de que haría esto.

Probablemente no. Siempre pensaron que era débil. Fácil de manipular. Fácil de romper. Se equivocaban.

Pero lo pensé todo. Cada segundo. Cada grieta de la madera, cada cristal hecho añicos, cada bocanada asfixiante de humo: esto es mío. Mi plan. Mi fuego. Mi historia. Mi guion.

Las llamas brotan más altas, tragándose lo que queda de nosotros y enterrando la verdad, los secretos oscuros y profundos que estaban atrapados dentro de esas paredes. Un lugar al que nunca llegué a pertenecer del todo. Un sitio en el que me recibían solo como turista. Una visitante.

Eso es lo que la gente hace, ¿no? Construir muros. Muros de vidrio tan finos que pensarías que podrías atravesarlos, hasta que lo intentas y acabas sangrando.

El fuego no distingue secretos ni muros. Lame los bordes de la estructura, consumiéndolo todo por igual. Observo cómo ceden los soportes: todo el lado este se desploma en una cascada de chispas y brasas. Debería resultar satisfactorio, pero solo siento rabia: caliente, amarga, asfixiante.

Las sirenas vienen ya, lejanas pero acercándose. Corren a salvar algo que ya se ha ido. Algo que nunca existió del todo.

La brisa cambia y trae el humo colina arriba hacia mí. Me pica en los ojos y me quema la garganta, pero no me muevo. El pelo se me pega a la piel húmeda, y el calor se siente vivo, como si reptara

sobre mí. Quisiera huir, pero me quedo porque también quiero verlo caer. Quiero ver cómo lo último se desmenuza hasta no ser nada.

El océano brilla más allá del humo, constante e infinito, y me encanta la vista desde aquí. Te recuerda tu sitio en el mundo. Pequeño. Insignificante, como otro mueble más en una vida cuidadosamente curada.

El pulso me martillea en los oídos y, por un instante, noto un vértigo. Las sirenas suenan más fuertes ahora, su gemido cortando el rugido de las llamas. Debería correr, pero las piernas no me obedecen. La amargura me mantiene aquí, atada a la destrucción, a este momento que he esperado, que he construido.

Y entonces, por fin, la casa se derrumba sobre sí misma, un gemido de metal y madera cediendo. El fuego brota una vez más, un grito victorioso, antes de comenzar a apagarse.

Se acabó.

Pero el peso en el pecho no se aligera. El humo se me pega, se filtra en la piel. El fuego puede estar muriendo, pero siento que arde todavía dentro de mí, devorando los bordes de quien fui. Me giro hacia los árboles, con el sabor de la ceniza en la lengua, y doy un paso hacia las sombras.

No miro atrás. No lo necesito.

Por la mañana no quedará nada de este lugar. Y yo habré desaparecido. Fuente:

1

Alice Harper miró el reloj en la pared de la galería, sintiendo cómo su corazón se hundía al ver lo despacio que avanzaban las manecillas. Eran solo las 3:17 p.m. Todavía quedaban horas antes de que pudiera escapar de esa jaula inmaculada, un espacio que se parecía más a un museo para gente que para arte. La galería estaba inquietantemente silenciosa, salvo por el ocasional sonido de los tacones de diseño de su jefa sobre el suelo pulido.

Estaba agachada cerca de la esquina de la sala, desembalando un envío de esculturas. Sus manos se movían de forma mecánica, cortando capas de papel de burbujas con un cúter. De entre el embalaje asomó una delicada paloma de cerámica, su esmalte blanco puro reflejando la fría iluminación artificial de la galería. Sabía que no debía sentirse conectada con las piezas—no eran suyas.

Alice se movió incómoda, las costuras de sus pantalones negros de poliéster clavándosele en las rodillas. «Ten cuidado con eso», dijo una voz cortante desde detrás.

Alice se sobresaltó y se giró para ver a su jefa inclinándose sobre ella. Naomi Grant era alta y autoritaria, con el pelo oscuro perfectamente peinado y un armario que rebosaba poder y sofisticación. No miraba a Alice—la atravesaba con la mirada, como si fuera un mueble más de la galería.

«Sí, claro», murmuró Alice, su voz apenas audible. Odiaba lo baja que sonaba, lo mucho que parecía encogerse bajo la mirada de Naomi.

Naomi emitió un tono desaprobador y cruzó los brazos. «Esa pieza cuesta 10.000 dólares. Si la dejas caer, la pagas tú», dijo.

Las mejillas de Alice se enrojecieron. «No la voy a dejar caer», dijo.

«Eso espero», respondió Naomi con una sonrisa tensa y desprovista de humor. «Por cierto, necesitaré que te quedes hasta tarde esta noche. El cliente quiere la sala de exposiciones privada lista para mañana por la tarde.»

El estómago de Alice se encogió. Ya se había quedado hasta tarde dos veces esa semana y no le habían pagado las horas extra. «Y—eh, tenía planes esta noche», dijo vacilante, aunque esos planes eran una copa rápida con una amiga antes de volver a casa para ponerse una sudadera ancha y trabajar en su cuaderno de bocetos hasta quedarse dormida.

Naomi alzó una ceja perfectamente arqueada y hizo un gesto de desdén con la mano. «Cancélalos. Esto es más importante.»

Y así, el intento de Alice por imponerse se desvaneció en nada. Volvió a la escultura, apretándola con más fuerza. Sabía que era mejor no discutir. Naomi tenía una forma de hacerla sentir como una niña pillada en falta, sus palabras cortando la armadura de papel de Alice con precisión.

Hubo un tiempo en que la vida de Alice se pintaba con trazos brillantes y esperanzadores, cuando el mundo parecía un lienzo esperando a cobrar vida. En su último año en la escuela de arte, era de las que llamaban la atención. Los profesores alababan la emoción cruda de su obra. Ganó el Premio Estrella Emergente del departamento y la entrevistaron en una revista local de artes, su cara sonriendo nerviosamente en la portada junto a una de sus pinturas abstractas.

«Vas a hacer grandes cosas», le había dicho su profesor favorito, el Sr. Garland, durante la crítica final. «Solo no dejes que el mundo

te apague.»

En aquel momento, Alice se rió y dejó pasar el comentario, demasiado centrada en lo que venía. Estaba a rebosar de ideas y ambición, lista para conquistar la escena artística de Seattle. Su primera exposición individual fue pequeña pero prometedora—algunas ventas, suficientes para convencerla de que podía funcionar. Que pertenecía.

Pero los años posteriores a la graduación no habían sido tan amables como esperaba. Los trabajos que pensaba que sostendrían su arte—ayudante de galería, asistente de enseñanza de arte, diseñadora freelance—eran más difíciles de conseguir de lo que había anticipado.

Cuando su padre falleció inesperadamente, el duelo de su madre devoró a la familia y Alice volvió a casa para ayudar a recomponer los restos. Cuando regresó a Seattle un año después, el impulso que había ganado en su carrera se había desvanecido. Las galerías no recordaban su nombre, sus ahorros se habían agotado y se vio obligada a aceptar cualquier trabajo que surgiera.

Así fue como acabó aquí, en la galería de Naomi, desembalando los éxitos de otros mientras sus propios sueños acumulaban polvo en las esquinas de su pequeño apartamento.

Cuando Alice finalmente salió de la galería esa tarde, el sol ya se estaba hundiendo tras el skyline, tiñendo las calles de Seattle de tonos dorados y púrpuras e iluminando el horizonte. El peso del día se le pegaba como una segunda piel, el cuerpo le dolía por horas de estar de pie, agacharse y desembalar. Se echó la bolsa al hombro y salió al aire fresco, el zumbido tenue de la ciudad llenándole los oídos.

Su móvil vibró. Clara.

¿Dónde estás? Estoy en B Bar. Me debes una copa.

Alice esbozó una sonrisa leve y tecleó la respuesta. *Voy para allá.*

Clara había sido su amiga desde la universidad, cuando Alice estaba llena de ambición. Clara siempre había creído en ella más de lo que Alice creía en sí misma, y últimamente Alice empezaba a

preguntarse si incluso la fe de Clara se estaba agotando. Cada vez que Clara preguntaba por su cartera de obras, Alice cambiaba de tema, murmurando algo sobre estar demasiado ocupada con el trabajo.

La verdad era que no había pintado nada en meses. Intentaba dibujar, pero nada de lo que producía le parecía suficientemente bueno.

Su diminuto estudio estaba lleno de lienzos sin acabar, cada uno un recordatorio de su fracaso. Empezaba algo—una pincelada de rojo brillante, un remolino texturado de azul—pero en poco tiempo la duda se colaba, susurrando. Entonces las brochas caían y se quedaba paralizada por el peso de sus propias expectativas.

Cuando llegó a B Bar, Clara ya la esperaba en una mesita junto a la ventana, con una copa de vino a medio consumir delante. Su cabello rubio lo llevaba recogido en un moño despeinado y saludó con entusiasmo cuando Alice entró.

Clara era fría, imprevisible y, si Alice alguna vez lo admitía, un poco inconstante. Pasaban meses sin que se hablaran, pese a vivir en la misma ciudad. Alice nunca sabía qué versión de Clara le iba a tocar, pero le gustaba y, por alguna razón, pensaba que Clara también la quería.

«Ya era hora», dijo Clara mientras Alice se deslizaba en el asiento frente a ella.

«Perdón. Naomi me tuvo hasta tarde otra vez», dijo Alice, señalando al camarero para pedir una copa del vino más barato de la carta.

Clara puso los ojos en blanco y jugueteó con su piercing en la nariz. «No sé por qué la dejas pasar por encima de ti. Tienes demasiado talento como para quedarte atrapada en ese sitio.»

Alice rió con sequedad. «¿Talentosa? No he pintado nada que merezca la pena en más de un año.»

«Eso es porque estás ocupada matándote trabajando para una mujer que no te aprecia», replicó Clara. «Tienes que dejarlo. Sal de ahí. Concéntrate en tu arte. Es una zorra. Tú lo sabes. Yo lo sé.»

Alice negó con la cabeza y bajó la mirada hacia la mesa rayada. «No es tan simple. El alquiler no se paga solo, y no es que tenga una lista de compradores esperando mis obras.»

Clara se inclinó hacia delante y suavizó la voz. «Nunca lo lograrás si no te das la oportunidad de intentarlo. ¿Cuándo fue la última vez que presentaste algo en una exposición?»

Alice miró a lo lejos; su mente divagó antes de que pudiera impedirlo. «La última vez que intenté de verdad, mi padre me dijo que estaba cometiendo el mayor error de mi vida. Quizá tenía razón.»

Clara frunció el ceño y dejó su copa con un suave tintineo. «¿De qué hablas? Tu padre te quería.»

«Claro que me quería», dijo Alice, su voz teñida de amargura y sin la seguridad que emanaba Clara. «Pero nunca me entendió. Cuando entré en la escuela de arte se pasó el tiempo intentando disuadirme. No dejaba de decir que hiciera algo práctico. Que siguiera sus pasos.»

Clara alzó una ceja perforada. «¿Tú? ¿Contable?»

Alice rió, aunque no había nada de humor en la risa. «¿Te lo imaginas? Papá pensaba que era el trabajo perfecto. Seguro, respetable, fiable. Aburrido. Decía que algún día me lo agradecería si me dedicaba a los números en vez de a la pintura. 'Un sueldo estable te querrá siempre más que la pasión'».

«No creo haberte oído hablar de esto nunca», dijo Clara con la ceja alzada. «¿Lo llegaste a plantear?»

Alice dio un sorbo a su vino, dejando que el sabor afrutado se le quedara en la lengua. No sabía por qué, pero esa noche sentía que podía abrirse. Sentada en el bar de moda, con sus pantalones de trabajo baratos, Alice se dio cuenta de que se sentía tan fuera de lugar como en el trabajo. «No realmente. Pero se esforzó tanto en convencerme. Incluso me arrastró una vez a su oficina para mostrarme cómo podría ser mi 'futuro'. Me senté en su escritorio mientras él me entregaba una calculadora y una de sus hojas de cálculo, sonriendo como si me acabara de dar la llave del reino.»

Clara resopló. «Eso suena a pesadilla.»

«Lo fue», Alice sonrió débilmente, el recuerdo agridulce. «Pero no era solo cuestión de contabilidad. Papá creció sin nada, ¿sabes? Se mató a trabajar para construir una vida estable para nosotros. Creía que ser artista era tirar todo eso por la borda.»

«Y tú no estabas de acuerdo», Clara saludó con la mano a alguien al otro lado del bar a quien reconocía.

Alice negó con la cabeza. «Creía que se equivocaba. Pensaba que si trabajaba lo suficiente podría demostrarle que el arte no era una pérdida de tiempo. Que podría lograrlo. Pero cuando murió…» Su voz se quebró y bajó la mirada, parpadeando rápidamente. «Cuando murió, no pude dejar de preguntarme si tenía razón desde el principio.»

Clara cruzó la mesa y puso su mano sobre la de Alice, concentrándose en la conversación por primera vez. «No lo estaba. Y no tienes nada que demostrar, Alice. Ni a él, ni a nadie. No tienes que vivir siempre a su sombra, ¿sabes?»

Alice forzó una sonrisa. «Solo desearía haberle podido mostrar algo, ¿sabes? Algo que lo hubiera hecho sentirse orgulloso.»

«Él*estaba*orgulloso», dijo Clara con firmeza.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellas, frágiles y pesadas a la vez. Alice remolineó el vino en su copa, el líquido atrapando la tenue luz del bar. «Quizá. Pero es difícil no pensar en todo lo que no hice. En las oportunidades que no aproveché.»

Clara se echó hacia atrás, la mirada firme. «Aún tienes tiempo, Alice. No tienes que dejar que sus dudas —o las tuyas— te definan.»

Alice levantó la vista, encontrando los ojos oscuros de Clara. Por un momento quiso creerle a su amiga, aferrarse a la idea de que aún podía reescribir la historia que había estado viviendo. Pero la duda tenía la costumbre de hundirle las garras, diciéndole que ya había fracasado.

«Quizá», dijo Alice por fin, con voz baja. «Pero a veces siento que ya he perdido mi oportunidad.»

Clara suspiró, la frustración visible en la tensión de su mandíbula. «No la has perdido. Y voy a recordártelo hasta que lo creas. ¿Vale?»

Alice no pudo evitar sonreír, aunque fuera apenas. «Vale.»

Clara alzó su copa, y Alice respondió levantando la suya. El tintinear de sus copas fue suave, pero el sonido pareció una pequeña chispa en la mente de Alice. Era algo.

Y por ahora, algo era suficiente. Cualquier cosa era algo.

2

La galería estaba en silencio esa mañana, sus paredes blancas y asépticas absorbiendo el zumbido de la ciudad exterior. Alice llevaba horas sola, su mundo reducido al sonido amortiguado del desgarro rítmico del plástico de burbujas mientras desembalaba las obras. Naomi había dejado las órdenes claras: la sala de exposiciones privada tenía que estar impecable para esta noche. «El cliente quiere que todo sea perfecto. Sin errores, Alice», había espetado antes de desaparecer para una reunión. «La gente como esta no tolera la incompetencia.»

Ahora, mientras Alice ajustaba con cuidado la iluminación sobre la pieza central, no pudo evitar sentir un nudo familiar de tensión. No era la obra en sí lo que la inquietaba: era la idea persistente de que por mucho que se esforzara, nunca sería suficiente. Ni para Naomi, y desde luego tampoco para ella misma.

La escultura que colocaba resultaba llamativa por su simpleza: una pieza de bronce pulido que representaba un par de manos entrelazadas, los dedos enroscándose como si oscillasen entre la unión y la separación. Brillaba bajo la luz suave, proyectando patrones complejos sobre el pedestal blanco. A su alrededor, otras obras salpicaban la sala: una pintura abstracta descomunal, viva en rojizos y negros ardientes; una delicada instalación de fragmentos de vidrio suspendidos del techo como gotas de lluvia congeladas; y

una serie de bocetos a carboncillo enmarcados con sencillez en marcos negros minimalistas.

El tenue tintineo de la puerta de la galería al abrirse interrumpió su concentración. Alzó la vista, esperando ver a uno de los catering, pero en su lugar apareció Aiden Chandler.

Entró en la sala con una gracia sin esfuerzo, su traje azul marino hecho a medida impecable frente al minimalismo de la galería. El corte de la chaqueta acentuaba sus amplios hombros, y la camisa blanca y nítida que llevaba realzaba los mechones sal y pimienta que cruzaban su cabello. Su rostro anguloso estaba afeitado, la línea de la mandíbula lo bastante afilada como para tallar la piedra. Sus ojos oscuros recorrieron el espacio con intensidad contenida. Había en él una cualidad magnética: un hombre que no solo entraba en una habitación, sino que la reclamaba.

El corazón de Alice titubeó cuando lo reconoció. Conocía su nombre, su rostro—prácticamente todo Seattle lo conocía. Demonios, todo el país lo conocía. Aiden Chandler, innovador tecnológico, multimillonario y filántropo, se había convertido en una figura casi mítica en los círculos sociales de la ciudad. Pero no era eso lo que aceleraba su pulso. Eran las sombras detrás de los titulares las que afloraban, las que perduraban mucho después de que las entrevistas brillantes se desvanecieran.

Su esposa, Lydia Chandler, la mujer que había desaparecido hacía un año, dejando tras de sí una ristra de preguntas sin respuesta y la implacable especulación de los tabloides. Ningún cuerpo. Ninguna nota. Solo susurros de crimen y un hombre que había salido del escándalo impasible, intocable y—para algunos—demasiado sereno.

Alice tragó saliva cuando la mirada de Aiden se posó en ella. Su presencia llenó la sala.

«Ha hecho un trabajo excepcional con el espacio», dijo él, su voz profunda, suave y desarmante.

Alice parpadeó, sorprendida de que se dirigiera a ella directamente. «Oh, eh, gracias», dijo ella, apartando un mechón de pelo tras la oreja. De pronto tomó conciencia de su aspecto. Su blusa holgada—de un azul pálido ya desteñido—estaba arrugada por horas moviendo esculturas, y los pantalones negros que llevaba le

apretaban la cintura con incomodidad. Incluso sus bailarinas de ante, con las marcas del uso, parecían fuera de lugar en su presencia.

«Aún estamos poniendo todo a punto para esta noche», añadió, con tono disculpatorio.

Los labios de él se curvaron en una leve sonrisa, pero había en ella algo que no alcanzaba a sus ojos. «Colocación pensada», continuó, su mirada desplazándose hacia la pieza central. «Atrae la vista sin abrumar la sala.»

«Se fija en los detalles», dijo Alice antes de poder contenerse.

Aiden volvió los ojos hacia ella, su sonrisa ensanchándose apenas. «Siempre he tenido ojo para las cosas bellas.»

Una electricidad flotaba en el aire entre ambos, densa y ambigua. Alice no sabía si lo decía como cumplido, pero la intensidad de su atención la hizo sonrojar. Miró el portapapeles que sostenía, de pronto cohibida. Sus dedos juguetearon con el borde del papel.

«¿Es usted artista?», preguntó él, su tono suavizándose mientras la examinaba de arriba abajo.

Alice vaciló. No era la primera vez que le hacían esa pregunta, pero algo en la forma en que Aiden la planteó—como si no fuera mero relleno—la incomodó. «Yo… pintaba», admitió, con voz baja. «Pero ahora trabajo aquí.»

«¿Por qué dejó de hacerlo?» Su pregunta fue directa, cortando el silencio como una cuchilla mientras se acercaba a una obra en la pared, mirándola con la cabeza ladeada.

Ella abrió la boca para responder, pero flaqueó. ¿Cómo explicar años de dudas, el peso aplastante del rechazo? En lugar de eso, se encogió de hombros, intentando parecer indiferente. «La vida se interpuso.»

«O se lo permitió», dijo Aiden, con tono neutro pero incómodamente certero.

La mirada de Alice se clavó en la suya, sus mejillas aún enrojecidas. Él sostuvo su mirada, impasible, como desafiándola a replicar. Pero no pudo. No se equivocaba.

Durante un momento, ninguno habló. El aire entre ellos chisporroteaba con algo no dicho. Se sintió expuesta, como si Aiden pudiera verla hasta el fondo, a todas las inseguridades que tanto se esforzaba por ocultar.

Una carcajada repentina de los caterings en la sala contigua rompió el instante. Carraspeó y volvió su atención a la escultura. «Debería… probablemente terminar de montar esto.»

Aiden no se movió. Permaneció con las manos en los bolsillos, «Es raro», dijo tras una pausa, «conocer a alguien que se siente fuera de lugar en su propia vida.»

Los dedos de Alice se detuvieron, suspendidos sobre la escultura. Se volvió hacia él despacio, «¿Qué le hace pensar eso de mí?»

Su sonrisa regresó. «Solo una corazonada.»

Durante un instante, se olvidó de dónde estaba; la galería a su alrededor se desvanecía en segundo plano. Había algo en él—una intensidad, una fuerza callada—que la atraía. Y, sin embargo, bajo ese exterior pulido creyó vislumbrar algo crudo, algo fracturado, algo vulnerable.

«Debería dejarte volver al trabajo», dijo Aiden por fin, con un tono más ligero. «Pero te veré esta noche.»

Al darse la vuelta para irse, Alice preguntó: «¿Vienes a la presentación?»

Se detuvo, mirando por encima del hombro. «Por supuesto. El arte es una de las pocas cosas por las que merece la pena presentarse. Además, yo organizo este evento.»

Alice lo observó mientras se perdía en la sala principal, la mente acelerada. Aiden Chandler era magnético, sin duda. ¿Pero había algo más, detrás de su aspecto impecable?

Sus pensamientos volvieron a las historias sobre Lydia, la hermosa socialité que había desaparecido sin dejar rastro. Los tabloides habían pintado una imagen sórdida—acusaciones, rumores, teorías conspiratorias—pero nada de eso había cuajado. Aiden había salido ileso del escándalo, su imperio intacto, su reputación intocable. Y, sin embargo…

Miró la escultura, sus curvas metálicas reluciendo bajo las luces de la galería, e intentó reenfocar la mente. El día no había terminado

y todavía le quedaban horas de trabajo por delante. Pero por más que lo intentara, no lograba dejar de pensar en los ojos de Aiden sobre ella—afilados, conocedores y un poco demasiado familiares.

3

Alice se sentó con las piernas cruzadas sobre la alfombra gastada de su pequeño apartamento de alquiler, el portátil apoyado de forma precaria en el borde de la mesa de café. El resplandor de la pantalla iluminaba su rostro pálido mientras repasaba página tras página de resultados de búsqueda, consumida por la curiosidad.

Lydia Chandler.

El nombre cargaba con un peso, incluso en la frialdad impersonal de un motor de búsqueda. Imagen tras imagen invadían la pantalla de Alice: Lydia en galas benéficas, Lydia recostada en yates de lujo imposibles, Lydia posando con naturalidad en calles empedradas de Europa, siempre con ropa de diseño que de algún modo parecía casual. Era hermosa—llamativamente hermosa—con la piel besada por el sol, el cabello rubio miel hasta la cintura y una sonrisa que parecía cálida y al mismo tiempo inalcanzable. Era el tipo de mujer que otras mujeres deseaban ser.

Lydia había sido una influencer de medios convertida en magnate del lifestyle. Había acumulado millones de seguidores que colgaban de cada una de sus palabras, ansiosos por imitar su "vida perfecta". Su feed de Instagram era un collage meticulosamente curado de contenido aspiracional: yoga al amanecer en playas tropicales, risas sinceras entre copas de champán con amigas y reflexiones cuidadas

en los pies de foto sobre "vivir tu verdad". Pero bajo ese barniz, algo sonaba… hueco. Fabricado.

Alice hizo clic en una entrada antigua del blog titulada *«Cinco pasos hacia la vida que mereces»* y repasó el texto. Lydia era todo lo que Alice no era—segura, sabia, envuelta en un lazo perfecto. Lydia había sido adorada, envidiada, incluso venerada. Alice se sentía como una sombra en comparación, el eco pálido de una mujer que había impuesto un estándar imposible.

Sus dedos flotaron sobre el teclado mientras vacilaba; luego tecleó una nueva búsqueda: *Lydia Chandler desaparición.*

Los detalles se desplegaban como un thriller noir. Hace un año, Lydia había subido a su yate y desaparecido. Aiden no estaba con ella, y las razones del porqué eran confusas. El yate nunca volvió, y tampoco Lydia. No hubo señal de socorro. No hubo restos. No hubo cuerpo. Fue como si el mar se la hubiera tragado entera.

Las teorías en la red eran infinitas. Algunos creían que Lydia había sido víctima de un accidente—aguas bravas o un fallo en el motor. Otros sugerían que había fingido su propia desaparición, harta de la vida que había creado. Y luego estaban los rincones más oscuros de internet, los que susurraban sobre juego sucio, señalando a Aiden como principal sospechoso. Lo habían interrogado, por supuesto, pero ninguna prueba lo vinculaba con su desaparición.

Había algo inquietante en un hombre que parecía tan sereno ante la tragedia, cuyo dolor—si es que existía—nunca se desbordaba en público.

Alice se reclinó contra el sofá. Pensó en el hombre que había conocido unos días antes—encantador, enigmático, con unos ojos que parecían atravesarla. ¿Sería aquel encanto solo una máscara, ocultando algo mucho más malévolo debajo?

Su mirada fue hacia la esquina de la pantalla del portátil. Un pequeño anuncio de una feria de arte local parpadeaba allí, recordatorio del mundo del que una vez formó parte. Se había dicho a sí misma que era por falta de tiempo, pero la verdad era que había renunciado. Sus pinturas yacían intactas en un rincón del

apartamento, los pinceles tiesos por la pintura seca. Ahora, hasta coger un pincel le parecía una batalla que no podía ganar.

Con los pensamientos aún clavados en el misterio de la desaparición de Lydia Chandler, se sobresaltó cuando su teléfono vibró. Era una notificación de la app de la galería. Suspira, cerró el portátil de un golpe y dejó que sus ideas volvieran a aquella noche.

La exposición había sido un torbellino. Alice había pasado semanas preparándola, seleccionando piezas, trabajando horas extras para que cada detalle fuera perfecto. No esperaba que Aiden entrara en su vida—su reputación no encajaba exactamente con el encanto modesto de la escena artística local.

«Alice», dijo con calidez, acercándose a ella después de que los últimos invitados se hubieran marchado y las luces de la galería se hubieran atenuado, y la miró desde la entrada con una copa de vino tinto en la mano, una ligera sonrisa en el rostro y el vino manchándole los labios. «Has hecho un trabajo increíble esta noche», dijo.

Alice estaba demasiado cansada para esquivar el cumplido; se limitó a agradecer con un asentimiento. Los nervios le habían estado vibrando toda la noche.

«Me gustaría agradecértelo debidamente», continuó él, con la voz baja pero suave. «Has puesto el corazón en esto. ¿Qué te parece si tomamos algo? Invito yo», dijo.

Aiden tenía una forma de hablar que la hacía sentir como si fuera la única persona en la sala.

Alice vaciló, insegura de si era apropiado. Aiden era cliente de la galería, después de todo, alguien a quien debía impresionar. Pero entonces añadió, casi de forma casual: «También me encantaría saber más sobre tu trabajo. Está claro que no eres solo una comisaria—eres una artista», dijo.

Un calor le subió a las mejillas y la conocida punzada de la duda le retorció el pecho. Pero había algo en la manera en que lo dijo, una sinceridad que sonaba totalmente natural.

Así que aceptó.

Caminaron hasta un bar pequeño a unas calles de allí; uno de esos lugares que Alice había pasado docenas de veces sin pensar en

entrar. Era tranquilo, íntimo—solo el zumbido lejano del jazz de fondo y el ocasional tintinear de vasos. Aiden pidió un whisky solo, mientras Alice, aún insegura de cómo comportarse en su presencia, se limitó a una copa de vino blanco.

Mientras hablaban, Aiden la sorprendió. No era solo ese hombre pulido y enigmático que esperaba; había en él una naturalidad, una inteligencia contenida que la hacía sentirse inusitadamente cómoda. Hizo preguntas reflexivas sobre sus inspiraciones y las dificultades para encontrar su voz como artista. Era la primera vez en años que alguien mostraba un interés genuino por ella, y aquello la dejó a la vez entusiasmada y perturbada.

Se había mostrado valiente al enseñarle algunas fotografías de su trabajo. En un momento, Aiden se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en la mesa, y la mirada fija en la suya. «No deberías dejar que el miedo te frene, Alice. Un talento como el tuyo—merece ser visto.»

Sus palabras se quedaron con ella, resonando como un eco mucho después de que se hubieran separado esa noche. Y ahora, mientras estaba sentada sola en su apartamento, sus pinturas seguían intactas.

Su teléfono vibró de nuevo, sacándola de sus pensamientos. Era un mensaje de Aiden.

Aiden: *Tengo la sensación de que tienes más historias que contar. Nos vemos pronto.*

Alice miró el mensaje, el corazón le latía con fuerza. No lograba distinguir si la inquietud en el pecho era emoción o pavor.

Echó un vistazo al reloj. Eran casi las siete. Aiden estaría allí en menos de dos horas.

Alice se dirigió al armario y contempló la escasa selección de ropa que colgaba en su interior. La mayor parte eran variaciones de lo mismo: blusas neutras y pantalones sencillos—apropiados para una galería, pero nada excitantes. Sacó un vestido azul marino que no se había puesto en más de un año y se lo acercó al espejo. Era sencillo pero favorecedor, con la cintura ceñida y una falda fluida que

llegaba justo por encima de la rodilla. No era exactamente glamuroso, pero tendría que servir.

Se puso el vestido y se plantó frente al espejo, alisando la tela. Su reflejo le devolvió la mirada, y no pudo evitar fijarse en cada imperfección. El cabello, aunque recién lavado, se negaba a colocarse como ella quería. El maquillaje le parecía demasiado sutil, demasiado prudente. Se llevó las manos al estómago; la ansiedad se anudaba más con cada segundo que pasaba.

¿Cómo podría ella, siquiera, estar a la altura de Aiden Chandler?

Lydia había sido luminosa, más grande que la vida. Caminaba por el mundo con una confianza que hacía que la gente se detuviera a mirar. Y Alice—bueno, Alice era callada, insegura, una mujer que había pasado años mimetizándose con el fondo.

El pensamiento se quedó flotando en su mente, amargo e inquietante. Ni siquiera conocía a Aiden. No de verdad. Y, sin embargo, ya sentía el peso de la expectativa. No era justo, pero la vida rara vez lo es.

Alice sacudió la cabeza, tratando de apartar los pensamientos. Aquella noche no era sobre Lydia—era sobre ella. Sobre la extraña atracción que había sentido hacia Aiden, la forma en que su presencia había encendido algo en ella que no experimentaba desde hacía años. No estaba segura de si era emoción o peligro, pero, de cualquier modo, no podía ignorarlo.

Se miró una vez más en el espejo, ajustándose el delicado collar de oro que casi había olvidado que tenía. Fue un regalo de su abuela, un pequeño colgante con forma de pincel. Lo había llevado a menudo en la época de la universidad, cuando todavía creía en sí misma. Aquella noche, le parecía un recordatorio de la persona que había sido—y quizá, de la que aún podía ser.

Un golpe en la puerta la sobresaltó y el corazón se le subió a la garganta. Miró el reloj. Él había llegado antes de tiempo.

Alice respiró hondo, alisó el vestido por última vez antes de cruzar la habitación. Vaciló un instante, la mano suspendida sobre el picaporte. Luego, con una exhalación que la centró, abrió.

Aiden estaba en el pasillo. Su silueta recortada por el cálido resplandor de la luz del corredor. Sostenía una sola rosa blanca en la

mano. Sus ojos se encontraron con los de ella, y la química que sentía era innegable.

«Estás impresionante», dijo Aiden, con la voz baja y aterciopelada. La sinceridad en su tono la pilló desprevenida.

«Gracias», respondió Alice, con la voz apenas audible. Se hizo a un lado para dejarle pasar. Al moverse junto a ella, percibió un leve rastro de su colonia—cálida, intensa, con un matiz algo áspero.

Aiden le ofreció la rosa, sus dedos rozaron los de ella por un instante, y el contacto le envió una descarga de calor. «Pensé que esto te iría bien», dijo en voz baja, su mirada demorándose en su rostro.

Alice bajó la vista hacia la rosa. «Es hermosa. Gracias.»

Él sonrió, y por un momento el mundo más allá de su apartamento pareció desvanecerse. «Estás nerviosa», dijo.

«Un poco», admitió Alice, mordiéndose el labio.

«No estés», dijo Aiden, con voz tranquilizadora.

Ella asintió, encontrando su mirada, y se permitió creer, aunque fuera solo por un momento, que tal vez, solo tal vez, podría entrar en ese mundo.

«¿Vamos?», preguntó, ofreciéndole el brazo.

Alice dudó apenas un instante antes de tomarlo. Al salir a la noche, el aire fresco rozándole la piel, no pudo evitar sentir que aquello era el comienzo de algo estimulante. Fuente:

4

El sol caribeño se hundía en el horizonte, tiñendo el cielo con vetas de durazno y carmesí cuando Alice salió a la terraza. La brisa cálida traía el tenue olor a sal y jazmín, despeinándole el cabello mientras contemplaba la piscina infinita, cuyo borde se fundía sin solución con la vasta extensión de océano más allá.

Alice aún no lograba creerse que estaba allí, en Moskito, en las Islas Vírgenes Británicas, con Aiden. Solo habían pasado dos meses desde su primera cita y, sin embargo, su vida se había transformado. Aiden la había arrastrado a un romance tan intenso, tan absorbente, que a veces se preguntaba si estaba viviendo la vida de otra persona. Había algo casi mareante en la velocidad de todo aquello.

«Señorita Harper», dijo una voz, interrumpiendo sus pensamientos. Se volvió y vio al mayordomo de la villa, Ricco, a una distancia respetuosa. «El señor Chandler está listo para recibirla», añadió.

Siguió a Ricco, un hombre grande del Caribe con una camisa tropical, por la villa, las sandalias golpeando suavemente las baldosas mientras caminaba. El resplandor tenue de las farolas iluminaba el camino entre la vegetación, y el romper de las olas contra los acantilados abajo marcaba un ritmo apacible.

Los últimos dos meses pasaron a toda velocidad por su mente mientras avanzaba. Su segunda cita había sido surrealista. Él había

organizado una visita privada en la galería de arte más prestigiosa de Seattle. Había champán y un violinista. Al principio se sintió abrumada por el gesto. No era algo a lo que estuviera acostumbrada.

Habían recorrido la galería juntos, comentando las obras expuestas, y ella había encontrado su zona de confort, un lugar donde podía defenderse y sentirse a gusto. Aiden la sorprendió con su agudo ojo y sus observaciones ponderadas, pero fue la forma en que la escuchaba lo que realmente la dejó descolocada.

La mayoría de los hombres con los que había salido antes solo fingían interesarse por lo que ella pensaba, asintiendo con cortesía mientras su atención y sus manos se distraían. Pero Aiden se había centrado en ella, con la mirada fija y respuestas sinceras. Cuando ella mencionó tímidamente sus propias dificultades con el arte, él no lo desechó ni ofreció lugares comunes vacíos. En su lugar, le hizo preguntas que iban más allá, haciéndola sentir vista de una manera que nunca antes había experimentado.

Al final de la noche, sintió miedo. Aiden era distinto. Tenía el poder de trastocar la vida tranquila y predecible que ella se había construido. Y lo había hecho.

En las semanas que siguieron, Aiden no perdió tiempo en arrastrarla a su mundo. Sus citas fueron un torbellino de cenas privadas, viajes lujosos y momentos que parecían casi cinematográficos en su perfección. Y, pese a toda la extravagancia, Aiden tenía una manera de hacerla sentir como la parte más importante de todo. Prestaba atención a los detalles más pequeños: el vino que prefería, cómo le gustaba el café, la forma en que se recogía el cabello detrás de la oreja cuando estaba nerviosa. Y la pasión entre ellos… era algo que Alice nunca había sentido antes.

Todavía recordaba la primera vez que se besaron, cómo su mano había sostenido su rostro como si fuera algo precioso. El beso comenzó lento, una exploración cautelosa, pero no tardó en dejar de serlo. El fuego entre ellos se encendió tan deprisa, tan feroz, que la dejó sin aliento. Aiden tenía una manera de tocarla que la hacía sentirse deseada en todos los sentidos, su intensidad era a la vez excitante y abrumadora.

Al entrar en el jardín, Alice se detuvo, con la respiración contenida ante la vista que se le presentó. Había una mesita dispuesta bajo un toldo de guirnaldas luminosas, la superficie parpadeando con velas y adornada por una cascada de rosas rojas. Inhaló el perfume de las flores mezclado con el aire fragante del Caribe. A lo lejos, el océano brillaba bajo la luna que asomaba, un escenario tan impresionante que Alice sintió que el suelo se movía bajo sus pies, como si una ola la hubiera alzado del suelo y la pusiera a flotar entre las estrellas.

Aiden estaba junto a la mesa, su camisa de lino oscura planchada a la perfección como siempre, el pelo salpicado de canas captando la luz suave. Cuando sus miradas se cruzaron, sus labios se curvaron en una sonrisa que recorrió el cuerpo de Alice como una ola de calor. Siempre tenía ese efecto en ella, por mucho que se repitiera mantenerse con los pies en la tierra.

«Estás preciosa», dijo él al acercarse, con la voz baja y cálida, sus ojos oscuros recorriendo su silueta con una intensidad que la hizo estremecerse.

Alice no encontró palabras.

Él se acercó, tomó su mano con firmeza pero con delicadeza. «Me inspiras», dijo Aiden, clavando en ella la mirada. «Quiero que esta noche refleje eso».

La cena transcurrió como algo sacado de un sueño. El chef, traído desde Nueva York, presentó plato tras plato de exquisiteces que parecían más arte que comida. Pero, como siempre, Alice se fijó más en Aiden que en lo que había en su plato. No tenía otra opción cuando él se veía así.

Hablaron de todo y de nada, la conversación fluyendo con naturalidad. Conforme avanzaba la velada.

«¿Alguna vez te asusta?» preguntó Alice en voz baja, haciendo girar el vino en su copa. «¿Lo rápido que ha sucedido todo esto?»

Aiden se reclinó en la silla, estudiándola con esa misma mirada penetrante que siempre la hacía sentir como si pudiera ver dentro de su alma. «Creo que me daría más miedo si no se sintiera tan… correcto», dijo. «No eres alguien con quien quiera ir despacio, Alice. Eres alguien con quien quiero sumergirme».

Sus palabras le enviaron una oleada de calor, y ella apartó la mirada. «¿Pero qué pasa si nos estamos moviendo demasiado rápido?», murmuró. «¿Y si nos—»

«¿Estrellarnos?», terminó Aiden por ella. Se inclinó hacia adelante, la mano cubriendo la suya sobre la mesa. «Entonces, nos estrellamos. Pero prefiero eso a jugar a lo seguro», dijo Aiden.

La respiración de Alice se cortó al encontrar su mirada; la intensidad en sus ojos aceleró su corazón. «Lo haces parecer tan sencillo», dijo ella.

«Es sencillo», respondió Aiden, con la voz suave pero firme. «Cuando estoy contigo no pienso en el pasado ni en el futuro. Estoy simplemente… aquí».

La vulnerabilidad en sus palabras la sorprendió, y sintió que se le formaba un nudo en la garganta. «Siento lo mismo», admitió, su voz apenas un susurro.

Aiden sonrió, apretando su mano. «Entonces no perdamos ni un segundo más», dijo Aiden.

Mientras retiraban el postre, Aiden se levantó de su asiento y se acercó a su lado, sacando de su bolsillo una pequeña caja de terciopelo rojo. La respiración de Alice se cortó cuando él se arrodilló ante ella, con la mirada fija en la suya y una intensidad que la dejaba mareada.

«Alice Harper», dijo Aiden, abriendo la caja para revelar un anillo de diamantes deslumbrante, cuya enorme piedra central reflejaba las miles de estrellas del cielo. «¿Quieres casarte conmigo?»

El mundo pareció detenerse. El sonido de las olas se desvaneció, el parpadeo de las velas se difuminó, y todo lo que Alice podía ver era a él. Aiden. El hombre que había irrumpido en su vida como un huracán, poniéndolo todo patas arriba.

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras asentía, una sonrisa abriéndose en su rostro. «Sí», susurró, con la voz y las manos temblorosas. «Sí, me casaré contigo», murmuró.

El rostro de Aiden se iluminó con una alegría rara y genuina mientras le colocaba el anillo en el dedo y luego la abrazaba, y el

resto del mundo pareció desvanecerse.

Más tarde, mientras caminaban cogidos de la mano por los jardines, la brisa fresca rozándoles la piel, Alice se detuvo y se volvió hacia él. «Aiden, ¿por qué yo?», preguntó, su voz apenas audible por el sonido de las olas.

Aiden sujetó su rostro entre las manos, los pulgares rozándole ligeramente las mejillas. «Porque me haces sentir vivo, Alice. Me ves —no al hombre que los demás ven, sino al que soy. Y me haces querer ser mejor».

El corazón de Alice se hinchó con sus palabras y, por primera vez, se permitió creer que tal vez, solo tal vez, este romance vertiginoso era justo lo que merecía. Se apoyó en él, sus labios encontraron los suyos en un beso hambriento, la pasión entre ellos encendiéndose de nuevo bajo el cielo nocturno del Caribe.

El mundo se había desvanecido. No había otro sonido que el suave rompimiento de las olas contra los acantilados abajo, ni otra luz que el tenue resplandor de la luna reflejándose en el océano, ni otra sensación que el calor de las manos de Aiden al deslizarse hasta la curva de su espalda, atrayéndola más. Alice se fundió en él, las manos enredándose en la tela de su camisa mientras el beso se profundizaba. Era embriagador—lento al principio, provocador, luego devorador, como si no pudiera saciarse de ella.

Aiden se separó el tiempo justo para mirarla a los ojos, su aliento mezclándose con el de ella. «No tienes idea de lo que me haces», murmuró, su voz baja y áspera, provocándole un escalofrío.

Se le debilitaron las rodillas a Alice. Nunca se había sentido así antes—como si cada centímetro de su cuerpo estuviera vivo, vibrando con electricidad, sintonizado con cada uno de sus toques. «Creo que quizá tengo una idea», respondió, su voz temblando de deseo.

Aiden se rió entre dientes, los dedos recorriendo la línea de su boca. «Eres increíble, Alice Harper», dijo, con tono reverente. «Y no

lo digo solo porque me estés volviendo completamente loco ahora mismo».

Se le sonrojaron las mejillas, pero no pudo evitar la sonrisa que se dibujó en su rostro. «Bien», susurró.

«Ven conmigo», dijo él, su voz llena de una urgencia contenida.

La condujo de vuelta a la villa, las farolas proyectando un cálido resplandor dorado sobre los suelos de madera pulida. El espacio diáfano era amplio, pero de alguna manera resultaba íntimo con él a su lado. Aiden no dijo ni una palabra mientras la guiaba por la escalera de caracol hasta el dormitorio.

La suite era tan impresionante como el resto de la villa, con ventanales de suelo a techo que ofrecían una vista sin obstáculos del océano. La cama estaba cubierta con sábanas blancas y nítidas, y la habitación estaba suavemente iluminada por la luz de la luna que entraba a través del cristal. Pero Alice apenas notó nada de eso; su atención estaba por completo en Aiden.

La expresión en sus ojos lo decía todo. Era una mezcla de anhelo y contención, una lucha entre querer saborear cada instante y entregarse al fuego que ardía entre ellos.

Se volvió hacia ella, sus manos posándose en sus caderas mientras estudiaba su gesto. «Voy a hacer que te sientas tan especial». Sus labios se apoyaron en su nuca y ella gimió; su voz era suave pero teñida de una vulnerabilidad que le provocó un ardor en la ingle.

Alice sacudió la cabeza, los dedos rozando la barba incipiente de su mandíbula. «No pares», dijo ella, su voz firme.

Los labios de Aiden se curvaron en una pequeña sonrisa, casi de alivio, antes de inclinarse para besarla de nuevo. Esta vez no hubo nada de titubeo. Sus manos recorrieron su espalda, siguiendo las curvas de su cuerpo, mientras las de ella exploraban las anchas superficies de su pecho y hombros. El espacio entre ambos se desvaneció al moverse en sincronía, cada contacto encendiendo una chispa.

Cuando sus manos encontraron la cremallera de su vestido, se detuvo, buscando en sus ojos permiso. Alice asintió, con la respiración entrecortada mientras la tela se deslizaba de sus

hombros y se amontonaba a sus pies. Se sentía expuesta pero no cohibida, no con la manera en que Aiden la miraba —como si fuera una obra de arte de la que no podía apartar la vista.

«Eres tan hermosa», murmuró Aiden, sus dedos deslizándose por sus brazos. La sinceridad en su voz le apretó el pecho, y ella alzó la mano para atraerlo, encontrando sus labios en un beso que reclamaba más.

El tiempo pareció fundirse mientras se unían, la pasión entre ellos consumiéndolo todo y desbordándolos. Cada caricia, cada palabra susurrada, se sentía como una promesa, una declaración. Aiden fue implacable en su deseo por ella, y Alice se sorprendió soltando todas las dudas, todas las inseguridades.

Mientras su mano se deslizó entre sus piernas, separándolas, Alice se aferró a su cabello, la respiración temblando.

Más tarde, yacían enredados en la cama, las sábanas torcidas alrededor de sus cuerpos mientras el rumor de las olas entraba por las ventanas abiertas. Alice apoyó la cabeza en el pecho de Aiden, escuchando el ritmo constante de su corazón mientras sus dedos trazaban círculos perezosos en su hombro desnudo.

«Desde el momento en que te conocí, supe que tenía que tenerte», dijo Aiden.

Ella le cupo la cara con las manos, los pulgares rozando ligeramente sus mejillas. «Eso es porque es lo correcto», dijo ella, con voz firme y segura.

«A veces la vida no espera a que la alcances. A veces te obliga a dar un salto, supongo», añadió él.

Los ojos de Alice se llenaron de lágrimas, pero no intentó apartarlas. En lugar de eso, se inclinó para besarlo, vertiendo todo lo que sentía en ese sencillo acto. Al separarse, apoyó la frente contra la suya y, apenas en un susurro, dijo: «Me haces sentir valiente».

Aiden sonrió, apretando los brazos alrededor de ella. «Eso es porque lo eres», dijo Aiden. «Y sexy, y lista. Te prometo que haré todo lo que pueda para que nunca lo olvides».

Se quedaron así durante lo que parecieron horas, envueltos en su intimidad privada. Por primera vez en mucho tiempo, Alice sintió que estaba exactamente donde debía estar —no solo en los brazos de Aiden, sino en su propia vida. Y mientras se dejaba llevar por el sueño, con sus miedos silenciados, no pudo evitar pensar que quizá, solo quizá, había encontrado algo real. Algo a lo que valía la pena aferrarse.

5

La suite del hotel zumbaba con una energía frenética, pero Alice se sentía totalmente ajena a ella. Los secadores rugían, los pinceles de maquillaje golpeaban las paletas y las asistentes se movían como abejas, ordenando y reordenando cada detalle de su apariencia nupcial. El aire olía a laca y a rosas, denso y dulce, y Alice se sentía asfixiada por todo ello.

Se sentó frente al enorme espejo, mirando a la mujer que la devolvía la mirada. Se preguntó si el corte de pelo que Aiden había sugerido realmente le sentaba, después de todo.

Su reflejo era impecable: una tez de porcelana, ojos sutilmente sombreados y labios pintados de un rosa suave y apagado. El cabello, recogido en un elegante moño, brillaba bajo la luz dorada del tocador. Era, en todo sentido, la novia principesca que debía ser. Pero no se sentía así. Se sentía un fraude.

El vestido, una obra de encaje y cuentas, ceñía su cuerpo en todos los sitios adecuados. El velo, de largo catedralicio, se desplegaba detrás de ella y se vertía sobre la alfombra mullida como luz líquida. Cada detalle era perfecto—demasiado perfecto. No parecía su boda. Parecía como si estuviera interpretando un papel. Un papel que no estaba segura de poder sostener.

En el caos de los preparativos, un vacío palpitante le oprimía el estómago. Volvía en oleadas, cada vez que miraba hacia la puerta y

recordaba que su padre no iba a cruzarla.

Llevaba años ausente, víctima de un infarto repentino que dejó a Alice y a su familia tambaleándose. En días como aquel, su ausencia dolía como una herida que nunca cicatrizaría.

La madre de Alice, Marjorie, por supuesto, había aprendido a sobrellevarlo—a su manera—ignorando la pérdida por completo y volcando su energía en maniobras sociales. Hoy estaba en su salsa, moviéndose por la suite con una copa de champán en la mano, inspeccionando cada detalle de la apariencia de Alice.

«Oh, Alice, esta boda supera todo lo que podría haber soñado», dijo Marjorie, con una emoción contenida que se desbordaba. «¡Los Chandler realmente saben cómo hacer las cosas bien! ¿Has visto los arreglos florales? ¡Orquídeas traídas desde Tailandia! Y la lista de invitados—¡madre mía, el Presidente está aquí! ¿Te lo puedes imaginar? ¡El Presidente!»

Alice forzó una sonrisa, aunque le salió una mueca. El entusiasmo de su madre no tenía límites y estaba totalmente centrado en lo equivocado. «Eso es... genial, mamá», dijo en voz baja.

«¿Genial?», Marjorie se volvió hacia ella, los ojos abriéndose en un horror fingido. «Cariño, esto es monumental. Esta boda va a salir en todas las revistas. Vogue, Harper's Bazaar—lo que sea. ¿Te imaginas las fotos? Tú, junto a Aiden Chandler, la pareja de oro del año. ¡Serás el tema de conversación de la ciudad durante meses!»

A Alice se le revolvió el estómago al pensarlo. La idea de estar en el centro de atención, escrutada por desconocidos, le daban ganas de desaparecer. Pero su madre no lo notaba—nunca lo hacía. Marjorie había pasado los últimos meses exultando por el compromiso de Alice, disfrutando del prestigio de formar parte de la familia Chandler. Era lo único de lo que hablaba. La grandeza de la boda, el estatus que le proporcionaría, las puertas que se le abrirían.

«Te casas con uno de los hombres más ricos del país, querida», continuó Marjorie, con la voz empapada de asombro. «¿Te das cuenta de lo que significa eso? Nunca tendrás que preocuparte por nada jamás. Y, ay, las obras benéficas que podremos apoyar. Ya he estado en contacto con algunas de las conexiones de Aiden—»

«Mamá, por favor, para», dijo Alice, con una voz más firme de lo que pretendía. Dejó el ramo sobre el tocador, las manos temblándole levemente. «Esta no es tu boda. Es la mía.»

Marjorie parpadeó, momentáneamente desconcertada por el tono de Alice, antes de recuperarse con rapidez. «Por supuesto, cariño», dijo, la sonrisa apretada. «Solo quiero que entiendas lo importante que es. Para las dos.»

*Para las dos.*Las palabras golpearon a Alice como un puñetazo. Sabía que su madre quería lo mejor—a su manera—pero era difícil no sentirse como una pieza en el incansable afán de Marjorie por la validación social.

Desde que Alice había llevado a Aiden a casa para conocer a la familia, Marjorie había estado prácticamente en éxtasis, los ojos brillando con cada mención de su nombre. Había pasado horas presumiendo ante sus amigas sobre su futuro yerno, soltando pistas sobre su jet privado y su vasta propiedad. Y ahora, en la mañana de la boda, quedaba claro que a Marjorie le interesaba mucho más el espectáculo que el significado.

Beth, en cambio, se mantenía callada. Estaba sentada en el sofá, con el móvil en la mano, observando a Alice entre deslizamientos de pantalla. Alice siempre había apreciado la presencia constante de su hermana. Pero hoy la mirada vigilante de Beth la hacía sentirse expuesta, como un objeto frágil a punto de quebrarse.

«Esto es mucho», murmuró Beth, más para sí misma que para los demás, mientras miraba la lujosa suite.

Alice miró a su hermana en el espejo, con la garganta apretada. «Estoy bien», dijo deprisa, con la esperanza de cerrar la conversación antes de que comenzara.

Beth se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. «No, Alice, es mucho. ¿Estás segura de que estás bien? Esto no te representa mucho.»

«Te he dicho que estoy bien», espetó Alice, las palabras más duras de lo que pretendía.

Beth se echó hacia atrás, cruzándose de brazos. «Sabes que no tienes que hacerlo», dijo suavemente. «No si no estás lista.»

Alice dejó escapar un suspiro tembloroso, los dedos enredándose en el regazo. Miró el diamante de su mano izquierda, cuyo brillo casi la enceguecía bajo la luz. Aiden lo había escogido él mismo—un diseño a medida, como todo lo demás en su vida juntos. Y aun así, al mirar el anillo, no pudo evitar sentir su peso presionando contra la piel.

«No es cuestión de estar lista», dijo Alice al fin, la voz contenida. «Es cuestión de dar un paso adelante. Esto es a lo que accedí cuando dije que sí.»

La expresión de Beth se ablandó, pero su preocupación no se disipó. «No tienes que ser más que tú misma, ya sabes. ¿Y estás segura de que la diferencia de edad no va a ser un problema?»

«Son sólo dieciséis años. No es como si estuviera acabado.»

«Pero ni siquiera llegas a los treinta. Tienes toda la vida por delante.»

Alice esbozó una sonrisa débil, aunque no le llegó a los ojos. «Ojalá fuera tan sencillo.»

Mientras las estilistas reanudaban su trabajo, la mente de Alice volvió a su padre. Le habría horrorizado esta boda, pensó con una punzada de tristeza.

Siempre había valorado la sencillez por encima del espectáculo, la sinceridad antes que la grandilocuencia. Cuando era pequeña, solía burlarse de sus sueños de boda de cuento de hadas, diciéndole que no eran las flores ni el vestido lo que importaba—sino la persona que esperaba al final del pasillo.

Le habría caído bien Aiden, pensó. El encanto de Aiden, su seguridad, esa fortaleza silenciosa; eran cualidades que su padre habría admirado. Pero no era sólo la admiración lo que atraía a Alice hacia Aiden.

En muchos sentidos, Aiden le recordaba a su padre: su instinto protector, su capacidad para hacerla sentir segura, esa certeza inquebrantable respecto al futuro.

Y quizá por eso se había enamorado de él tan deprisa—porque llenaba un vacío que ella no sabía que seguía ahí. Aiden no era sólo

su compañero; era su ancla. Una parte de ella se aferraba a él, no sólo por amor, sino por una necesidad desesperada de sentirse firme en un mundo que a menudo le resultaba abrumador.

Pensó en los cientos de invitados que esperaban su llegada y se entristeció al saber que Clara no estaría.

«Cariño, gracias por invitarme, esto no es lo mío», había dicho, extendiendo los brazos cubiertos de tatuajes, «no soy precisamente del establishment», resopló, «y bueno, que le den», su tono se volvió serio por un momento, «y además, no estoy segura de que te vaya bien a ti tampoco.»

Cuando Alice descendió la escalera, el peso de sus dudas oprimía su pecho. El gran vestíbulo vibraba con un zumbido contenido de actividad mientras los invitados empezaban a tomar asiento. El olor a rosas se quedaba en el aire, mezclándose con el tenue aroma de la madera pulida y la cera de las velas.

Aiden estaba al final del pasillo; su mirada fijada en ella con una intensidad que le cortó la respiración

6

El coche subió con suavidad por la sinuosa entrada de la finca Evermere, los neumáticos crujiendo sobre la grava cuando la casa apareció a la vista. Alice contuvo la respiración, los ojos se le abrieron al contemplarla. La había visto antes, por supuesto—en fotografías—pero, de algún modo, ahora le parecía aún más imponente. La mansión ultramoderna y elegante se alzaba en el acantilado como un centinela de cristal y acero, sus ángulos cortantes atrapando la pálida luz de la mañana. Abajo, el océano se extendía hasta el infinito, estrellándose contra las rocas escarpadas con un rugido amortiguado.

Cuando el coche se detuvo, Alice alisó la tela de su vestido intentando calmar los nervios. Se dijo que era solo la fatiga residual del largo vuelo de regreso desde la Riviera italiana. La luna de miel había sido exquisita, un borrón de aguas turquesa y pueblos bañados por el sol. Pero ahora, regresar a la realidad—o, más exactamente,*su*realidad—se sintió como entrar en un mundo ajeno.

El chófer abrió la puerta y Aiden salió primero, ofreciéndole la mano a Alice. «Bienvenida a casa, señora Chandler», dijo Aiden con una sonrisa.

Alice dudó apenas un segundo antes de tomarla. El título le resultaba extraño, como una chaqueta que no le encajaba.

Las enormes puertas delanteras se abrieron y una mujer alta y de aspecto severo salió a recibirlos. Karen Rivers. Alice la reconoció al instante, aunque el traje negro impoluto de la mujer y su postura impecable la hacían parecer aún más imponente en persona de lo que Alice recordaba. Karen había sido la asistente personal de Aiden durante años y, por lo que Alice entendía, también había estado profundamente implicada en todos los aspectos de la vida de Lydia.

Karen, una mujer de poco más de sesenta años, se movía con gracia y una autoridad nacida de años de experiencia y seguridad en sí misma. Su cabello, ahora de un suave plateado con rastros del rubio oscuro original, estaba peinado en un elegante bob a la altura del mentón que enmarcaba su rostro con soltura. Su piel, aunque marcada por finas líneas y arrugas más profundas alrededor de los ojos y la boca, lucía un tono saludable, mantenido con cuidado y un maquillaje sutil. Sus penetrantes ojos gris-azules seguían siendo agudos y perspicaces, un rasgo definitorio que se había vuelto aún más llamativo con la edad.

La figura esbelta de Karen no mostraba señales de fragilidad, prueba de una vida activa al servicio. Llevaba su edad con orgullo, vistiendo de forma sofisticada y apropiada: prendas atemporales y a medida. Ese día llevaba un jersey de un suave gris paloma, bajo un blazer entallado cruzado en color carbón. Sus pantalones ajustados estaban impecablemente planchados. En los pies calzaba botines de cuero negro, prácticos y de tacón bajo.

A pesar de su aspecto pulido, había un deje de algo inquietante en su porte, un aire de confianza contenida que convertía su presencia en algo imponente.

«Bienvenido de nuevo, señor Chandler», dijo Karen, su voz fría y profesional mientras daba un paso al frente. Echó una mirada fugaz a Alice, su expresión inescrutable. «Señora Chandler».

«Gracias, Karen», respondió Aiden, con un tono relajado y familiar. Señaló hacia Evermere. «¿Cómo están las cosas aquí?»

«Todo está tal y como lo dejó», dijo Karen, y su mirada se posó en Alice por el instante más breve. «El personal está preparado para la llegada de la señora Chandler.»

Alice sonrió por cortesía, aunque el tono de Karen la dejó incómoda. No era abiertamente hostil, pero tenía una aspereza, un filo que hacía sentir a Alice como si la estuvieran evaluando—y la encontraran insuficiente.

Aiden no pareció darse cuenta. Puso una mano en la espalda de Alice y la guió hacia la entrada. Las puertas se abrieron al acercarse, revelando el interior descomunal. Era todo lo que Alice recordaba: minimalista, impecable e imposiblemente moderno. Las paredes eran de cristal, ofreciendo vistas ininterrumpidas de los jardines y del océano en la distancia, mientras que los suelos eran un hormigón pulido tan impoluto que parecía brillar. Los muebles eran escasos pero de un valor imposible, cada pieza una declaración en sí misma. No parecía un hogar.

Al entrar, Alice no pudo librarse de la sensación de frialdad. Evermere era, sin duda, sobrecogedora, pero se parecía más a un museo que a una casa. No había calidez, ni sensación de confort. Y mientras sus ojos recorrían la decoración cuidadosamente comisariada, comprendió por qué.

Alice lo miró, forzando una sonrisa. «Es increíble», dijo Alice, con la voz suave. Y lo era. Los techos abrumadores, las líneas puras, la fusión sin fisuras entre los espacios interiores y exteriores—era una obra maestra de la arquitectura. Pero al volver la vista a la estancia, no pudo evitar sentir que no había sido hecha para alguien como ella. Era demasiado perfecta, demasiado pulida, demasiado… Aiden. Demasiado Lydia.

«Debe serlo», dijo Aiden con una leve sonrisa, haciendo un gesto para que lo siguiera más adentro de la casa. «Este lugar ha sido mi proyecto durante años». Dudó un instante antes de continuar: «...desde que tomé las riendas de la empresa. Quería algo que reflejara el futuro, algo audaz y visionario. Por eso lo llamé Evermere.»

«Tardó tres años en completarse», continuó Aiden mientras caminaban. «Trabajé con algunos de los mejores arquitectos del mundo. Todo aquí fue diseñado a medida, hasta el más mínimo detalle. El vidrio se importó de Alemania. El mobiliario es en su

mayoría escandinavo. Incluso la iluminación fue concebida para imitar la progresión natural del sol a lo largo del día.»

Su voz se animó ahora, sus ojos brillaban con entusiasmo. Habló de sistemas de energía limpia, de materiales innovadores y de una integración perfecta con el paisaje. Alice escuchó con atención, asintiendo en los momentos adecuados, pero cuanto más hablaba él, más fuera de lugar se sentía ella.

Aquella casa no era un hogar; era una declaración, un símbolo del poder y la visión de Aiden. Reflejaba todo lo que había logrado y todo lo que quería representar. Y allí, en medio de eso, Alice se dio cuenta de cuánto desentonaba.

«Es increíble», repitió, echando en secreto de menos la comodidad de su pequeño apartamento mientras se preguntaba si alguna vez llegaría a sentirse asentada en un lugar así.

Aiden dejó de andar y se volvió para mirarla, frunciendo el ceño. «¿Qué te pasa?», preguntó, con la voz más suave.

Alice dudó, entrelazando los dedos. «Es solo que…», se quedó en silencio, buscando las palabras. «Es demasiado.»

Aiden extendió la mano para tomar las suyas. «Lo es», admitió. «Pero te acostumbrarás», dijo. «Esta es tu casa ahora, Alice. Evermere es nuestro hogar.»

Nuestro hogar. Las palabras flotaron en el aire, cargadas de expectativa. Alice quería creerle, quería sentir que podía hacer suyo aquel lugar. Pero al mirar de nuevo la habitación, contemplando los ángulos marcados y las superficies impolutas, no pudo evitar sentirse una invitada en la vida de otra persona.

De Lydia.

Su presencia se mantenía en cada rincón de la casa. El arte en las paredes, los libros en las estanterías, los detalles sutiles que hablaban de su gusto impecable y de su planificación meticulosa. Incluso el tenue aroma en el aire—algo floral y sofisticado—parecía un vestigio suyo. El pecho de Alice se apretó cuando advirtió una pila perfectamente ordenada de libros de mesa sobre la mesa baja con tapa de cristal. Encima de la pila había un libro de tapa dura con la cara de Lydia en la portada: *Vivir bellamente: La guía de Lydia Chandler para la perfección.*

La voz de Karen irrumpió en los pensamientos de Alice. «Me he permitido organizar una visita guiada para la señora Chandler a finales de esta semana», dijo, con tono cortante. «Para que pueda familiarizarse con Evermere y el personal de la casa.»

Alice advirtió cómo todo el mundo siempre se refería a la casa por su nombre, como si fuera una persona. Como si estuviera viva.

«Qué considerado, Karen», dijo Aiden, mirando a Alice. «¿Te gustaría eso?»

Alice asintió rápidamente, forzando una sonrisa. «Sí, claro. Eso sería… útil.»

Karen asintió con un gesto seco, pero no dijo nada más. Se volvió hacia Aiden, su semblante suavizándose ligeramente.

«¿Quiere que el personal lleve su equipaje a su habitación?»

«Sí, gracias», dijo Aiden, la mano aún apoyada ligeramente en la espalda de Alice. «Por ahora, eso será todo.»

Karen vaciló, sus ojos volviendo a Alice una vez más antes de marcharse. En cuanto se fue, Alice exhaló lentamente, dándose cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Aiden se volvió hacia ella, con la expresión cálida y tranquilizadora.

«No hagas caso a Karen», dijo, como si leyera sus pensamientos. «Puede ser un poco… intensa, pero tiene buenas intenciones. Lleva años conmigo. Es prácticamente de la familia.»

Alice asintió, aunque el pecho aún le oprimía.*Familia,*pensó.

Aiden la condujo más adentro de la casa, señalando diversos detalles por el camino—la cocina de última generación, la extensa biblioteca, la piscina cubierta. Pero Alice casi no atendía a sus palabras. Su mirada se quedaba prendida una y otra vez en los rastros de Lydia que parecían tejidos en la propia estructura del edificio. En un pasillo colgaba una colección de fotografías perfectamente enmarcadas, la mayoría mostrando a Lydia en eventos glamurosos, con una sonrisa deslumbrante y segura. En el salón, una elegante consola sostenía un jarrón con rosas blancas recién cortadas—las mismas flores que Lydia solía tener siempre en la casa. La misma flor que Aiden le había regalado en su segunda cita.

Cuando llegaron al dormitorio principal, la inquietud de Alice se intensificó. La habitación estaba tan inmaculada como el resto de la casa, con ventanales de suelo a techo que ofrecían vistas impresionantes del océano. Pero fueron los detalles los que la inquietaron—la suave manta color crema apoyada al pie de la cama, la colección de frascos de perfume antiguos dispuesta en el tocador, la bata de seda colgada en el armario. Todo era de Lydia. Se preguntó por qué no habían retirado esas cosas. Lydia hacía casi dieciocho meses que no estaba.

Alice sintió una punzada de insuficiencia al entrar, rozando con los dedos el borde de la manta color crema. Sabía que no era justo compararse con Lydia, pero le resultaba imposible no hacerlo. Lydia había sido una presencia, más grande que la vida, una mujer que había cultivado la perfección en cada aspecto de su existencia. Y ahora, Alice se sentía una intrusa, un sustituto para alguien de quien Evermere—y quizá también las personas que vivían en él—no estaban preparados para desprenderse.

Aiden se volvió hacia ella. «¿Qué te parece?»

Alice vaciló, la mirada recorriendo la habitación. Quería decirle la verdad —que la casa le parecía fría y poco acogedora, que se sentía como un fantasma vagando por la vida de Lydia—. Pero no quería parecer desagradecida. Él la había traído hasta allí, a su vida, y le debía intentarlo.

«Es preciosa», dijo al fin, forzando una sonrisa. «Es… mucho para asimilar.»

Aiden sonrió entre dientes y le dio un beso en la frente. «Te acostumbrarás. Esta es tu casa ahora, Alice. Puedes hacerla tuya.»

Alice asintió, aunque en el fondo no estaba segura de creerle. ¿Cómo podría hacer suyo este lugar cuando cada rincón parecía susurrar el nombre de Lydia?

Mientras Aiden la atrajo hacia sí, apoyó la cabeza en su pecho, dejando que su calor la envolviera. Pero incluso al cerrar los ojos, la frialdad de Evermere persistía, asentándose en sus huesos.

Karen regresó un momento después, los tacones bajos resonando en el suelo pulido al acercarse. «El personal ha preparado todo para su llegada», dijo con soltura. «El vestuario de la señora

Chandler ha sido trasladado al dormitorio principal, y el chef ha preparado una cena de bienvenida para esta noche.»

«Excelente», dijo Aiden, con tono enérgico mientras miraba a Alice. «El chef Laurent es de los mejores.»

Alice asintió por educación, aunque la mención de un chef personal solo aumentó su desasosiego. Esa vida de lujo y perfección estaba tan alejada de todo lo que ella había conocido. Al crecer, la casa de su familia había sido pequeña y desordenada, llena de muebles dispares y del olor de la cocina de su padre. Había sido caótica e imperfecta, pero se sentía real. Esta casa, pese a toda su belleza, parecía una ilusión cuidadosamente construida.

Mientras Karen desaparecía por el pasillo, Aiden se volvió hacia Alice, su mano encontrando una vez más la parte baja de su espalda. «Vamos», dijo Aiden, con una sonrisa cálida. «Déjame mostrarte la vista desde la terraza de la azotea.»

Alice lo siguió sin decir palabra, con los pasos lentos y vacilantes mientras se internaban en Evermere. El océano se extendía ante ellos, infinito e implacable, sus olas golpeando los acantilados más abajo. Era, sin duda, sobrecogedor, pero mientras Alice miraba el horizonte tuvo la sensación de estar al borde de algo vasto y desconocido.

Aiden rodeó sus hombros con un brazo, atrayéndola hacia sí. «Va a ser increíble, Alice», dijo Aiden en voz baja. «Ya verás. Ahora formas parte de esto.»

Ella asintió, acurrucándose en su abrazo, pero sus pensamientos estaban lejos. Para Aiden, Evermere era la prueba de su visión, de su poder, de su capacidad para moldear el mundo que lo rodeaba. Para Alice, era un recordatorio de cuánto tenía que aprender, de adaptarse, de llegar a ser, y no pudo evitar preguntarse si alguna vez llegaría a ser la esposa que él necesitaba. Y, por un momento, se preguntó si siquiera quería convertirse en esa persona.

7

La casa estaba en silencio. Demasiado silencio.

Alice deambulaba por los pasillos cavernosos de Evermere, sus pasos amortiguados por las impecables alfombras de seda que cubrían los suelos. La interminable fachada de cristal enmarcaba una vista espectacular del océano, pero la fría y moderna elegancia del edificio sólo acentuaba el dolor de soledad que se había instalado en su pecho desde que Aiden se marchó a Europa hacía dos días.

Él había prometido que no sería mucho tiempo—una semana, tal vez dos—pero cada día se le antojaba una eternidad. Sin su presencia constante, Evermere parecía inmensa y poco acogedora, cada habitación vacía resonando con el peso de su historia.

Alice se detuvo en la sala principal; su mirada se posó en los muebles minimalistas y pulcros, dispuestos con la precisión de una portada de revista. Una mesa baja de cristal ahumado ocupaba el centro de la estancia, su superficie sosteniendo unos cuantos libros cuidadosamente seleccionados. A primera vista, parecía un montaje corriente, pero Alice sabía mejor. Esos no eran libros cualquiera—eran*de Lydia*libros.

Alargó la mano con vacilación y tomó uno de los volúmenes. El título brillaba en dorado:*Living Beautifully: The Lydia Evermere Guide to Perfection.*La cara de Lydia la miraba desde la cubierta, su sonrisa deslumbrante, su hermosa melena rubia miel cayendo en

ondas suaves sobre los hombros. Alice había visto esa imagen cien veces—en la casa, en internet, incluso en la oficina de Aiden—pero aun así le golpeó como un puñetazo.

El libro era sólo una de las muchas piezas del legado curado de Lydia esparcidas por la finca. No eran sólo los libros: cada habitación llevaba su impronta. El arte en las paredes, el mobiliario en tonos neutros, incluso la disposición de rosas blancas frescas en jarrones de cristal. Era como si Evermere fuera un santuario para ella, un monumento viviente a su vida y sus logros que no hacía más que recordarle a Alice sus propias carencias.

Alice dejó el libro y se acercó a la repisa de la chimenea, donde una serie de fotografías enmarcadas llamaron su atención. Las había visto antes sin detenerse; ahora no pudo evitarlo. Una foto mostraba a Lydia y Aiden en el estreno de una película, Aiden junto a ella con un esmoquin impecable. Otra los captaba de vacaciones, Lydia riendo apoyada en Aiden, su piel besada por el sol brillando contra el mar turquesa. Parecían increíblemente felices, increíblemente perfectos.

La garganta se le apretó mientras miraba las fotos. Quiso apartar la vista, pero no pudo.

Con un suspiro, se dio la vuelta y subió la amplia escalera hasta la segunda planta, las manos rozando la fría barandilla metálica. La casa pareció volverse más fría a medida que ascendía, el silencio cerrándose a su alrededor. En el rellano vaciló, la mirada atraída hacia una puerta al final del pasillo.

El armario de Lydia.

Algo en él le resultaba demasiado personal, demasiado invasivo, como si abrir esa puerta significara cruzar una línea. Pero ahora, sola en la casa, la curiosidad pudo más. Se acercó despacio, con el corazón latiéndole en el pecho, giró el pomo y empujó la puerta.

El aire dentro estaba inmóvil. La habitación era inmaculada, como todo en Evermere. Filas de prendas de diseñador colgaban ordenadas por colores, sus tejidos suaves reluciendo bajo la luz cenital. Estanterías cubrían las paredes exhibiendo una gama de accesorios caros: bolsos, zapatos, gafas de sol, todo perfectamente dispuesto. Una vitrina en el centro contenía las joyas de Lydia, cada

pieza brillando como si hubiera sido arrancada de un cuento de hadas.

Alice entró, sus dedos rozando el borde de una blusa de seda. Incluso las etiquetas en las estanterías estaban escritas a mano con la caligrafía elegante de Lydia. Era como si el tiempo se hubiera detenido allí, conservando un fragmento de ella que se negaba a desvanecerse.

La vista de Alice se fijó en una agenda encuadernada en cuero que reposaba en una de las baldas. Vaciló, las yemas de los dedos tanteando la cubierta. Sabía que no debía. No era suya. Pero algo en ella la llamaba. Con cuidado la tomó y hojeó las páginas. No era exactamente un diario—era más bien una planner, llena de notas y listas de tareas de Lydia. Su letra era tan impecable como todo lo demás, cada palabra trazada con precisión.

Photoshoot 2 PM. Call Karen re: brand sponsorship.

Confirm dinner with Vogue editor.

Order fresh roses for the house.

Las anotaciones eran mundanas, y aun así dibujaban la vida de alguien meticulosamente gestionado, cada momento contabilizado. Alice dejó la agenda con una mezcla extraña de envidia y resentimiento subiendo por su garganta. ¿Cómo iba a esperar tallar su propio espacio en una casa—y en una vida—tan completamente dominadas por la memoria de Lydia?

Salió del armario y bajó de nuevo. En la cocina se sirvió un vaso de agua, esperando calmar la sequedad de la garganta. Apoyada en la encimera, la mirada se le perdió por la ventana hacia el acantilado. El océano estaba en calma, su superficie destellando al sol. Debería haber resultado reconfortante, pero sólo la hizo sentirse más aislada.

El móvil vibró sobre la encimera; lo cogió con el corazón encogido y abrió Instagram. Otro post sobre Lydia. Era de una cuenta de fans, una foto antigua de Lydia en una gala. El pie de foto decía: *"Lydia Chandler era realmente única. Nadie podrá reemplazarla. #icon #perfection."*

Alice repasó los comentarios, el estómago haciéndose un nudo al leer las críticas tan familiares.

Su sustituta es tan sosa.

Aiden ha bajado el nivel, seamos realistas.

Lydia tenía clase. Esta nueva esposa es una simple zorra.

Cerró la aplicación con la mano apretando el teléfono, la respiración entrecortada. Se dijo a sí misma que no importaba, que eran desconocidos de internet que no sabían nada de ella. Pero las palabras dolieron igual, alimentando las dudas que la asediaban desde la boda.

Pensó en Aiden, en sus promesas de ayudarla a abrir su propia galería, de darle el espacio para perseguir sus pasiones. Pero, de pie allí, rodeada por la presencia que aún flotaba de Lydia, se preguntó si ese espacio llegaría a ser realmente suyo —o si siempre viviría a la sombra de otra persona.

El sonido de pasos la hizo sobresaltar, y se volvió para ver a Karen en el umbral, su expresión tan fría e inescrutable como siempre.

«¿Está todo bien, señora Chandler?», preguntó Karen, su tono cortés pero distante.

Alice asintió con rapidez, forzando una sonrisa. «Sí, todo está bien. Gracias», dijo.

Karen se quedó un instante, la mirada afilada y evaluadora, antes de asentir con brusquedad. Alice exhaló despacio; el nudo en su pecho se apretó aún más.

Mientras volvía a mirar al océano, un solo pensamiento hizo eco en su cabeza:*No pertenezco aquí.*

Alice se quedó contemplando el mar como si su inmensidad pudiera tragarse sus dudas. Pero por más que intentara mantenerse centrada, el silencio de Evermere parecía presionarla, amplificando cada pensamiento inseguro.

Se acercó al fregadero y enjuagó su vaso cuando Karen habló de nuevo, con una presencia tan punzante y deliberada como siempre. Alice se tensó. Karen no se apresuraba; se movía como quien sabe que tiene un lugar ganado, cada paso suyo lleno de propósito, cada mirada una evaluación.

«Debe de ser todo un cambio para usted, adaptarse a Evermere», dijo Karen, su tono seco pero cortés.

Alice dejó el vaso y se volvió a mirarla. «Es… distinto a lo que estoy acostumbrada», respondió.

Karen esbozó una sonrisa fina, de esas que no llegan a los ojos. «Sí, es una casa singular. Lydia tenía un don para crear un hogar que se sentía…» Hizo una pausa, buscando la palabra. «Eterno.»

Alice se erizó. «Es preciosa. Tenía un gusto excelente», replicó.

«Lo tenía», admitió Karen, y su tono se suavizó un poco. Se acercó, la mirada recorriendo la estancia. «Todo lo que ve aquí —la decoración, el arte, incluso la distribución— es todo de Lydia. Tenía una visión. Nunca dejaba nada al azar.»

Alice no respondió, sin saber cómo manejar la conversación. Se movió con torpeza, los dedos aferrándose al borde de la encimera.

La mirada de Karen volvió hacia ella, afilada y calculadora. «Debe de ser… intimidante, calzarse sus zapatos», dijo.

Alice sintió las palabras como una bofetada, aunque el tono de Karen siguió sereno. «No intento reemplazarla», murmuró ella. «Solo quiero construir una vida con Aiden.»

«Por supuesto», dijo Karen con suavidad, aunque su expresión dejaba entrever un atisbo de escepticismo. «Pero no es fácil, ¿verdad? Lydia era…» Suspiró, como si el recuerdo fuera demasiado para poner en palabras. «Era extraordinaria. Tenía esa… presencia, esa forma de hacer que todo pareciera sin esfuerzo.»

Alice tragó saliva; la garganta se le apretó. «Suena como alguien notable», dijo.

«Oh, lo era», afirmó Karen, con voz casi reverente. «Era mucho más de lo que la gente veía en internet. Brillante, ambiciosa, generosa. Daba tanto de sí misma —a sus seguidores, a la gente que quería—. Quería que todo fuera perfecto, no por ella, sino por los demás. Por eso su desaparición fue una tragedia. Una mujer así, y se fue demasiado pronto…» Se quedó en silencio, negando con la cabeza como si el pensamiento fuera doloroso.

Alice vaciló, el corazón golpeándole. «Tuvo que ser duro para todos. Perderla así…»

Los ojos de Karen se ensombrecieron ligeramente y se apoyó en la encimera, con una postura engañosamente casual. «Duro se queda corto. Sobre todo para Aiden. Él quedó devastado, claro.

Perder a Lydia rompió algo en él, aunque lo disimula bien. Nunca lo superará.» Hizo una pausa, fijando la mirada en Alice.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Alice. «Creía que había sido un accidente», dijo con cautela. «El yate desapareció, ¿no?»

Karen ladeó la cabeza, su expresión impenetrable. «Eso dicen los informes. Pero nunca se encontró ningún resto. Ninguna señal de auxilio, ningún escombro. Es como si ella y el yate se hubieran desvanecido en el aire, y con ellas Lydia.» Enderezó la espalda, como si quitara una mota de polvo inexistente de la manga. «Y Lydia no era de las que dejaba las cosas al azar. Siempre tenía un plan. No tenía sentido.»

El pulso de Alice se aceleró; una mezcla de curiosidad y malestar se apretó en su pecho. «¿Cree que… podría seguir ahí fuera? ¿En algún lugar?» La idea la horrorizaba.

La sonrisa de Karen reapareció, leve y condescendiente. «Creo que Lydia era mucho más complicada de lo que la mayoría se imagina. Tenía capas, secretos. Al fin y al cabo, todos los tenemos, ¿no?»

Alice no supo qué decir. Quiso preguntar más, presionar a Karen por detalles, pero la expresión de la mujer mayor ya había cambiado, cerrándose como una puerta que se cierra en silencio.

Karen miró el reloj en la pared. «Bueno, debería volver al trabajo. Evermere requiere atención constante.» Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo en el umbral y miró por encima del hombro. «Estoy segura de que acabará adaptándose, señora Chandler. Solo requiere tiempo. Pero recuerde, Lydia puso un listón muy alto.» Sus ojos brillaron con algo que Alice no supo identificar —¿era lástima? ¿O algo más siniestro?— «La gente espera que usted esté a la altura.»

Con eso, Karen desapareció por el pasillo, y Alice quedó sola en la cocina. El silencio regresó, más pesado que antes, y Alice sintió cómo el frío lo impregnaba todo.

Se apoyó en la encimera, la mente a mil por hora. Las palabras de Karen resonaban en su cabeza, con las sutiles puyas e insinuaciones clavándose hondo.

Por primera vez, Evermere no solo le pareció fría y poco acogedora. Le pareció encantada —no por fantasmas, sino por secretos.

8

El regreso de Aiden trajo una extraña clase de alivio. Su presencia llenó los huecos vacíos, su voz cortó el pesante silencio que se había instalado en la finca durante su ausencia. Pero, para Alice, también supuso un renovado sentido de tensión.

Lo observaba desde un rincón del amplio salón mientras hablaba con David Steinberg, el administrador de la finca. David era una presencia que calmaba la casa, un hombre de finales de cuarenta con el cabello plateado y una manera de hablar serena y mesurada. Había sido amable con Alice desde el principio, ofreciéndole suaves seguridades cuando la veía sobrepasada.

«Todo está en orden», dijo David, entregándole a Aiden una carpeta encuadernada en cuero. «El equipo de jardinería ha sido informado, y las mejoras de seguridad que pediste se han completado»,

Aiden asintió, hojeando las páginas sin mirarlas en realidad. «Bien». «¿Y la galería?» preguntó Alice.

«Sigue en discusión», respondió David, echándole a Alice una mirada breve antes de volver la vista hacia Aiden. «Los arquitectos esperan tu aprobación final sobre los diseños»,

El estómago de Alice se contrajo. La galería —la que Aiden le había prometido ayudar a abrir— seguía siendo nada más que una idea en papel. Ella lo había intentado sacar a colación varias veces,

pero Aiden siempre lo desestimaba, diciendo que había asuntos más urgentes que atender primero. No quería presionarle, pero la demora empezaba a irritarla.

Cuando David salió de la habitación, Alice se acercó con cautela. «¿Dijo algo David?» preguntó, intentando sonar casual.

Aiden levantó la vista de la carpeta, frunciendo un poco el ceño. «¿Por qué? ¿Sobre qué?»,

«Sobre mi conversación con él. Sobre Lydia. Solo tenía... curiosidad», murmuró Alice.

La expresión de Aiden se ensombreció y cerró la carpeta con un chasquido seco. «Alice, ya te lo he dicho antes—la vida de Lydia no es algo a lo que necesites prestarle atención. No vayas a hacer preguntas»,

Su tono fue firme, pero había algo debajo, algo que hizo que Alice se sintiera como un perro reprendido. Se erizó, las mejillas le enrojecieron. «No intentaba entrometerme. David no dijo nada. De hecho, se negó a hablar de ello, por eso»,

—«¡Basta!» interrumpió Aiden, su voz más fría ahora. «David es un buen hombre, pero no es su lugar—ni el tuyo—hurgar en el pasado. Lydia se ha ido. Déjala descansar»,

Las palabras dolieron, y Alice retrocedió un paso, con la garganta apretada. No había querido alterarle, pero ahora sentía que había cruzado una línea invisible. «Lo siento», murmuró.

Aiden suspiró, apretándose el puente de la nariz con los dedos. «No quiero discutir por esto. Eres mi esposa, Alice. Necesito que confíes en mí»,

«Confío en ti», dijo Alice de prisa, desesperada por enmendar la grieta que sin querer había creado.

«Bien», dijo él, suavizando el tono. «Entonces dejémoslo atrás. Tenemos un evento esta noche, y necesito que te concentres en eso»,

Alice asintió, aunque el pecho le seguía apretado. «¿Qué clase de evento?»

«Una gala benéfica», dijo Aiden, soltando su mano. «Es importante. Habrá gente que necesitas conocer»,

El estómago de Alice se retorció. Odiaba ese tipo de eventos—la mirada escrutadora, los susurros. Pero asintió igual, forzando una sonrisa. «Me prepararé»,

«Ya me he encargado de eso», dijo Aiden, señalando la escalera. «Hay un vestido sobre la cama para ti. Creo que te verás deslumbrante»,

Sus palabras querían ser reconfortantes, pero Alice no pudo evitar sentir un destello de inquietud. Subió las escaleras despacio, sus pasos resonando en la inquieta quietud de Evermere. Cuando llegó al dormitorio principal, encontró el vestido dispuesto con cuidado sobre la cama, su seda brillando bajo la luz suave. Era impresionante—un vestido de un rojo carmesí profundo con corsé ceñido y falda fluida que ondeaba como agua. Pero no era el vestido que ella habría elegido. Era atrevido, dominante, y completamente contrario a su estilo habitual, más sutil.

Lo tomó, y dejó que los dedos recorrieran la tela. Era precioso. Pero, una vez más, no se sentía como suyo. Miró al espejo, imaginándose en el vestido, al lado de Aiden mientras el mundo observaba. ¿La verían a ella, o solo verían a la sustituta de Lydia?

Apartando el pensamiento, Alice se metió el vestido y se situó frente al espejo. El vestido le sentaba perfecto, su color profundo dando calidez a su piel pálida. Ajustó las tiras, estirando la tela sobre las caderas, y se obligó a sonreír. Esto era lo que Aiden quería, y lo haría por él.

Al recoger los stilettos que él había dejado junto a la cama, una oleada de determinación la sacudió. Iba a ir a la gala. Iba a sonreír y a encantar a los invitados. Y demostraría—a Aiden, al mundo y a sí misma—que podía hacerlo.

Pero Evermere era un lugar extraño para acomodarse. Se sentía habitada, no por fantasmas, sino por secretos.



La gala fue un espectáculo.

El gran salón de baile, con sus candelabros centelleantes y paredes revestidas de paneles espejados, estaba lleno de gente influyente. El suave murmullo de las conversaciones se mezclaba con las delicadas notas de un cuarteto de cuerda en vivo, creando una atmósfera de sofisticación sin esfuerzo. Sin embargo, para Alice, no se sentía en absoluto sin esfuerzo.

En el momento en que ella y Aiden salieron del coche, fueron recibidos por una lluvia de flashes y voces. Paparazzi flanqueaban la alfombra del recorrido, sus cámaras disparando frenéticamente mientras gritaban el nombre de Aiden—y el suyo, aunque con mucho menos entusiasmo. Alice se aferró al brazo de Aiden, la sonrisa congelada en su rostro mientras él la guiaba, saludando cortésmente a la multitud. Podía notar que a él le resultaba natural estar frente a la prensa. A ella, no.

Dentro, la atención no era menos abrumadora. Los invitados se arremolinaban alrededor de Aiden, ansiosos por estrecharle la mano o captar su atención. Consejeros delegados, políticos y celebridades entraban y salían de su órbita, y sus miradas se posaban en Alice con distintos grados de curiosidad. Algunos sonreían con calidez, pero la mayoría le ofrecía una mirada fría y evaluadora que ella ya temía: cortés, sí, pero cargada de juicio.

«Lo estás haciendo muy bien», murmuró Aiden en su oído cuando se detuvieron cerca de la barra, su tono conciliador. Ella asintió, forzando otra sonrisa mientras sorbía la copa de champán que él le había entregado.

El vestido que había elegido se ceñía a su cuerpo en todos los sitios adecuados; su color atraía más atención de la que ella deseaba. Notó a más de uno mirándola, sus ojos recorriéndola como si intentaran medir hasta qué punto estaba a la altura. Los nervios le vibraban bajo la piel.

«Alice», dijo Aiden, tirando de ella con suavidad hacia un grupo de invitados en el borde de la sala. «Hay alguien que me gustaría que conocieras.»

Ella lo siguió, consciente de cada paso en sus tacones de aguja, hasta que se acercaron a un hombre alto con rasgos afilados y un

traje impecable. Su cabello oscuro estaba empezando a clarear, y su boca carnosa se curvaba en una sonrisa ensayada al acercarse.

«Alice, este es Ian Carlisle», dijo Aiden, su tono frío pero cordial. «Fue socio de negocios de Lydia.»

La sonrisa de Ian se ensanchó mientras extendía la mano hacia Alice. «Ah, la*new*Sra. Chandler. Es un placer conocerte por fin. He oído tanto sobre ti.»

Alice tomó su mano; el apretón fue firme y se prolongó un segundo de más. «También es un gusto conocerle, Sr. Carlisle», dijo ella.

«Por favor, llámame Ian», dijo con suavidad. Su mirada se deslizó hacia Aiden. «Has hecho un buen trabajo, Aiden. Ella es encantadora.»

La expresión de Aiden no cambió, pero Alice sintió la tensión en su postura. «Gracias», dijo él con calma.

Ian volvió su atención a Alice; sus ojos brillaban con interés. «Debe de ser todo un ajuste, entrar en este mundo. Lydia siempre decía que hacía falta una constitución fuerte para navegarlo.»

La sonrisa de Alice flaqueó y miró a Aiden, esperando algún tipo de rescate. Pero él ya escudriñaba la sala, su atención en otra parte. «Sin duda… es un desafío», dijo ella, con la voz vacilante.

Ian soltó una carcajada, baja y cómplice. «Me lo imagino. Lydia, claro, era natural. Tenía una manera de imponerse en una sala, ¿no es así, Aiden?»

«Era especial», dijo Aiden, cortante, su tono sin espacio para más.

Ian pareció no darse cuenta—o quizá no le importaba. Se inclinó un poco hacia Alice y bajó la voz a un tono conspirador. «¿Sabes? Lydia y yo construimos algo increíble juntos. Tenía una visión, un empuje... Pero incluso ella a veces lo pasaba mal. No todo es diversión y juegos.»

El pulso de Alice se aceleró. «¿A qué te refieres?»

Los ojos de Ian brillaron con algo astuto, y miró a Aiden antes de continuar. «Oh, solo que la vida en el foco trae sus dificultades. Las relaciones, especialmente, pueden ser… complicadas.»

La boca de Aiden se tensó. «Ya basta, Ian.»

Ian alzó las manos en un gesto de rendición fingida, su sonrisa inmutable. «Por supuesto, por supuesto. No pretendía excederme.» Volvió a mirar a Alice, y su mirada se detuvo un segundo de más. «Estoy seguro de que te adaptarás, Sra. Chandler. Pareces… adaptable.»

Alice no supo qué responder; su cabeza zumbaba por la implicación. Forzó una sonrisa cortés mientras Ian se disculpaba y se desvanecía en la multitud, dejando a su paso un escalofrío.

Cuando Ian desapareció entre la gente, los dedos de Alice se apretaron alrededor de la base de la copa mientras intentaba asimilar la conversación. El hombre tenía una presencia que se sentía casi depredadora, como un tiburón que rodea en aguas tranquilas. Había algo en su sonrisa que le erizaba la piel.

«¿Quién demonios se cree que es?» Observó cómo rozaba la mano contra el trasero de una modelo famosa que estaba a varios metros.

«No le prestes atención», dijo Aiden en voz baja, rozándole la zona lumbar con la mano, lo que la hizo estremecerse. Su voz era firme, pero con un filo nuevo, una tensión que antes no había. «A Ian le encanta remover el avispero. Siempre ha sido así.»

Alice asintió, pero su mente estaba lejos de aquietarse.

«No me importa una mierda lo que insinúe», continuó Aiden, su tono cortante. «No tienes por qué preocuparte por eso. Centrémonos en esta noche.»

Ella volvió a asentir, aunque el nudo en el estómago no aflojaba. La actitud de Aiden no hacía más que aumentar su inquietud. Estaba segura de que los comentarios de Ian habían sido deliberados; quería desequilibrarla.

Su mirada recorrió la sala en busca de Ian. Él estaba junto al borde de la pista de baile, una copa en la mano mientras hablaba con una mujer de vestido naranja. Su postura era relajada, su sonrisa encantadora, pero Alice no conseguía quitarse la sensación de que la observaba incluso mientras reía por algo que la mujer había dicho.

«¿Quién *is*es, en realidad?» preguntó Alice, con la voz baja.

Aiden siguió su mirada, sus labios apretándose de nuevo. «Ian fue uno de los colaboradores más cercanos de Lydia. Le ayudó a lanzar su marca, asegurar alianzas, expandir su alcance. Fue… indispensable para su éxito.»

Algo en el tono de Aiden hizo que Alice se detuviera. «No te cae bien», dijo, más una afirmación que una pregunta. «¿Verdad?»

Aiden vaciló. «No se trata de que me caiga bien o no. Ian es—era—una parte necesaria de la vida de Lydia. Es astuto, y sabe cómo meterse bajo la piel de la gente.»

Alice frunció el ceño, su inquietud aumentando. «¿Por qué iba Lydia a trabajar con alguien así?»

«Porque ella creía que lo necesitaba», dijo Aiden, su voz tensa. «Y quizá lo necesitaba. Pero Ian siempre tuvo su propia agenda.»

A medida que avanzaba la noche, Alice no conseguía quitarse la sensación de que la estaban observando. Incluso cuando ella y Aiden se movían entre la multitud, intercambiando cortesías y manteniendo una conversación educada, sentía el peso de la mirada de Ian posándose sobre ella. No era algo evidente —él era demasiado hábil para eso—, pero lo había sorprendido mirándola más de una vez, con una expresión que la inquietaba.

Alice miró a Aiden; su perfil estaba tranquilo y sereno mientras saludaba a otro invitado. Era tan bueno en esto —en desenvolverse en estos eventos, en mantener una imagen esculpida—. Pero bajo la superficie sabía que había grietas en los cimientos. Y empezaba a preguntarse hasta qué profundidad llegaban.

Más tarde, por la noche, Alice se encontró sola por primera vez desde que habían llegado. Aiden se había visto absorbido por una conversación con un grupo de inversores y ella se había disculpado para tomar aire. Se quedó al borde del salón, observando a la multitud.

«¿Te sientes como un pez fuera del agua?»

Alice se tensó al oír la voz de Ian. Se volvió y lo encontró a su lado, con la sonrisa tan suave como siempre. «Un poco», admitió,

aunque enseguida se arrepintió de haber sido sincera.

«Es mucho que asimilar, ¿no?», dijo, su tono casi compasivo. «Este mundo puede ser... implacable.»

Alice sostuvo su mirada, con los nervios a flor de piel. «Me las arreglaré», dijo.

Ian se rió entre dientes, un sonido grave y cómplice. «Estoy seguro de que sí. Pero si alguna vez necesitas un consejo —alguien que entienda por lo que estás pasando—, espero que me consideres un amigo. Soy muy bueno con mis amigos», dijo, mirándola de arriba abajo, desnudándola con la mirada.

Alice forzó una sonrisa educada. «Gracias, Ian. Es amable por tu parte, pero Aiden se ocupa de todas mis... necesidades.»

Su sonrisa se amplió, pero había algo amenazador en ella, algo que a Alice le dieron ganas de echar a correr. «El placer es mío, Sra. Chandler», dijo, su tono teñido de algo que ella no lograba identificar.

Y con eso, desapareció entre la multitud, dejando a Alice sola. Mientras la música se elevaba y la sala daba vueltas a su alrededor, no pudo evitar preguntarse en qué tipo de vida se había metido y si realmente tenía estómago para gente como Ian Carlisle.

9

Los primeros rayos de luz matinal se filtraban a través de las paredes de cristal del dormitorio, tiñendo la habitación de tonos dorados suaves y rosas pálidos. Alice se removió bajo las sábanas de seda; el calor del cuerpo de Aiden presionaba su espalda. Sintió su brazo sobre la cintura, sus dedos rozando la piel desnuda de la cadera donde el camisón se le había subido durante la noche.

Por un momento permaneció inmóvil, dejándose saborear la íntima quietud del instante. El ritmo sereno de su respiración, el leve aroma de su colonia que quedaba en la almohada —esos eran los momentos que más atesoraba, los que le recordaban por qué estaba allí.

Aiden se movió detrás de ella, su brazo apretándose ligeramente alrededor de su cintura. «Buenos días», murmuró, su voz baja y áspera por el sueño.

Alice sonrió débilmente; los ojos aún cerrados. «Buenos días».

Él se inclinó, presionando un beso perezoso sobre su hombro. Sus labios estaban calientes, y el suave roce de su barba le provocó un escalofrío. «Estuviste inquieta anoche», dijo en voz baja, su mano deslizándose por su costado, los dedos rozando la curva de sus costillas.

«¿Lo estaba?» Se giró sobre la espalda para mirarlo, el cabello de él ligeramente despeinado. A la luz de la mañana, parecía menos el

hombre pulido y dominante que se movía por el mundo con tanta autoridad y más el vulnerable que ella quería que fuera.

«Lo estabas», dijo, una pequeña sonrisa curvando sus labios. «¿Algo te preocupa?»

Alice vaciló, sus dedos rozando sus labios en un gesto juguetón. Sus inseguridades le pesaban demasiado como para formuladas en palabras. «Estoy bien».

Aiden la miró un instante. «Te preocupas demasiado», dijo, su mano deslizándose bajo las sábanas para posarse en su muslo.

Alice asintió, el aliento entrecortándose cuando su mano empezó a moverse, trazando círculos lentos y deliberados sobre su piel. Él se inclinó, capturando sus labios en un beso que al principio fue suave y luego más profundo, más insistente. Su peso cambió, y ella se dejó hundir en el colchón, las manos enredándose en su cabello mientras el cuerpo de él se pegaba al suyo.

Su boca bajó de los labios al cuello, su aliento cálido contra la piel. Alice se arqueó bajo él, las manos deslizándose por la lisa extensión de su espalda, atrayéndolo hacia ella.

«Eres hermosa», murmuró contra su clavícula, su voz cargada de algo que ella no alcanzaba a nombrar. «Eres jodidamente hermosa».

Alice cerró los ojos, dejándose perder en él. La sensación de sus manos, sus labios, la manera en que pronunciaba su nombre la embriagaba. En momentos como ese casi conseguía olvidar la sombra siempre presente de Lydia y las dudas que rondaban como buitres.

Cuando terminó, Aiden se giró de lado, atrayéndola contra su pecho. Alice apoyó la cabeza en su hombro, los dedos dibujando patrones perezosos sobre su piel. Durante un rato, permanecieron en un silencio cómodo, el único sonido el lejano oleaje.

Poco a poco, Aiden se movió, depositando un beso en la coronilla de su cabeza. «Tengo que irme», su voz rompiendo el hechizo de la mañana.

Alice suspiró, el calor de su cuerpo empezando ya a desvanecerse cuando él se incorporó y colgó las piernas al borde de la cama. Lo observó mientras alcanzaba su ropa, sus movimientos rápidos y eficientes. Tenía la habilidad de cambiar de registro con

tanta naturalidad, deslizarse del papel de su amante al del hombre de negocios autoritario que el mundo conocía.

Aiden abrochó la camisa, mirándola por encima del hombro. «Tenemos una cena con Ian esta noche», dijo con tono casual. «Volveré tarde, pero no te preocupes por nada. Solo prepárate».

Alice asintió, incorporándose y apretando la sábana contra el pecho. «Nos vemos esta noche, entonces».

Él cruzó la habitación y se inclinó, rozando un último beso contra sus labios. «Estarás perfecta», dijo, con una pequeña sonrisa. Y luego se fue, dejándola sola en el vasto y resonante silencio de una casa que todavía no se sentía como un hogar.



Cuando llegó la noche, Alice estaba nerviosa. Se había puesto un ceñido vestido negro que Aiden le había pedido que llevara, una tela que moldeaba su figura y la hacía sentir a la vez expuesta e inestable. Se quedó frente al espejo, ajustándose el delicado collar de diamantes que Aiden le había regalado el día de su boda, e intentó reunir una apariencia de seguridad.

El sonido del timbre resonó por Evermere. Alice bajó la escalera y encontró a Ian ya acomodado en el salón. Sostenía una copa de whisky, la postura relajada mientras observaba la habitación con aire de facilidad ensayada.

«Ah, Alice», dijo con suavidad, poniéndose en pie cuando ella se acercó. «Estás preciosa, como siempre». Su familiaridad la hizo sentir incómoda al instante.

«Gracias», dijo Alice, la voz tensa. «Siéntete como en casa».

«Lo haré», respondió Ian, los ojos brillando con algo inescrutable.

La sonrisa de Alice flaqueó, pero antes de que pudiera responder, Karen apareció en el umbral, la expresión tan compuesta como siempre. Llevaba una bandeja con una botella de vino y dos copas, que dejó sobre la mesa de café con precisión.

«Señora Chandler», dijo Karen, con tono cortés pero frío. «¿Todo está a su gusto?»

«Sí, gracias», respondió Alice, sirviéndose una copa de vino.

Karen se detuvo un instante, la mirada rebotando entre Alice e Ian. «A Lydia siempre le encantó organizar cenas como esta», dijo, la voz teñida de nostalgia mientras servía la comida y las bebidas.

Ian soltó una carcajada, haciendo girar su whisky. «En efecto. Lydia era única en su género. Pero Aiden siempre ha tenido una manera de escoger mujeres con... potencial».

Las palabras fueron un cuchillo, apenas embotado por la sonrisa falsa en el rostro de Ian.

«Gracias, Ian. Es muy amable por su parte.»

Aiden entró en la sala, su presencia imponente como siempre. Se acercó al lado de Alice y le posó una mano reconfortante en la espalda, como solía hacer. «Ian, Karen», dijo con tono firme, «mantengamos la noche centrada en el futuro, ¿de acuerdo?»,

Karen inclinó la cabeza, aunque su rostro permaneció impasible. «Por supuesto, Sra. Chandler»,

Ian esbozó una mueca, alzando la copa en un brindis fingido. «Por el futuro, entonces»,

La cena fue un acto forzado. El comedor, con sus ventanales del suelo al techo que daban al paisaje. La mesa, puesta con copas de cristal y bajoplatos de plata, le recordaba el espectáculo que se esperaba de ella.

La conversación empezó con la cortesía de siempre—charlas sobre últimos negocios, eventos benéficos y el estado de la economía. Pero no tardaron en aparecer las puyas sutiles.

«Pues, Alice», dijo Ian, dejando la copa de vino y clavándole una sonrisa que no alcanzaba sus ojos, «¿qué tal te va la vida de casada? ¿Te estás adaptando bien, supongo?»,

Alice asintió, los dedos apretando el tenedor. «Ha sido maravillosa, gracias»,

«Maravillosa», repitió Ian, alargando la palabra como si la pusiera a prueba. «Me alegra escucharlo. Claro, debe de ser todo un cambio

para ti. Lydia siempre decía que era… un gusto que se adquiere»,

El estómago de Alice se encogió. «Seguro que es un ajuste para cualquiera», dijo con cuidado, mirando a Aiden en busca de apoyo. Pero él estaba concentrado en su plato, su expresión inescrutable. «No todo el mundo ansía las cosas buenas de la vida». Se arrepintió al instante de la observación cuando Aiden la fulminó con la mirada.

Karen, que había permanecido callada hasta ese momento, esperando indicaciones o nuevas órdenes, se inclinó un poco hacia adelante. «Es un ajuste», dijo, su tono suave pero punzante, «exige cierto nivel de aplomo, de confianza. La Sra. Chandler lo entendía. Tenía una forma de poner a la gente en confianza, de hacer que todo pareciera effortless. No es algo que se enseñe». Cruzó entre Ian y Karen una mirada que Alice no supo descifrar, pero Aiden no pareció notarlo.

«Lydia era extraordinaria, algo único», concordó Ian, desviando la mirada hacia Alice. «Pero estoy seguro de que encontrarás tu propio camino, Alice. Con el tiempo»,

Las palabras sonaron a cumplido envenenado, y a Alice le costó mantener la compostura. «Gracias», dijo en voz baja, esperando que Aiden interviniera.

Karen sonrió de manera tenue. «Aiden siempre ha tenido un don para reconocer el potencial. Debe ver algo en ti, Alice. Algo… especial»,

La insinuación quedó suspendida en el aire y a Alice se le encendieron las mejillas. Antes de que pudiera responder, Aiden habló, con voz firme pero sosegada. «Alice está exactamente donde pertenece»,

Karen inclinó la cabeza, el rostro impenetrable. «Por supuesto». Se disculpó y salió del comedor.

La conversación cambió de rumbo entonces, pero la tensión persistió. Ian se lanzó a contar una historia sobre un trato reciente, su voz empapada de autocomplacencia al relatar las negociaciones. Ian y Aiden hablaban con la soltura de quienes llevan años en este mundo, sus palabras cargadas de un código implícito que a Alice le costaba seguir.

En un momento, Ian volvió a dirigirse a Alice, los ojos brillándole de curiosidad. «¿Tienes planes de implicarte en el trabajo de Aiden?», preguntó, «Lydia siempre fue muy práctica. Tenía una mente brillante para la estrategia»,

Alice vaciló, sin saber qué responder. «Aún estoy descubriendo dónde puedo aportar», dijo. «El trabajo de Aiden es… impresionante, pero la tecnología no es realmente lo mío»,

Ian se rió entre dientes, su sonrisa ensanchándose. «Eso es quedarte corto», dijo sin pudor. «Pero no te preocupes—Aiden es un hombre paciente»,

Alice apretó el tenedor, pero se obligó a sonreír. «Seguro que encontraré mi sitio»,

«No tengo ninguna duda», dijo Ian con naturalidad, aunque una chispa de diversión en sus ojos le daban ganas de darle un puñetazo.

Cuando sirvieron el postre—un delicado parfait acompañado de oporto de añada—los nervios de Alice estaban al límite. El peso de la velada caía sobre ella, cada comentario y cada mirada reafirmaban la sensación de estar fuera de su profundidad. Aiden, percibiendo su incomodidad, le tomó la mano por debajo de la mesa.

«Lo estás haciendo bien», susurró con voz tan baja que solo ella pudo oír,

Pero «bien» no bastaba. A medida que avanzaba la noche, Alice sintió que la ponían a prueba—y que estaba suspendiendo. No entendía por qué Aiden toleraba a ese hombre ni por qué se le permitía tratarla como si fuera basura.

Cuando al fin terminó la cena y su invitado se marchó, Alice se retiró al dormitorio, el pecho apretado por la frustración y el dolor. Aiden se unió a ella unos minutos después, el rostro inescrutable mientras se aflojaba la corbata.

«Alice», dijo en voz baja, sentándose a su lado en el borde de la cama, «no puedes dejar que la gente te afecte. Necesito que seas fuerte»,

Alice asintió, aunque el nudo en el pecho no aflojó. «Es que… no sé cómo competir con ella, Aiden. Todo el mundo la quería tanto. Me siento como una invitada en mi propia vida»,

«No estás compitiendo con ella», dijo Aiden con firmeza. Alzó su barbilla, obligándola a mirarlo. «Ahora eres mi mujer»,

Pero mientras la besaba, sus labios insistentes contra los suyos, Alice no pudo evitar preguntarse si realmente era tan sencillo—o si Lydia siempre estaría ahí, entre ellos.

10

El suave zumbido de la voz de Aiden se filtraba a través de la gruesa puerta de madera de su despacho. Había sido así durante días— him refugiándose en su trabajo, pasando horas en reuniones y llamadas mientras Alice deambulaba sin rumbo por los extensos terrenos de Evermere. El calor que había definido sus primeros días juntos se estaba escurriendo, sustituido por un frío profesionalismo.

Estaba de pie fuera de la puerta, vacilante, la mano suspendida justo sobre el tirador de latón. No hablaban como es debido desde hacía días; sus conversaciones se habían reducido a comentarios fugaces sobre horarios y planes para cenar. No era la vida que ella se había imaginado cuando se comprometieron. La promesa de abrir una galería, de perseguir su pasión por el arte, había sido su ancla durante el torbellino de su relación. Pero ahora esa promesa parecía un recuerdo distante.

Respirando hondo, Alice empujó la puerta y entró. Aiden estaba en su mesa, rodeado de monitores elegantes y montones de documentos. Apenas levantó la vista cuando ella entró, los dedos volando sobre el teclado.

«Aiden», comenzó ella en voz baja, casi vacilante. «¿Podemos hablar?»,

Suspiró, reclinándose en su silla mientras se quitaba las gafas. «Estoy en medio de algo, Alice. ¿Puede esperar?»,

«No, no puede», dijo ella, sorprendiéndose por la firmeza de su tono. Cruzó la estancia y se sentó en una de las sillas frente a su escritorio, las manos entrelazadas con fuerza en el regazo. «Tenemos que hablar de la galería»,

Aiden se frotó las sienes, con el gesto cansado. «Alice, ya hemos hablado de esto—»,

«No, no lo hemos hecho», lo interrumpió ella, su voz ahora más cortante. «Tú sigues apartándolo, pero me lo prometiste, Aiden. Dijiste que me ayudarías a abrir mi propia galería. Dijiste que sería mi proyecto, mi oportunidad para construir algo»,

Entonces la miró, la mirada aguda pero inescrutable. «Y lo decía en serio. Pero las cosas han cambiado»,

«¿Cómo han cambiado?» preguntó Alice, su voz elevándose ligeramente. «Ni siquiera has explicado—»,

«Alice», dijo, cortándola, con tono firme. «¿Sabes cuánto jodido escrutinio estamos sufriendo? Cada decisión que tomamos, cada movimiento*tú*haces, es observado y analizado. La prensa ya está merodeando, y si abres una galería solo va a invitar a más atención»,

El rostro de Alice se contrajo. «¿Por qué estamos dejando que nos dicten cómo vivir? Esto va de mí, Aiden. De lo que necesito. No puedo quedarme aquí todo el día sintiéndome como una invitada en*tu*casa. Necesito esto. Necesito algo que sea mío. Necesito una vida propia»,

La mandíbula de Aiden se tensó y su voz se volvió más fría. «Ser mi esposa*es*algo, Alice. Eso debería ser suficiente»,

Las palabras la golpearon como un puñetazo físico, y durante un momento no pudo hablar, las uñas clavándose en las palmas. «¿Suficiente para quién?» susurró, la garganta apretándose. «¿Para ti? ¿Para la prensa? ¿Para esos viles buitres de las redes sociales? ¿Y yo, Aiden? ¿Y lo que yo quiero?»,

Aiden se inclinó hacia adelante, los codos apoyados en el escritorio. «Alice, esta vida no es fácil. Hay expectativas, presiones que todavía no comprendes del todo. Intento protegerte de eso»,

«¿Protegerme?» dijo ella, con la voz temblando de ira. «¿O controlarme?»,

El rostro de Aiden se endureció, y se levantó, erigiéndose sobre ella. «Estás exagerando. Volveremos a hablar de la galería después. Confía en mí. Sé lo que es mejor para ti»,

«¿Confiar en ti?» La voz de Alice se quebró, una mezcla de incredulidad y frustración brotando fuera. «Confié en ti cuando dijiste que construiríamos algo juntos. Cuando dijiste que creías en mí. Pero ahora parece que lo único que te importa es cómo salgo en los tabloides o si sonrío lo suficiente en tus fiestas. No soy tu niña. Soy tu puta esposa»,

«No es justo», espetó Aiden, alzando la voz y apretando los puños. «¿No crees que ya tengo suficiente sobre mi mesa? ¿Crees que no quiero que seas jodidamente feliz? Esto no va solo de ti, Alice. También va de mí. Va de*nosotros*.»,

Alice se echó hacia atrás, la respiración quedándosele corta. «¿Nosotros?» repitió, su voz apenas un susurro. «De eso va esto, ¿verdad? No se trata de protegerme. Se trata de asegurarte de que no manche mi perfecta imagen»,

Aiden cerró los ojos y por un momento no respondió. Cuando finalmente habló, su tono era frío y contenido. «Estás sobreactuando»,

«No, no lo estoy», dijo Alice, poniéndose en pie, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. «Lo dejé todo por ti, Aiden. Mi vida, mi independencia, mis sueños. Y todo lo que he pedido es esto —una oportunidad para tener algo que sea mío. Pero en lugar de eso, me sigues dejando fuera, tomando decisiones por mí como si fuera un complemento. No soy una muñeca que puedas vestir y exhibir. No soy Lydia»,

Los ojos de Aiden se entrecerraron, y la tensión en la habitación se volvió casi insoportable. «No», dijo entre dientes, «no lo eres». Las palabras le sonaron a bofetada. «Esto es para lo que te apuntaste, Alice», añadió con tono uniforme. «Y si te cuesta seguir el ritmo, quizá deberías mirarte bien a ti misma»,

A Alice le saltaron las lágrimas a los ojos. Tragó saliva con fuerza, negándose a dejar que él la viera llorar. «Quizá debería», dijo en voz baja, la voz temblando. «Porque esto… esto no es lo que pensé que sería y no estoy segura de que tú seas el hombre que creí»,

La expresión de Aiden titiló por un instante, un breve destello de algo que pudo haber sido arrepentimiento. Pero se desvaneció tan rápido como había aparecido, reemplazado por la misma distancia fría que lucía desde hacía días. «Pórtate como una adulta», dijo, volviendo al escritorio. «Ahora tengo trabajo que hacer.»

Alice se quedó allí un momento, el pecho apretado por la rabia y el dolor. Quería gritar, maldecir, lanzar algo, exigir que él la mirara y realmente*ver*la. Pero, en lugar de eso, se giró y salió de la oficina, la puerta chocando tras ella.

Mientras caminaba por el pasillo, Alice sintió que un peso aplastante se posaba sobre ella. Siempre había sabido que casarse con Aiden traería cierta presión, pero nunca imaginó sentirse tan pequeña, tan impotente.

Se preguntó si el futuro que Aiden le había prometido no era más que una ilusión, una jaula dorada construida para mantenerla exactamente donde él la quería.

Alice fue a la cocina, donde Karen supervisaba al personal.

La mujer mayor alzó la vista; sus ojos azul hielo eran impenetrables. «Sra. Chandler», dijo Karen, su tono tan cortante como siempre. «¿Todo bien?»

«No», admitió Alice, hundiéndose en una de las sillas de la barra del desayuno. «No lo creo.»

Karen hizo un ademán despectivo al personal, cruzándose las manos con pulcritud frente a sí. «¿Cuál parece ser el problema?»

Alice vaciló, sin saber cuánto debía contar. Pero las palabras se derramaron de todos modos, en una ráfaga de enfado. «Es Aiden. No quiere que abra la galería. Cree que… cree que ser su esposa debería ser suficiente.»

Karen inclinó la cabeza ligeramente. «¿Y no lo es?»

Alice apartó la mirada, con la voz apenas un susurro. «No lo sé. Me siento tan… atrapada aquí.»

Karen suspiró suavemente, como si las palabras de Alice fueran a la vez previsibles y cansinas. «Sra. Chandler», dijo, su voz con un deje de condescendencia, «está casada con uno de los hombres más poderosos del país. ¿Se da cuenta de lo que la gente daría por estar

en su posición? Tiene una casa preciosa, riqueza, influencia. Tal vez sea hora de centrarse en apreciar lo que tiene.»

Las mejillas de Alice se enrojecieron, una mezcla de vergüenza y rabia elevándose en su interior. «No es eso. No soy desagradecida, Karen. Simplemente… quiero sentir que importo.»

Los ojos de Karen se afilaron, su tono tornándose frío. «Su papel, Sra. Chandler, es apoyar a Aiden. Hacerle la vida más fácil. Lydia lo entendía. Sabía cómo desempeñar su papel.»

Alice se estremeció al oír el nombre de Lydia, que la atravesó como una cuchillada. «No soy Lydia», dijo, sintiéndose abatida.

«No», coincidió Karen, su voz suave pero teñida de algo que Alice no supo identificar. «No lo eres.»

Las palabras se quedaron en el aire, cargadas de implicaciones. Karen se dio la vuelta, dejando a Alice sola en la cocina con un hueco en el pecho.

Por un momento simplemente se quedó sentada, mirando la habitación vacía que la rodeaba. Luego, despacio, se levantó y se dirigió de nuevo al dormitorio. Se detuvo junto a la ventana, mirando la vasta extensión del océano.

No supo cuánto tiempo permaneció allí, pero cuando por fin se volvió, su determinación se endureció. La luna de miel había terminado de verdad y ahora tenía el resto de su matrimonio que manejar.

Si Aiden quería que se callara y desempeñara a la esposa perfecta, lo haría—por ahora.

11

Evermere estaba demasiado silencioso. Demasiado inmenso. Demasiado vivo.

Alice estaba acurrucada en el sofá color crema del salón, mirando la amplia superficie de cristal que mostraba el océano más allá. Las olas venían y venían, golpes rítmicos contra los acantilados de abajo; su constancia hacía poco por calmar sus nervios. Había planeado pasar el día leyendo y dibujando —cualquier cosa para distraerse— pero no lograba deshacerse de la sensación de que no estaba sola.

No era solo el vacío de la casa ni la ausencia de Aiden, que pasaba cada vez más tiempo encerrado en su despacho o fuera por asuntos. Eran los fallos. Al menos, así los llamaba Aiden.

El primero había sido pequeño—luces que parpadeaban, el termostato inteligente cambiando de pronto la temperatura de agradable a helada. Pero luego las pantallas empezaron a comportarse de forma extraña. Todo comenzó hacía unos días, cuando Alice pasó por el pasillo principal y una de las pantallas empotradas en la pared se encendió mostrando una presentación de fotos que ella no había activado.

Al principio pensó que serían de Aiden—recuerdos de vacaciones o viajes de trabajo. Pero las imágenes no eran de Aiden. Eran de Lydia.

La pantalla mostró a Lydia riendo en un yate, su pelo rubio al viento. Lydia en una alfombra roja, la mano apoyada en el brazo de Aiden mientras posaban para las cámaras. Lydia en la cocina de Evermere, radiante al sacar una bandeja de galletas del horno. Lydia en una sesión de fotos.

Lydia. Lydia. Lydia.

«Para», dijo Alice, con la voz temblorosa.

La pantalla se oscureció de inmediato, el sistema inteligente reaccionando a su orden. Ella rió nerviosamente, restándolo a algún extraño fallo técnico. Pero los incidentes no cesaron. Si acaso, empeoraron.

Aquella mañana se había despertado y había encontrado que el espejo del dormitorio proyectaba uno de los viejos vídeos de Lydia—un vlog alegre sobre cómo curar el armario perfecto. La voz de Lydia llenó la habitación, demasiado alta, demasiado real, como si siguiera allí. El espejo ignoró las órdenes de Alice para apagarse hasta que desenchufó el aparato por completo.

Ahora, sentada en el sofá, su inquietud se había profundizado. Apartó el libro y miró alrededor, la vista clavándose en la estantería empotrada frente a ella. Algo no encajaba. Se levantó y se acercó, los dedos rozando los lomos de los libros. Su cuaderno de dibujo, que había dejado en la mesa de centro la noche anterior, ahora estaba colocado con orden en la estantería.

«¿Lo puse yo aquí?»

El teléfono le vibró en la mesa de centro y lo cogió de un tirón, agradecida por la distracción. Era una notificación de correo—de su propia cuenta. Frunció el ceño y la abrió. El asunto decía:*Propuesta de evento: Homenaje a Lydia Chandler.*

Sintió un nudo en el estómago mientras leía por encima el correo. Estaba dirigido a una lista de contactos que no reconocía—periodistas, personas de la alta sociedad, incluso algunos de los antiguos socios comerciales de Lydia. El correo esbozaba planes para una gala para celebrar el legado de Lydia, con fechas sugeridas, lugares y temas.

Las manos de Alice temblaban mientras llegaba al final. La firma era la suya. Estaba redactado como si lo hubiera enviado ella, pero

no lo había hecho.

«¿Qué demonios...?», susurró.

El corazón le latía con fuerza mientras llamaba a Aiden, pero la llamada fue directo al buzón de voz. Pensó en dejar un mensaje, pero se lo pensó mejor. ¿Qué iba a decir? ¿Que la casa se estaba confabulando contra ella? ¿Que empezaba a dudar de su propia cordura?

Evermere parecía más fría ahora, el frío calando en la piel de Alice a pesar de que el termostato marcaba unos confortables 72 grados. Se quedó de pie en el salón, aferrando el teléfono como a un salvavidas, la mente a mil por hora. Pensó en llamar a alguien—quizá a Beth o a Clara. En lugar de eso, caminó de un lado a otro por la habitación, los pies descalzos silenciosos sobre la alfombra mullida.

«Está bien», murmuró para sí. «Es solo un fallo. Un estúpido fallo técnico.»

Pero aun mientras lo decía, no se lo creía. Evermere era demasiado de alta gama para que algo así sucediera por accidente. Aiden no había escatimado cuando la mandó construir. Cada sistema, cada dispositivo, era de última generación. Estaba diseñada para facilitar la vida y, sin embargo, ahora parecía jugarle malas pasadas.

Se acercó a la cocina, los dedos golpeteando nerviosos sobre la encimera de mármol. La estancia estaba impecable, cada superficie reluciente, cada electrodoméstico en su sitio. Era el tipo de cocina que parecía sacada de una revista, no de una casa de verdad. Alice apenas la usaba. Prefería espacios más sencillos, lugares donde no tuviera que preocuparse por romper algo.

Al estirar la mano por un vaso de agua, la puerta de la nevera se abrió sola con un suave siseo. Alice se quedó paralizada, el pulso acelerado mientras miraba la puerta abierta. Lentamente se acercó y asomó la cabeza. Los estantes estaban perfectamente provistos, todo dispuesto con una precisión obsesiva. Como siempre. Nada parecía fuera de lugar.

Cerró la puerta, la mano temblando un poco, y volvió al mostrador. Pero cuando miró el vaso que había dejado, se le heló la sangre.

Había una marca de lápiz de labios en el borde. Un rojo brillante. Como el que solía llevar Lydia.

Alice retrocedió, la respiración entrecortada. «No», susurró.

Limpí el vaso con la manga, borrando la marca, pero la sensación de pavor no se desvaneció. Se dio la vuelta y salió apresurada de la cocina, los pies desnudos golpeando las frías baldosas mientras volvía al salón.

Al entrar, las luces parpadearon, sumiéndola en una oscuridad momentánea antes de volver a encenderse. Su mirada se dirigió a la pantalla de la pared, que se había activado de nuevo. Esta vez mostraba una sola imagen—una foto de Lydia delante de la casa, la sonrisa amplia y radiante, los labios pintados de un rojo intenso. Las palabras bajo la foto hicieron que a Alice se le retorciera el estómago:

Bienvenida a casa.

«No», dijo Alice en voz alta, negando con la cabeza. «¡Para! ¡Apágate!»

La pantalla se apagó, pero el silencio que siguió se sintió opresivo. Se dejó caer en el sofá, con la cabeza entre las manos, tratando de estabilizar la respiración. No era real, se dijo a sí misma. No podía ser real. La casa estaba simplemente… averiada.

Pero en el fondo no se lo creía. En lo más hondo sentía que la casa la observaba. La atormentaba. La perseguía.

Cuando Karen llegó a media tarde, Alice estaba desesperada por compañía. La encontró en la cocina, donde Karen dirigía al personal con su habitual actitud enérgica y sin rodeos.

«Karen», dijo Alice, con la voz tensa. «¿Podemos hablar?»

Karen alzó la vista de la lista que tenía en las manos, con una expresión impenetrable. «Por supuesto, Sra. Chandler. ¿Qué le sucede?»

Alice vaciló, con el peso de su inquietud aplastándola. «Es… Evermere. El sistema inteligente. Se ha estado comportando de forma extraña.»

«¿En qué sentido extraño?», preguntó Karen, arqueando una ceja.

«Sigue mostrándome cosas. Cosas de Lydia: fotos, vídeos. Y ahora hay un correo que yo no envié, pero parece que salió de mi cuenta. No entiendo qué está pasando.»

Los labios de Karen se apretaron en una fina línea, y dejó la lista a un lado. «El sistema inteligente es de última generación», dijo con calma. «Es improbable que falle sin motivo.»

«Entonces, ¿qué lo está provocando?», insistió Alice. «Porque da la sensación de que...» Se calló, sin saber cómo acabar la frase sin parecer paranoica.

Karen se acercó un poco, con la mirada afilada. «¿A qué se refiere, Sra. Chandler?»

«Como… que está intentando jugar conmigo. Hacerme sentir...» Alice se interrumpió, tragando saliva. No quería decir la palabra*loca.*

La expresión de Karen se suavizó ligeramente, aunque su tono siguió siendo frío. «Evermere fue diseñado pensando en Lydia. Muchas de sus configuraciones y preferencias eran suyas. Es posible que el sistema aún no se haya adaptado del todo a sus preferencias.»

«Eso no explica el correo», dijo Alice mordiéndose el labio.

Karen ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos. «Quizá olvidó enviarlo.»

«No lo envié», replicó Alice con brusquedad.

Karen no se inmutó. En cambio, se inclinó un poco más y bajó la voz. «Sra. Chandler, usted está sometida a mucha presión. Es comprensible sentirse abrumada. Pero quizá le ayudaría centrarse en algo positivo, como organizar un acto para honrar el legado de Lydia.»

Alice se quedó paralizada. «¿Quiere que organice un acto... para Lydia?»

Karen asintió, su expresión se iluminó. «Sería una manera estupenda de mostrar su agradecimiento por sus aportaciones. La prensa lo adoraría y ayudaría a consolidarla como una presencia cortés y considerada en el mundo de Aiden. Su cumpleaños habría

sido el mes que viene. Sería el momento ideal. Fue idea suya la semana pasada. ¿Lo recuerda?»

La mente de Alice rebuscó en sus recuerdos, pero no encontró nada.

«Nadie le pide que sea Lydia», dijo Karen con suavidad. «Pero ahora usted es la Sra. Chandler. Con ese papel vienen ciertas... expectativas. Rendir homenaje a Lydia ayudaría mucho a demostrar a todos que comprende esas expectativas.»

El aire pareció espesarse alrededor de Alice, su pulso se aceleró. Quiso discutir, oponerse, pero la mirada de Karen no flaqueaba y su tono era firme. No era una sugerencia: era una orden.

«Lo pensaré», dijo Alice por fin, con la voz hueca, sabiendo que la decisión ya se había tomado.

«Por supuesto», respondió Karen, con una sonrisa tenue e inescrutable. «Tómese todo el tiempo que necesite.»

Pero cuando Karen se dio la vuelta y se alejó, Alice no pudo quitarse la sensación de que la estaban acorralando —y que Evermere, Karen e incluso Aiden eran cómplices en mantenerla atrapada.

Cuando cayó la noche, Alice estaba extenuada. El día había pasado en un borrón de ansiedad y paranoia, y ahora yacía en la cama, mirando al techo. Aiden todavía no había vuelto. Había mandado un mensaje antes diciendo que trabajaría hasta tarde, pero su ausencia solo hacía que Evermere pareciera más amenazante.

Se giró de lado, apretando la manta alrededor, e intentó concentrarse en el sonido del océano fuera. Su ritmo constante siempre le había reconfortado, pero esa noche sonaba lejano, como si la propia naturaleza conspirara con la casa para aislarla.

Justo cuando empezaba a quedarse dormida, un leve sonido la despertó de golpe. Venía del espejo del dormitorio.

Alice se incorporó, con el corazón latiéndole con fuerza mientras miraba el cristal. Un tenue resplandor emanó de la superficie y entonces apareció el rostro de Lydia, su voz crepitando a través de los altavoces.

«Bienvenida a nuestra casa», dijo Lydia, con un tono cálido y acogedor. «Espero que se sienta tan cómoda aquí como yo.»

Alice gritó, saltando de la cama y retrocediendo hasta la pared. «¡Apágate!», gritó, con la voz temblorosa. «¡Apágate!»

El espejo la ignoró. La imagen de Lydia siguió hablando, sus palabras distorsionándose y reverberando como si procedieran de una gran distancia.

«Evermere es un lugar muy especial», dijo Lydia, con la sonrisa ampliándose. «Pronto lo verá por sí misma.»

«¡Para!», gritó Alice, con las lágrimas corriendo por la cara.

El espejo se apagó, sumiendo la habitación en silencio. Alice se quedó temblando, respirando en jadeos entrecortados. Sentía que estaba perdiendo la razón. La casa no se limitaba a fallar. Se burlaba de ella, la torturaba, la llevaba al límite.

Cogió el teléfono y volvió a llamar a Aiden, pero la llamada fue directamente al buzón de voz. Desesperada, dejó esta vez un mensaje, con la voz temblorosa y urgente.

«Aiden, hay algo mal en la casa. No son solo fallos. Es—es Lydia. No sé cómo, pero es ella. Por favor, devuélveme la llamada. Tengo miedo.»

Colgó y se desplomó en el suelo, abrazándose las rodillas. Evermere se erguía a su alrededor, vasto, amenazante y silencioso, sus paredes cerrándose. Alice se sentía una desconocida en su propia vida —un fantasma que rondaba la casa de otra persona.

Y no podía quitarse la sensación de que la propia Evermere quería que se fuera.

12

El candelabro sobre el salón brillaba como una cascada de estrellas heladas, su luz refractándose en el cristal pulido y en las superficies relucientes. Evermere se había transformado para la noche, cada centímetro adornado con rosas blancas y toques sutiles y elegantes que delataban riqueza y sofisticación. El acto en honor al legado de Lydia Chandler estaba en pleno apogeo, pero Alice se sentía como si estuviera en el centro de un huracán.

Los invitados se movían en sus vestidos deslumbrantes de diseñador y esmóquines impecables, sus risas y conversaciones susurradas mezclándose en un zumbido que llenaba la sala. Alice permanecía cerca del borde de la multitud, agarrando una copa de cristal con una mano, la otra apoyada rígida a su lado. El vestido que llevaba—un diseño largo hasta el suelo de seda esmeralda—era elegante, llamativo y parecía hecho a medida para su figura. Ella había esperado que le diera confianza, que la hiciera sentir que pertenecía. Pero no fue así.

Mientras se abría paso por la sala, notó las miradas. Susurros recorrieron la multitud, sutiles pero imposibles de ignorar. Las mujeres se inclinaban unas hacia otras, los ojos desplazándose hacia Alice, mientras los hombres arqueaban las cejas y se intercambiaban miradas cómplices. Algunos invitados le sonrieron, pero incluso esas sonrisas sonaban forzadas, teñidas de lástima o de algo peor.

Beth era uno de los pocos rostros familiares en ese mar de desconocidos. Estaba cerca de la barra, con los brazos cruzados y los labios apretados en una línea fina, observando la escena con una expresión de abierta desdén. Cuando Alice se acercó, Beth alzó una ceja, su gesto suavizándose solo un poco.

«Vaya espectáculo», dijo Beth en seco, haciendo un gesto hacia la sala con su copa de vino.

«Beth, por favor», murmuró Alice, mirando a su alrededor con nerviosismo.

La mirada de Beth se ablandó, pero su tono siguió siendo punzante. «Solo digo, Alice. Esto no eres tú. Todo esto... simplemente no eres tú», dijo Beth.

Alice no respondió. No podía. Quiso discutir, defender las decisiones que había tomado, pero la verdad era que Beth tenía razón. El acto no se sentía como suyo—no de verdad. Parecía otro capítulo en la historia continua de Lydia Chandler.

Como si fuera una señal, Ian Carlisle apareció, su sonrisa pintada tan afilada como siempre. Se acercó con un vaso de whisky en la mano, su presencia tan indeseada como inevitable. «Señora Chandler», dijo Ian con voz arrastrada y cargada de mofa, «está... radiante esta noche», dijo Ian.

Alice se tensó. «Gracias, Ian», dijo Alice.

«Pero debo decir», continuó Ian, con los ojos brillando de picardía, «tu elección de vestido es... audaz», dijo Ian.

Alice frunció el ceño. «¿Qué quieres decir?», preguntó Alice, frunciendo el ceño.

La sonrisa de Ian se ensanchó, y se inclinó un poco, bajando la voz a un susurro conspirador. «Seguramente lo sabes... Ese vestido —es el mismo que Lydia llevó a la gala de Cannes hace cinco años. Las fotos estuvieron por todas partes. Es icónico», susurró Ian.

El estómago de Alice se encogió. Lo miró fijamente, el pulso acelerándose mientras el peso de sus palabras calaba. «No lo sabía», dijo en voz baja.

Ian ladeó la cabeza, fingiendo compasión. «Ah, ya veo. Un error honesto, entonces. Aun así, me imagino que los invitados lo encontrarán... interesante», dijo Ian, fingiendo simpatía.

Antes de que Alice pudiera responder, él se esfumó entre la multitud, su risa quedando atrás como humo. Ella se quedó paralizada, la mente enloquecida mientras repasaba sus palabras. Las manos le temblaban y apoyó la copa, con miedo de que se le cayera.

Barrió la sala con la mirada, sus ojos saltando de un grupo de invitados a otro. Los susurros parecían ahora más altos, las miradas más afiladas. Captó fragmentos de conversación al pasar: una mujer murmurando algo sobre «de mal gusto», un hombre riéndose sobre «se esfuerza demasiado», y otra voz susurrando «zorra ridícula».

El vestido, los susurros, la manera en que los ojos de las mujeres se posaban en ella—no podía escapar.

Su mente volvió al momento en que había entrado en la sala, a la mirada breve pero significativa de Karen. Alguien debía saberlo. Alguien debía haber visto la conexión. Pero nadie se lo dijo. La dejaron entrar en la boca del lobo vestida así.

La respiración se aceleró, la seda del vestido de repente le pareció demasiado ajustada, demasiado asfixiante contra la piel. Quiso arrancárselo de encima, subir corriendo y ocultarse. En cambio, se obligó a seguir avanzando, con las piernas inestables.

Y entonces vio a Aiden.

Él estaba cerca del centro de la sala, rodeado por un grupo de socios. Cuando sus miradas se cruzaron, su expresión se oscureció y la boca se le entreabrió ligeramente. Se disculpó con el grupo y avanzó hacia ella con pasos rápidos y deliberados.

«Alice», dijo él con brusquedad, la voz baja pero teñida de ira, «¿es esto una especie de broma macabra?», preguntó Aiden.

«Es solo un vestido», dijo ella con la voz temblorosa. «No lo sabía—estaba en el armario...», dijo Alice.

«¿No lo sabías?», interrumpió él, con tono incrédulo.

Alice tragó saliva, con un nudo en la garganta. «Nadie me lo dijo, Aiden. Yo—», intentó decir Alice.

«Tenías que haberlo preguntado», espetó él, sus palabras cortantes. «¿Te haces idea de cómo queda esto? La prensa se va a cebar con esto», siseó.

«No quise—no lo sabía...», murmuró ella.

«Basta», dijo él, con tono definitivo. «Hablaremos de esto más tarde. Simplemente... procura no llamar más la atención sobre ti. Eres un puto desastre», dijo Aiden.

Con eso, se dio la vuelta y se alejó, dejando a Alice sola en medio de la sala. La vista se le nubló y el ruido de la multitud pareció crecer a su alrededor, una cacofonía de juicio y desdén. Se sintió pequeña, expuesta y completamente humillada.

Miró hacia abajo el vestido, la seda esmeralda brillando burlona a la luz. Saber que Lydia lo había llevado alguna vez la enferma. Le pareció como si el suelo bajo sus pies se hubiese desmoronado por completo.

Quiso gritar, arrancarse el vestido y salir corriendo, pero no pudo moverse. Estaba clavada en el sitio, la humillación sujetándola en su lugar.

Beth apareció a su lado, con una expresión que mezclaba ira y preocupación. «Vamos», dijo en voz baja, tomando el brazo de Alice. «Salgamos a tomar aire.»

Alice se dejó llevar hasta la terraza; el aire fresco de la noche fue un alivio frente al bochorno del salón de baile. Se apoyó en la barandilla, las manos aferradas al metal frío para mantenerse firme.

«Te lo dije», dijo Beth, con la voz suave pero firme. «Esto no eres tú, Alice.»

Alice negó con la cabeza, las lágrimas a punto de desbordarse. «No. Esto no soy yo. Es Lydia», dijo. Miró hacia el vestido. «No sé qué hacer», susurró. «Creí que podría con esto. Pensé que podría ser lo que Aiden necesitaba. Pero no puedo… no puedo vivir así.»

Beth puso una mano reconfortante en el hombro de Alice. «Entonces quizá sea hora de dejar de intentar ser lo que los demás quieren que seas y empezar a ser quien eres», dijo.

Alice no respondió. Miró fijamente el océano, las olas rompiendo contra los acantilados abajo, y deseó que el mundo la tragara por completo.

13

La tormenta comenzó al final de la tarde, avanzando desde el océano como si fuera un ser vivo. Nubes pesadas se congregaron en el horizonte; sus bordes grises con un matiz ominoso de verde. Cuando las primeras gotas empezaron a azotar los muros de vidrio de la finca, el viento ya había arreciado, aullando alrededor de los acantilados como un espíritu inquieto.

Alice estaba de pie en el salón, mirando las olas turbulentas abajo; la imagen de ella misma con el vestido de Lydia la atormentaba. El océano se había transformado de su habitual belleza plácida en una extensión agitada y violenta, las crestas blanqueando al estrellarse contra las rocas dentadas.

Evermere se sentía más oscuro de lo habitual, sus líneas modernas y pulcras proyectando sombras agudas y angulares en la luz tenue. El sistema inteligente había activado la iluminación interior automáticamente, pero el resplandor suave de los empotrados hacía poco por disipar la inquietud que la atenazaba. Los muros de vidrio, antes motivo de asombro y belleza, ahora le resultaban una vulnerabilidad, dejándola expuesta a la implacable tempestad exterior.

A medida que la lluvia se intensificaba, tamborileando contra el cristal en un ritmo incesante, los pensamientos de Alice volvieron al cuaderno que había encontrado en el armario de Lydia. Las notas

garabateadas dibujaban la figura de una mujer muy alejada de la glamorosa y compuesta imagen que Lydia mostraba al mundo. Y el diario de Aiden no había hecho más que ahondar el misterio. Sus palabras, tan controladas y mesuradas, insinuaban un matrimonio de lo más imperfecto.

*«She is always looking for something more—I don't know how to keep her here.»**«Ella siempre está buscando algo más—I no sé cómo hacer que se quede aquí.»*

¿Qué habría querido decir con*«Keep her here»?*¿Lydia habría estado planeando dejarlo? Alice había pasado semanas sintiéndose como si viviera a la sombra de Lydia, pero ahora esa sombra parecía viva, asfixiándola.

Un crujido agudo de trueno partió el aire y Alice dio un respingo; el sonido reverberó por Evermere. Las luces parpadearon, atenuándose por un instante antes de estabilizarse, pero la breve oscuridad dejó su pulso disparado. Miró alrededor de la habitación. La casa, tan impoluta y controlada, ahora parecía viviente: sus muros cerrándose, sus rincones más oscuros de lo que debían ser. Podía sentir su presencia, observándola, aguardando.

Se dirigió a la cocina, esperando que la familiaridad del espacio calmara sus nervios. La lluvia corría por los cristales, distorsionando la vista del torrente de fuera.

Un suave timbre resonó por la casa, sobresaltándola. El sistema inteligente había detectado algo. «Motion detected: rear terrace», anunció la voz automatizada, calma e indiferente.

Alice se quedó inmóvil, con la respiración contenida. Giró despacio hacia la terraza trasera, con el corazón latiéndole con fuerza. Las cortinas habían quedado abiertas y, más allá del vidrio, las baldosas empapadas de la terraza estaban vacías, salvo por la lluvia implacable que las azotaba. Miró largo rato, los ojos recorriendo el espacio, pero no había nada.

«It's just the rain», se susurró, aunque su voz le sonó poco convincente incluso a ella misma.

Cogió su teléfono para llamar a Aiden, pero dudó. Él había estado distante últimamente, absorto en el trabajo, y no quería darle otro motivo para despacharla. En lugar de eso, comprobó el sistema de

seguridad en el teléfono, viendo la emisión en directo de las cámaras. La terraza estaba vacía, tal como había visto, pero la alerta de movimiento seguía en la parte superior de la pantalla, recordándole que algo—o alguien—la había activado.

Un fuerte golpe resonó desde arriba y Alice casi dejó caer el teléfono. Su pulso se disparó mientras se volvía hacia la escalera, el cuerpo rígido por el miedo. El sonido no había sido trueno. Había venido desde dentro de la casa.

El pensamiento le provocó un escalofrío. Permaneció paralizada, cada músculo tenso, esforzándose por captar cualquier ruido. Evermere estaba en silencio, salvo por el rugido amortiguado del viento y la lluvia que azotaba afuera. Lentamente dejó su vaso sobre la encimera y se obligó a avanzar hacia las escaleras.

Sus pies descalzos no hicieron ruido sobre la madera fresca mientras subía, la mano aferrada con fuerza al pasamanos. El pasillo, arriba de la escalera, estaba débilmente iluminado, las luces empotradas proyectando formas inquietantes sobre las paredes. Se detuvo, los ojos y oídos atentos a cualquier signo de movimiento.

Alice se dirigió al dormitorio principal, con el corazón latiéndole con más fuerza a cada paso. La puerta estaba entreabierta y la empujó con cautela, esperando encontrar algo—o a alguien—esperándola.

La habitación estaba vacía. La cama, hecha con esmero; las cortinas corridas, protegiendo del temporal exterior. Todo estaba tal como lo había dejado. Dio un paso más en la habitación, la mirada escudriñando cada rincón, cada sombra. Y entonces la vio.

El espejo.

Brillaba levemente, su superficie iluminada por una luz suave y cambiante. Su reflejo la miraba, pero había algo extraño en él—algo que no acababa de identificar. Se acercó, conteniendo el aliento mientras el resplandor se intensificaba.

Y entonces la imagen cambió.

Apareció Lydia en el espejo, su expresión serena pero distante, como si mirara más allá de Alice y no a ella. Llevaba el vestido esmeralda. La visión le recorrió un estremecimiento y retrocedió, con el corazón desbocado.

Después aparecieron las palabras, trazadas sobre el cristal con letras gruesas y luminosas:

«You don't belong here.»

Alice jadeó, llevándose las manos a la boca. Parpadeó, esperando que las palabras desaparecieran, pero permanecieron, tajantes e inflexibles. Las rodillas le fallaron y se dejó caer al borde de la cama, respirando con bocanadas cortas y entrecortadas.

«This isn't real», susurró, negando con la cabeza. «It's not real.»

El espejo siguió burlándose de ella. La imagen era tan vívida, tan real, que Alice casi podía oler su perfume. Le latía el corazón mientras observaba, incapaz de apartar la vista.

Y entonces Lydia se volvió, clavando la mirada en la de Alice. Sus labios se movieron, formando palabras que Alice no pudo oír.

«Vete».

Alice se levantó de un salto, con la respiración entrecortada, y retrocedió del espejo. Se giró y salió corriendo de la habitación, sus pasos resonando con fuerza en el pasillo vacío. No se detuvo hasta que estuvo de nuevo en el salón, el pecho agitado mientras trataba de recuperar el aliento.

La casa se sentía más fría ahora. La tormenta afuera seguía desatada y Alice tenía la certeza profunda de que no estaba a salvo aquí. Ni de la intemperie, ni de Evermere, y mucho menos de aquello —o aquel— que intentaba echarla.

Cogió el teléfono y marcó el número de Aiden, con las manos temblorosas. La llamada fue directa al buzón de voz.

«Aiden, pasa algo. La casa —no son solo el viento y la lluvia. Hay algo aquí. Necesito que vuelvas a casa. Por favor. Por favor, devuélveme la llamada».

Colgó y se hundió en el sofá, abrazándose a sí misma mientras miraba la lluvia caer y, en lo profundo de Evermere, un sonido bajo y crujiente resonaba por los pasillos.

Alice cerró los ojos, la mente a mil. El diario, el cuaderno, el espejo —era demasiado. Sentía que se le iba la razón, que la casa la devoraba. Y por primera vez se preguntó si Lydia era algo más que una sombra —si había algo mucho más oscuro, algo de lo que no podría escapar.

Se movió por la casa, los pies descalzos silenciosos sobre el suelo, y se encontró otra vez frente a la puerta del despacho de Aiden. El trueno rugía más allá del cristal, el relámpago iluminando la habitación con destellos breves y cegadores.

El despacho se sentía distinto ahora; la madera oscura y los muebles de cuero le daban un aire opresivo. Cruzó hasta la estantería, rozando los lomos de los libros con los dedos en busca del diario encuadernado en cuero.

Siguió allí, escondido entre los demás. Lo sacó y lo abrió, pasando las páginas con manos temblorosas. Las palabras de Aiden, su frustración y su desesperación, saltaban de las páginas.

«Se está derrumbando. No sé cómo ayudarla».

«No sé si podré seguir con esto».

Un estruendo de trueno sacudió Evermere y Alice dio un respingo; el diario se le escapó de las manos y cayó al suelo con un ruido sordo. Se agachó a recogerlo, el corazón golpeándole en el pecho, cuando algo llamó su atención: un pequeño trozo de papel asomando por la contraportada. Lo extrajo, contuvo la respiración y lo desplegó.

Era una fotografía. Lydia y Aiden, en la cubierta de un yate, el brazo de él alrededor de ella. Lydia sonreía, el pelo dorado echado hacia atrás, pero había algo en su mirada —algo que Alice no supo ubicar. No era alegría, ni siquiera tranquilidad. Era algo más oscuro.

Alice miró la foto, la mente acelerada. El yate. El yate de Lydia. Pasó el dedo por el borde de la foto, con la esperanza de que aquello pudiera revelar algo.

Le dio la vuelta a la fotografía y el corazón se le encogió al ver la escritura tenue en el reverso. Era la caligrafía de Lydia, delicada y precisa:

«14 de julio. Nunca más».

Otro relámpago iluminó la habitación y Alice sintió un escalofrío recorrerle la espalda. ¿Qué había ocurrido el 14 de julio? ¿Qué quería decir Lydia con*«Nunca más»?*

El ruido de pasos en el pasillo la dejó paralizada. Aferró la fotografía y el diario contra el pecho. Los pasos eran lentos, deliberados, y se detuvieron justo fuera de la puerta.

«¿Señora Chandler?», dijo Karen, su voz cortando el pesado silencio, fría y precisa.

Alice deslizó la foto de nuevo en el diario y lo dejó sobre el escritorio antes de volverse hacia Karen. La mujer mayor estaba en el umbral, las manos entrelazadas con pulcritud, la expresión imperturbable.

«No me di cuenta de que estabas aquí», dijo Karen, con un dejo de desaprobación.

—«Solo estaba... buscando algo», —dijo Alice, con la voz temblorosa.

Los ojos de Karen se posaron en el escritorio y luego volvieron a Alice. «No es propio de usted pasar tiempo en la oficina del señor Chandler», dijo ella.

—«Necesitaba un sitio tranquilo para pensar», —respondió Alice, tratando de recomponerse.

«Las tormentas pueden inquietar», dijo Karen, su tono casi compasivo. «Pero esta casa es segura. No hay de qué preocuparse».

Alice asintió, aunque las manos le temblaban a los lados. La mirada de Karen se entretuvo en ella un instante más antes de que la mujer se volviera y se dirigiera hacia la puerta.

Con eso, volvió a su casita en la finca, dejando a Alice sola. Ella soltó un suspiro quebrado, el corazón todavía acelerado, y miró el diario sobre el escritorio. La fotografía ardía en su mente, ese mensaje enigmático carcomiéndola.

El viento aulló con más fuerza y la casa crujió en respuesta. Los ojos de Alice se clavaron en las ventanas mientras la lluvia golpeaba el cristal. No podía quitárselo de la cabeza: tenía la sensación de que la observaban —no solo la casa, sino algo invisible, algo que esperaba en las sombras.

Mientras otro trueno estremecía la finca, Alice hizo una promesa en silencio. Descubriría qué le había pasado a Lydia. Sacaría la verdad, costara lo que costara.

Porque si no lo hacía, temía que terminaría por perderse por completo.

14

La lluvia había pasado al amanecer, dejando el aire fresco y húmedo con olor a lluvia. El cielo estaba despejado ahora, pero la ansiedad de Alice persistía. No podía dejarla ir: la fotografía, la caligrafía inquietante de Lydia y los secretos que parecían filtrarse por cada rincón de la casa. Cuanto más descubría, menos sentía que realmente conocía a su marido, su nueva vida o a la mujer cuya sombra seguía cerniéndose sobre todo.

Necesitaba respuestas.

El jardín se extendía detrás de la casa como un oasis. Hileras de rosas, hortensias y setos perfectamente recortados creaban un laberinto de belleza, un marcado contraste con las líneas frías y modernas de Evermere. El rocío se aferraba a cada pétalo y hoja, brillando con la luz del sol de la mañana, y el aire zumbaba levemente con el ir y venir de las abejas entre las flores. El perfume de las flores era embriagador y dulce, casi abrumador, como si el jardín intentara arrullarla con una falsa sensación de seguridad.

Alice siguió el sendero de piedra entre las hileras de verde hasta encontrar a David Steinberg cerca del extremo más alejado del jardín. Estaba agachado junto a un rosal expansivo, unas tijeras de podar en las manos enguantadas mientras recortaba cuidadosamente la planta. A pesar de la curvatura de sus hombros y las canas en su oscuro cabello, había una firmeza en sus

movimientos que delataba años de experiencia. Su presencia resultaba calmante, como la misma tierra—sólida, fiable y sabia.

«David», llamó Alice en voz baja, sin querer sobresaltarlo.

Se enderezó despacio, frotándose los guantes contra los pantalones antes de girarse para mirar hacia ella. Su expresión era inescrutable, sus ojos hundidos la estudiaban con una intensidad silente que la hacía sentirse a la vez vista y examinada. Había bondad en su mirada, pero también algo reservado, como si estuviera sopesando algo.

«Señora Chandler», dijo, con voz baja y rasposa, «¿en qué puedo ayudarla esta mañana?»

Alice vaciló, mirando a su alrededor en el jardín. Las rosas se mecían suavemente con la brisa, sus colores vibrantes en agudo contraste con el gris apagado de la finca a lo lejos. El sendero de piedra bajo sus pies estaba resbaladizo por la lluvia, y podía oír el rumor distante de una fuente en algún lugar cercano. A pesar de la belleza del paisaje, no lograba desprenderse de la tensión enroscada en su pecho.

«Quería preguntarle por Lydia», dijo al fin. «Sé que ya lo he preguntado antes, y lamento si le resulta incómodo…»

La expresión de David no cambió, pero ella percibió el sutil modo en que tensó los hombros, el apretón en las tijeras. «¿Lydia?»

«Sí», Alice dio un paso más, bajando la voz como si el jardín pudiera oír. «He estado… pensando en ella. En su desaparición. Y siento que hay cosas que no sé—cosas que necesito entender.»

David suspiró, guardando las tijeras en el bolsillo de su gastado delantal de jardinería. Miró hacia otro lado por un momento, su mirada recorriendo las rosas como si buscara una escapatoria. Cuando finalmente habló, su voz fue cuidadosa, medida. «¿Qué espera averiguar, señora Chandler?»

«Cualquier cosa, todo», dijo Alice, la desesperación en su voz sorprendiéndola incluso a ella misma. «¿Cómo era su relación con Aiden?»

David la estudió durante largo rato, su expresión pensativa. «Lydia era… complicada», dijo por fin. «Era brillante, no hay duda. Ambiciosa, entregada. Tenía una manera de iluminar una sala, de

hacer que la gente sintiera que formaba parte de algo especial. Pero también tenía otro lado—uno más frío.»

«¿Frío?»

David asintió, su mirada desviándose hacia las rosas. «Lydia sabía obtener lo que quería. Tenía una mente aguda y sabía cómo emplearla. Pero a veces eso significaba utilizar a las personas. Podía ser calculadora, incluso despiadada, cuando le convenía.»

Alicia sintió un escalofrío subir por la espalda, pese al calor del sol matutino. «¿Aiden lo veía?»

David vaciló, frunciendo el ceño como si eligiera las palabras con cuidado. «Aiden la admiraba», dijo por fin. «La respetaba. Pero el amor es algo complicado.»

El corazón de Alice latía con fuerza, su mente inundada de preguntas. «¿Cree que Aiden la quería?»

Los labios de David se apretaron en una línea fina. «Creo que él quería hacerlo. Pero Lydia tenía su propia manera de hacer las cosas, y Aiden… a Aiden le gusta el control. Eso creó tensión.»

Las palabras quedaron suspendidas en el aire entre ellos, pesadas de implicación. Alice se sintió como si estuviera al borde de un precipicio, mirando a un vacío. «Tensión», repitió, con la voz temblorosa. «¿Qué tipo de tensión?»

La mirada de David se agudizó, y por primera vez Alice vio un destello en su expresión—tal vez miedo. «Discutían», dijo con sencillez. «Más de lo que la gente sospechaba. Lydia tenía sus propias ideas sobre cómo debían ser las cosas, y Aiden… bueno, no siempre estaba de acuerdo.»

Alice tragó con fuerza, el pulso acelerado. «¿Cree que por eso desapareció? ¿Por una discusión?»

Los labios de David se apretaron y miró alrededor del jardín como asegurándose de que estaban a solas. «Tenga cuidado, señora Chandler», dijo quedo. «Hace preguntas que no tienen respuestas fáciles.»

La respiración de Alice se cortó, el peso de sus palabras posándose sobre ella como un pesado manto. «¿A qué se refiere?»

«Quiero decir», dijo David con voz baja, «que Lydia se ha ido. Y la verdad sobre lo que le ocurrió… quizá sea mejor dejarla donde

está.»

Alice lo miró, el pecho oprimiéndosele. «¿Sabe algo, David? ¿Algo que no me está contando?»

David negó con la cabeza. «Sé lo suficiente como para mantenerme a distancia y callar. Pero si está decidida a indagar más, hay alguien con quien podría hablar.»

«¿Quién?» preguntó Alice, su voz cargada de urgencia.

«María Valdez», dijo David. «Trabajó aquí durante años. Estuvo bajo las órdenes de Karen. Conocía a Lydia mejor que nadie. Si hay alguien que puede decirle la verdad, es ella.» Fuente:

Alice asintió, una chispa de determinación se encendió en su interior.

«Vive en la ciudad ahora», dijo David. «Puedo darte su dirección. Pero ten cuidado, Sra. Chandler. No todos están dispuestos a hablar del pasado.»

Las palabras de David se quedaron resonando en la mente de Alice mientras lo veía volver a su trabajo, sus movimientos deliberados y pausados. Había algo en él—algo que no lograba identificar del todo. Era amable, sí, pero desprendía un aire de misterio. La forma en que hablaba de Lydia, la manera en que vacilaba antes de responder a sus preguntas—todo parecía piezas de un rompecabezas que aún no encajaban.

El jardín pareció hacerse más pequeño de repente cuando ella se dio la vuelta para marcharse, el perfume de las rosas volviéndose empalagoso en el aire. Miró a David por última vez, su figura medio oculta entre las flores, y Alice pensó por un momento lo agradable que sería simplemente desaparecer.

Aquella noche, Alice se sentó en la biblioteca, la dirección que David le había escrito doblada con cuidado en su regazo. La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el suave resplandor dorado de una lámpara sobre el escritorio. Las pesadas cortinas de lino estaban echadas, acallando la noche y recluyéndola en la quietud sombría de la casa.

El papel pesaba más de lo que debía en sus manos, las palabras*Maria Valdez*y la dirección escrita con pulcritud mirándola fijamente. La advertencia de David resonó en su mente:*Ten cuidado, Sra. Chandler. No todos están dispuestos a hablar del pasado.*Le dio la vuelta al papel entre los dedos, esperando que de algún modo eso borrara el conflicto que la consumía.

Alice se reclinó en el sillón de cuero, fijando la mirada en la madera oscura y lustrosa del escritorio, y dejó escapar un largo suspiro. El sistema inteligente zumbaba débilmente, sus sensores brillando como pequeños ojos vigilantes. Una brisa murmuró apenas a través de las rejillas, rozando su piel como un susurro. Evermere parecía respirar a su alrededor, una entidad viva cargada de recuerdos.

Recuerdos de Lydia. La idea golpeó a Alice como un mazazo. Lydia había estado sentada una vez en esta misma biblioteca. Había sido el centro de este mundo: admirada, temida, envidiada. Y ahora se había ido, su ausencia dejando un vacío en el que Alice había quedado atrapada.

Y, sin embargo, no era solo el legado de Lydia lo que perseguía a Alice. Estaba Aiden. El hombre del que se había enamorado se había vuelto un extraño, su bondad cada vez más matizada por el control, ensombrecida por un pragmatismo frío. Ella había intentado ignorarlo, pero las entradas del diario, las fotografías, susurraban tensiones entre Aiden y Lydia y trazaban un panorama que ya no podía pasar por alto.

Sus dedos se apretaron alrededor del trozo de papel mientras luchaba contra la duda creciente. Parte de ella quería tirar la dirección y fingir que nunca le había pedido nada a David. Podría ser la esposa que Aiden quería—graciosa, complaciente, exenta de curiosidad. Podría dejar de cavar, dejar de preguntar, y centrarse en construir la vida que decían desear.

Pero otra parte de ella—la parte que se negaba a ser silenciada—sabía que eso no era posible. No podía dejar de ver las grietas en la fachada. No podía ignorar la sensación que la invadía cada vez que miraba a Aiden. La verdad era una espina clavada en su mente, y por más que lo intentara, no lograba evitar que siguiera creciendo.

*Quizá Aiden tenga razón,*pensó ella, la culpa asomando fugaz en su rostro.*Quizá debería dejarlo pasar. Quizá esto es lo que es el matrimonio—elegir confiar, incluso cuando no tienes todas las respuestas.*

Pero confiar no era fácil cuando las preguntas no dejaban de multiplicarse.

El reloj dio las doce; la campanada sobresaltó a Alice y la sacó de sus pensamientos. El sonido pareció reverberar por la habitación, cada toque un recordatorio del tiempo que pasaba, de las decisiones que no podía evitar. Miró el papel en su regazo.

Se frotó las sienes y pensó en Aiden, en la forma en que le había cogido la mano el día de su boda. Pensó en la manera en que la miró durante la gala, su decepción hiriendo más que cualquier insulto. Pensó en su enfado cuando había mencionado la galería, en su insistencia de que su lugar estaba a su lado.

Y pensó en las palabras de David, la advertencia callada teñida de preocupación.*La verdad sobre lo que le pasó… puede que no sea lo que quieres oír.*

La verdad. Eso era a lo que todo se reducía. Alice no sabía si podría afrontarlo, si podría enfrentarse a lo que estuviera oculto en el pasado. Pero sabía que no podía permanecer en Evermere sin descubrirlo.

Le temblaban las manos al alcanzar el teléfono. La dirección seguía en su regazo, el nombre*Maria Valdez*grabado en su mente como un faro. Miró la pantalla durante un largo instante, el pulgar suspendido sobre el teclado. El aire a su alrededor pareció hacerse más denso, el silencio pesado como un peso en el cuello.

Finalmente respiró hondo y marcó el número que David le había dado. El teléfono sonó una vez, dos veces, tres. Pero entonces hubo un clic y la voz de una mujer.

«¿Hola?»

Alice tragó saliva; la garganta seca. «¿Es Maria Valdez?»

Hubo una pausa, y Alice pudo oír el leve sonido de un televisor al fondo. «¿Quién pregunta?»

«Me llamo Alice Chandler», dijo ella, con la voz temblorosa. «Soy —» Se detuvo, insegura de cómo explicarlo. «Estoy casada con

Aiden Chandler. Vivo en la casa donde solía trabajar.»

Otra pausa, más larga esta vez. Cuando Maria volvió a hablar, su tono fue receloso pero teñido de otra cosa—curiosidad, tal vez, o cautela. «¿Qué quiere, Sra. Chandler?»

La mano de Alice se apretó más al teléfono. «Quiero saber sobre Lydia», dijo, con la voz firme a pesar del miedo que la atenazaba en el estómago. «Quiero saber la verdad». Se dio cuenta de lo dramática que sonaba y se arrepintió al instante. No quería asustar a Maria. Traducción basada en el pasaje extraído del archivo .

La línea quedó en silencio y, por un momento, Alice creyó que Maria había colgado. Pero entonces la mujer suspiró, un sonido cargado de resignación.

«Está bien», dijo Maria. «Te diré lo que sé.»

El corazón de Alice latía con fuerza mientras asentía. «Estoy lista», dijo, aunque no estaba segura de que fuera verdad.

Maria le dio una dirección y una hora, y colgó sin decir nada más. Alice se quedó en silencio; el teléfono aún pegado a la oreja. La realidad de lo que acababa de hacer se posó sobre ella, una mezcla de pavor y determinación.

Al dejar el teléfono, miró el reloj. Era temprano por la tarde y la casa estaba en silencio, pero no podía quitarse la sensación de que la escuchaba, de que esperaba. Los secretos que había estado persiguiendo estaban ahora más cerca, pero también el peligro. Y mientras permanecía sola en la biblioteca, supo que no había vuelta atrás.

15

La cafetería era un rincón acogedor, escondido de las bulliciosas calles de la ciudad; sus grandes ventanales estaban empañados por la condensación del aire de la mañana. Dentro hacía calor y el ambiente se cargaba con el aroma del café tostado y de los pasteles recién horneados. Las paredes estaban forradas con estanterías desparejadas, repletas de novelas gastadas y memorias olvidadas. Pequeñas mesas de madera se esparcían por la sala, algunas ocupadas por clientes solitarios con ordenadores portátiles, otras por parejas que conversaban en tono bajo y conspiratorio. Era moderno. El tipo de lugar donde Clara podría pasar el rato. El tipo de sitio en el que Alice sentía que no encajaba.

Alice se ajustó nerviosa la bufanda rosa pálido al entrar, mientras sus ojos recorrían la sala. Vio a una mujer sentada en un rincón. Maria la saludó con un gesto para que se acercara.

Tenía un aire de autoridad silenciosa: la espalda recta, las manos rodeando una taza de cerámica sin adornos. Llevaba un cárdigan azul descolorido sobre una blusa blanca impecable, su cabello oscuro y abundante recogido en un moño práctico que dejaba ver las finas arrugas marcadas en el rostro. Sus ojos, afilados y vigilantes, siguieron a Alice mientras se aproximaba.

«Sra. Chandler», dijo Maria, poniéndose en pie y ofreciéndole la mano, su voz baja y firme, con la experiencia de quien ha visto y

soportado mucho. Su apretón fue enérgico, la palma callosa.

«Por favor, llámeme Alice», respondió ella con una leve sonrisa, aún no acostumbrada a que extraños la reconocieran tan fácilmente, gracias a la prensa y al foco que tanto resentía.

Maria la examinó un momento antes de asentir. «Alice, entonces».

Alice se sentó frente a ella, la silla raspando el suelo de madera. Notó cómo la habitación parecía callarse a su alrededor, el zumbido bajo de las conversaciones desvaneciéndose en segundo plano. Se bajó las gafas de sol desde la cabeza hasta cubrirse la mitad del rostro. Quería ser invisible.

Se acercó la camarera y Alice pidió un latte. Maria rechazó un relleno como si aceptarlo pudiera de algún modo ponerla en peligro.

«No estaba segura de que aceptarías verme», rompió Alice el silencio.

Los ojos de Maria se entrecerraron ligeramente. «Casi no lo hice».

«Es que… necesito entender. Lydia está por todas partes. Siento que me estoy ahogando, pero nadie me va a decir la verdad. Y en esa casa siguen ocurriendo cosas extrañas».

Maria se reclinó en la silla, la mirada perdida en la ventana. La lluvia de la noche anterior había dejado rayas en el cristal, difuminando la vista de la calle concurrida. Suspiró, un sonido largo y cansado, antes de volver su atención a Alice.

«La Sra. Chandler fue una fuerza», dijo Maria, su voz matizada por la admiración y por algo más oscuro. «Me refiero a la primera Sra. Chandler», se corrigió. «Ambiciosa. Brillante. Pero su brillantez tenía un precio. No solo quería triunfar: quería dominar. Tenía una manera de hacer que la gente sintiera que era la persona más importante de la sala, pero todo era una estrategia. Todo lo que hacía, todo lo que decía, estaba calculado».

De pronto Alice notó el olor a humo rancio en el aliento de Maria. Frunció el ceño, inclinándose un poco hacia delante. «¿Calculado de qué manera?», preguntó.

Maria vaciló, sus uñas pintadas golpeando levemente el borde de la taza. «Sabía cómo conseguir lo que quería, y no tenía miedo de

manipular a la gente. Si le eras útil, te encantaba, te halagaba, te hacía sentir indispensable. Pero en el momento en que la contradecías —o dejabas de serle útil—, te dejaba de lado sin pensarlo dos veces». Su acento mexicano era marcado y suave.

A Alice le dio curiosidad. «¿Aiden vio ese lado suyo?», preguntó.

Los labios de Maria se apretaron en una línea fina. «Debió verlo. Peleaban con bastante frecuencia. La Sra. Chandler tenía expectativas altas, y el Sr. Chandler… bueno, no es el tipo de hombre al que le gusta que le lleven la batuta».

«¿Por qué te fuiste de Evermere?», inquirió Alice.

«Lydia me despidió. Dijo que me llevaba cosas de la casa. Un montón de mentiras, por supuesto». Maria se sonrojó. «Los dos eran muy buenos fingiendo. Para el mundo, eran perfectos. Detrás de las puertas…» Se quedó en silencio, negando con la cabeza.

«¿Detrás de las puertas, qué?», insistió Alice, sintiendo cómo se le hacía un nudo en la garganta.

Maria miró alrededor como si buscara oídos indiscretos antes de inclinarse hacia adelante. Su voz bajó a un susurro. «No siempre fue amor y luz, si es eso lo que esperas oír. La Sra. Chandler podía ser despiadada. Y el Sr. Chandler… tiene sus propios demonios. Sus peleas eran intensas, y hubo veces que me pregunté si hubo algo más que palabras».

«¿Crees que llegó a—» Su estómago se revolvió; vaciló, bajando aún más la voz. «¿Crees que llegó a ser físico?», murmuró.

La expresión de Maria se endureció. «No lo sé. Y si lo supiera, no lo diría». Miró hacia la puerta, su inquietud evidente. «Pero te diré esto: la Sra. Chandler no siempre fue la víctima. También era capaz de hacer daño a los demás, a su manera».

Alice asintió despacio, tratando de recomponer las imágenes contradictorias de Lydia que le habían dado: la esposa perfecta, la manipuladora despiadada, la mujer atrapada en un matrimonio volátil. No cuadraba.

«Hay otra cosa», dijo Maria tras una larga pausa, acercándose y hablando en tono quedo, «creo que la Sra. Chandler tenía un affair». Maria se reclinó triunfante en la silla y cruzó los brazos sobre su pecho amplio y agitado.

«¿Con quién?»

Maria negó con la cabeza. «No lo sé. Pero había señales: llamadas secretas, ausencias inexplicables, pequeñas cosas que no encajaban. Una vez encontré un gemelo de camisa bajo la cama de su cuarto. No era de él».

La revelación fue tremenda. Alice intentó imaginar a Lydia, la mujer que parecía intocable, moviéndose a escondidas tras la espalda de Aiden. No pegaba con la imagen pulida que Lydia había cultivado con tanto cuidado. Pero Alice empezaba a comprender que esa imagen no lo era todo.

«¿Por qué me cuentas esto?», preguntó Alice de pronto, dudando de las verdaderas intenciones de Maria.

Maria se inclinó hacia ella, sus ojos vivos clavándose en los de Alice. «Porque tienes que entender en lo que te has metido. Ve las noticias. Los periódicos. Estas bestias te picotean como si fueras un cadáver. Un juguete con el que divertirse. No está bien», dijo, inflando las mejillas. «Esta gente —los Chandler, su círculo— tiene poder. Harán lo que haga falta para proteger su imagen, su fortuna, sus secretos. Si sigues escarbando, quizá encuentres respuestas, pero también te harás enemigos. Peligrosos.»

Alice tragó saliva con fuerza, la advertencia de Maria posándose sobre ella. «¿Qué harías tú si fueras yo?»

«Yo pararía», dijo Maria sin vacilar. «Me marcharía. Dejaría el pasado en el pasado. Viviría mi vida. Olvidaría esto. Seguiría adelante.»

Alice miró su latte, esperando hallar respuestas en el reflejo que se dibujaba débil sobre la superficie. Sabía que Maria tenía razón— sabía que debería dejarlo pasar. Pero no podía

«No puedo», dijo Alice al fin, su voz baja pero firme. «Tengo que saber.»

Maria suspiró, negando con la cabeza. «Entonces ten cuidado, Alice. Este mundo devora a gente como nosotras viva. No dejes que te conviertan en la próxima víctima.»

La ráfaga de aire fuera de la cafetería golpeó a Alice como una bofetada, sacándola de la niebla de su conversación con Maria. No lograba desprenderse de la sensación de que la vigilaban. La calle bulliciosa le resultaba demasiado ruidosa, demasiado llena, como si cada transeúnte pudiera ser alguien enviado a seguirla. Se abrazó el abrigo con fuerza y aceleró el paso, la advertencia de Maria resonando en su cabeza.

Este mundo devora a gente como nosotras viva.

La calle de la ciudad, que le había parecido casi encantadora cuando llegó, ahora la abrumaba—ruidosa, caótica.

Su coche estaba aparcado a solo una manzana, escondido en una calle lateral estrecha. Aceleró el paso, pero no pudo ignorar la sensación de inquietud. Las palabras de Maria resonaban en su cabeza, un bucle constante de aviso y duda.*No dejes que te conviertan en la próxima víctima.*

Al doblar la esquina y acercarse al coche, oyó una carcajada detrás de ella. Se volvió y vio a un grupo de chicas adolescentes merodeando fuera de una boutique, los brazos repletos de bolsas.

Una de ellas—una chica alta y desgarbada, con el pelo liso y un plumífero de marca—miraba fijamente a Alice, el móvil levantado frente a la cara.

«Es ella», dijo la chica en voz alta a sus amigas. «Es la mujer de Aiden Chandler.»

El corazón de Alice se hundió mientras el resto del grupo se volvía hacia ella, escrutándola como si fuera una curiosidad de circo. Se apiñaron, riendo y susurrando, los móviles apuntados en su dirección, siguiendo cada uno de sus movimientos. El inconfundible sonido del obturador de una cámara revolvió a Alice.

«Vaya, es que no se parece nada a Lydia», dijo una de ellas, su voz sobresaliendo sobre el ruido de la calle.

«Es tan… sosa. Fíjate en su ropa», añadió otra, el desprecio en su tono cortando a Alice como un cuchillo.

Alice se quedó paralizada, el aliento pegado en la garganta. Quiso decir algo, defenderse, pero las palabras no salieron. Le dolió la humillación mientras las chicas seguían riendo, sus voces empapadas de crueldad.

«Mira su abrigo», murmuró una de ellas, lo bastante alto para que Alice lo oyera. «¿Se enterará siquiera de con quién está casada? Zorra.»

Alice giró en seco y abrió el coche, la risa de las chicas resonando en sus oídos mientras se metía dentro. Las manos le temblaban al manejar las llaves. La punzada de sus palabras la acompañaría mucho después de que ella se fuera.

Cuando por fin puso en marcha y se alejó del bordillo, echó un vistazo por el espejo retrovisor. Las chicas seguían observándola, los móviles en alto, sus risas desvaneciéndose con la distancia.

La ciudad se le desdibujó mientras conducía, las calles le resultaban extrañas y asfixiantes. No podía dejar de repasar la escena en su cabeza—las miradas burlonas, los comentarios hirientes, la cruel comparación. Se sintió expuesta, como si el mundo pudiera verla a través de y a través, despojándola de cada capa de protección que había intentado construir.

Y luego estaba la voz de Maria, persiguiendo sus pensamientos.*Ella no era la mujer que crees que era. Era manipuladora. Fría. Tenía secretos, y esos secretos no murieron con ella.*

Alice apretó el volante con más fuerza, la mente a mil por hora. ¿En qué se había convertido? Su vida transcurría bajo la mirada escrutadora de desconocidos. Incluso unas adolescentes la dejaban en evidencia ahora.

La carretera se estiraba ante ella, la ciudad dando paso a barrios más tranquilos. El sol iba subiendo, tiñendo el pavimento de un tono melocotón.

Alice se sentía vulnerable, expuesta y totalmente sola.

Cuando por fin entró en la entrada de Evermere, el cielo era de un azul profundo, magullado. La casa se alzaba ante ella, sus muros de cristal brillando con una luz suave. Debería haber sido un refugio—un santuario contra el mundo exterior—pero en lugar de eso se sentía como una prisión.

Alice permaneció sentada en el coche un buen rato, las manos aún aferradas al volante mientras intentaba aquietar el huracán que iba cobrando fuerza dentro.

Por fin salió del coche y caminó hacia la casa, sus pasos pesados sobre la grava. Se detuvo en la puerta principal y miró por encima del hombro. La sensación de estar vigilada no la abandonaba.

Dentro, la casa estaba en silencio, su interior pulcro bañado por el resplandor de la iluminación automática. El sistema inteligente emitió un saludo al entrar, pero eso solo la hizo sentirse más sola. Dejó la bolsa sobre la consola y fue al salón, desplomándose en el sofá cuando por fin el peso de la mañana la alcanzó.

Alice cerró los ojos, las advertencias de Maria aun resonando en su cabeza. *Ten cuidado, Alice.*

No sabía si le quedaba la fuerza para seguir escarbando, para descubrir lo que fuera que todos a su alrededor parecían tan desesperados por ocultar.

Mientras Evermere se asentaba a su alrededor, Alice fijó la mirada en la pared de cristal que enmarcaba el profundo océano más allá. El mismo océano que se había tragado a Lydia y que amenazaba con arrastrarla a ella también.

16

Alice se despertó con un dolor palpitante en la cabeza. La humillación del día anterior le quedaba en la boca como un regusto amargo, pero había hecho algo inesperado: la había templado. Esas chicas con sus muecas—la habían subestimado. Si las respuestas sobre Lydia no iban a venírsele solas, las buscaría.

Entró en la pequeña oficina contigua a la biblioteca, una habitación que Aiden raramente usaba. El aire allí dentro estaba inmóvil y un poco rancio, como un espacio olvidado por la cuidadosa puesta en escena de la casa. El escritorio de caoba ocupaba el centro de la estancia, su superficie pulida pero sin uso. Las estanterías, alineadas de encuadernados, se alzaban sobre ella como jueces silenciosos.

Al acomodarse en el escritorio, Alice no lograba quitarse la sensación de que no pertenecía a aquel lugar. Era el mundo de Aiden y Lydia—su casa, su historia, sus secretos. Y, sin embargo, por mucho que la casa pareciera resistirse a su presencia, no podía marcharse. Necesitaba entender la verdad, no solo por ella misma sino para recuperar el control de una vida que cada vez se le antojaba ajena.

Alice abrió el portátil, las manos le temblaban levemente mientras navegaba por los artículos marcados que había guardado. El primer hilo que tiró fue la demanda con Catherine Reese. Aiden

había mencionado el nombre una vez, de paso, pero lo había desestimado como una disputa menor. Ahora, al leer los escasos registros judiciales y los artículos, quedaba claro que no había sido nada menor.

Catherine había acusado a Lydia no solo de robarle ideas, sino de sabotear activamente su carrera. El acuerdo se había mantenido fuera de la vista pública, los detalles sellados, pero los rumores persistían. Un exempleado citado en un artículo describía a Lydia como «implacable», una mujer que «destruiría a la competencia con una sonrisa en el rostro».

Las preguntas llegaban ahora con más rapidez, tropezándose unas con otras.

Alice se reclinó en la silla; su mirada quedó clavada en las filas de libros que forraban las estanterías. Le latía la cabeza. Cada nueva pieza de información se sentía como otro hilo que deshacía el ya frágil tapiz de su matrimonio.

Se frotó las sienes, sus pensamientos giraban en espiral. Aiden compartía pocos detalles, siempre dispuesto a cambiar de tema cuando surgía el nombre de Lydia. ¿Era porque estaba de duelo—o porque había cosas que no quería que Alice supiera?

Su mente derivó hacia la advertencia de Maria:*Lydia no siempre fue la víctima. Era igual de capaz de hacer daño a los demás.*Y luego estaba la sugerencia de que Lydia podría haber mantenido una aventura.

Su mirada se perdió en la ventana, donde el cielo gris se pegaba al cristal con peso. La casa se sentía inquietantemente silenciosa, rota solo por el zumbido tenue del sistema inteligente. No lograba quitarse la sensación de que la casa la vigilaba, que sus propias paredes estaban vivas con una historia secreta. Esto no era solo un hogar—era un escenario. Y Lydia había sido la estrella.

Pero las estrellas se apagan, pensó Alice con dureza, las manos apretando los bordes del portátil. La vida perfecta de Lydia había sido una fachada, una que se había hecho añicos mucho antes de su desaparición. Cuanto más descubría Alice, más se daba cuenta de que la historia de Lydia no iba solo de ambición o éxito—era sobre el

poder. El poder que había ejercido sobre los demás. Un poder que quizá, al final, la consumió.

Alice volvió a la pantalla. Recorrió transcripciones de entrevistas y viejas entradas de blog, buscando cualquier cosa que le diera una imagen más nítida de la vida de Lydia. Un post llamó su atención: una entrevista que Lydia había concedido poco antes de desaparecer. En ella hablaba de su matrimonio con Aiden, describiéndolo como una «asociación basada en el respeto mutuo y en objetivos compartidos». Las palabras sonaban ensayadas y Alice no pudo evitar preguntarse qué se había quedado sin decir.

*¿Era respeto mutuo, o era control?*pensó Alice. Pensó en las entradas del diario que había encontrado, en las palabras mesuradas de Aiden que dejaban entrever frustración y tensión.

Su respiración se aceleró conforme las preguntas se amontonaban, cada una más inquietante que la anterior. Intentó apartarlas, centrarse en los hechos, pero sus emociones estaban demasiado crudas, enredadas. Se sentía como si estuviera al borde de un precipicio, asomándose a un abismo.

Y, aun así, no podía parar. Las respuestas estaban ahí fuera, enterradas bajo capas de secretos y mentiras. Tenía que seguir hurgando, no solo por Lydia sino por ella misma. Necesitaba entender la verdad sobre la mujer cuya sombra se cernía sobre su vida—y sobre el hombre con el que se había casado.

Alice respiró hondo, su resolución se endureció. Abrió una nueva pestaña y comenzó a buscar conexiones entre Lydia y la gente de su entorno. Si Lydia había sido infiel, tenía que haber rastro—mensajes, correos, algo. Y si Aiden lo sabía… Alice no terminó el pensamiento.

Con el paso de las horas, el cielo afuera se oscureció, el gris dando paso a un índigo amenazante. La casa se enfrió, su silencio se profundizó mientras Alice permanecía consumida por la búsqueda, cosiendo fragmentos de una historia que se sentía a la vez lejana y peligrosamente cerca.

No supo cuánto tiempo llevaba trabajando cuando el sistema inteligente emitió un tono, su voz rompiendo el silencio. «Good evening, Mrs. Chandler. Would you like me to adjust the lighting?»

Alice saltó, al mirar alrededor de la habitación. La voz era calmada, neutra, pero resultaba intrusiva, como si la casa misma le recordara su presencia. Negó con la cabeza, tratando de recomponerse.

«No», dijo en voz alta, la voz vacilante. «Estoy bien».

Pero no lo estaba. La verdad la arrastraba más y más hacia una oscuridad de la que no estaba segura de poder escapar.

Se recostó en la silla, la mirada volviendo a la pantalla del portátil. Los secretos de Lydia estaban ahí fuera, esperando a ser descubiertos.



La respuesta le llegó casi por accidente.

Continuando con su búsqueda, Alice registraba una caja de revistas viejas que había encontrado en uno de los trasteros del piso superior. La mayoría eran publicaciones de estilo de vida con Lydia sonriendo enfermizamente en la portada. Alice las hojeó distraída hasta que una foto llamó su atención, como muestran las revistas antiguas .

Era una instantánea tomada en un gala benéfica de alto perfil. En la foto, ella estaba inmóvil entre Aiden a un lado e Ian al otro. El pie de foto decía:*«Lydia Chandler con su marido, Aiden, y su socio comercial, Ian Carlisle, en la gala inaugural de la Lydia Chandler Foundation.»*

Alice se quedó mirando la foto, con los ojos entrecerrados. La postura de Ian era sutil pero reveladora. Se situaba demasiado cerca de Lydia, la mano apoyada con suavidad en la parte baja de su espalda. La sonrisa en su rostro no era la de un socio de negocios típico: era íntima. La expresión de Lydia, también, parecía distinta en esa foto. Había un brillo en su mirada, una sonrisa cargada de secreto.

Un escalofrío recorrió la espalda de Alice.

Dejó la revista a un lado y volvió a su portátil, los dedos volando sobre el teclado mientras buscaba más fotos, más pruebas. Cuanto

más miraba, más nítida se volvía la imagen. Ian aparecía en casi todos los grandes actos de la vida de Lydia. No era solo un socio comercial—siempre estaba en segundo plano, siempre merodeando lo bastante cerca como para sugerir algo más.

El corazón de Alice se aceleró cuando dio con un viejo blog de cotilleos. El artículo databa de años atrás y especulaba sobre la "relación cercana" de Lydia con Ian. Era vago, lleno de conjeturas y afirmaciones sin verificar, pero insinuaba reuniones privadas, llamadas a altas horas y hasta un viaje que ambos hicieron a Europa bajo la apariencia de una operación de negocio.

Le temblaban las manos al leer, el estómago revuelto. Las piezas encajaban, pero las implicaciones eran sobrecogedoras. Si Lydia había tenido una aventura con Ian, ¿qué significaba eso para su matrimonio con Aiden? ¿Y por qué nadie había hablado nunca de ello?



Aquella tarde, Alice paseaba de un lado a otro por la biblioteca, sus pensamientos en remolino. La casa se sentía demasiado silenciosa. Quiso plantear sus sospechas a Aiden, pero lo pensó mejor.

En vez de eso, llamó a María.

«Soy Alice», dijo cuando María contestó. «Necesito hacerte una pregunta.»

Hubo una pausa al otro lado, y Alice pudo oír el leve tintinear de los platos de fondo. «Dime», dijo María con cautela.

«¿Era Ian?» preguntó Alice, la voz temblando. «¿Era él el hombre con quien Lydia tenía una aventura?»

Otra pausa, más larga esta vez. Cuando María habló por fin, su voz sonó baja y mesurada. «¿Por qué piensas eso?»

«He encontrado algunas cosas», dijo Alice. «Fotos, artículos. Estaban… cerca.»

María suspiró; el sonido, cargado de resignación. «Lo sospeché durante mucho tiempo», admitió. «Tenían cuidado, pero había momentos—pequeñas cosas que sólo habrías notado si hubieras

estado con ellos todo el tiempo. La forma en que se miraban, que Ian siempre estuviera presente. Y luego las reuniones nocturnas, los viajes. Todo sumaba.»

A Alice se le apretó la garganta. «¿Lo sabía Aiden?»

«No lo creo», dijo María. «O si lo supo, nunca lo dejó entrever.»

La mente de Alice dio vueltas. Las implicaciones eran colosales. Arrojaban su matrimonio con Aiden a una nueva luz. Pero, más aún, convertían la desaparición de Lydia en algo mucho más sospechoso.

«Tienes que tener cuidado, señora Chandler», dijo María, su voz cortante. «Ian es una víbora. Nunca me gustó.»

Alice tragó saliva con fuerza. «Tendré cuidado», respondió.

Cuando colgó el teléfono, supo que se acercaba a la verdad. Lydia había jugado a un juego peligroso, y ahora Alice estaba atrapada en la misma telaraña.

17

Las mañanas se habían convertido en una rutina de silencios torpes y distancia cortés. Alice se sentaba en la amplia barra de desayuno de mármol; sus manos envueltas alrededor de una taza humeante de café. Enfrente, Aiden hojeaba su tablet, de vez en cuando bebiendo de su batido de proteínas.

El aire entre ellos estaba tenso, cada momento punteado por el roce de los cubiertos contra la porcelana o el ligero zumbido del teléfono de Aiden cuando llegaban notificaciones.

«¿Día ajetreado?», preguntó Alice, con voz ligera.

«Siempre», respondió Aiden sin levantar la vista. Siguió repasando sus correos, el ceño fruncido por la concentración. «Tengo reuniones seguidas esta tarde. Ian llegará más tarde en avión para una sesión de estrategia.»

El estómago de Alice se retorció al oír a Ian mencionado. Forzó una expresión neutral, intentando sonar casual. «Parece que sois cercanos», dijo.

Aiden alzó la vista brevemente, con una expresión inescrutable. «Ha trabajado con Lydia durante años.»

Alice asintió y dio un pequeño sorbo a su café.

Karen entró brevemente para rellenarle la taza a Alice, su presencia recordatorio silencioso del orden meticuloso que Aiden

exigía en su vida. Él apenas la reconoció, con la atención fijada en su tablet.

«Aiden», dijo Alice al cabo de un momento, con la voz vacilante. «¿Piensas alguna vez en Lydia?»

Su mano se detuvo a mitad del gesto y la miró, el rostro endureciéndose. «¿Qué clase de pregunta es esa?»

Alice sintió una punzada de remordimiento. «Quiero decir… la gente sigue hablando tanto de ella. Debe de ser duro.»

Aiden apoyó la tablet con un suave golpe. «Lydia se ha ido, Alice. Lo difícil es intentar seguir adelante mientras todo el mundo insiste en remover el pasado.»

Sus palabras dolieron, pero su tono llevaba algo más que frustración—algo que sonaba mucho a dolor.

«Si ese es el caso, ¿por qué estamos rodeados de las cosas de Lydia? ¿No crees que quizás ya es hora de guardar algunas?»

Alice lo observó un momento, preguntándose si Aiden seguía cargando con el peso de la memoria de Lydia, igual que ella. Pero antes de que pudiera decir nada más, su teléfono vibró de nuevo.

«Volveré tarde», dijo de pronto Aiden, levantándose de la silla y cogiendo su tablet. Se inclinó para besarla en la mejilla, el gesto rápido y rutinario. «No te quedes despierta.»

Y así, se fue, dejando a Alice otra vez sola. Ella miró su desayuno intacto, el nudo en el estómago apretándose. Había perdido el apetito.

Alice permaneció en la cocina cavernosa mucho después de que Aiden se marchara, el silencio de la habitación pesando sobre ella. Miró su plato sin tocar.

Karen volvió a entrar brevemente, moviéndose en silencio mientras recogía los restos del desayuno. Alice la observó, preguntándose cuánto sabrían el personal—qué tanto habrían visto y oído. Abrió la boca para decir algo, cualquier cosa, que rompiera el silencio, pero Karen se alejó con un asentimiento cortés antes de que Alice pudiera hablar.

A medida que los pasos se fueron apagando, Alice se recostó en la silla, mirando el cielo más allá. La lluvia surcaba el cristal en finos surcos, reflejo del hilo de sus pensamientos.

Su mirada se fijó en el lugar donde había estado la tablet de Aiden, su ausencia dejando un extraño vacío. Él la protegía con tanto celo, sus dedos desplazándose rápido por lo que fuese que ocupaba su atención antes de que su pregunta lo interrumpiera. No era inusual—Aiden siempre estaba absorto en su trabajo o en asuntos privados—pero hoy había en ello una urgencia, algo que se sentía distinto.

Alice se levantó de su asiento y se acercó a la ventana. Su reflejo en el cristal la miraba de vuelta, pálida e insegura.

El suave zumbido del sistema inteligente la sacó de su ensoñación. «Buenos días, señora Chandler», dijo con voz suave, como si intuyera su turbación.

«Basta», murmuró, más para ella que para el sistema. Pero el recuerdo de la omnipresencia de la casa bastó para incomodarla, incluso estando sola.

Sus ojos se desviaron hacia el lado de la casa de Aiden—la oficina, su estudio privado, los lugares en los que rara vez se aventuraba. La curiosidad comenzó a echar raíces, arrastrando sus pensamientos de nuevo hacia la tablet y la forma en que él la había excluido con rapidez. Sabía que Aiden valoraba su privacidad, pero la sospecha que le royó por dentro se estaba volviendo insoportable.

Se acercó a su oficina. La puerta estaba cerrada, como siempre, y vaciló frente a ella. Podía sentir la quietud de la casa, como si contuviera la respiración, esperando a ver qué haría a continuación.

Alargó la mano hacia la manilla, girándola, medio esperando que estuviera echada. La puerta se abrió y reveló el espacio sobrio y minimalista del interior. El escritorio de Aiden estaba tan meticulosamente ordenado como el resto de Evermere, la superficie casi antinaturalmente limpia. Un monitor elegante ocupaba el centro, su pantalla oscura, y una serie de archivos estaba apilada con pulcritud a un lado.

Alice entró, con la respiración contenida. Había estado antes en su oficina, pero hoy se sentía distinta—cargada, como si las paredes

mismas vibraran con algo no dicho. Se acercó al escritorio. No estaba segura de qué buscaba, pero la compulsión por registrar todo era irresistible.

Su mirada cayó sobre un pequeño cajón al lado del escritorio. Estaba cerrado con llave, la llave en ningún lado. Lo intentó de nuevo, la frustración creciendo. El cajón cerrado sólo aumentó su determinación; su curiosidad se había convertido en un dolor punzante.

Sabía que había cruzado una línea cuando cerró la puerta de la oficina tras de sí, con un sudor frío en la nuca. Evermere parecía más oscuro ahora, condenándola en silencio. Volvió apresurada a la cocina, la mente hecha un torbellino de dudas y miedos.

Las palabras de Aiden resonaron en su cabeza:*«Lydia se ha ido. Lo difícil es intentar seguir adelante mientras todo el mundo insiste en remover el pasado.»*Pero no era el pasado lo que le perseguía—era algo vivo, palpitando bajo la superficie de sus vidas como una herida que se negaba a cicatrizar. Había más en la historia de Lydia, más en el silencio de Aiden, y Alice estaba decidida a descubrirlo.

El resto del día transcurrió en una nebulosa. La casa, con sus superficies relucientes y sus prestaciones de alta tecnología, se sentía más inhóspita que nunca. Cada vez que pasaba junto a una pantalla, esperaba a medias que se encendiera con otra imagen o vídeo de Lydia.

Al caer la tarde, Alice se encontró de nuevo en el pequeño despacho donde había pasado tantas horas investigando la vida de Lydia. Abrió el portátil, los dedos vacilando sobre el teclado antes de teclear el nombre de uno de sus sitios de cotilleos favoritos. Se dijo a sí misma que no era más que una distracción, una manera de escapar de la tensión que recorría Evermere como un ser vivo.

Pero al cargarse la página principal, su corazón cayó. Allí, en la portada, había una foto suya.

Era una instantánea espontánea, tomada frente a la cafetería donde había conocido a Maria. El pie de foto decía:*«Sra. Aiden*

*Chandler avistada en el centro—¿problemas en el paraíso?»*El artículo especulaba sin reparos.

Los comentarios abajo eran tan crueles como predecibles.

Se ve tan sosa comparada con Lydia. Aiden podría aspirar a algo mejor.

¿Por qué siempre parece tan nerviosa? No está hecha para esto.

Apuesto a que ya se está derrumbando bajo la presión.

Apartó el portátil, las palabras difuminándose en la pantalla. No era solo la invasión de su intimidad lo que la inquietaba: era la sensación de desnudarse ante todos. Incluso su encuentro con Maria, algo que creía privado, había sido retorcido hasta convertirse en material de prensa sensacionalista.

Se levantó y empezó a pasear por la habitación, la mente a mil por hora. Si los paparazzi la seguían a ella, podrían haber visto también a Maria. Tenía que proteger a Maria, asegurarse de que su nombre no quedara arrastrado por este lío. Pero, por encima de todo, necesitaba calcular cuánta atención podía atraer su investigación y cómo mantenerse un paso por delante.

Aquella noche, la cena fue tan tensa como siempre. Karen había preparado una comida impecable, como solía hacer, y la mesa del comedor estaba dispuesta con un cuidado meticuloso que decía más de presentación que de confort. Aiden estaba distraído, el móvil vibrando intermitentemente con mensajes que no parecía poder ignorar.

Alice jugueteó con la comida; no tenía hambre. Miró a Aiden, preguntándose si habría visto el artículo, pero él no dio señales de ello. Su atención estaba en otra parte, como parecía ocurrir estos días.

«¿Sabías que hay una foto mía en internet?», preguntó Alice.

Aiden alzó la mirada, frunciendo ligeramente el ceño. «¿Qué tipo de foto?», preguntó Aiden.

«Paparazzi», dijo Alice, dejando el tenedor. «La tomaron frente a una cafetería. Ya están especulando sobre problemas en nuestro matrimonio».

Aiden suspiró, reclinándose en la silla. «Ignóralo. Siempre buscan algo con lo que remover», dijo Aiden.

«Ese es el precio de formar parte de este mundo», dijo Aiden con sencillez, como si eso lo explicara todo. «Te acostumbrarás», añadió.

«Ese es el precio de vivir en este mundo», dijo con sencillez, como si con eso lo explicara todo. «Te acostumbrarás».

A Alice no le gustó su tono despectivo, pero se obligó a mantener la calma. «¿Crees que se quedarán en los rumores? ¿Y si escarban en el pasado—en Lydia?», preguntó.

La expresión de Aiden se ensombreció. «Lydia se ha ido, Alice. Déjalo estar», dijo Aiden.

Su tono no admitía réplica, pero solo alimentó la determinación de Alice. Si Aiden no respondía a sus preguntas, tendría que buscar las respuestas por su cuenta.

Más tarde esa noche, Evermere guardaba silencio. Los pasos de Alice resonaban débilmente mientras se dirigía al pequeño despacho contiguo a la biblioteca, un espacio que había reclamado para ella.

Abrió el portátil y se acomodó en la mullida silla de cuero, los dedos suspendidos sobre el teclado. El artículo de cotilleos que había visto antes seguía ardiendo en su cabeza.

Alice buscó el artículo otra vez, el corazón hundiéndose cuando la imagen cargó en la pantalla. La foto era nítida, el ángulo poco favorecedor. Se veía a sí misma de pie, torpe, frente al café, la expresión tensa. El pie de foto era peor de lo que recordaba:*«Sra. Aiden Chandler reunida con una mujer misteriosa.»*

Los comentarios bajo el artículo fueron un cuchillo que le retorcía las entrañas.

Nunca será Lydia. Aiden merece a alguien con carisma, no… esto.

¿Por qué siempre parece al borde de las lágrimas? ¡Patética!

¿No aguanta la presión?

Alice cerró el portátil de golpe, incapaz de leer una palabra más. El pecho se le apretaba, el pulso le retumbaba en los oídos. Respiró hondo, preguntándose por qué lo había mirado otra vez. Echó un

vistazo por el despacho y su mirada se posó en una pila de revistas que había recogido esa mañana.

Cogió una y la hojeó hasta dar con la foto que buscaba: Lydia, entre Aiden e Ian en una gala benéfica. Su cabello brillaba bajo las luces; su sonrisa era radiante. Pero no era Lydia lo que llamó la atención de Alice: era Ian. Su mano descansaba ligeramente en el hombro de Lydia; su postura, inclinada hacia ella, decía familiaridad.

Alice se quedó mirando la foto.

Volvió a abrir el portátil, esta vez buscando a Ian específicamente. Su nombre arrojó cientos de resultados: artículos de negocios, entrevistas y fotos de eventos. Pero cuanto más profundizaba, más patrones detectaba. Ian siempre estaba ahí—al lado de Lydia en momentos clave de su carrera y en actos donde Aiden brillaba por su ausencia.

Sus dedos golpeaban el teclado mientras trazaba una línea temporal. Había rumores, sutiles y enterrados en blogs y foros oscuros. Un artículo mencionaba un viaje de negocios que Ian y Lydia habían hecho a París, supuestamente por una iniciativa benéfica.

Las señales estaban ahí, escondidas a plena vista. Ian no había sido solo el socio comercial de Lydia—había sido algo mucho más.

Alice se echó hacia atrás en la silla. Si Ian había tenido una relación con Lydia, ¿qué implicaba eso respecto a su desaparición? ¿Lo sabía Aiden? Y si lo sabía, ¿se había enfrentado a Ian—or a Lydia?

De pronto la habitación le pareció demasiado pequeña, demasiado asfixiante. Se puso en pie y se acercó a la ventana, mirando la oscura extensión del océano más allá de los acantilados. Las olas golpeaban las rocas, su ritmo implacable en contraste con el caos de su mente.

Alargó la mano hacia el teléfono, los dedos suspendidos sobre el número de María. María ya le había advertido que tuviera cuidado.

Su reflejo le devolvía la mirada en el cristal, pálido y demacrado. No podía detenerse ahora, no cuando estaba tan cerca de la verdad. Pero por primera vez sintió el verdadero peso de lo que estaba descubriendo: el peligro, los secretos, la infidelidad.

Mientras la casa se hundía en su quietud nocturna, Alice volvió al portátil, su determinación endureciéndose, aunque no lograba quitarse la sensación de que alguien, ahí fuera, esperaba a que cometiera un error.

18

El bar de vinos se escondía en una tranquila calle lateral de la ciudad; su iluminación tenue y el interior de madera oscura desprendían un aire de exclusividad. Alice llegó pronto y eligió una pequeña y acogedora cabina en la parte trasera, desde donde podía observar la sala sin hacerse demasiado visible. Había pasado todo el día debatiéndose sobre si encontrarse con Ian de esta manera era una buena idea. No lo era, lo sabía en el fondo, pero su necesidad había pesado más que su precaución.

El camarero se acercó y le ofreció la carta de vinos. Pidió una copa de Malbec, algo lo bastante fuerte como para templar sus nervios, y esperó. Los minutos se estiraron y comenzó a preguntarse si Ian siquiera aparecería. Pero entonces, justo cuando sus dudas empezaban a apoderarse de ella, llegó.

Ian Carlisle entró al bar con su acostumbrada confianza ensayada. Su ropa delataba a un hombre que conocía su poder y lo manejaba con precisión. Escaneó la sala antes de localizar a Alice. Su expresión era neutral, pero sus ojos brillaban con curiosidad—y con algo más frío.

«Alice», dijo con suavidad mientras se deslizaba en la cabina frente a ella, «esto es una agradable sorpresa. ¿A qué debo el honor? Me intrigó recibir tu mensaje», dijo.

«Gracias por verme», respondió Alice, manteniendo la voz firme. Sonrió con cortesía, aunque sus manos apretaban con fuerza la base de la copa bajo la mesa.

Ian se reclinó, estudiándola con una intensidad que le ponía la piel de gallina.

«Dijiste que querías hablar de un plan de negocio? ¿Algo en lo que pudiera ayudar?», preguntó.

«Sí», dijo Alice, obligándose a sostener su mirada. «Pero primero quiero hablar de Lydia.»

La expresión de Ian no cambió, pero su postura se tensó ligeramente. Alcanzó el menú, moviéndose despacio y con deliberación. «No estoy seguro de qué crees que puedo ofrecer», dijo.

«La conocías bien», insistió Alice, su voz tranquila pero firme. «Eras su socia en los negocios, pero también fuiste... más que eso, ¿no?»

Ian se quedó paralizado un instante antes de dejar el menú sobre la mesa. Se inclinó hacia delante, estrechando los ojos. «No sé qué estás insinuando, Alice, pero creo que deberías elegir muy bien tus palabras. Ahora estás jugando con los peces gordos, ¿no te has dado cuenta aún?», advirtió.

Alice tragó saliva, el pulso acelerado, pero no retrocedió. «He visto las fotos. Los artículos. Sé de las reuniones a altas horas, de los viajes. Tuviste un romance con ella, ¿verdad?», dijo.

Sus sienes palpitaban, y por un momento Alice creyó que lo negaría de plano. En cambio, exhaló con fuerza, y una sonrisa amarga tiró de la comisura de su boca. «Eres muy atrevida, Sra. Chandler. No me imaginaba que tuvieras ese arrojo», murmuró.

«Entonces es cierto», dijo Alice, con la voz apenas un susurro. Los ojos de Ian se oscurecieron y se inclinó más cerca, su voz baja y amenazante.

«No sabes de lo que hablas. Y si eres lista, te detendrás ahora mismo», dijo.

Alice se negó a apartar la mirada. «¿Por qué? ¿De qué tienes miedo? ¿Que Aiden lo descubra? ¿Que alguien escarbe y averigüe lo que realmente le pasó a Lydia?», preguntó.

La expresión de Ian se tornó gélida, y la máscara de cortesía se le resbaló. «Escúchame con atención, Alice», dijo con voz peligrosamente baja, «Lydia ya no está. Lo que fuera que pasara entre nosotros quedó en el pasado. Removerlo no la va a devolver, y no te hará ningún favor. Si valoras la vida que tienes ahora, te aconsejo que dejes de hacer la detective.»

Las manos de Alice temblaban bajo la mesa, pero mantuvo la cara lo más serena posible. «No lo estás negando», dijo, con una voz más firme de lo que se sentía.

Los labios de Ian se curvaron en una sonrisa fría. «No necesito negar nada. Porque pase lo que pase, no puedes probarlo. Y si intentas arrastrar mi nombre—o el de Lydia—por el barro, te garantizo que no te gustará lo que ocurra después.»

La luz tenue del bar proyectó las facciones afiladas de Ian en sombra, haciéndole parecer más siniestro mientras se inclinaba de nuevo sobre la mesita. El corazón de Alice latía con fuerza, sus dedos aferrados al tallo de la copa. La sonrisa helada de Ian no vaciló, pero sus ojos ardían con una intensidad que la hizo perder el equilibrio.

«Realmente no sabes con quién te estás metiendo, ¿verdad?», dijo, en voz baja, casi un susurro. Se recostó en su silla, girando su whisky deliberadamente como si disfrutara de su incomodidad.

«Entonces ilumíname», replicó Alice, sorprendiéndose por la firmeza de su propia voz. «Si Lydia no era la esposa perfecta que todos dicen, ¿qué era ella? ¿Y qué eras tú para ella?»

La sonrisa de Ian se desvaneció ligeramente y su mirada se estrechó. «Lydia era ambiciosa. Despiadada. No dejó que nadie se interpusiera en su camino—ni yo, ni Aiden. Si piensas ni por un segundo que ella se conformaba con ser la esposa trofeo de él, eres más ingenua de lo que creí.»

Alice tragó con fuerza. «¿Dices que no era feliz?», preguntó.

La risa de Ian fue seca y sin humor. «¿Feliz? No, Lydia no estaba hecha para la felicidad. Estaba hecha para el poder. Tenía planes, Alice. Planes grandes. Y créeme, Aiden no formaba parte de ellos.»

«¿Qué quieres decir?», replicó ella.

Ian apoyó su vaso sobre la mesa con un suave tintineo, su expresión endureciéndose. «Iba a dejarlo. A llevarse todo—su dinero, su reputación, la casa, incluso la empresa si podía. Tenía todo calculado. Se estaba reuniendo con abogados, alineando aliados, maquinando a sus espaldas.»

La sangre de Alice se heló. «¿Por qué haría eso?», preguntó.

«Porque así era ella», dijo Ian con simpleza. «Quería el control. Quería ganar. Y Aiden, con todo su encanto y poder, no era más que un obstáculo en su camino.»

La mente de Alice se desbocó tratando de asimilar sus palabras. Era muy distinto al cuadro idílico que el mundo había pintado del matrimonio de Aiden y Lydia. Si lo que decía Ian era cierto, la desaparición de Lydia no era solo una tragedia—era una bomba de relojería.

«¿Y tú?», preguntó Alice en un susurro. «¿Formabas parte de su plan?»

Los labios de Ian se curvaron en una sonrisa desdeñosa, pero no había calidez en ella. «Fui muchas cosas para Lydia. Un confidente, un compañero, alguien que la entendía. Pero incluso yo sabía que no debía confiar en ella por completo», dijo Ian.

El comentario flotó en el aire como humo, su mente incapaz de reconciliar la imagen de Lydia como manipuladora astuta con la hermosa y enigmática mujer que aún rondaba cada rincón de la finca Evermere.

«Si planeaba dejar a Aiden», dijo Alice con cautela, «¿por qué no lo hizo? ¿Qué se lo impidió?»

La expresión de Ian se oscureció; su sonrisa desapareció por completo. Se inclinó aún más, bajando la voz a un susurro peligroso. «Esa es la pregunta del millón, ¿no? Quizá Aiden lo descubrió. Quizá no pudo soportar la idea de perder su vida perfecta, a su mujer perfecta. Quizá decidió tomar el asunto en sus propias manos», dijo.

«¿Quieres decir... Aiden—?», dijo Alice mientras sorbía su vino, intentando aparentar calma.

«No estoy diciendo nada», interrumpió Ian, con tono cortante. «No tengo pruebas. Pero si yo fuera tú, pensaría muy bien en a

quién confías en esa casa. Lydia no era la única que podía ser despiadada», añadió.

Las palabras golpearon a Alice como un puñetazo en el estómago. Lo miró fijamente, la mente acelerándose con posibilidades que no quería considerar. ¿Podría Aiden haber estado implicado en la desaparición de Lydia? ¿Sabía de su aventura con Ian? ¿De sus planes para dejarlo?

Ian se levantó de repente, ajustándose la chaqueta con una precisión meticulosa. «Ya he dicho suficiente», dijo, con voz fría. «Hazme caso, Alice. Deja de hurgar. Vete mientras aún puedes.»

«Que te jodan», siseó mientras él dejaba algunos billetes sobre la mesa para pagar su bebida y se daba la vuelta para irse. Alice lo vio marcharse, el corazón latiéndole tan fuerte que apenas escuchaba el murmullo de las conversaciones a su alrededor.

Alice miró su copa de vino, el líquido oscuro girando mientras ella movía el tallo sin pensar. El tenue zumbido del jazz del bar pasó a un segundo plano; sus pensamientos la devoraban. Las palabras de Ian se repetían en su cabeza, su amenaza innegable.

Si valoras la vida que tienes ahora, te sugiero que dejes de hacer de detective.

Dio un sorbo de vino, el sabor punzante anclándola por un instante.

Sabía que guardarlo para sí misma era peligroso. La amenaza de Ian no era vacía—podía verlo en sus ojos. Si seguía por ese camino, se estaría poniendo en riesgo.

Alice cerró los ojos y dejó escapar un suspiro tembloroso. La verdad sobre Lydia seguía justo fuera de su alcance, tentadora y esquiva. Pero cuanto más descubría, más se daba cuenta de que todos a su alrededor tenían algo que ocultar.

Cuando el camarero se acercó para preguntar si necesitaba algo más, Alice negó con la cabeza y pidió la cuenta. El vino le pesaba en el estómago mientras recogía sus cosas y salía del bar, adentrándose en el aire de la noche.

Se metió en el coche y se quedó un momento, agarrando el volante mientras miraba fijamente al frente. La noche estaba en

calma, pero no lograba quitarse la sensación de que Ian—o alguien más—ya podría estar moviendo piezas para silenciarla.

Las manos le temblaban al arrancar el coche y salir a la calle, la mente llena de preguntas.

Mientras las luces de la ciudad se difuminaban a su alrededor, Alice supo una cosa con certeza: cualquiera que fuera su próximo paso, no habría vuelta atrás.

19

La casa se sentía más pequeña que nunca, sus vastos pasillos resonantes de repente claustrofóbicos mientras Alice se enfrentaba a Aiden en su despacho. El aire entre ellos estaba cargado, sus miradas ancladas.

«¿Quieres la verdad?», dijo Aiden, su voz cortando el silencio como un cuchillo. «Está bien. Lydia no era la mujer que el mundo cree. Era…» Hizo una pausa, las manos apretándose en puños a los lados, como si luchara físicamente con las palabras. «Era la persona más peligrosa que he conocido.»

Alice se sorprendió por su honestidad repentina. «¿Peligrosa? ¿Qué quieres decir?»

Aiden se pasó una mano por el pelo, con movimientos agitados. «No era solo despiadada, Alice. Era calculadora, manipuladora, y sabía exactamente dónde golpear para que doliera. Podía sonreírte a la cara y destruirte a tus espaldas—y hacerte creer que la culpa era tuya.»

Alice tragó saliva con fuerza, su voz apenas un susurro. «¿Y qué te hizo?»

Aiden se apartó, las manos apoyadas en el borde del escritorio. La luz tenue de la lámpara de la mesa trazaba líneas iluminadas en su rostro, haciéndolo parecer más viejo, más fatigado. «Sabía cosas sobre mí», dijo por fin, su voz baja y contenida. «Cosas que nadie

más sabe. Errores que cometí al levantar la empresa—atajos, acuerdos con los que nunca debí haber estado de acuerdo. Ella lo descubrió, y lo utilizó en mi contra.»

El corazón de Alice latía con fuerza. «Te chantajeó.»

Él asintió, tragando saliva, sabiendo que por fin tenía que admitir la verdad. «No solo quería dinero, Alice. Quería control. Amenazó con sacar todo a la luz—filtrar documentos, hablar con periodistas, arruinarme. Y no habría destruido solo la empresa. Me habría destruido a mí. Mi reputación, todo por lo que había trabajado… Quería quedarse con todo.»

Alice lo miró fijamente, asimilando la enormidad de sus palabras. «¿Por qué haría eso? Era tu esposa.»

Aiden soltó una risa amarga, sus ojos llenos de algo que no era rabia—dolor. «¿Crees que eso significaba algo para ella? Lydia no me amaba. Amaba el poder. Le gustaba la idea de estar casada con alguien como yo, de formar parte de mi mundo. Pero cuando se dio cuenta de que podía tener todo eso sin mí, decidió que yo era prescindible.»

Alice dio un paso tambaleante hacia él, su voz temblando. «Dijiste que planeaba dejarte.»

«No solo planeaba irse», dijo Aiden, su voz afilada. «Iba a llevárselo todo. La casa, la empresa, la fundación—todo. Y ni siquiera intentó ocultarlo. Quería que yo lo supiera.»

«¿Por qué?», preguntó Alice, la garganta apretada. «¿Por qué lo haría?»

Aiden se volvió hacia ella, los ojos encendidos por una mezcla de furia y dolor. «Porque era cruel y quería hacerme daño. Quería verme retorcerme, verme impotente. Incluso exhibió su aventura con Ian, burlándose de mí con ello.»

Alice contuvo el aliento, las piezas de la historia encajando. «Sabías de la aventura.»

«Lo sospeché durante meses. La pregunta es: ¿cómo lo sabes?», preguntó Aiden, entrecerrando los ojos, su voz teñida de amargura.

«Lo averigüé.» No estaba preparada para admitir hasta dónde había llegado para obtener la respuesta. «¿Y cuando lo descubriste?», insistió Alice.

Los ojos de Aiden se oscurecieron y su voz cayó a un susurro. «Ni siquiera lo negó. Quería que yo lo supiera. Quería humillarme. Me contó todo—cuánto tiempo llevaba, cómo Ian era más hombre de lo que yo jamás sería. Incluso llegó a decir…» Se interrumpió, luchando por continuar.

Alice se acercó, el corazón encogido ante la emoción cruda de su voz. «¿Qué dijo?»

«Dijo que nunca la volvería a tocar», dijo Aiden por fin, su voz temblando con una ira contenida. «Que una vez que se fuera, yo no sería nada. Solo un hombre cuyo éxito se había construido sobre su brillantez.»

El dolor en sus palabras atravesó a Alice como una cuchillada. Nunca había visto a Aiden así—tan expuesto, tan vulnerable. El hombre que siempre había parecido inamovible ahora estaba ante ella como una versión hecha añicos de sí mismo, las heridas que le infligió su primera esposa aún frescas y sangrando.

La voz de Alice se ablandó. «Aiden… esto no tiene sentido. No entiendo lo que me estás contando. No lo comprendo. ¿Por qué?»

Aiden se encogió de hombros y se dejó caer en la silla y, por primera vez en días, ella supo que decía la verdad. Él no lo sabía.

«Es simplemente lo que hacía. Porque podía.» Suspiró.

«¿Qué le pasó?», preguntó Alice con cautela.

La mirada de Aiden se endureció; su vulnerabilidad reemplazada por un muro de acero. «Se ha ido, Alice. Eso es lo único que importa.»

«Eso no es suficiente. Debes haber—»

«¡Basta!», estalló Aiden, su voz resonando por la habitación. «No lo entiendes, Alice. No sabes lo que es que alguien tenga tu vida entera en sus manos y te amenace con destruirla. No entiendes qué tipo de persona era Lydia—los juegos que jugaba.»

Alice se estremeció, el pecho apretándose por la fuerza de sus palabras. «Estoy intentando entender, Aiden. Pero me estás excluyendo.»

Aiden exhaló con fuerza, llevándose una mano al rostro. «Porque la verdad no te ayudará, Alice. No cambiará nada. Lydia se ha ido, y por fin soy libre.»

Antes de que Alice pudiera responder, la puerta chirrió al abrirse y Karen entró. Su presencia fue como una flecha que atravesó la tensión en la habitación. Se movió con su acostumbrada precisión y calma, los ojos barriendo a Aiden y a Alice con un destello de curiosidad casi imperceptible.

«Señor Chandler», dijo Karen con suavidad, su voz cortando el silencio, «no quería interrumpir, pero hay una llamada para usted. Es de la oficina de Londres. Dicen que es urgente.»

Aiden se enderezó, la expresión endureciéndose de nuevo. «La tomaré en el despacho», dijo con brusquedad, pasando junto a Alice sin decir una palabra más.

Karen dirigió su atención hacia Alice, con el rostro sereno pero los ojos afilados, como si estuviera calculando cada detalle de la escena en la que acababa de entrar. «¿Todo está bien, señora Chandler?», preguntó con un tono educado pero penetrante.

Alice forzó un asentimiento, aunque el corazón le latía con fuerza en el pecho. «Sí. Todo está bien, Karen», dijo Alice.

La mirada de Karen se posó en ella un momento más, su leve sonrisa inescrutable, antes de que se volviera y se marchara. El suave clic de la puerta al cerrarse rompió la atmósfera de la habitación. Alice se quedó allí, con la mente acelerada. Estaba segura de que Karen había estado escuchando.

Mientras la casa se sumía en un silencio inquieto, la mente de Alice giraba llena de preguntas y dudas. Lydia había sido mucho más cruel de lo que ella había imaginado, pero el dolor de Aiden, su rabia —no eliminaban la posibilidad de que lo hubieran empujado demasiado lejos. Y ahora, con las advertencias de Ian todavía resonando en sus oídos, Alice se sentía más sola que nunca.

La verdad sobre Lydia era como unas arenas movedizas, que la arrastraban más hondo a cada paso. Y no estaba segura de si alguna vez volvería a pisar terreno firme.

20

La luz de la mañana se filtraba a través de las paredes de cristal de Evermere, pero hacía poco por disipar el peso asfixiante que colgaba sobre la casa. Alice estaba sentada en la barra del desayuno; el teléfono apretado entre las manos. Su bandeja de entrada estaba inundada de mensajes—enlaces a un artículo, comentarios de desconocidos y mensajes de gente que apenas conocía—todos con la misma pregunta:*¿Lo has visto?*

Lo había visto. El artículo estaba por todas partes, pegado en sitios de cotilleo y difundido por las redes sociales. La retrataba como una esposa florero, ingenua e incompetente—fuera de su alcance en un mundo de pesos pesados. Peor aún: sacaba a relucir su falta de experiencia al dirigir una galería, insinuando que su "ambición" no era más que un intento de aprovecharse del éxito de Aiden. ¿Cómo supieron que quería abrir una galería?

Pero lo más humillante era la foto. Era la misma instantánea tomada desde fuera de la cafetería donde se había encontrado con Maria, acompañada de una historia inventada sobre cómo la habían visto reuniéndose con "un contacto sospechoso". El artículo insinuaba que ocultaba algo, especulando con despropósitos: o bien conspiraba contra Aiden o bien lo avergonzaba con algún proyecto secreto.

Alice lanzó el teléfono sobre la encimera. No podía probarlo, pero estaba segura de que detrás estaba Ian. La sincronización era demasiado perfecta, el ángulo demasiado punzante. Era su venganza por la confrontación en el bar de vinos, su manera de recordarle lo poderoso—y lo imprevisible—que podía ser.

Levantó la vista cuando Aiden entró en la cocina, su habitual fachada de calma agrietándose por los bordes. La corbata le colgaba floja del cuello y las ojeras oscuras bajo los ojos delataban una noche en vela. Miró a Alice y luego su teléfono, con la expresión neutra.

«Lo he visto», dijo él con gravedad, sirviéndose una taza de café. «Ya he recibido cinco llamadas del equipo de relaciones públicas esta mañana.»

La voz de Alice fue baja, pero cargada de frustración. «Es Ian, ¿verdad? Está enviando un mensaje.»

Aiden dudó, apretando la taza de café con tanta fuerza que ella creyó que podría romperse. «No me sorprendería», admitió. «Ian es… manipulador. Vengativo. No le gusta que le planten cara, y tiene muy buena memoria.»

«Entonces, ¿por qué lo mantienes tan cerca?» preguntó Alice, su voz alzándose. «¿Por qué le dejas tanto poder sobre ti?»

Aiden suspiró, pasándose una mano por el pelo. «No es tan sencillo. Ian sabe demasiado—sobre la empresa, sobre Lydia. Cortarlo no es una opción.»

«¿Por qué no?» insistió Alice, la frustración haciéndose un nudo. «¿Qué sabe que sea tan peligroso?»

Aiden dejó la taza y se volvió hacia ella, con el rostro contraído. «Él estuvo allí, Alice. Formó parte de la vida de Lydia de maneras que yo no quería ver. Y ahora forma parte de la mía de maneras que no puedo deshacer.»

Alice lo miró, el corazón golpeándole en el pecho. «Aiden, no estás siendo claro. ¿Qué pasó entre ellos? ¿De qué tienes tanto miedo?»

Aiden vaciló, encorvando los hombros. Por un momento pareció un hombre al borde del colapso. Entonces, como si algo dentro de él se rompiera por fin, habló.

«Estaba embarazada», dijo en voz baja, con un tono hueco.

Alice se quedó helada, con la respiración encogida en la garganta. «¿Qué?»

«Lydia», continuó Aiden, con los ojos teñidos de dolor. «Estaba embarazada cuando desapareció.»

Alice lo miró, la mente luchando por asimilar lo que oía. «No lo entiendo. Nunca lo mencionaste antes. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Qué demonios estabas pensando guardando esto en secreto?»

«No era tan sencillo», suplicó Aiden, con la voz temblando. «Me lo dijo sobre el embarazo apenas unos días antes de… antes del yate. Pero no estaba segura de quién era el padre.»

A Alice le recorrió un escalofrío la columna. «¿Quieres decir que podría haber sido de Ian?»

Aiden asintió. «Eso fue lo que dijo. No lo sabía con certeza, y no le importaba. Lo usó como otra arma—otra manera de hacerme daño.»

«¿Qué pasó? Cuéntame.» preguntó Alice, la voz apenas un susurro.

Aiden se dio la vuelta, caminando al otro extremo de la cocina como si no pudiera soportar mirarla. «Tuvimos una discusión», admitió. «El día que salió a navegar. Fue… explosiva. Ella me lo echó en cara, diciéndome que el bebé podía no ser mío, que Ian era un gran follador.»

El pecho de Alice se apretó al imaginar la escena—Aiden y Lydia, atrapados en una pelea amarga y devastadora.

«Me puse furioso de verdad», continuó Aiden, con la voz quebrándose. «Dije cosas que no debería. Ella dijo cosas... viles. Y luego se fue. Salió, bajó al yate y zarpó.»

Volvió a mirarla, con los ojos llenos de angustia. «Era una navegante experimentada, Alice. Conocía esas aguas mejor que nadie. Pero esa tormenta… apareció de la nada. Cuando me di cuenta de que no había vuelto, ya era demasiado tarde.»

Las lágrimas se formaron en los ojos de Alice mientras daba un paso vacilante hacia él, sintiendo que la náusea se asentaba en su estómago. «Aiden, ¿por qué no lo dijiste a nadie?»

«Porque me culpé a mí mismo», dijo, quebrándose. «La empujé demasiado. Deje que la discusión se desbocara. Y cuando no encontraron nada—ni cuerpo, ni yate—fue más fácil dejar que la gente creyera que había sido un accidente. Dejar que el mundo recordara la versión de ella que ella quería que vieran, no la mujer que realmente era.»

Alice lo buscó con la mano, apoyándola en su brazo. Él se estremeció levemente al contacto, pero no se apartó. «Aiden, no la empujaste a salir. No podías saber lo que iba a pasar.»

Él negó con la cabeza, con los ojos como poseídos. «Pero lo dejé pasar. La dejé ganar. Estaba dispuesta a quitarme todo, Alice. Mi dignidad, mi confianza, y quizá hasta mi hijo. Y nunca sabré si ese bebé era mío—mi carne y sangre—o de otra persona.»

El dolor crudo en su voz rompió algo dentro de Alice. Había pasado tanto tiempo resentida con Lydia, temiendo su legado, pero ahora veía la verdad: la espantosa sombra de Lydia se cernía sobre Aiden tanto como sobre ella.

Antes de que Alice pudiera decir más, el sonido de pasos resonó en el pasillo. Karen apareció en el umbral; su presencia, tan calculada como siempre. Miró entre los dos, con el rostro impasible, aunque sus ojos afilados registraban cada detalle.

«Señor Chandler», dijo Karen con suavidad, con un tono calmado pero resuelto. «No quería interrumpir, pero el equipo de Londres está en línea. Le están esperando.»

Aiden se tensó, sus muros volviendo a levantarse. «Lo atenderé en el despacho», dijo Aiden secamente, abriéndose paso junto a Karen sin decir una palabra más.

Karen se detuvo un momento, fijando la mirada en Alice. Su leve sonrisa no alcanzaba los ojos. «¿Está todo bien, señora Chandler?», preguntó Karen.

Karen tenía la costumbre de aparecer siempre en los peores momentos.

Alice forzó un gesto de asentimiento, con la garganta apretada. «Sí. Está todo bien», replicó Alice con brusquedad.

La mirada de Karen se demoró un instante más antes de desaparecer por el pasillo. Alice se quedó paralizada, la mente

acelerada.

Mientras Evermere volvía a instalarse en su tensa quietud, Alice sintió el peso de la confesión de Aiden. La verdad sobre Lydia era más oscura de lo que había imaginado, pero solo le dejaba más preguntas.

Las respuestas estaban ahí fuera, pero Alice no estaba segura de estar lista para enfrentarlas.

21

La marcha de Aiden había dejado Evermere aún más fría, más sombría. Alice se quedó al borde del salón, mirando a través de las enormes paredes de vidrio el océano sin fin. Las olas chocaban con violencia contra los acantilados de abajo, su ritmo implacable haciendo eco de su propio tumulto. Evermere parecía amplificar su inquietud; su diseño pulcro no ofrecía consuelo, sólo recordatorios tajantes de lo fuera de lugar que se sentía.

La alarma de incendios se había activado tres veces aquella mañana sin razón aparente, su agudo pitido rasgando el silencio como un grito. Cada vez, Karen aparecía con una eficiencia serena, silenciando la alarma e insistiendo en que debía ser un fallo del sistema inteligente.

«No hay nada de qué preocuparse, señora Chandler», había dicho Karen con su habitual leve y enigmática sonrisa.

Pero Alice no estaba convencida. Las alarmas, la quietud inquietante de la casa, la manera en que Karen parecía estar siempre en cada esquina: todo le parecía deliberado.

Luego estaba la rata.

Alice había pasado junto a la piscina infinita cuando la vio, flotando sin vida en el agua prístina y brillante. Al principio pensó que era una hoja, pero al acercarse comprendió qué era. El cuerpo

hinchado de una rata, sus diminutas extremidades extendidas, se mecían suavemente contra el borde de la piscina.

Llamó a Karen con la voz temblorosa y observó cómo la criada la retiraba con una desapegada soltura. «Debió caer durante la noche», dijo Karen con un tono que enfurecía por su calma. «Limpiaré la piscina de inmediato.»

Pero Alice no lograba desprenderse de la imagen de la rata, sus ojos inertes mirándola. Le pareció un mensaje.

Al mediodía, la tensión se había vuelto insoportable. Necesitaba respuestas, necesitaba sentir que aún tenía algún control en una casa que parecía empeñada en volverla loca. Llamó a David y le pidió que pasara, con la excusa de querer hablar sobre los terrenos.

Cuando llegó, su habitual aire cálido fue un contraste bienvenido con el frío que parecía permear cada pared. Se plantó en el patio, secándose las manos con los guantes de trabajo, la expresión cautelosa mientras Alice le invitaba a entrar.

«¿Té?», ofreció ella, ya dirigiéndose hacia la cocina.

David dudó, pero asintió. «Sí, gracias.»

Se sentaron en la isla de la cocina, las tazas humeantes entre ambos. Alice miraba su taza, intentando reunir el valor para hablar. David sorbió su té, su rostro curtido tranquilo pero vigilante.

«David», comenzó Alice, con voz vacilante, «¿puedo preguntarte algo?»

«Por supuesto», dijo él, en un tono que sugería que se preparaba.

«He estado pensando mucho en… en todo», continuó ella, escogiendo las palabras con cuidado. «Siento que no conozco la historia completa.»

David dejó su taza, atusándose el ceño ligeramente. «¿A qué te refieres?»

Alice vaciló, luego se inclinó un poco, bajando la voz. «Ian. Hay algo en él que no sabría describir.» Removió su té. «Creo que no es de fiar. Aiden lo ha insinuado. Pero no entiendo por qué Aiden lo mantiene cerca. ¿Qué sabes de él?»

David suspiró, reclinándose en la silla. «Ian Carlisle es un hombre de negocios, hasta la médula. Es inteligente, astuto y sabe jugar el juego. ¿Confianza? No creo que nadie confíe realmente en Ian; especialmente no Aiden. Su relación siempre ha sido complicada.»

«¿Complicada en qué sentido?» presionó Alice, intentando sonar relajada.

La mirada de David se deslizó hacia la ventana, como si sopesara cuánto debía decir. «Ian lleva años por aquí. Era cercano a Lydia: demasiado cercano, si me preguntas. Pero no era sólo personal. Él y Aiden construyeron gran parte de su éxito temprano juntos. Hicieron tratos, asumieron riesgos. Algunos salieron bien, otros… no tanto.»

El corazón de Alice se aceleró. «¿Qué tipo de riesgos?»

David dudó y negó con la cabeza. «No sé los detalles y no quiero especular. Pero hubo rumores, en los primeros tiempos. Tratos que rozaban lo legal. Sociedades con gente que… digamos que no eran precisamente personas intachables.»

La mente de Alice se agitó, las piezas del rompecabezas volviendo a moverse. Estaba agradecida con David por su franqueza. «¿Y Ian? ¿Empujó a Aiden hacia esos tratos?»

David se encogió de hombros. «Quizá. Quizá no. Ian sabe convencer a la gente de que su camino es el único. Pero Aiden no es un tonto. No habría seguido nada que no creyese necesario.»

Alice se mordió el labio, sus pensamientos girando. Si habían estado metidos en negocios turbios, podría explicar por qué Aiden se sentía tan atado a Ian. Pero también abría más preguntas sobre Lydia. ¿Cuánto sabía ella? ¿Hasta qué punto estuvo implicada?

«¿Crees que Ian sentía algo por Lydia?»

La expresión de David se ensombreció un poco. «Creo que Ian sentía aprecio por lo que Lydia representaba. Era bella, ambiciosa y poderosa. Se parecían en muchas cosas: dispuestos a hacer lo que fuera para conseguir lo que querían.»

«¿Y Aiden?» preguntó Alice, ahora con voz más baja. «¿Sabía de su… conexión?» No estaba segura de que David respondiera con sinceridad.

David dudó, su mirada encontrando la de ella. «Creo que Aiden lo sabía todo. Pero Aiden siempre ha sido un hombre que valora la

lealtad, incluso cuando está mal dirigida.»

Alice asintió despacio, el peso de las palabras de David posándose sobre ella. Quiso preguntar más, hurgar más hondo, pero se contuvo. No podía mencionar el embarazo, aún. No hasta saber más.

«Gracias, David», dijo por fin, con voz firme, dándose cuenta de que no debía tentar a la suerte. «Aprecio tu honestidad.»

David asintió, aunque su expresión siguió siendo prudente. «Ten cuidado, Alice. Esta casa, esta vida—no siempre son lo que parecen. Y la gente que hay en ella… no siempre es quien aparenta ser.»

Al irse, Alice se quedó en el umbral, observándole desaparecer por el sendero que conducía a los jardines. La casa se alzaba tras ella, reluciente a la luz de la tarde, pero las sombras en su interior se sentían más oscuras que nunca.

Las alarmas de incendio, el gato, la vigilante presencia de Karen —todo le parecía fragmentos de un juego mayor. Uno que ella no comprendía del todo.

Se volvió hacia la casa, dispuesta a afrontarla. Si nadie le iba a dar las respuestas que necesitaba, las encontraría por su cuenta.

22

La primera carta llegó dos días después de que Aiden partiera en su último viaje de negocios. Alice la encontró por la mañana, deslizada entre la pila habitual de correspondencia que Karen había colocado con esmero sobre la encimera. El sobre no tenía remite, la caligrafía era quebrada y apresurada. Dentro había una sola hoja, el mensaje mecanografiado en letras gruesas y ominosas:

«No perteneces aquí. Vete.»

Al principio, Alice creyó que debía de ser una broma—una broma cruel de alguien que quería provocarla. Pero cuando la segunda carta llegó al día siguiente, su inquietud se ahondó. Esta era más gráfica, describía las «consecuencias» de quedarse, las palabras rezumaban amenaza. Para la tercera carta ya no había duda: alguien quería que se marchara y estaba dispuesto a asustarla hasta doblegarla.

Aiden se había enfadado cuando ella se lo contó por teléfono. «Es solo algún fanático perturbado», había dicho, su voz tensa. «Lydia tuvo su ración de admiradores obsesionados. Probablemente se han fijado en ti ahora porque ocupas su lugar.»

«¿Pero por qué ahora?», había preguntado Alice, con la voz temblorosa. «¿Por qué esperarían tanto para convertirme en su objetivo?» No le gustó que Aiden insinuara que ella había ocupado el lugar de Lydia. La prensa ya se encargaba de eso.

«Quién sabe», había respondido Aiden, con tono desdeñoso y desinteresado. «No necesitan una razón. Son irracionales, inestables. Están aburridos. Ignóralos.» Hizo una pausa, «pero prométeme que no saldrás sin decírmelo primero. Necesito saber que estás a salvo.»

Y entonces empezaron las llamadas. Cada pocas horas, Aiden llamaba para interesarse, su voz llena de preocupación.*«¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Has visto algo sospechoso?»*Al principio, la sobreprotección de Aiden le resultó reconfortante. Pero conforme pasaban los días, sus comprobaciones constantes empezaron a asfixiarla, como si las paredes de Evermere no se cerraran sobre ella lo bastante deprisa.

«Tienes que quedarte en casa», le dijo durante una de sus llamadas nocturnas. «No es seguro ahí fuera, Alice. La prensa ya está dando vueltas como buitres. Eres un objetivo. No les des más munición.»

Alice había accedido, si solo para acabar la conversación. Pero mientras se sentaba en la casa vacía, el silencio roto solo por el ruido ocasional del sistema inteligente, no pudo evitar sentirse como una prisionera. El lugar parecía latir con la presencia de Lydia-recordatorios de ella que aún se aferraban a los rincones. Y ahora, con las cartas haciéndose presentes en el fondo de su mente, la casa se le antojaba más una trampa que un santuario.

Unos días después llegó otra carta, esta vez deslizada bajo la puerta principal. Alice la encontró mientras deambulaba por el vestíbulo, su inquietud volviéndola casi loca. Vaciló antes de recogerla; el sobre pesaba más que los demás. Sus dedos temblaron al abrirlo, revelando una sola línea garabateada con la misma caligrafía quebrada:

«Ella se ha ido.»

El aliento de Alice se cortó, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. El mensaje era tan breve, tan críptico. ¿Quién era «ella»? ¿Lydia? ¿Era una referencia cruel a su presencia persistente en la casa, o era algo más?

Su mente se aceleró mientras apretaba la carta; sus pensamientos se veían arrastrados hacia los rincones oscuros que había intentado evitar.

Parecía imposible—no había habido cadáver, ni rastro del yate, nada que sugiriera que ella hubiera sobrevivido. Pero cuanto más pensaba Alice en ello, más la cuestión la consumía.

Alice se estremeció; el aire de la casa se volvió de pronto más frío. Se dio la vuelta y fue de un lado a otro hasta la cocina, apretando la carta como si le ofreciera respuestas si la miraba lo suficiente. Tenía que decírselo a Aiden, tenía que hacerle saber lo que le pasaba por la cabeza. Pero incluso cuando extendió la mano hacia el teléfono, una parte de ella vaciló.

Aiden había estado tan seguro, tan rotundo en que Lydia había desaparecido. Y luego estaba la otra posibilidad, la que no quería admitir: ¿y si Aiden sabía más sobre la desaparición de Lydia de lo que estaba diciendo? ¿Y si las cartas no procedían de un admirador en absoluto?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un ruido suave detrás de ella- un crujido de una puerta, apenas audible pero suficiente para hacerla detenerse y escuchar. Se volvió deprisa, pero la cocina estaba vacía. Aun así, la sensación permaneció. Evermere estaba demasiado silenciosa, demasiado vigilante, como si sus paredes escucharan.

Y luego estaba Karen. Algo en ella hacía que Alice se sintiera incómoda. Como si la empleada doméstica fuera la anfitriona y ella la invitada. Pero últimamente Alice la había sorprendido observándola desde el rabillo del ojo, su mirada prolongándose un instante de más. La presencia de Karen parecía amplificarse cuando Alice estaba sola, una presencia que perduraba incluso cuando no estaba en la habitación.

El teléfono de Alice vibró, sacándola de sus pensamientos. Era Aiden. Claro que lo era. Nadie más le escribía últimamente.

«Hola», dijo ella, su voz temblando ligeramente.

«Alice», dijo él, con tono cortante pero preocupado. «Solo quería saber cómo estabas. ¿Cómo lo llevas?»

«Estoy bien», mintió ella, mirando la carta en su mano. «Nada nuevo que informar. ¿Cómo va Berlín?»

«Bien», dijo él, aunque su voz no sonaba convincente. «No quiero que salgas de la casa, ¿vale? No hasta que averigüemos quién está detrás de esto.»

«Lo sé», dijo Alice en voz baja. «Tengo cuidado.» Puso los ojos en blanco y tiró del puño de su jersey.

«Bien», repitió Aiden. Hubo una pausa, y entonces su tono se suavizó. «Solo quiero que estés a salvo, Alice. Estas amenazas—son serias. Y no quiero perderte también a ti.»

Las palabras la desarmaron, su sinceridad atravesando la paranoia que se acumulaba. «Estaré bien», dijo, aunque el temblor en su voz la traicionaba mientras se preguntaba por qué él finalmente se lo tomaba en serio.

Después de colgar, Alice se sentó en la mesa de la cocina, con la carta de nuevo apretada entre los dedos. La miró durante un largo rato, las palabras clavándosele en la mente. Ya fuera obra de un fanático desquiciado o de alguien más cercano, el mensaje la inquietaba profundamente. Por dentro, quería gritar.

A medida que la noche avanzaba, Evermere pareció tornarse más oscuro, su silencio más denso. Alice tuvo la sensación de que la observaban —no por cámaras ni por Karen, sino por algo invisible, acechando justo fuera de su alcance.

La pregunta que había brotado en su mente la perseguía mientras subía las escaleras hacia su habitación, la carta metida bajo el brazo como un talismán.

La casa parecía más fría conforme pasaban las horas, pero no era la temperatura. Era un frío que se le filtraba al pecho, helándola desde dentro. La carta yacía abierta sobre su tocador, las palabras mirándola como una burla. La había releído tantas veces que las letras empezaban a difuminarse.

Alice pasó el dedo por el borde del papel, sus pensamientos girando en círculos sin fin. La posibilidad siempre había estado ahí, escondida en un rincón de su cabeza: Lydia quizá no estuviera muerta. Al principio le había parecido absurdo, un momento fugaz de paranoia, alimentado por susurros y por el peso de la finca que

ahora llamaba hogar. Pero esa carta, esa declaración ominosa y tan simple, fue como encender una cerilla en una habitación a oscuras, iluminando rincones de su mente que había intentado mantener en silencio.

Se levantó de la cama de repente y empezó a pasear, las ventanas enmarcando la noche cerrada. El mar más allá era negro y turbulento, golpeando las rocas con ferocidad. La inmensidad de la casa, antes recordatorio de su grandeza, ahora se sentía embrujada.

¿Y si Lydia estuviera viva?

La pregunta se enroscó en su cabeza como una mordaza, apretando y negándose a soltarse. Los susurros sobre Lydia parecían perseguir a Alice dondequiera que fuera. ¿Sería todo esto solo un juego enfermizo?

Alice pensó en los diarios, en las fotos, en las notas que había descubierto—trozos de la vida de Lydia. Las mentiras. La imagen. Esa imagen perfecta y falsa. Y, sin embargo, si hubiera sobrevivido, ¿qué la empujaría a permanecer oculta tanto tiempo?

A menos que… estuviera planeando algo.

El pulso de Alice se aceleró mientras su mente repasaba las posibilidades. ¿Y si las cartas no eran solo amenazas? ¿Y si eran un mensaje—una advertencia o, peor aún, algo intencionado? Lydia podría estar ahí fuera, moviendo los hilos, observando cómo Alice se desmoronaba pieza a pieza. La idea la puso enferma.

Se acercó a la ventana, apoyando las palmas contra el vidrio frío mientras miraba la noche. La oscuridad se sentía viva, como si algo —o alguien—esperara justo más allá del lindero de la propiedad. Observando. Esperando. Se le erizó la piel de la nuca y tuvo la certeza de que no estaba sola, aunque sabía que la casa estaba vacía y que Karen ya se había retirado a sus cuartos.

Lydia había sido una maestra de la manipulación, como María y David habían sugerido. Había controlado su imagen, sus relaciones, incluso su matrimonio. Si Lydia estaba viva, era más que capaz de orquestar todo esto—de convertir la vida de Alice en un laberinto retorcido de paranoia y miedo.

Alice se apartó de la ventana, sus pensamientos dirigiéndose hacia Aiden. Deseó que él estuviera allí con ella. Aunque no confiara

del todo en él. Con él, la mayor parte del tiempo se sentía segura. La mayor parte del tiempo.

El pecho se le apretó cuando la duda la invadió. Aiden guardaba secretos; eso estaba claro. Su actitud reservada, su reticencia a hablar de Lydia en algo más que términos vagos—todo apuntaba a algo enterrado, a algo que no quería que ella descubriera. Quizá por eso había insistido tanto en que se quedara en la casa, que evitara llamar la atención. Solo intentaba protegerla. No era control. Era amor, se dijo a sí misma, obligándose a recordar la noche en que se comprometieron.

La mente de Alice hervía con preguntas sin respuesta. Se hundió en la cama, las piernas sintiéndose tambaleantes. ¿Por qué fingiría Lydia su propia muerte?

Si Lydia estaba viva, quizá la había estado observando a Alice, esperando el momento perfecto para atacar. Y si Lydia estaba ahí fuera, el niño también estaría vivo. Un niño que podría ser de Aiden.

Nunca habían hablado de tener hijos. La idea cayó sobre Alice como un golpe físico.

No tenía ni treinta aún, así que habría tiempo, pero le pareció extraño que nunca hubieran siquiera debatido el tema.

La idea era absurda, pero tenía un perverso sentido. Lydia había construido esa vida, ese legado. No había espacio para nadie más. Nunca lo habría. Y Aiden no mostraba deseo alguno de dar la bienvenida a un hijo.

Se giró sobre un costado y se cubrió la cara con las manos. Ella era solo una ocupante provisional, una pálida imitación de la mujer que la había precedido.

Su teléfono vibró en la mesa, sacándola de esos pensamientos destructivos. Lo cogió rápido, conteniendo la respiración al ver de nuevo el nombre de Aiden en la pantalla. Por un instante pensó en ignorar la llamada, dejar que fuera al buzón de voz. Pero la idea de su voz, de su calma reconfortante, fue demasiado tentadora.

«¿Hola?», dijo Alice, con la voz temblando.

«Alice», dijo Aiden, con tono cortante pero cálido. «¿Estás bien?»

«Estoy bien», mintió ella, con la voz recuperando cierta firmeza. «Solo cansada.» Hacía menos de una hora que habían hablado.

«Bien», dijo él, suavizando la voz. «Sé que esto te ha costado. Vendré pronto a casa y lo resolveremos todo. Te lo prometo.»

Cuando terminó la llamada, Alice se quedó mirando el teléfono, parpadeando. Aiden quizá estuviera dispuesto a esperar respuestas, pero ella no. El misterio la devoraba y no podría descansar hasta conocer la verdad. Fuera el desvarío de una fan perturbada o algo urdido por la propia Lydia, Alice tenía que enfrentarlo.

Respirando hondo, dobló la carta y la guardó en el bolsillo. No sabía adónde la llevaría ese camino, pero tenía una cosa clara: no podía seguir huyendo de la sombra de Lydia. Si Lydia estaba ahí fuera, moviendo los hilos en un juego enfermizo, Alice la iba a encontrar—y a ponerle fin.

23

Los días en Evermere empezaban a fundirse unos con otros, una bruma de paranoia y miedo que se enroscaba en Alice como una soga que se aprieta. Cualquier crujido de una puerta, cualquier ruido lejano la sobresaltaba. Andaba de puntillas por los pasillos extensos y asépticos, temerosa de perturbar el silencio y, a la vez, incapaz de librarse del peso pegajoso que lo llenaba todo. La presencia de Lydia estaba en todas partes—sofocante, omnipresente. Deseaba tener el valor de borrar cualquier rastro, pero no lo tenía. Tenía miedo de disgustar a Aiden y estaba aterrada ante la posibilidad de enfurecer aquello que, de algún modo, tramaba contra ella.

El aura pulida de Lydia se adhería a cada habitación como un fantasma que no se podía quitar, y la propia Evermere parecía confabularse en su contra. Las alarmas de incendios seguían saltando a intervalos aleatorios, sus pitidos estridentes la sacaban del sueño inquieto o de los momentos de calma fingida. Las luces parpadeaban sin aviso y los controles de la temperatura cambiaban de repente, dejando las estancias heladas o insoportablemente cálidas. El sistema domótico se le antojaba más una fuerza consciente que jugaba con ella.

Luego estaban las cartas. Cada día Alice esperaba con temor la llegada del correo, el corazón le golpeaba mientras rebuscaba entre los sobres, como una mujer poseída. No le había contado a Aiden la

última—otra advertencia críptica, esta vez insinuando que su tiempo en la casa se estaba acabando. El mensaje helaba la sangre:

Tus días están contados.

Alice la miró durante horas, incapaz de tirarla. No entendía por qué le daba la sensación de que quien la enviaba le hablaba directamente—no solo a la nueva esposa de Aiden, sino*a ella*. Alguien parecía saber cuánto la perseguía la sombra de Lydia. Las cartas se sentían personales, como si cortaran directamente en sus miedos más hondos. La idea de que Lydia aún rondara, tal vez viva y enfadada, era cada vez más difícil de apartar.

Le había pedido a David que revisara las cámaras de seguridad, con la esperanza de encontrar pruebas de quién la estaba atormentando, pero su perseguidor seguía sin aparecer. Ni siquiera el detective privado que Aiden había contratado a petición suya pudo aclarar la identidad.

El punto de quiebre llegó una tarde cuando Alice por fin reunió el valor para enfrentarse a Karen.

Encontró a la asistenta en la cocina, organizando la despensa con calma como si el mundo no se estuviera desmoronando a su alrededor. Karen levantó la vista cuando Alice entró, la expresión lisa y pulida de siempre, la sonrisa tenue—casi burlona—firme en el rostro.

«Señora Chandler», dijo ella con suavidad. «¿Necesita algo?»

Las manos de Alice temblaban mientras se aferraba al filo de la encimera. «Necesito hablar con usted sobre las cámaras de seguridad», dijo, con la voz levemente quebrada.

Karen alzó una ceja, dejando el tarro que sostenía. «¿Sobre qué?»

«¿Por qué no funcionaron la noche en que entregaron la última carta?» exigió Alice. «Revisé las imágenes y no hay nada. Solo una pantalla en blanco.»

Karen se encogió de hombros, con tono tranquilo. «Debe de haber sido un problema técnico. Estos sistemas no son infalibles.»

«¿Un problema técnico?» repitió Alice, elevando la voz. «¿Se da cuenta de lo ridículo que suena eso? Esta casa es de última generación. ¿Cómo puede el sistema simplemente… fallar?»

Karen le regaló una sonrisa conciliadora, de las que solo avivaban la ira de Alice. «Incluso la mejor tecnología puede fallar, señora Chandler. Seguro que el señor Chandler hará que alguien lo revise cuando regrese.»

Alice apretó los puños a los lados, la frustración le hervía. «No lo entiende», espetó. «Alguien quiere hacerme daño. Estas cartas, las alarmas, la rata en la piscina—esto no es aleatorio. Alguien intenta asustarme, ¿y ahora resulta que las cámaras de seguridad dejan de funcionar? ¡No es una coincidencia!»

La expresión de Karen no cambió, pero hubo un destello en sus ojos—curiosidad, quizás, o un atisbo de desdén. «Seguro que está bajo mucho estrés, señora Chandler», dijo con cuidado. «Quizá está sobredimensionando las cosas. Evermere puede ser… abrumadora, sobre todo cuando el señor Chandler está ausente.»

Alice sintió como si la hubieran abofeteado. «No me lo estoy inventando», dijo, la voz quebrándose mientras agitaba la última carta frente a Karen. «Sé lo que pasa. Alguien me está observando, Karen. Alguien está*aquí*. Mire las pruebas.»

Karen no respondió de inmediato. En lugar de eso, recogió el tarro que había dejado y lo devolvió a la estantería con una precisión deliberada. «Si quiere, puedo quedarme más cerca de la casa principal por si necesita algo», ofreció, con un tono educado pero condescendiente. «Pero tal vez debería centrarse en descansar. El estrés puede hacerle cosas extrañas a la mente.»

La vista de Alice se nubló por las lágrimas, pero se negó a dejarlas caer. Dio media vuelta de un tirón y salió de la cocina corriendo, el pecho apretado por la rabia y la humillación. La actitud calmada y desdeñosa de Karen solo la hizo sentirse más aislada, más atrapada en una casa empeñada en inquietarla.



Para cuando Aiden volvió de su viaje a Berlín unos días después, Alice estaba hecha un manojo. No había dormido bien en días, los

nervios le rozaban la madera de tanto vivir en una casa que sentía como un adversario.

Aiden entró en el vestíbulo, el traje arrugado, la corbata suelta. Alice corrió a recibirle, abrazándose a sí misma como si intentara recomponer lo que quedaba.

«Alice», dijo Aiden frunciendo el ceño al verla desaliñada. «¿Qué pasa? Pareces—»

«Alguien me persigue», le interrumpió, con la voz temblorosa. «Las cartas, las alarmas, las cámaras de seguridad—todo está conectado, Aiden. Alguien intenta asustarme.»

Aiden suspiró, llevándose una mano al cabello. «Alice, ya hablamos de esto. Probablemente sea solo un fanático trastornado. Un desequilibrado. Están buscando una reacción. No se la des.» Suspiró, cansado por el jet lag.

«¿Pero por qué ahora?» exigió Alice. «¿Por qué esperar hasta ahora? ¿Y cómo explica lo de las cámaras de seguridad? ¿O la rata en la piscina?»

Aiden vaciló, su expresión se ensombreció. «No lo sé», admitió. «Pero lo investigaré. Lo prometo. Sólo… mantén la calma. Estoy aquí ahora. Estás a salvo.»

Sus palabras intentaban tranquilizarla, pero sonaban vacías.

Más tarde esa noche, Alice escuchó una conversación tranquila entre Aiden y Karen en la habitación contigua. No había querido fisgonear, pero sus voces llegaban a través de la puerta abierta, bajas y serias.

«No es ella misma, señor Chandler», dijo Karen. «Está sometida a mucho estrés y eso empieza a notarse. Se alteró mucho por lo de las cámaras de seguridad, casi histérica.»

«Lo sé», respondió Aiden, la voz cargada de preocupación.

Karen dudó, luego dijo en voz baja, «Quizá lo mejor sería que se tomara un descanso. Tal vez pasara un tiempo fuera, en algún lugar más tranquilo. Podría ayudarla a… despejar la cabeza.»

La sangre de Alice se heló. Agarró el reposabrazos de una silla cercana, las uñas clavándose en la tela. Karen la estaba pintando

como inestable, frágil. Y Aiden—su silencio era peor que cualquier palabra.

Alice se alejó, sin querer oír más. No permitiría que Karen la echara de Evermere ni que la volviera en contra de Aiden. Pero mientras se dirigía a su dormitorio, la duda empezó a filtrarse.

Alice cerró la puerta tras de sí. En algún rincón de su mente, una sola y angustiosa pregunta susurró:*Quizá el fantasma de Lydia te esté acechando — o quizá la amenaza sea algo mucho más real.*

24

El suave golpecito en la puerta del dormitorio apenas se percibía entre el martilleo en la sien de Alice. Yacía acurrucada en la cama, las pesadas cortinas opacas cerradas de par en par para bloquear la luz de la mañana tardía. La cabeza le latía sin pausa; una migraña tan aguda que le costaba respirar.

«¿Señora Chandler?», dijo Karen, su voz flotando por la puerta, calmada y mesurada como siempre. Alice gimió en respuesta, incapaz de reunir energía para algo más.

La puerta se abrió en silencio y Karen entró, llevando una bandeja de plata cargada de té, tostadas y un pequeño jarrón con una única rosa blanca. El gesto, aunque considerado en apariencia, resultaba extrañamente teatral—como todo lo que hacía Karen.

«Pensé que quizá no se sentiría con ánimos de bajar», dijo Karen, colocando la bandeja en la mesita de noche. «Tiene que comer algo. Le ayudará con el dolor de cabeza».

Alice giró la cabeza ligeramente, los ojos apenas entreabiertos. «Gracias», murmuró, la voz rasposa. Odiaba lo vulnerable que se sentía.

Karen se dirigió al armario, abrió las puertas y sacó una pila de ropa recién lavada. «He visto la ropa limpia acumulándose», dijo con ligereza, como si intentara llenar el silencio. «Voy a guardarla».

Alice no respondió, observando a Karen con los ojos entrecerrados. La criada se movía con su habitual precisión, cada gesto consciente y eficiente.

«Tiene suerte», dijo Karen de pronto, rompiendo el silencio. Su tono era conversacional, pero sus palabras llevaban un filo que tensó a Alice. «Tiene todo lo que cualquiera podría desear. Esta casa, el señor Chandler, la clase de vida con la que la mayoría sólo sueña». Había algo en su presencia ese día que sonaba distinto—menos distante, más… humana.

Alice parpadeó, sin saber cómo responder. «No siempre se siente así», murmuró.

Karen se volvió, sus labios curvándose en una sonrisa controlada que no alcanzaba los ojos. «Eso es porque usted siempre lo ha tenido», dijo. «No sabe lo que es luchar por el respeto, por la seguridad».

Alice frunció el ceño, sorprendida por la amargura en el tono de Karen. «¿Usted sí?»

Karen suspiró, alisando el bajo de una blusa antes de colgarla en el armario. «No nací con una cuchara de plata en la boca», dijo. «Crecí en una casa que se estaba cayendo a pedazos, con padres que apenas podían mantener las luces encendidas. Mi padre bebía. Mi madre… bueno, digamos que no era mucho mejor».

La migraña de Alice pareció aminorarse un poco al dejarse llevar por la curiosidad. «Eso suena terrible», dijo con voz suave. «¿Cómo salió de eso?»

Karen soltó una risa corta y sin humor. «No tuve elección. Trabajé. Mucho. Acepté cualquier empleo que encontrara, por degradante que fuera, por poco que pagara. Me abrí paso a fuerza de uñas porque me negaba a dejar que aquello me definiera».

Se detuvo, volviéndose hacia Alice, los ojos afilados y calculadores. «Por eso este trabajo lo es todo para mí», continuó. «Esta casa, esta familia—no es sólo un sueldo. Es mi vida. Aiden me dio propósito cuando no tenía ninguno. Confió en mí cuando nadie más lo hacía. Le debo todo».

Alice se movió un poco, la cabeza latiéndole de nuevo. «Tiene mucha lealtad hacia él», dijo con cuidado.

La sonrisa de Karen regresó, tenue y enigmática. «La lealtad es lo único que puedo ofrecer. Hay personas que la merecen. Otras no. Algunas son incapaces», se detuvo, inclinó la cabeza y miró a Alice. «Aiden ha pasado por más de lo que usted imagina. Esta casa también».

«¿Y Lydia?» se atrevió a preguntar Alice, el nombre amargo en la lengua rechazando reconocer la referencia a la casa. «¿También le fue fiel a ella?»

La expresión de Karen titiló, sólo por un momento, antes de volver al armario. «Lydia fue… alguien a quien amé en su momento», dijo, la voz ahora más baja. «Era esa clase de mujer que exigía atención. Podía entrar en una habitación y hacer que todo el mundo pareciera no importar, a menos que ella decidiera lo contrario».

El estómago de Alice se retorció, el nudo familiar de inseguridad apretando. «La admiraba».

«Lo hacía», admitió Karen. «Pero admirar no es igual a idealizar. Lydia tenía sus defectos, como todo el mundo. Podía ser difícil, exigente. Alejaba a la gente sin darse cuenta».

«¿La alejó a usted?» preguntó Alice conteniendo la respiración.

Karen vaciló, sus manos demorándose en una percha. «Ella confiaba en mí», dijo al fin. «Contaba conmigo. Y yo… quería protegerla».

Las palabras quedaron suspendidas en el aire. El pecho de Alice se apretó mientras miraba a Karen, intentando leer la emoción tras su expresión cuidadosamente guardada e intentando ignorar el martilleo en su cabeza.

«¿Protegerla de qué?» apremió Alice, la sangre latiéndole con fuerza en la cabeza a punto de estallar.

Karen se volvió hacia ella, su leve sonrisa regresando como una máscara colocándose en su sitio. «De las cosas que acompañan una vida como esta», dijo con sencillez. «La presión, el escrutinio, la gente que haría cualquier cosa por destruirte».

Había algo en su tono que hizo a Alice estremecerse. Era la forma en que Karen hablaba de protección, de lealtad, como si

fueran absolutos—principios que justificaban cualquier acción, por extrema que fuera.

Karen se acercó a la bandeja, ajustando la taza de té y la servilleta. «Debe descansar, señora Chandler», dijo, su voz ahora más suave. «El estrés no ayudará con su dolor de cabeza. Estoy aquí si necesita algo. Sólo llame».

Alice asintió débilmente, viendo cómo Karen salía de la habitación. La puerta se cerró con un clic suave, dejando a Alice sola con sus pensamientos.

Las palabras de Karen perduraron en su mente como astillas de cristal, afiladas e inquietantes. Había algo que Karen no estaba diciendo, algo que se guardaba.

Mientras yacía allí, la migraña latiéndole sorda.

La casa pareció exhalar a su alrededor, sus fantasmas estirándose mientras el día se deslizaba hacia la tarde. La voz de Karen resonó en su mente; una advertencia silenciosa envuelta en conversación educada.

La lealtad es lo único que puedo ofrecer.

Alice cerró los ojos otra vez. No confiaba en Karen, no del todo. Y tampoco confiaba en Evermere.

En lo más hondo de sus entrañas, Alice sabía que algo se le escapaba—algo que Karen no decía, algo que nadie diría, algo que ataba todos los cabos sueltos. Y hasta que lo encontrara, la casa, Karen y la memoria de Lydia seguirían acosándola, la amenaza se volvía más peligrosa con cada día que pasaba.

25

La carta esperaba sobre la consola de mármol en el vestíbulo. Alice se detuvo; su mirada cayó sobre el sobre liso y sin señas que reposaba en la bandeja de plata donde Karen siempre dejaba el correo junto con el desayuno.

Sabía lo que era antes de tocarla siquiera. Al abrirla, el suave crujido del papel sonó increíblemente fuerte en aquel espacio cavernoso.

Esta vez, el mensaje era más corto, más directo y mucho más escalofriante:

Nunca la reemplazarás. Deja de intentarlo.

Esas palabras le golpearon el pecho como un puñetazo. A Alice se le doblaron las rodillas y se apoyó en la mesa consola para no caer. El perfume persistente de Lydia pareció surgir de la nada, pegándose al aire como un fantasma inquieto. Afuera, el trueno retumbaba grave y ominoso, como si él también respetara el peso de aquel instante.

Alice miró su reflejo en la ventana. Apenas se reconocía. El cabello, sin lavar desde hacía días, le caía sin vida alrededor del rostro, mechones enredados por las noches de vueltas y más vueltas en la cama. La piel estaba pálida y con manchas, la cara sin rastro de maquillaje, las ojeras bajo los ojos destacaban como moratones. Se había puesto un cárdigan oversize que le tragaba la figura. Tenía

un aspecto cansado, desaliñado y completamente distinto a la mujer pulida que antaño había estado orgullosa al lado de Aiden. Aiden, que ahora dormía en uno de los múltiples dormitorios de invitados. Aiden, que no la había tocado en semanas.

Todavía estaba absorta en su reflejo cuando él apareció en la cocina, con el traje impecable y la presencia afilada —un contraste brutal con ella—. Sus ojos fueron directamente al sobre que tenía en la mano; su expresión se endureció.

«¿Qué es eso?», preguntó él, su voz baja al posar la mirada en el sobre. «¿Otro más?», añadió.

Alice asintió; la voz se le quedó atascada en la garganta. Extendió la carta, incapaz de hablar. Aiden se la arrancó de la mano, con movimientos tensos y bruscos. Leyó la nota con rapidez; su rostro se ennegreció mientras la vena de la sien se le marcaba.

«Maldita sea», murmuró, estrujando el papel entre los dedos. «Esto tiene que parar».

«Cada vez es peor, Aiden», dijo Alice, con la voz temblorosa. «Quienquiera que esté haciendo esto—está escalando. No puedo vivir así. Tenemos que ir a la policía».

Aiden negó con la cabeza de forma brusca, dándole la espalda. La lluvia golpeaba con más fuerza el cristal. «No. Eso no es una opción».

«¿Por qué no?» exigió Alice, la frustración a punto de estallar. «Esto no es una broma, Aiden. Es serio. Necesitamos ayuda—ayuda de verdad. Mi vida está en peligro».

Aiden lanzó el sobre arrugado sobre la encimera, de espaldas a ella mientras se pasaba la mano por el pelo. «No seas tan melodramática. Por el amor de Dios. Cálmate. ¿No lo entiendes?», dijo, la voz tensa y cargada de desdén. «Si metemos a la policía, van a empezar a escarbar. Mirarán todo—mi negocio, a Lydia. Y no puedo arriesgarme a eso. ¡Maldita sea!», exhaló, soltando un soplo de aire caliente.

Alice se paralizó, el pecho apretándose. «Tú tienes miedo de lo que puedan encontrar. No te preocupas por mí».

Aiden se volvió hacia ella, los ojos encendidos. «Estoy protegiéndonos», dijo con firmeza. «Tú no sabes lo que es que cada

movimiento tuyo sea escrutado, que cada decisión sea cuestionada. La policía no nos ayudará—harán un circo. Y entonces, quienquiera que esté detrás de esto habrá ganado».

«Aiden, tengo miedo», dijo Alice, la voz quebrándose. «No me digas que no sé lo que se siente. Estoy viviendo esta pesadilla ahora. No puedo soportarlo. Siento que me observan todo el tiempo, que no estoy segura en ningún sitio. ¿Qué se supone que haga?»

«Me encargaré yo», dijo Aiden, el tono suavizándose mientras se acercaba. Puso las manos con delicadeza sobre sus hombros. «Contrataré seguridad privada. Un equipo que vigile la finca las veinticuatro horas. Se asegurarán de que nadie se acerque a ti».

Alice lo miró, buscando en su rostro. Parecía sincero, su preocupación genuina, pero una chispa de duda permanecía en el fondo de su mente. «¿Seguridad privada?», repitió. «¿Crees que eso bastará?» Incluso el investigador privado más reputado no había hallado nada.

«Será más que suficiente», le aseguró Aiden. «Instalarán cámaras nuevas, patrullarán los terrenos y vigilarán cualquier cosa sospechosa. Estarás segura aquí, Alice. Te lo prometo».

Por un momento, se permitió creerlo. Tal vez la seguridad privada fuera la solución. Tal vez podrían poner fin a las cartas y las amenazas sin correr el riesgo de involucrar a la policía.

Pero conforme avanzaba el día, aquella chispa de duda se convirtió en algo mayor. La insistencia de Aiden en mantener a la policía fuera le molestaba. No se trataba solo de proteger su reputación. Había algo más, algo que no quería que saliera a la luz.

Luego estaba la propia seguridad. Al principio, la idea la consoló—el pensamiento de profesionales vigilando Evermere, manteniéndola a salvo. Pero cuanto más lo pensaba, más comenzaba a sentirse como otra capa de confinamiento. Cámaras en cada esquina, guardias patrullando los terrenos—¿se trataba realmente de mantener fuera el peligro? ¿O de mantener*a ella*dentro?

Aquella tarde, Alice se sentó al borde de la cama mientras escuchaba el incesante repiqueteo de la lluvia.

Todavía no se acostumbraba a la velocidad con la que podían moverse las cosas cuando había dinero. Aquella mañana lo habían hablado. Aquella misma tarde ya estaba hecho.

Las nuevas cámaras de seguridad salpicaban las esquinas de la finca, sus lucecitas parpadeando rítmicamente. Se suponía que iban a hacerla sentir segura, había dicho Aiden. Ella se sorprendía mirándolas, preguntándose quién la observaba, quién estaría revisando las grabaciones. Juró no desvestirse en su dormitorio mientras permanecieran allí.

Ella miró el sobre sobre la mesita de noche, la última carta doblada con cuidado en su interior. Las palabras tatuadas en su cerebro:*Sal de aquí mientras puedas.*El mensaje críptico se había retorcido en sus pensamientos, haciéndole imposible pensar en otra cosa.

Alice se incorporó de golpe, incapaz de soportar la quietud un segundo más. Caminó descalza hasta la ventana, abrazándose con fuerza mientras contemplaba la lluvia torrencial. Un relámpago desgarró el cielo, iluminando los terrenos por una fracción de segundo. Era hermoso y, por un instante de dicha, se distrajo.

Luego creyó ver movimiento cerca del límite del bosque—una sombra, fugaz e insustancial—pero cuando la luz se apagó no quedó más que oscuridad.

Se le encogió la respiración al retroceder de la ventana. «No es nada», se susurró, con la voz quebrada, «solo el viento».

Las cámaras recién instaladas no hicieron más que aumentar la atmósfera paralizante, sus lentes fijas e inmutables.

El teléfono de Alice vibró sobre la mesita, sobresaltándola. Lo cogió, con las manos temblorosas, y vio el nombre de Aiden parpadear en la pantalla.

«Hola», dijo, con la voz levemente temblorosa.

«Alice», dijo Aiden, su tono calmado pero teñido de preocupación. «Solo quería saber cómo estabas.» Estaba en una habitación al otro lado de la casa.

«Estoy bien», mintió ella, mirando de nuevo la carta. «Las cámaras están todas instaladas. Los guardias están fuera. Todo está bien.»

«Bien», dijo él. «Sé que esto es difícil para ti, pero necesito que confíes en mí. Es por tu seguridad.»

«Lo sé», dijo Alice en voz baja, aunque las palabras sonaban vacías. Dudó, luego añadió: «Gracias por hacer esto por mí. Lo aprecio. Solo necesito estar sola ahora. Necesito tiempo para pensar. Para resolver todo esto.» Hizo una pausa antes de meter la mano en el fuego. «Aiden... ¿crees que todavía podría estar viva?»

El silencio en el otro extremo de la línea fue ensordecedor. Cuando Aiden finalmente habló, su voz sonó distante. «Alice, ya hemos hablado de esto. Lydia se ha ido. Tienes que dejarlo pasar.»

«Pero las cartas—»

«Son de alguien que intenta asustarte», interrumpió él, con tono firme. «Nada más. No les des el gusto de que creas sus mentiras.»

Alice se mordió el labio, con el pecho apretado. «¿Mentiras? ¿Tú siquiera sabes cómo es la verdad?»

Aiden exhaló; el sonido cargado de frustración. «Alice, estás dejando que tu imaginación se desborde. Lydia no va a volver. No puede.»

La definitividad en su voz le recorrió de frío. Ella quería creerle, quería confiar en que decía la verdad. Pero las dudas no se silenciaban.

«Podría volver a nuestra habitación», dijo Aiden, su tono suavizándose un poco. «Estar contigo.»

«No esta noche. Quizá mañana», murmuró Alice, aunque no estaba segura de si lo decía en serio.

Cuando la llamada terminó, Alice se quedó sentada en silencio, con el peso de las palabras de Aiden. El asalto implacable sobre la casa continuó, la tormenta enviando una advertencia mientras su marido dormía en otra habitación, al final del largo pasillo. Volvió a fijar la vista en el sobre, sus dedos rozando el papel una vez más.

Un golpe sordo resonó desde algún lugar abajo, el sonido amortiguado pero inconfundible. Alice se quedó paralizada, el pulso acelerándose. Se esforzó por escuchar por encima del ruido de la

lluvia, con la respiración quedándosele en la garganta. El golpe se repitió, esta vez más fuerte, seguido por el leve crujido de una puerta.

Alguien estaba en la casa. Y supo que no era Aiden.

Su mente corría mientras se ponía en pie, las piernas temblorosas bajo ella. Cogió el teléfono, con las manos torpes al marcar el número de Aiden. La llamada fue directa al buzón de voz.

«Maldita sea», murmuró, con el corazón golpeándole en el pecho.

El ruido volvió a sonar, esta vez más cerca. Alice dio un paso hacia la cama. Podía sentir el pulso en sus oídos, cada instinto gritándole que corriera, que se escondiera, que hiciera algo.

Y entonces, tan de repente como había empezado, el ruido cesó. La casa quedó en silencio, el tiempo exterior reduciéndose a un telón de fondo lejano. La respiración de Alice era superficial.

«¿Hola?» llamó, la voz apenas un susurro. «¿Hay alguien?»

Ninguna respuesta. Solo las luces rojas de las cámaras parpadeando en observación silenciosa.

Alice se dejó caer al suelo, la espalda apoyada contra el cabecero. Las cartas, las cámaras, los secretos. Era demasiado.

Y mientras la lluvia rugía, Alice no lograba desprenderse de la sensación de que el titiritero detrás de todo estaba más cerca de lo que se atrevería a imaginar. El espíritu de Lydia no era solo un recuerdo—estaba vivo, acechando en los rincones de la casa, tirando de ella hacia una desesperación más profunda.

26

La casa estaba mortalmente silenciosa cuando Alice despertó, su respiración quedándosele atrancada en la garganta mientras parpadeaba en la oscuridad. La lluvia había cesado, dejando un silencio inquietante que sonaba más fuerte que la tormenta nocturna. Pero algo la había despertado: un sonido, débil y persistente, como el tac-tac-tac de dedos sobre una pizarra.

Se incorporó despacio, las sábanas recogidas alrededor de la cintura, y se esforzó por escuchar. Ahí estaba otra vez, amortiguado pero inconfundible. Un clic rítmico que venía de algún punto del pasillo.

Su mirada se clavó en Aiden, que se había acostado con ella cuando estaba enloquecida y no podía calmarse. Dormía profundamente, su respiración lenta y uniforme, ajeno al ruido que la había sobresaltado. Por un instante Alice pensó en sacudirlo, pero algo se lo impidió. Se sintió atraída por el sonido, su curiosidad pesando más que el miedo.

Deslizándose fuera de la cama para no despertarlo, caminó descalza por la habitación. El aire estaba fresco contra su piel al asomarse al pasillo. Se sentía expuesta, de pie en camisón de seda. El ruido se intensificó al acercarse a la oficina de Aiden; un débil resplandor se derramaba por debajo de la puerta cerrada.

El corazón de Alice latía con fuerza cuando alcanzó el picaporte, sus dedos vacilantes. Lentamente abrió la puerta; el leve chirrido de las bisagras rompió el silencio.

El ordenador de Aiden estaba encendido, su pantalla iluminando la habitación oscura con un resplandor sobrenatural. Las palabras aparecían en un documento en blanco como si una mano invisible las estuviera tecleando. Las teclas emitían un suave clic, aunque la silla del escritorio estaba vacía y la estancia desprovista de vida.

No perteneces aquí.

Las palabras surgieron una por una, lentas y deliberadas, la escritura precisa y constante.

No perteneces aquí.

No perteneces aquí.

No perteneces aquí.

La respiración de Alice se cortó; sus pies quedaron clavados al suelo. Quiso darse la vuelta y correr, pero no pudo apartar la vista de la pantalla.

No perteneces aquí. Vete ahora.

El cursor parpadeó por un momento antes de que apareciera la siguiente línea.

O sufre el mismo destino que ella.

La sangre de Alice se heló. Supo exactamente quién era "ella". Se llevó la mano a la boca para ahogar un grito, pero el sonido escapó de todos modos, un sollozo estrangulado que retumbó por la casa como un terremoto.

Entonces la pantalla titiló, y las palabras desaparecieron tan abruptamente como habían surgido.

Sin pensarlo, Alice se dio la vuelta y huyó, sus pies descalzos golpeando los suelos fríos mientras corría de regreso al dormitorio. Al irrumpir por la puerta, se abalanzó sobre Aiden y lo sacudió con violencia.

«¡Aiden!», gritó, la voz aguda y desesperada, las lágrimas ahogándola.

Él se removió adormilado, frunciendo el ceño al abrir los ojos. «¿Alice?», murmuró, la voz gruesa por el sueño. «¿Qué pasa?»

«Tienes que venir—¡ahora!», dijo, tirando de su brazo. «¡Es tu oficina! El ordenador—está—alguien está tecleando. ¡Es un mensaje!»

Aiden se incorporó despacio, frotándose la cara. «Alice, cálmate. ¿De qué hablas?»

«No estoy loca», insistió ella, sonando tan inestable como se sentía. «Había palabras en la pantalla, palabras amenazantes. Dijeron que acabaría como Lydia.» Su pelo estaba alborotado, sus ojos no podían sostener los suyos.

La expresión de Aiden cambió mientras dejaba caer las piernas al borde de la cama. «Enséñame», dijo, con tono firme.

Apretando su mano con fuerza, Alice lo condujo por el pasillo hasta la oficina, su corazón golpeando tan fuerte que estaba segura de que él lo oía. La puerta estaba entreabierta, tal como la había dejado, el resplandor del ordenador ya no se veía.

Al entrar, la habitación estaba en silencio. El ordenador estaba apagado, su pantalla negra, la silla empujada correctamente bajo el escritorio. No había rastro del documento, ninguna señal del mensaje.

«Estaba encendido», dijo Alice con desesperación, señalando el monitor. «Lo vi. Las palabras—estaban ahí.»

Aiden suspiró, pasándose la mano por el pelo despeinado. «Alice», dijo con suavidad, «has estado bajo tantísimo estrés. ¿Estás segura de que no lo soñaste?»

«¡No!», replicó ella, su voz elevándose. «No fue un sueño. Estaba despierta. ¡Oí la escritura—vi las palabras!»

Aiden colocó una mano en su hombro, un toque que pretendía calmarla pero que sólo alimentó su frustración. «Tu mente te está jugando una mala pasada», dijo en voz baja. «Las cartas, la casa… es normal que te afecte. Apenas has dormido. No es de extrañar que veas cosas.»

Alice lo miró fijamente, el pecho subiéndole y bajándole en respiraciones entrecortadas. Quería que tuviera razón, que sus palabras borraran el terror que le arañaba. Pero la imagen de la pantalla —la amenaza— era real.

«Aiden», susurró, con la voz resquebrajada, «¿Y si no lo estoy imaginando? ¿Y si alguien intenta asustarme? ¿Huirme? ¿Hacerme daño?»

«No dejaré que eso pase», dijo él con firmeza, atrayéndola hacia sus brazos. «Estás a salvo, Alice. Nadie puede hacerte daño aquí.»

Apartó un mechón de pelo de su rostro, queriendo verla mejor aunque ella prefiriera mantenerse escondida.

«Nadie puede pasar la seguridad. No hay forma de que este ordenador haya sido hackeado.» Trataba de tranquilizarla, pero ella no escuchaba.

Mientras la llevaba de vuelta al dormitorio, su mente seguía corriendo, llena de dudas.

Se tumbó junto a él, el cuerpo rígido, la mente inquieta; Alice miró al techo. Evermere estaba vivo a su alrededor.

Cerró los ojos, el corazón latiéndole mientras repetía una y otra vez el mensaje de la pantalla.

Sufre el mismo destino que ella.

A su lado, la respiración de Aiden se hizo más profunda al continuar durmiendo, dejando a Alice sola con su terror.

No sabía qué la asustaba más: la posibilidad de estar perdiendo la cordura, o el pensamiento de que el destino de Lydia pudiera ser el suyo.

27

La casa que antes le había parecido tan inmensamente vasta, ahora se sentía como nada más que una pequeña jaula. Las paredes se acercaban un poco más con cada día que pasaba, la oscuridad se profundizaba y cambiaba, susurrando secretos que a Alice no le estaba permitido oír.

Ya no podía soportarlo.

Poniéndose un abrigo de mujer que no reconocía como suyo, salió por primera vez en días. El viento frío y cortante le mordía la cara mientras atravesaba el césped bien cuidado hacia los acantilados. Las nubes se habían despejado, pero el cielo seguía cargado de un púrpura airado, con un sol pálido que luchaba por abrirse paso. El aire salino del mar llenó sus pulmones mientras cerraba el abrigo más alrededor de sí, sus pasos lentos y deliberados.

Alice llegó al borde de los acantilados; las olas la llamaban desde las rocas bajo sus pies. Se detuvo, mirando hacia el agua que rodaba, la espuma agitada como el desorden de su mente. La idea se coló, suave al principio, luego más alta, más insistente, hasta convertirse en el único pensamiento en su cabeza.

Le faltó el aliento cuando dio un pequeño paso más hacia el borde; el viento susurrante la empujaba como una mano que se

burla. Las rocas abajo eran terrazas afiladas e implacables, las olas embistiendo, retrocediendo, llamándola.

Osciló allí, el corazón le latía con fuerza, el peso de un miedo implacable tirando de ella hacia adelante. Ya no tenía control sobre sí misma.

«¡Señora Chandler!»

La voz la cortó. Se volvió y vio a David a pocos pasos detrás de ella, la expresión alarmada pero serena, la mano algo extendida como si se acercara a un animal asustado.

«¿Qué está haciendo?», preguntó con suavidad, acercándose. «No debería estar aquí fuera. Es peligroso tan cerca de los acantilados», dijo David.

Alice tragó con fuerza, la voz temblorosa. «Solo necesitaba aire. Solo… necesitaba salir de la casa», dijo.

David asintió, la postura cuidadosa, la preocupación evidente. «Entiendo», dijo en voz baja. «Pero este no es el lugar para despejar la mente. Estos acantilados son impredecibles. Un viento fuerte, y…»

Sus palabras se desvanecieron, pero la advertencia no dicha quedó clara. Alice volvió a mirar las olas, hipnotizada otra vez por su tirón mortal. Las sentía llamándola, pero la presencia de David la ancló, su mirada firme alejándola del precipicio.

«Vamos», dijo él, acercándose más y aun con la mano extendida. «Vámonos dentro.»

Alice vaciló, retrocediendo del borde, pero rehusando tomar su mano. Lo siguió por el sendero, temblando de adrenalina mientras se abrazaba a sí misma con fuerza.

El agudo zumbido de un motor la detuvo en seco. «¿Qué es eso?» preguntó, buscando el origen del sonido.

David frunció el ceño, escudriñando el cielo. «Un dron», dijo con cautela, señalando al cielo con el dedo.

El pequeño aparato flotaba sobre los acantilados, sus hélices cortando el aire con un agudo zumbido. Se detuvo un momento, su lente brillando al enfocar a Alice. Luego descendió con sorprendente velocidad, sus movimientos deliberados y controlados.

Alice dio un traspiés, inestable sobre los pies. «¿Qué está haciendo? ¿Por qué está aquí?» murmuró.

Antes de que David pudiera responder, el sonido de pasos estrepitosos llegó por detrás. Aiden apareció, la expresión dura e implacable, una pistola en la mano apuntando directamente al objeto extraño.

«¡Dentro, Alice!», ordenó, su voz franca y autoritaria, mientras guardias de seguridad aparecían a lo lejos corriendo hacia ellos.

Alice se quedó paralizada, los ojos fijados en el arma. «Aiden, ¿qué—?»

«¡Dentro! ¡Ahora!» reiteró.

Alice retrocedió, la mirada alternando entre Aiden y el dron que zumbaba más bajo, girando sobre ella como un murciélago frenético. Aiden alzó la pistola con manos firmes, la mandíbula apretada mientras apuntaba.

«¡Aiden, no!» gritó Alice, la voz quebrándose.

El disparo resonó, ensordecedor en el aire abierto. El dron tambaleó en vuelo, chispas volando al impactar la bala. Se precipitó en espiral, estrellándose contra las rocas abajo con un crujido metálico.

Alice se llevó las manos a la boca al mirar a Aiden, la respiración entrecortada. «¿Tienes un arma?» susurró, llena de incredulidad.

Aiden se volvió hacia ella. «Es una precaución», dijo Aiden secamente, bajando el arma. «Hemos recibido amenazas antes.»

«Nunca me lo dijiste», dijo Alice, todo su cuerpo temblando. «Nunca dijiste nada sobre tener un arma.»

Aiden se acercó, los ojos entrecerrándose ligeramente. «Porque no creí necesario que lo supieras. La mantengo bajo llave. Solo la saqué por esto», dijo, señalando hacia los acantilados donde el dron se había estrellado.

David, que había permanecido en silencio durante el intercambio, carraspeó. «Revisaré los restos», dijo con tono calmado pero directo. «A ver si podemos averiguar de dónde vino.»

Aiden asintió, pero su atención siguió centrada en Alice. «¿Estás bien?» preguntó, con un tono menos duro.

Alice asintió con gesto ausente; su mente iba a mil por hora. La visión del arma en la mano de Aiden, la forma en que disparó sin vacilar, la inquietó más de lo que quería admitir. Lo siguió de regreso a la casa, los pasos vacilantes mientras las preguntas en su cabeza se hacían más ruidosas.

A medida que la casa se alzaba más cerca, su exterior brillando ominosamente a la luz que declinaba, Alice sintió que su inquietud se intensificaba.

Y al cruzar el umbral, con los ecos del disparo aún resonando en sus oídos, se preguntó si el peligro no estaría solo fuera de la casa.

28

La casa, que una vez fue una fortaleza, ahora se sentía más que nunca como una jaula. Alice estaba sentada en la mesa de la cocina. Su té, intacto. Fuera, los acantilados se alzaban, y el océano debajo era una extensión inquieta de gris y blanco. Dentro, el silencio era espeso, roto sólo por el zumbido del frigorífico. Apenas había dormido la noche anterior.

Los pasos de Karen rompieron la quietud. La mujer que les llevaba la casa apareció con su habitual compostura, portando un plato de galletas que dejó delante de ella. Había una intensidad peculiar en su mirada.

«Señora Chandler», comenzó Karen, con la voz suave, «he notado que ha estado... pasando por momentos difíciles.»

Alice se tensó, los dedos apretando la taza. «Estoy bien», dijo rápidamente, aunque el temblor en su voz la delataba. «Es sólo... todo. Tengo muchas cosas en la cabeza.»

Karen inclinó la cabeza ligeramente, su leve sonrisa inmutable. «Claro», dijo, «es comprensible. Cualquiera en su posición se sentiría igual. Esta casa ha visto mucho. Guarda... recuerdos.»

«¿Recuerdos?» repitió Alice.

La sonrisa de Karen permaneció. «La señora Chandler dejó su huella aquí. Su presencia persiste. Para alguien como usted, que entra en su mundo... bueno, es lógico que resulte abrumador.»

A Alice le molestaba oír el nombre de Lydia. «No me siento abrumada», mintió. «Es sólo que—» No supo cómo terminar la frase. «Me estoy adaptando.»

La expresión de Karen cambió, su voz adoptó un tono casi maternal. «Adaptarse es difícil cuando no estás en tu mejor momento. Apenas comes, no duermes... Tienes mucho que gestionar, señora Chandler.»

Alice se rigió, las palabras de Karen tocando una fibra sensible. «No estoy perdiendo la cabeza, si es eso lo que insinúa.»

«Por supuesto que no», dijo Karen con suavidad, el tono calmante. «Pero incluso las mentes más fuertes necesitan descanso y claridad. El estrés de esto puede nublar el juicio; hacerte ver cosas que no están. O pasar por alto cosas que sí están.»

Alice alzó la vista de golpe, el peso de las palabras de Karen asentándose incómodo en su pecho. «¿Qué intentas decir?»

Karen se inclinó un poco más, su voz bajando a un susurro conspirador. «Digo que necesita ayuda, señora Chandler. Descanso. Cuidado adecuado. El doctor McAllister es muy discreto, como le mencioné antes. Puede recetarle algo para que duerma, para calmar los nervios. Lleva tiempo siendo un colaborador fiel de la familia.»

Alice vaciló, el corazón martillándole en el pecho. «No necesito a un médico. Sólo necesito... espacio. Tiempo para aclarar todo esto.»

La sonrisa de Karen se tensó, un destello de frustración cruzó su rostro. «El tiempo no arreglará esto, señora Chandler. Está exhausta, deshilachada. Está intentando cargar con un peso que ninguna persona debería soportar. Déjeme ayudarla. Deje que el doctor McAllister la ayude.»

«No necesito medicación», dijo Alice con firmeza, aunque su voz la traicionaba. «Estoy bien.»

Los ojos de Karen se entrecerraron ligeramente, la máscara de calma resbalando por un momento. «Perdón por decirlo, pero no está bien, señora Chandler. He visto lo que le pasa a la gente que ignora las señales. Estrés como éste—me daría pena verla... sufrir innecesariamente.»

Las palabras de Karen hicieron que a Alice se le erizara la piel. «¿A qué se refiere?»

Karen se enderezó, su compostura volvió a su sitio. «Me refiero sólo a que he trabajado en esta casa muchos años. He visto lo que puede hacer con la gente. El aislamiento, la presión... pasa factura.»

Alice tragó con fuerza, la mirada cayendo sobre la taza en sus manos. «Sólo necesito concentrarme», dijo en voz baja. «Estaré bien.»

Karen vaciló, luego extendió la mano para colocarla ligeramente sobre el brazo de Alice. El gesto fue inesperado, casi demasiado íntimo, y Alice se estremeció al contacto.

«Por favor, señora Chandler», dijo Karen suavemente, con un tono casi suplicante, «no tiene que hacer esto sola. Déjeme llamar al doctor McAllister. Permítame ayudarla. Una cita, eso es todo lo que pido.»

Alice retiró el brazo, su voz más firme ahora. «He dicho que no, Karen. Agradezco su preocupación, pero no necesito un médico.»

Por un momento, la expresión de Karen fue inescrutable. Luego asintió, su sonrisa falsa regresando. «Por supuesto, señora Chandler. Sólo quiero lo mejor para usted.»

Karen recogió el plato de galletas intacto y se marchó. A medida que sus pasos se perdían por el pasillo, Alice dejó escapar un lento suspiro. La conversación la había dejado más inquieta. La insistencia de Karen, sus advertencias veladas—sonaban menos a preocupación y más a amenaza.

Más tarde esa tarde, cuando el sol se hundía bajo el horizonte y las sombras se alargaban por el césped, Alice paseaba nerviosa por el salón.

El sonido de una voz en el exterior llamó su atención. Se acercó a las ventanas que iban del suelo al techo y miró hacia fuera. Aiden estaba en el patio, el teléfono pegado a la oreja, la postura rígida. No pudo oírlo todo, pero su tono era cortante, las palabras secas y airadas.

«...no me importa lo que cueste», estaba diciendo Aiden, su voz llegando tenue a través del cristal. «Esto ya duró demasiado.»

Alice dejó de respirar por un momento, el pulso acelerado. Se pegó al cristal, esforzándose por oír.

«¿Te crees intocable?» continuó Aiden, su tono frío y amenazante. «Si no te apartas, acabarás como ella. En el fondo del océano. ¿Me entiendes?»

El corazón de Alice se detuvo. Las manos le temblaron. La mente se le fue a mil conjeturas. Las palabras resonaban en su cabeza, tan heladas que parecían atravesar todo su cuerpo.

El estómago se le revolvió al inundarla un millar de posibilidades y las rodillas le flaquearon al dar un paso atrás de la ventana. Se dio la vuelta, respirando con bocanadas cortas y superficiales. Y entonces la vio.

Karen estaba en el umbral del comedor, los brazos cruzados con pulcritud, la expresión serena pero vigilante. No dijo una palabra, pero su mirada sostuvo la de Alice con una intensidad que heló su sangre.

Por un momento, ninguna de las dos se movió. El silencio entre ellas era opresivo, cargado de tensión. Entonces Karen inclinó la cabeza ligeramente, su leve sonrisa regresando, como si quisiera decir,*Te veo.*

La boca de Alice se abrió, pero no salió palabra alguna. Retrocedió un paso, la mente gritándole que hiciera algo. Pero Karen se volvió y se marchó como si no hubiera pasado nada.

Alice permaneció paralizada, todo su cuerpo temblando. No sabía lo que acababa de presenciar ni qué significaba.

Allí fuera, el césped se extendía como un oscuro y abierto vacío bajo la tenue luz de una luna creciente. La voz de Aiden llegó a través del cristal de nuevo, cortante y grave, cargada de ira.

«… Me encargaré», dijo, paseando por el patio, con el teléfono pegado a la oreja. El filo de su tono era inconfundible.

Alice se inclinó más, el corazón desbocado. Su aliento empañó el cristal mientras se esforzaba por oír, desesperada por entender sus palabras.

«Recibirás lo que te mereces», siseó Aiden, su cuerpo rígido de tensión. «Si no te apartas, acabarás igual que ella. ¿Lo entiendes? *Igual que Lydia.*»

El nombre golpeó a Alice como una bofetada, el estómago haciéndosele un nudo. Apretó la cortina con más fuerza, las uñas clavándose en la tela.*Igual que Lydia.*

El aire a su alrededor le oprimía el pecho mientras luchaba por respirar. Aiden cortó la llamada de golpe, metió el teléfono en el bolsillo y miró fijamente hacia el oscuro horizonte. Su perfil se dibujaba en líneas ásperas, su expresión irreconocible.

Alice retrocedió tambaleándose de la ventana, la mente a mil con preguntas que no se atrevía a formular. Al girarse, con el pulso aún martilleándole en los oídos, la encontró de nuevo en el umbral, los brazos cruzados con pulcritud. Inclinó la cabeza apenas, el rostro sereno pero los ojos fríos. De algún modo parecía más alta, más imponente.

El silencio las envolvió a ambas como una camisa de fuerza. Por fin habló Karen, con la voz lisa y medida, como un cuchillo que corta el aire frágil.

«¿Está todo bien, Sra. Chandler?», preguntó Karen, con un leve matiz casi burlón en la voz.

La garganta de Alice estaba seca, la voz apenas un susurro. «¿Qué... qué haces todavía aquí?»

Los labios de Karen se curvaron en una leve sonrisa. «Parecías... alterada.»

«Y—», tartamudeó Alice, la mente luchando por formar pensamientos coherentes. «Creía oír algo.»

La mirada de Karen se deslizó hacia la ventana, luego volvió a Alice. «Ya veo. ¿Era el Sr. Chandler? A menudo hace llamadas fuera cuando no quiere molestarte.»

A Alice no le gustó el tono de complicidad de Karen. «Él... él hablaba de Lydia», dijo vacilante, las palabras saliendo de ella antes de que pudiera detenerlas.

La sonrisa de Karen no se desvaneció, pero había ahora algo depredador en su expresión, un sutil cambio que puso la piel de Alice de gallina. «Estoy segura de que el Sr. Chandler nunca diría nada que no estuviera totalmente justificado», dijo con suavidad. «Siempre ha sido protector con su familia. Y contigo, Sra. Chandler.»

La forma en que acentuó la última palabra tocó un nervio. «¿Protectora?», repitió Alice, la voz temblando. «¿De qué?»

Karen se acercó. «De quienes no entienden su lugar», dijo suavemente. «Evermere ha conocido su cuota de amenazas, Sra. Chandler. El Sr. Chandler siempre ha hecho lo necesario para asegurar la seguridad de los que le importan.»

A Alice se le debilitaron las piernas. «¿Quieres decir que...?»

Karen la interrumpió, la sonrisa afilándose. «Quiero decir que tienes la suerte de tener un marido que se ocupa de las cosas, para que tú no tengas que preocuparte. El estrés no te beneficia, Sra. Chandler. Especialmente no en tu actual... estado.»

A Alice se le cortó la respiración. «¿Qué estado? ¿De qué hablas?»

«Has estado bajo una enorme tensión», dijo Karen. «Las cartas, la casa, todo... no es de extrañar que estés viendo y oyendo cosas que no están ahí. Quizás sea momento de hablar con el médico. Puedo organizar que venga mañana si quieres.»

«¡No me lo estoy imaginando!», replicó Alice, la voz quebrada. «Lo escuché, Karen. Escuché lo que dijo.»

La sonrisa de Karen se desvaneció ligeramente, la mirada volviéndose más fría. «¿Y qué exactamente crees que oíste, Sra. Chandler?», preguntó Karen, el tono cortante pero aún educado. «¿Que el Sr. Chandler haría daño a alguien? ¿O que está haciendo lo necesario para protegerte de quienes te quieren perjudicar?»

El pecho de Alice se apretó. «No lo sé», admitió Alice, la voz apenas un susurro. «Ya no sé qué pensar.»

Karen dio un paso más, su presencia amenazante. «Entonces quizá sea mejor no pensar demasiado», dijo en voz baja. «Tienes todo lo que necesitas aquí. Estás a salvo. Te cuidan. ¿No es eso suficiente?»

Alice la miró fijamente, la pregunta posándose sobre ella como un sudario. No había amabilidad en su tono, ninguna preocupación genuina—solo una advertencia fría y calculada.

Karen se enderezó, la sonrisa pintada volviendo. «Te dejo con tus pensamientos, Sra. Chandler», dijo Karen, su tono recobrando la

brusquedad. «Si cambias de opinión sobre el médico, házmelo saber.»

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se alejó.

Miró de reojo hacia la ventana. Aiden seguía fuera, su silueta apenas visible en la oscuridad.

Alice se hundió en una silla cercana, la cabeza entre las manos. Era demasiado. Ya no sabía en quién confiar.

Y a medida que la noche se cerraba a su alrededor, la casa pareció cerrarse sobre ella por todos lados.

29

El anuncio llegó durante el desayuno, entre el tintinear de la cubertería y el susurro del periódico matutino. Alice se sentó en el extremo de la mesa del comedor; su plato intacto mientras empujaba la comida con el tenedor. Aiden estaba, como siempre, sereno, sorbiendo su café y pasando la pantalla de su tableta, su expresión no delataba nada.

Karen se movía con desenvoltura entre ellos, sirviendo café y dejando una cesta de bollería recién hecha.

«Karen», dijo Aiden de repente, su tono enérgico pero contenido. «He estado pensando. Has trabajado muchísimo últimamente. Creo que es hora de que te tomes un descanso.»

Karen se quedó inmóvil, la cafetera suspendida a medio servir. Se volvió para mirarle, el rostro impasible pero los ojos entrecerrándose levemente. «¿Un descanso, señor Chandler?»

«Sí», dijo Aiden, apartando la tableta. «Has llevado esta casa sin descanso durante años. No recuerdo la última vez que tuviste tiempo libre. Te lo mereces.»

Los labios de Karen se apretaron en una línea fina, sus manos apretando un poco la cafetera. «Agradezco el gesto, señor Chandler, pero soy perfectamente capaz de cumplir con mis deberes. La casa —»

«La casa estará bien», interrumpió Aiden, con tono firme. «Has formado bien al personal. Pero todos merecen tiempo para sí mismos. Insisto.»

Alice levantó la vista del plato, el ceño fruncido mientras miraba de uno a otro. La expresión de Karen había cambiado sutilmente, su superficie de calma resquebrajándose lo justo para mostrar una resistencia que bullía bajo la piel.

«Organizaré a alguien que cubra las tareas críticas», continuó Aiden, notando la vacilación de Karen. «Toma una semana, quizá dos. No es una petición, Karen. Es una decisión.»

La sonrisa de Karen fue tenue, casi forzada. «Por supuesto, señor Chandler. Si eso es lo que prefiere.»

«Bien», dijo Aiden, volviendo a su café como si el asunto estuviera zanjado y como si la petición no fuera en absoluto inusual.

Alice pudo ver la tensión en la postura de Karen, la forma en que sus manos apretaban la bandeja. «Empezaré a hacer los arreglos», dijo Karen, con tono cuidadosamente contenido. «Aunque debo recordarle, señor, que este es un momento especialmente ocupado, dadas las circunstancias.»

Aiden alzó una ceja. «Y aun así, confío en que todo estará controlado. Te lo has ganado, Karen.»

«Como desee, señor Chandler.»

«Bien. Puede tomarse su descanso a partir de mañana.»

Aiden asintió, satisfecho, y volvió a coger su tableta. Karen se volvió y abandonó la habitación. Alice la observó irse, una extraña sensación de inquietud se apoderó de ella.



Más tarde esa mañana, Alice encontró a Karen en la lavandería, doblando la ropa de cama con la meticulosidad que sólo ella tenía. La encargada de la casa, normalmente imperturbable, parecía inquieta.

«Karen», dijo Alice, titubeante, «¿estás bien?»

Karen no levantó la vista, las manos alisando los bordes de una funda de almohada. «Estoy bien, señora Chandler. ¿Por qué no habría de estarlo?»

«Es que…» Alice vaciló, buscando las palabras adecuadas. «No pareces… muy entusiasmada con el tiempo libre.»

Karen emitió una risa suave, sin humor, y por fin levantó la vista. «Supongo que no estoy acostumbrada a la idea», admitió. «Esta casa ha sido mi vida durante tanto tiempo. Se siente extraño dejarla, aunque sea por un rato.»

Alice se apoyó en el marco de la puerta, observando a Karen con atención. «¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Aiden?»

«Casi quince años», dijo Karen, con un marcado deje de orgullo en la voz. «He visto esta casa en todas las estaciones, ante cada desafío. Para mí es algo más que un trabajo.»

«¿Y Lydia?», aventuró Alice con cautela. «También eras cercana a ella.»

Las manos de Karen se quedaron quietas por un momento, su mirada desviándose. «Lydia era… única», dijo con cuidado.

Alice sintió una punzada de celos. «Debes de tener muchos recuerdos de ella.»

Los ojos de Karen se posaron en Alice, afilados y analíticos. «Los tengo», dijo simplemente.

Había un filo en sus palabras que erizaba la piel de Alice. «No tienes que marcharte, ¿sabes?» dijo Alice, ahora con la voz más baja. «Podrías decirle a Aiden que te necesitan aquí.»

Los labios de Karen se curvaron en una leve sonrisa, que no llegaba a sus ojos. «No me corresponde cuestionar las decisiones del señor Chandler», dijo. «Pero admitiré que se siente… extraño. Que me pidan apartarme en un momento como este.» La sonrisa de Karen se amplió ligeramente, aunque su gesto permanecía inescrutable. «El señor Chandler siempre tiene sus razones», dijo. «He aprendido a no cuestionarlas.»

Volvió a la ropa de cama, sus movimientos precisos de nuevo, como si la conversación no hubiera ocurrido.

30

La casa estaba en silencio. Los guardias uniformados, sus rondas constantes y las cámaras con luz roja intermitente se habían convertido en una especie de consuelo incómodo para Alice durante las últimas semanas. Ahora, su ausencia se sentía como otra capa de vulnerabilidad. Aiden le había asegurado que era seguro —que las cartas habían cesado y que el incidente con el dron había sido algo aislado.

«Quienquiera que fuera», había dicho Aiden, «claramente han perdido el interés.»

Pero Alice no estaba tan segura. Mientras recorría las vastas, vacías habitaciones de la casa, la sensación de aislamiento la carcomía. Resultaba extrañamente vacío sin el personal. Aunque Karen era la única de limpieza con la que Alice o Aiden trataban, sabía que detrás había una maquinaria mucho mayor trabajando para mantener la casa impoluta.

Aquella mañana, Alice se sentó en el salón, el portátil apoyado sobre las rodillas. El océano más allá de las paredes de cristal brillaba bajo un sol pálido; la belleza de la vista no le decía nada. Tenía la mirada fija en la pantalla, los dedos desplazándose sin rumbo por artículos de prensa. Ni siquiera estaba segura de qué buscaba —distracción, quizá, o alguna confirmación de que el mundo exterior no era tan hostil como le parecía.

Entonces lo vio.

El titular era llamativo, ostentoso, diseñado para atraer la atención:

Ian Carlisle's New Tech Venture: The Multi-Million Pound AI Startup That's Already Turning Heads.

Alice hizo clic en el enlace, su curiosidad despertándose. El artículo detallaba el salto de Ian a la inteligencia artificial, una plataforma ambiciosa destinada a revolucionar el funcionamiento de las empresas. La pieza estaba llena de elogios de inversores y expertos del sector, todos prediciendo el ascenso meteórico de Ian a cotas aún mayores.

Pero lo que llamó la atención de Alice no fue el producto ni las alabanzas —sino la astronómica cantidad de dinero que Ian había asegurado en financiación. El artículo mencionaba inversores privados, pero no daba nombres. ¿De dónde había conseguido Ian reunir una suma tan descomunal tan rápidamente?

Cuando Aiden entró en la sala con el teléfono en la mano, Alice levantó la vista. «Aiden, ¿has visto esto?», preguntó, girando la pantalla hacia él. «Ian está lanzando una nueva empresa.»

Aiden miró el portátil brevemente, con el rostro impenetrable. «Lo sé», dijo Aiden, con tono desdeñoso.

«Es impresionante», un matiz de escepticismo se coló en su voz. «Pero ¿de dónde crees que ha salido la financiación? Quiero decir, ese tipo de dinero no aparece de la nada de la noche a la mañana.»

Los hombros de Aiden se tensaron. Metió el teléfono en el bolsillo y cruzó la habitación para servirse un vaso de zumo. «Ian tiene sus maneras», dijo secamente, sin mirarla.

Alice frunció el ceño y cerró el portátil. «¿No te parece raro? Quiero decir, inversores privados. Es vago, ¿no? Y después de todo lo de Lydia, y la aventura—»

Aiden dejó el vaso sobre la encimera con estrépito, el sonido reverberando por la habitación. «¡Basta!», gritó Aiden, su voz cortando el aire como un latigazo. «Sabe cuándo parar.»

Alice se estremeció, el corazón latiéndole con fuerza mientras lo miraba en estado de shock. Aiden se volvió hacia ella, el rostro oscuro y furioso. Sus ojos ardían con una mezcla de ira y otra cosa.

«¿Por qué estás tan obsesionada con Ian?», exigió Aiden, alzando la voz. «¿Crees que no sé ya qué clase de hombre es? ¿Crees que no veo exactamente lo que está haciendo?»

«Yo solo—» Alice tartamudeó, la voz temblando. «Solo creo que vale la pena hacerse preguntas. Después de todo lo que ha pasado—»

«Para», espetó Aiden, apuntándola con el dedo. «No sabes de lo que hablas, Alice. Ian no es asunto tuyo.»

«Pero ¿y si—»

«¡Cállate!», rugió Aiden, el rostro contorsionado por la rabia. Dio un paso hacia ella y Alice se encogió en el asiento. «No quiero oír ni una palabra más sobre él, ¿entendido? Ni una sola palabra.»

La habitación quedó sumida en un silencio tenso, el único sonido el leve tintineo del hielo en la copa sin tocar de Aiden. El pecho de Alice subía y bajaba con rapidez, las manos aferradas al borde del sofá mientras intentaba recomponerse. Aiden estaba sobre ella, respirando con fuerza, los puños apretados a los lados.

Por fin se recompuso, pasando una mano por el cabello en un intento de recuperar su habitual frialdad. «Lo siento», murmuró Aiden, sin que su tono fuese menos tenso. «No quería gritar. Es solo que… Ian no es alguien por el que debas preocuparte. Confía en mí.»

Alice no se sintió reconfortada.

Aiden cogió su bebida y la bebió de un trago, luego salió de la habitación dejándola sola en el silencio sofocante.

El resto del día se arrastró; Alice cargó con el recuerdo de la ira de Aiden. Tras su arrebato, se encerró en su despacho y cerró la puerta con llave, dejándola a ella con sus cavilaciones.

Alice intentó distraerse, primero leyendo y luego tratando de hacer un boceto en el invernadero donde antes encontraba consuelo. Pero su mano se negó a colaborar. Sus pensamientos no dejaban de volver al rostro de Aiden, al destello de furia en sus ojos cuando había mencionado el artículo.

Abandonó el boceto y vagó sin rumbo por la casa, en busca de consuelo y sin encontrar ninguno.

Al anochecer, la atmósfera en la casa se había vuelto insoportable. Alice apenas tocó la cena que Karen había dejado en la nevera antes de irse, y Aiden no salió de su despacho para unirse a ella.

Intentó llamar a su hermana, Beth, pero la llamada no obtuvo respuesta. La soledad la aplastaba como un peso físico, y cuando se metió en la cama esa noche estaba demasiado exhausta para otra cosa que no fuera cerrar los ojos y esperar poder dormir.

Pero el sueño no llegó.

Esa noche, acostada mirando el punto familiar del techo, la casa le pareció más que nunca una prisión.

Ella miró a Aiden, que ya dormía a su lado, tras haberse vuelto a instalar definitivamente en su dormitorio, su rostro relajado y apacible de un modo que le resultaba extraño después de la rabia que había visto antes. Por primera vez, sintió un atisbo de miedo—no de la casa, ni de las cartas, ni de las amenazas—sino del hombre que yacía junto a ella.

Alice se revolvía en la cama, las mantas enredándose alrededor de sus piernas mientras su mente se negaba a callar. Cada vez que cerraba los ojos, imágenes parpadeaban tras sus párpados—oscuras, turbias, inquietantes.

Vio a Lydia.

Al principio, las visiones eran vagas, inconexas. Un destello de la sonrisa radiante de Lydia, su cabello dorado brillando bajo el sol, su belleza despreocupada. Pero las imágenes se torcieron, volviéndose más nítidas y aterradoras.

Alice imaginó a Lydia en su yate. Las olas acariciaban el casco con suavidad, el sonido reconfortante y rítmico. La silueta de Lydia se recortaba al borde. Su postura, segura.

Pero entonces el agua cambió. Las olas se volvieron más encrespadas, más furiosas. El cielo se oscureció, nubes arremolinándose como una marea imparable. El viento arreció,

tirando del cabello y la ropa de Lydia, y su expresión cambió—de la calma al pánico.

La vio forcejeando en la rueda del timón, las manos aferradas a la rueda. El yate se balanceó violentamente, la cubierta antaño impecable resbaladiza por la lluvia y el agua salada. Un relámpago partió el cielo, iluminando el rostro aterrorizado de Lydia mientras ella gritaba hacia el vacío, sus palabras perdidas en el rugido de la tormenta.

La imagen cambió de nuevo. El agua inundó la cabina, se coló por los estrechos pasillos y arrastró consigo los vestigios materiales de la vida de Lydia. Alice la vio desplazarse a trompicones, movimientos frenéticos mientras el barco se inclinaba peligrosamente hacia un costado.

El yate estaba casi sumergido, su proa antaño orgullosa hundiéndose bajo las olas. Lydia se aferraba al borde, el rostro pálido surcado por lágrimas, la boca abierta en un grito silencioso. Entonces el agua la engulló, arrastrándola hacia abajo, y la superficie se cerró sobre su cabeza.

Alice se incorporó de repente en la cama, el corazón desbocado, la piel pegajosa por el sudor. La habitación estaba oscura e inmóvil; lo único que se oía era su respiración entrecortada. Miró a Aiden, que dormía plácidamente, el rostro sereno a la tenue luz de la luna.

Las imágenes de Lydia hundiéndose en las profundidades se negaban a desvanecerse, aferrándose a su mente como una pesadilla despierta.

Alice miró hacia la ventana, donde el océano se extendía más allá de los acantilados, vasto e infinito. Era hermoso, pero en la oscuridad resultaba amenazante, como si también guardara secretos que se negaba a revelar.

Mientras permanecía sentada, mirando al vacío, las preguntas, las dudas, el miedo—todas ellas se acumulaban, estrellándose contra ella como las olas implacables que se habían tragado a Lydia, sin dejar rastro.

31

Alice despertó con la pálida y grisácea luz de la mañana. Su débil resplandor hacía poco por ahuyentar la oscuridad que persistía en su interior. El pecho le pesaba; las extremidades, agotadas por los restos de una noche inquieta. La pesadilla se le pegaba a la piel, negándose a desvanecerse.

Se incorporó despacio, las manos aferradas al borde de la cama mientras intentaba estabilizarse. El lado de Aiden en la cama estaba vacío, las sábanas recogidas con pulcritud.

Los barcos no se esfumaban así, sin dejar rastro. El pensamiento se negaba a callarse.

El sueño le parecía un recuerdo que no le pertenecía.

Encorrió la bata con rapidez y bajó las escaleras, los pies arrastrándose por el cansancio.

Aiden estaba junto a la isla de la cocina, con la tablet apoyada mientras repasaba correos, y una taza de café a medio terminar a su lado. Al verla entrar levantó la mirada.

«Morning», dijo, su tono neutral.

Alice no respondió. Se acercó a la encimera y se sirvió una taza de té. La mirada de Aiden se quedó en ella.

«You didn’t sleep well», dijo, más una afirmación que una pregunta.

«No», admitió Alice, con la voz plana. Se sentó en la isla, el té intacto ante ella mientras clavaba la vista en el líquido humeante. «I… I had a dream. About Lydia».

Aiden soltó un suspiro pronunciado.

«It felt so real», dijo Alice, su voz temblando. «She was on her boat. I saw her struggling, trying to keep it afloat, and then… then she went under. The water just swallowed her up».

Aiden extendió la mano, cubriendo la suya. «Alice, it was just a dream».

«But why?» preguntó Alice, retirando la mano. «Why am I dreaming about her like this? It's like she's trying to tell me something. Like she's… reaching out».

Aiden exhaló; su frustración apenas contenida. «You need to stop torturing yourself with this. Lydia is dead. You know that».

«Do I?» dijo Alice, la voz elevándose. «She disappeared, Aiden. There was no body, no wreckage. Just an assumption. What if—what if she's not?»

La expresión de Aiden se ensombreció, la boca formando una línea fina. «Alice, listen to yourself. You're letting your imagination run wild. This is crazy».

El pecho de Alice se apretó; la frustración hervía. «I can't do this anymore, Aiden», dijo, la voz quebrándose. «I can't live like this».

Aiden se levantó, la silla raspando el suelo mientras se acercaba a ella. Puso las manos sobre sus hombros, el agarre firme pero no cruel. «Alice, you need to stop», dijo, la voz baja y mandatoria. «You're losing it and I can't help you if you won't let go of this obsession».

Las lágrimas brotaron en los ojos de Alice mientras le miraba, la desesperación al desnudo. «I'm not obsessed», dijo, con la voz temblorosa. «I'm trying to understand. I'm trying to make sense of all of this. But I feel like I'm drowning, Aiden».

La expresión de Aiden se ablandó y la atrajo hacia sí. «You're not drowning», murmuró. «I won't let that happen. You need to trust me, Alice».

Mientras Aiden la sostenía, susurrando seguridades que ella no podía creerse, Alice enterró la cara en su pecho y sus lágrimas

empaparon su camisa.

.

Alice se apartó del abrazo de Aiden, los ojos enrojecidos y llenos de desesperación. «Aiden, please. I need to know the truth. What happened to Lydia?»

Aiden apretó los dientes, las manos cayendo a los costados mientras se echaba hacia atrás. «Alice, we've been through this. She's gone. That's all there is to it. Please», suplicó como un animal acorralado.

«No», dijo Alice, ahora con voz más firme. «It's not all there is to it. I can feel it, Aiden. There's something you're not telling me. I'm surrounded by her memory, haunted by her absence. If you love me, if you care about me at all, you'll tell me the truth».

Aiden se volvió, de espaldas, pasando una mano por el cabello. El corazón de Alice latía con fuerza mientras lo observaba, la pregunta colgada en el aire como una nube de tormenta a punto de estallar.

Por fin Aiden habló, la voz baja y áspera. «You don't want to know the truth, Alice».

«Yes, I do», dijo Alice, acercándose un paso. «I need to know. Whatever it is, I can handle it».

Aiden rió con amargura. Se volvió para mirarla, los ojos oscuros y atormentados. «No, you can't», dijo. «You think you want answers, but once you have them, you'll wish you never asked».

Alice lo miró. Su rostro era un lienzo de emociones—ira, remordimiento, miedo—pero bajo todo eso, vio otra cosa: culpabilidad.

«Just tell me. This isn't going away. It's going to break us if you don't».

Aiden volvió la espalda, los hombros tensándose mientras se aferraba al borde de la encimera, los nudillos blancos. «I argued with Lydia the day she disappeared», dijo, la voz baja y hueca. «It was bad—worse than usual».

Alice se recompuso. «What were you arguing about?»

Aiden negó con la cabeza, soltando una risa resentida. «Everything. Control. Her obsession with power. She'd threatened to

leave before, but that day…» Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo, los ojos perdidos. «That day, she wasn't bluffing. She said she had everything ready—lawyers, evidence to ruin me. She said she was going to take the house, the company, everything».

El pecho de Alice se apretó. «What happened, Aiden?»

Se volvió y encontró su mirada, los ojos vacíos. «I snapped», admitió, la voz cargada de emoción. «I told her I wouldn't let her just walk away and leave me with nothing. We were shouting, yelling things we couldn't take back, and then she pushed me. I pushed back». Tragó con fuerza. «She fell. Hit her head on the edge of the coffee table».

La sangre se le heló a Alice. «What… what do you mean she hit her head? Was she—?»

«No respondía», dijo Aiden deprisa, su voz quebrándose. «Simplemente yacía ahí, inmóvil. Había sangre en el suelo alrededor de su cabeza. Entré en pánico. No sabía qué hacer. Salí corriendo a por vendas, a pedir ayuda. Te juro, Alice, sólo estuve fuera un minuto».

«¿Y entonces?» Alice contuvo la respiración.

«Cuando volví, ya no estaba». Su voz se tornó un susurro, lleno de incredulidad incluso después de tanto tiempo. «La sangre seguía allí, pero Lydia no. Pensé que quizá habría recobrado el sentido y salido a pedir ayuda, pero entonces… entonces vi su embarcación».

La respiración de Alice se cortó. «¿Su embarcación?»

Aiden asintió, con la mirada perdida, como si estuviera contemplando la escena repetirse una y otra vez. «Ya estaba mar adentro para cuando llegué a la ventana. Llamé a su teléfono, pero no respondió».

A Alice le pareció que el suelo se movía bajo sus pies. «¿No intentaste detenerla? ¿Llamar a la guardia costera?»

«No sabía qué hacer», dijo Aiden, la voz desesperada. «Estaba en estado de shock. Un minuto ella estaba ahí y al siguiente… se había ido. Pensé que quizá habría salido en la embarcación para alejarse de mí, para aclararse la cabeza. Pero cuando vino la tormenta y no la encontraron…» Se quedó en silencio, los ojos

oscurecidos por años de tormento. «Fue un accidente. Se fue demasiado lejos, subestimó las olas».

Alice lo miró fijamente, la mente acelerada.

«¿Y si encuentran su cuerpo?» Aiden no podía callarse ya; las palabras brotaban de él, su voz afilada pero teñida de miedo. «¿Y si encuentran el naufragio y piensan que la maté?» Se pasó una mano por la cara, la frustración estallándole. «Eso es lo que más me ha aterrorizado. Desde el momento en que vi ese barco desaparecer en el horizonte, lo he llevado conmigo: el miedo a que la encuentren y piensen que fui yo».

Alice dio un paso vacilante hacia atrás, la cabeza girando. «¿Nunca se lo contaste a nadie?»

«¿Qué iba a decir?» replicó Aiden, la voz quebrándose. «Que discutimos, que se cayó, que yo salí de la habitación y desapareció? ¿Te haces una idea de cómo suena eso? Nadie me habría creído. Dirían que lo monté, que quería que se fuera». Apretó los puños, el cuerpo entero rígido de tensión. «Los medios me crucificarían. Las autoridades me destrozarían la vida. No podía permitirme ese riesgo, Alice».

Alice negó con la cabeza, las lágrimas asomando en los ojos.

Aiden cerró los ojos y, por primera vez, Alice vio cómo se le quebraba la compostura. «Cada maldito día», dijo con la voz cruda. «Veo su rostro cada vez que cierro los ojos. Oigo su voz, sus amenazas. Me despierto a medianoche esperando verla sobre mí, acusándome. Y cada vez que llega una carta, cada vez que alguien menciona su nombre, siento que las paredes se cierran».

A Alice se le rompió el corazón ante la vulnerabilidad de su voz. Nunca había visto a Aiden así: tan expuesto, tan aplastado por su propio tormento. «¿Por qué no me lo contaste?» preguntó. «¿Por qué no confiaste en mí?»

Aiden soltó una risa amarga. «Porque no quería que me mirases como lo haces ahora. Como si fuera un monstruo. Como si la hubiera matado».

«No creo que la mataras», dijo Alice deprisa, la voz temblorosa. «Pero, Aiden, no intentaste detenerla».

«Tenía miedo», admitió Aiden, la voz apenas un susurro. «Horrible miedo. No podía asumir ese riesgo, Alice. He pasado cada día desde entonces intentando seguir adelante, intentando enterrarlo. Pero no se va».

Alice vio la verdad en sus ojos, la culpa que había cargado durante tanto tiempo. Pero no podía despejar de su mente la imagen de la embarcación de Lydia alejándose mar adentro, de la sangre en el suelo, de la posibilidad inquietante de que Lydia no estuviera realmente muerta o, peor aún, de que Aiden ocultara algo aún más oscuro.

32

Alice se incorporó despacio, la mente aturdida por otra noche de sueño intranquilo, el cuerpo dolorido por la tensión de la noche anterior.

«¿Aiden?», preguntó Alice, con la voz ronca e incierta.

Ninguna respuesta.

El silencio la envolvía como una manta pesada. Evermere estaba vacío. Lo podía sentir.

Deambuló por los pasillos, con pasos vacilantes y lentos, los ojos clavados en cada rincón como si esperara que alguien —o algo— apareciera. Pero no había nada. Ni la voz de Aiden, ni el zumbido lejano de la cafetera en la cocina, ni Karen deslizándose por los pasillos con su habitual eficiencia. La casa, que solía latir con sus silenciosos ritmos, estaba quieta.

Los pensamientos de Alice giraban mientras recorría la casa, sus pasos la llevaron a la cocina, al comedor, al solárium donde fijó la mirada en los acantilados más allá del cristal. El océano estaba en calma hoy. Parecía pacífico, pero Alice sabía más. Bajo esa superficie apacible se escondían corrientes capaces de arrastrar un cuerpo mar adentro.

Presionó la mano contra el cristal, su aliento empañando el vidrio mientras sus pensamientos volvían al yate.

La mano de Alice quedó sobre el frío cristal, su reflejo una sombra tenue superpuesta al océano. La confesión de Aiden se repetía en su mente como un disco rayado: la discusión, la caída de Lydia, la sangre, el barco.

En las últimas semanas, el yate se había convertido en una obsesión para Alice. No era el barco en sí, sino lo que simbolizaba: el acto final de Lydia. Pero cuanto más lo pensaba, menos sentido tenía. Si estaba herida, sangrando, ¿por qué habría de navegar hacia una tormenta?

Quería creerle a Aiden: que había salido corriendo a pedir ayuda, que el miedo lo había paralizado, que la desaparición de Lydia había sido un trágico accidente. Pero su mente no dejaba de fabricar otras posibilidades.

El sonido de pasos tras ella la hizo sobresaltarse. Se volvió de repente y vio a Aiden en el umbral.

«¿Tú tampoco pudiste dormir?», preguntó Aiden.

Alice negó con la cabeza, la mano soltándose del cristal. «No. La casa se siente… diferente hoy», dijo.

Aiden entró en la habitación, la mirada dirigiéndose un instante hacia los acantilados más allá del cristal. «Es el silencio. Sé que despedí al personal pero no imaginé lo extraño que se sentiría», dijo.

Alice lo examinó, buscando grietas en su exterior sereno. Su confesión había sido tan cruda, tan vulnerable, pero ahora parecía recuperado, sus muros levantados de nuevo.

«Aiden», comenzó ella con voz vacilante, «¿has pensado alguna vez… en buscar el yate?»

Se tensó, la mirada fija en el horizonte. «No hay nada que buscar», dijo finalmente, con tono cortante. «La guardia costera buscó. Investigadores privados buscaron.»

«Pero, ¿y si pasaron por alto algo?», insistió Alice. «¿Y si—»

«¿Y si qué?», replicó Aiden con brusquedad, volviéndose para mirarla. Sus ojos eran duros, la mirada desafiante. «¿Qué crees que vas a encontrar, Alice? ¿El naufragio? ¿Su cuerpo? ¿Crees que eso va a cambiar algo?»

«No lo sé», admitió Alice. «Pero no puedo dejar de pensar en eso. En ella. En lo que pasó esa noche.»

Aiden exhaló, llevándose una mano al rostro. «Te conté todo, Alice. He cargado con esta culpa: preguntándome si podría haber hecho algo, si podría haberla detenido. Pero no puedo cambiar lo que pasó. Y tú tampoco puedes.»

Alice dio un paso más cerca, la voz suave pero persistente. «¿No crees que merece recibir sepultura?»

Los ojos de Aiden se oscurecieron, su expresión cerrándose. «Estás dejando que tu imaginación te domine», dijo fríamente. «Lydia se ha ido. Esa es la verdad, quieras aceptarla o no.»

Alice se echó atrás, herida por su tono pero sin dar su brazo a torcer. «¿No quieres saber, Aiden? ¿No quieres asegurarte?»

«Estoy seguro», dijo con firmeza, sin admitir réplica. «Y tienes que parar con esto. No es sano, Alice. No nos ayuda a ninguno de los dos.»

La garganta de Alice se apretó, las lágrimas asomando en las comisuras de sus ojos.

Aiden dio un paso adelante, sujetándole los hombros. «Esta no es tu pelea», dijo, su voz suavizándose un poco. «Tienes que dejarlo pasar, Alice. Por tu bien. Por el mío.»

Alice asintió con reluctancia, arraigada al sitio mientras Aiden salía de la habitación, sus pasos resonando débilmente por el pasillo. El sonido se desvaneció en el silencio, dejándola sola otra vez. Volvió la vista a la ventana, las manos presionando el vidrio frío.

El relato de Aiden sobre aquella noche se repetía en su mente y algo seguía sin encajar. Las preguntas se negaban a abandonarla, al borde de sus pensamientos como una astilla persistente.

Una lesión en la cabeza, sangre acumulándose en el suelo. Aiden corriendo a buscar vendas. Y luego, Lydia desaparecida—su yate cortando aguas encrespadas hacia una perdición segura. No tenía sentido.

Alice intentó imaginarlo: Lydia, desorientada y adolorida, tomando la decisión de salir tambaleándose de la casa, subir a su barco y hacerse a la mar en medio del oleaje. Negó con la cabeza, tratando de disipar la imagen que se formaba en su mente, pero se

le pegó como una sanguijuela mientras un miedo creciente empezaba a apoderarse de ella. No quería creer que Aiden fuera capaz de semejante cosa, pero los detalles de su historia no cuadraban.

Y luego estaba el tiempo. Aiden había dicho que fue a pedir ayuda, a coger vendas y a llamar por ayuda. Pero, ¿cuánto pudo haber tardado? ¿Un minuto? ¿Dos? ¿Habría tenido Lydia tiempo suficiente para desaparecer sin dejar rastro?

La respiración de Alice se detuvo por un instante cuando otra posibilidad se le insinuó en la mente, no invitada y no deseada.

Las manos le temblaron al alejarse del vidrio, la habitación de pronto más fría, más oscura. El aire se espesaba con un peso casi asfixiante. Alice intentó apartar el pensamiento, pero el miedo creciente era implacable. Pensó en la actitud de Aiden esa mañana: tranquilo en la superficie, pero con una tensión hirviente por debajo. Había parecido tan seguro, tan tajante en que lo dejara pasar.

La mirada de Alice volvió a posarse en los acantilados más allá de la ventana, la memoria del mar encrespado viva en su mente. Casi podía verlo ahora: las olas estrellándose contra las rocas, el yate desvaneciéndose en el horizonte.

El pensamiento le provocó una nueva ola de terror; Alice se abrazó a sí misma, tratando de sofocar los escalofríos que la sacudían. Sentía que estaba al borde de un precipicio, con la verdad colgando justo fuera de su alcance. Si se inclinaba demasiado, caería —¿en qué?, no lo sabía. Pero la alternativa era peor: retroceder, fingir que no había visto las grietas en la historia de Aiden.

Alice se apartó de la vista, los pasos vacilantes mientras se dirigía hacia la puerta. Al adentrarse en el pasillo, aceleró el paso, el corazón retumbándole en el pecho mientras avanzaba hacia la biblioteca.

La habitación no parecía más segura, pero al menos le resultaba familiar. Se dejó caer en uno de los sillones, las manos agarradas a los reposabrazos mientras intentaba controlar la respiración. Pensó en Aiden, en la expresión atormentada con la que contó aquella noche. El peso de la verdad—o la versión retorcida de esta que estuviera oculta—se sentía ahora peligroso.

Alice no quería creerlo; no quería pensar que el hombre con el que se había casado fuera capaz de matar. Pero las semillas de la duda habían sido plantadas, y crecían rápido, sus raíces retorciéndose y enredándose alrededor de su corazón.

Alice se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. Podía enfrentarse a Aiden otra vez, exigir respuestas y arriesgarlo todo. O podía enterrar sus dudas, fingir que no había advertido las incoherencias en su relato y tratar de seguir adelante.

Pero mientras permanecía sentada supo, en lo más hondo, que no podía dejarlo pasar. También sintió la creciente sensación de que ya no buscaba solo respuestas. Estaba luchando por su propia supervivencia.

Se levantó del sillón y se encontró con su reflejo en el cristal. Parecía pálida, hueca, una sombra de sí misma. Fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. El tintineo del vaso contra la encimera resonó con fuerza en la habitación vacía. Miró el agua, su reflejo ondulándose en la superficie, y una oleada de náuseas la recorrió.

«¿Qué hago aquí?», se susurró.

Con el teléfono en la mano, Evermere se alzaba a su alrededor, su vacío amplificando sus pensamientos. Miró la pantalla lo que pareció una eternidad antes de reunir el valor para marcar.

Sonó dos veces antes de que la voz de Beth llegara, cálida y familiar. «¿Alice? ¡Hola, qué bien oírte! ¿Cómo estás?», dijo Beth.

La simple pregunta apretó la garganta de Alice. Tragó con fuerza. «Estoy... estoy bien», dijo, aunque las palabras sonaban huecas. «Solo necesitaba oír tu voz», añadió.

«Alice, ¿qué pasa?», preguntó Beth, su tono cambiando de inmediato. «No suenas a ti misma», añadió.

Alice vaciló, agarrándose al borde de la encimera para sostenerse. «No lo sé, Beth», admitió por fin. «Es que... siento que me estoy deshaciendo. Que estoy atrapada. Esta casa, Aiden, todo..."

La voz de Beth se suavizó. «Oh, Alice. Sabía que algo iba mal. Has sonado rara las últimas veces que hablamos. Dime qué está

pasando», dijo Beth.

«No puedo...», Alice titubeó, las palabras atragantándole en la garganta. No conseguía decirle a su hermana mayor la magnitud potencial de su descubrimiento. «Es difícil explicarlo. Siento que no pertenezco aquí, que me estoy ahogando en una vida que no es la mía», confesó.

Hubo una pausa al otro lado de la línea antes de que Beth hablara de nuevo, su voz resuelta. «Entonces ven aquí. Ven a quedarte con nosotros un tiempo», dijo.

Alice parpadeó, tomada por sorpresa. «Beth, no sé—»

«No hay discusión», dijo Beth con firmeza. «Necesitas un descanso, Alice. Sal de esa casa, aléjate de Aiden y ven a pasar un tiempo con la familia. A los niños les encantaría verte. Te hará bien».

«No quiero ser una carga», murmuró Alice, «tú ya tienes tanto encima—»

«No seas ridícula», interrumpió Beth. «Eres mi hermana. Nunca serías una carga. Además, te echamos de menos. Hace siglos que no pasas tiempo con los niños. Han estado preguntando por ti, especialmente desde que ven tu cara en los periódicos».

Alice cerró los ojos; una oleada de emoción la invadió. La idea de escapar, aunque fuera por un rato, le pareció un salvavidas. «De acuerdo», dijo al fin, «iré».

«Bien», dijo Beth, con alivio en la voz. «¿Cuándo?»

«Lo arreglaré», dijo Alice. «Te avisaré en cuanto pueda».

«Perfecto», dijo Beth. «Y, Alice, estás haciendo lo correcto. A veces conviene alejarse y despejar la cabeza».

Alice asintió, aunque Beth no podía verla. «Gracias», dijo en voz baja. «Realmente necesitaba oír eso».

Hablaron unos minutos más; las noticias alegres de Beth sobre sus hijos y la vida cotidiana fueron una distracción bienvenida.

No sabía cómo se lo explicaría a Aiden, pero no le importaba. Tenía que marcharse, escapar del agarre de la casa y del pasado. Por primera vez en semanas, sintió un destello de esperanza.

33

Alice estaba junto al armario, doblando la ropa con meticulosidad y colocándola en la maleta abierta sobre la cama. El suave sonido de las telas al rozarse era el único ruido en la habitación, pero incluso ese sonido parecía extraordinariamente fuerte en el silencio de la casa. La tensión que la había perseguido durante semanas se sentía diferente hoy: más aguda, más urgente.

Se detuvo, con un jersey entre las manos, y dirigió la mirada hacia la puerta. La inquietud que no lograba apartar la había seguido toda la mañana.

El ruido más leve la paralizó. Se le clavó la respiración en la garganta, las manos se le apretaron alrededor del jersey mientras giraba despacio.

«Hola, Alice.»

Ian estaba en medio de su dormitorio, con la postura relajada y las manos metidas en los bolsillos. Verle allí —tan inesperado, tan fuera de lugar— le clavó un latigazo de miedo en el pecho. Dio un paso atrás, con el corazón desbocado.

«¿Qué—qué haces aquí?», balbuceó, su voz temblando.

Ian sonrió, una expresión lenta y calculada que no llegaba a sus ojos. «Digamos que tengo mis métodos.»

«Eso no es una respuesta», dijo Alice, con la voz ahora más firme aunque las manos le temblaban. «La alarma—¿cómo has

pasado la alarma?»,

Él se encogió de hombros, acercándose un paso. «Te sorprendería lo fácil que es franquear incluso los sistemas de seguridad más sofisticados cuando sabes cómo.»

A Alice se le apretó la garganta mientras su mente aceleraba. La alarma había estado silenciosa toda la mañana. Se sintió expuesta, vulnerable de una manera que le hacía poner la piel de gallina.

«Tienes que irte», dijo, alzando la voz mientras intentaba imponer autoridad. «Ahora mismo. Aiden va a—»,

«Aiden», interrumpió Ian, su tono tornándose frío, «es precisamente por lo que estoy aquí.»

A Alice se le encogió la respiración. «¿Qué quieres?»,

Ian dio otro paso, y la sonrisa se desvaneció. «Tu marido y yo tuvimos una pequeña charla recientemente. Ha estado haciendo amenazas muy poco sensatas.»

Alice frunció el ceño, la confusión y el miedo mezclándose en su pecho. «¿De qué hablas?»,

«Aiden y yo tenemos un acuerdo», dijo Ian con suavidad, estrechando los ojos. «O, más bien, lo teníamos. Se suponía que iba a respaldar mi nuevo proyecto —una asociación mutuamente beneficiosa. Pero luego decidió ponerse… difícil. Amenazó con retirarse, cortar mi financiación por completo.»

A Alice se le removió el estómago. Pensó en el artículo que había leído sobre la nueva empresa de Ian, la cifra astronómica de financiación que necesitaba, y en la irritación de Aiden cuando ella lo había mencionado. «¿Por qué haría eso?», preguntó con cautela.

«Porque tu marido tiene la costumbre de pasarse de la raya», dijo Ian, su voz cargada de desprecio. «Cree que puede controlar todo, a todo el mundo. Pero yo no me dejo intimidar tan fácilmente.»

Las piernas de Alice se sintieron débiles y se apoyó contra la cómoda para no caer. «¿Qué quieres de mí?»,

La expresión de Ian se suavizó un poco, pero no había bondad en ella. Solo cálculo. «Estás en una posición única, Alice», dijo con tono casi conversador. «Puedes hablar con él, razonar. Convencerlo para que cumpla sus compromisos.»

Alice negó con la cabeza, la voz temblorosa. «No puedo. No entiendes—»,

«Oh, lo entiendo perfectamente», la interrumpió Ian. «Verás, sé cosas sobre Aiden. Cosas que él no querría que salieran a la luz. Pero no soy irracional. Si él colabora, ambos podremos salir de esto con nuestra reputación intacta. Si no…»,

«No puedo obligar a Aiden a hacer nada», dijo Alice con la voz quebrada. «Me estás pidiendo a la persona equivocada.»

Ian soltó una risa corta, sin humor. «Oh, creo que estoy pidiéndole exactamente a la persona adecuada. Eres su esposa, Alice. Alguien a quien él quiere proteger.»

«¿Proteger?», escupió Alice, su miedo dando paso a la ira. «¿Crees que él me protege? Él es la razón—» Se cortó, apretando los labios para no decir demasiado.

Los ojos de Ian brillaron con interés, la sonrisa volvió a su rostro. «Eso es interesante», dijo. «¿Qué ibas a decir exactamente?»,

«Nada», dijo Alice deprisa, la voz temblando. «Tienes que irte.»

Ian la observó largo rato, su mirada desconcertante. Luego dio un paso atrás, las manos todavía en los bolsillos. «Piensa en lo que te dije, Alice», dijo con la máxima naturalidad. «No querrías que las… indiscreciones de Aiden se hicieran públicas. Eso no sería bueno para ninguno de los dos.»

Se volvió y salió caminando hacia la puerta, deteniéndose en el marco para mirar atrás. «Y, por cierto, quizá deberías revisar esa alarma. Parece un fallo de seguridad bastante serio.»

Alice quedó congelada en el borde de la cama, con la mente a mil. Miró la puerta donde Ian acababa de estar, incapaz de asimilar la audacia de su intrusión. Pero entonces su voz resonó de nuevo, cortando la niebla de sus pensamientos cuando reapareció en la entrada.

«Una última cosa, Alice», dijo, apoyado con despreocupación en el marco, con un tono afilado y deliberado. «Más te vale saber por qué tu marido está tan desesperado por silenciarme.»

A Alice se le aceleró el pulso. «¿De qué hablas?»,

Ian entró otra vez en la habitación, su presencia abrumadora, su confianza engreída retorciéndole el estómago. «Aiden no es solo un

genio de la tecnología o un emprendedor encantador, como seguro habrás notado. También es un hombre que le gusta jugar con fuego cuando le conviene.»

Alice entrecerró los ojos, el miedo en su pecho mezclándose con la rabia. «Si intentas asustarme, no va a funcionar. Di lo que tengas que decir y vete.»

«Oh, esto no va de asustarte», dijo Ian, con la sonrisa burlona profundizándose. «Se trata de que entiendas lo que está en juego —para los dos.»

Se acercó un paso, las manos aún en los bolsillos, y su voz bajó a un tono conspirador. «Lydia lo sabía», dijo, con los ojos reluciendo. «Se enteró de uno de los negocios menos… lícitos de Aiden. Una asociación que no debería haber ocurrido. Algo sobre eludir regulaciones, sobornar a unas cuantas piezas clave para mantenerlo todo en secreto, todo para lanzar uno de sus grandes proyectos.»

A Alice se le quedó la cara pálida. «¿Por qué me lo dices?»,

«Tu marido no es el innovador intachable que finge ser», dijo Ian. «Lydia dio con pruebas —correos electrónicos, registros financieros, todo eso—. Por supuesto, lo aprovechó. Chantajeó a Aiden.»

La cabeza de Alice daba vueltas mientras sus palabras calaban. «¿Lo sabías? ¿Sabías que Lydia lo estaba chantajeando?» preguntó Alice.

«Oh, no solo lo sabía», dijo Ian, y su sonrisa se volvió depredadora. «Me aseguré de hacerme con las mismas pruebas que tenía Lydia. Es sorprendente lo que puede descubrir una pequeña investigación, sobre todo cuando de pronto ya no hay nadie para proteger sus secretos.»

El estómago de Alice se revolvió, sus pensamientos chocando unos contra otros. «Así que por eso lo estás amenazando ahora», dijo, con la voz temblando. «Estás usando la misma palanca que tenía ella.»

«Exacto», dijo Ian, abriendo los brazos como si se presentase a sí mismo como el aprovechado definitivo. «A Aiden siempre le ha preocupado mantener su imagen impoluta, preservar intocable el

nombre Chandler. Pero a mí no me importa arrastrarlo por el fango si no cumple su parte del trato.»

«Eres repugnante», escupió Alice, la voz temblando de rabia. «Eres igual de malo que ella —peor.»

Ian soltó una risita, claramente imperturbable ante su arrebato. «Llámalo como quieras. Yo lo llamo supervivencia. Aiden no es el único que sabe cómo protegerse.»

«¿Y por eso está muerta?» preguntó Alice, la voz temblorosa. «¿Por este asunto?»

Ian alzó una ceja, la expresión inescrutable. «¿No es esa una pregunta para Aiden?»

El peso de sus palabras colgó entre ellos. La implicación era clara. Lydia había sido un lastre, tal como ahora amenazaba con convertirse Ian. Y Aiden… Aiden ya había demostrado de lo que era capaz cuando alguien se interponía en su camino.

Alice miró a Ian, el pecho agitado mientras intentaba asimilar la enormidad de lo que acababa de saber. «¿Qué quieres de mí?» preguntó de nuevo, con la voz apenas un susurro.

«Quiero que le recuerdes a Aiden las consecuencias», dijo Ian, con tono casual, como si hablara de un acuerdo comercial en vez de una amenaza. «Dile que cumpla sus compromisos. Que mantenga la inversión que prometió. Si no…»

«¿Si no qué?» exigió Alice, alzando la voz.

«Si no, el mundo sabrá qué clase de hombre es Aiden Chandler de verdad», dijo Ian con suavidad. «Y créeme, Alice, no será solo su reputación la que quede arruinada. Las consecuencias te destruirán a ti también.»

Alice sintió cómo las paredes de la habitación se cerraban a su alrededor, la respiración corta y superficial. Quería gritar, echarlo, hacerlo desaparecer. Pero se quedó paralizada, inmovilizada por sus palabras y por la verdad aterradora que contenían.

Ian dio un paso hacia la puerta, la sonrisa torcida reapareciendo. «Piénsalo», dijo, con tono casi alegre. «Estoy seguro de que tomarás la decisión correcta.»

Y luego se fue.

Alice se desplomó sobre la cama, las manos temblando mientras se las apoyaba en la cara. La habitación daba vueltas, sus pensamientos convertidos en un torbellino de miedo, rabia y traición.

Aiden había matado a Lydia para protegerse. Y ahora, el mismo secreto que había destruido a su anterior esposa amenazaba con devorar también a Alice.

34

El sonido de la puerta principal al cerrarse sobresaltó a Alice mientras metía otra rebeca en la maleta. Su mente era una bruma de miedo e indecisión. Ni siquiera había oído llegar el coche de Karen. Por un momento se quedó inmóvil, escuchando cómo los pasos resonaban por el pasillo. Cuando la figura conocida de Karen apareció en el umbral, su presencia calma fue a la vez un alivio y un recordatorio molesto de la casa de la que tanto deseaba escapar.

Los ojos agudos de Karen tomaron la escena de inmediato: la maleta a medio hacer, el estado despeinado de la habitación y el rostro pálido de Alice, surcado de lágrimas. Su expresión permaneció inescrutable mientras entraba en la habitación y cerraba la puerta suavemente tras de sí.

«¿A dónde va, señora Chandler?», preguntó Karen, con voz firme.

Alice se dejó caer sobre la cama, su compostura resquebrajándose bajo la mirada vigilante de Karen. «No... no puedo quedarme aquí», dijo Alice, con la voz temblorosa. «Voy a casa de mi hermana. Necesito salir de esta casa, alejarme de todo esto.»

Karen inclinó la cabeza ligeramente, su mirada suavizándose mientras se acercaba. «¿Qué ha pasado?», preguntó con suavidad. «¿Por qué está tan alterada?"

Alice negó con la cabeza, las manos aferradas al borde de la cama. «Ni siquiera sé por dónde empezar», susurró. «Todo se está desmoronando. Aiden, la casa, yo... todo.»

Karen se sentó en la silla frente a ella, entrelazando las manos en el regazo. «Empiece por donde necesite, señora Chandler», dijo. «A veces ayuda simplemente hablarlo.»

Alice vaciló, los pensamientos girando en su cabeza. No podía contárselo todo a Karen—ni lo del embarazo de Lydia, ni la confesión de Aiden.

«Aiden está siendo chantajeado», admitió por fin, con la voz quebrada. «Por Ian. Él—él sabe algo, algo dañino sobre el negocio de Aiden. Y lo está usando en su contra.»

La expresión de Karen no cambió. «Ya veo», dijo con sencillez. «¿Y el señor Chandler tiene motivos para preocuparse? ¿Esta... información es creíble?"

Alice asintió. «Lo es. No conozco todos los detalles, pero es grave, Karen. Muy grave.»

Karen se inclinó un poco hacia adelante, con un tono tranquilo pero inquisitivo. «¿Y usted, señora Chandler? ¿Qué le hace querer marcharse?"

Alice vaciló, las manos retorciéndose en su regazo. «No es solo el chantaje», admitió. «Es Lydia. He descubierto cosas sobre ella—sobre su relación con Aiden y con Ian.»

La mirada de Karen se agudizó, aunque su expresión se mantuvo serena. «¿Qué cosas?"

Alice se mordió el labio, las palabras saliendo antes de que pudiera detenerlas. «Tenía una aventura con Ian. Eso lo cambia todo, Karen», dijo, con lágrimas asomando en los ojos. «Y ahora Ian está usando todo lo que puede para controlar a Aiden. Es como si estuviera atrapada en esta pesadilla. Ya no puedo más.»

Karen se reclinó, las manos apoyadas suavemente en los reposabrazos de la silla. «Ya veo», dijo, con la voz contenida. «No es de extrañar que se sienta desbordada, señora Chandler. Pero huir no solucionará nada.»

Alice alzó la cabeza de golpe, los ojos abiertos de par en par. «¿De qué habla? No me estoy escapando—me estoy protegiendo.

Necesito espacio, Karen. Necesito pensar.»

Los labios de Karen se curvaron en una media sonrisa, aunque sus ojos seguían serios. «¿Y qué pasará mientras usted se vaya?», preguntó. «¿Cree que el señor Carlisle se detendrá? ¿Cree que los recuerdos de esta casa y su historia no la seguirán allá donde vaya?"

«No me importa», dijo Alice. «Solo necesito salir de aquí. Ya no puedo respirar en esta casa. Cada vez que me giro, hay otro recordatorio. El pasado no me deja en paz.»

La sonrisa de Karen se apagó y se inclinó hacia adelante, la mirada penetrante. «Señora Chandler, he visto a muchas mujeres intentar huir de sus problemas, y nunca termina bien. La verdad tiene maneras de alcanzarle, sin importar a dónde vaya. La pregunta es: ¿es usted lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a ella?"

El pecho de Alice se apretó, las lágrimas desbordándose. «No lo sé», susurró. «No sé si puedo.»

Karen se puso en pie, arreglándose la falda mientras miraba a Alice desde arriba. «Es más fuerte de lo que cree», dijo. «Pero nunca lo sabrá si sigue huyendo. Esta casa, esta vida—ahora son suyas, señora Chandler. Tiene que decidir si lucha por ellas o las deja escapar.»

Alice la miró fijamente, la mente a mil. Las palabras de Karen sonaban a desafío, un empujón sutil pero innegable para enfrentarse al caos que la rodeaba.

Karen se dirigió hacia la puerta, deteniéndose con la mano en el marco. «Piense bien lo que desea, señora Chandler», dijo.

Alice permaneció inmóvil, las palabras de Karen resonando en su mente.

El peso de la decisión le parecía capaz de romperla mientras miraba la maleta abierta. Ahora no estaba segura de si irse era la elección correcta.

Karen se quedó un momento; su mirada más penetrante que antes. «Sabe una cosa», comenzó, con un tono casual pero cargado de algo más incisivo, «nunca me cayó bien Ian Carlisle.»

Alice parpadeó, la declaración inesperada sacándola de sus pensamientos. «¿Qué?"

Karen entró en la habitación, cruzándose de brazos. «Nunca confié en él», continuó. «Incluso cuando Lydia vivía, él tenía... demasiada influencia sobre ella. Demasiado control.»

Alice frunció el ceño. «¿En qué sentido?"

Karen vaciló, los labios apretados en una línea fina. «Lydia era una mujer brillante», dijo al fin. «Con empuje, ambiciosa, siempre pensando diez pasos por delante. Pero cuando Ian estaba cerca, cambiaba. Se volvía reservada, cauta, casi sumisa. No era propio de ella.»

El pulso de Alice se aceleró. «¿Está usted diciendo que le tenía miedo?"

Karen inclinó la cabeza, meditando la pregunta. «No sé si era miedo», dijo despacio. «Pero había algo en él—algo que la hacía dudar de sí misma. Tiene una manera de hacer que la gente se sienta impotente mientras actúa como si les hiciera un favor. Lo vi con Lydia más de una vez.»

Alice sintió las piezas del rompecabezas moverse incómodamente en su mente. «¿Aiden era consciente de esto?», preguntó.

Karen vaciló otra vez, luego asintió. «Debió de serlo», dijo. «El señor Chandler no es de los que pasan por alto cosas así, no cuando se trata de Lydia. Pero si lo reconoció o no, no sabría decirlo.»

El pecho de Alice se apretó. «¿Crees que Lydia le quería?», preguntó en voz baja, las palabras atragantándosele casi en la garganta. «Quiero decir, a Ian.»

El rostro de Karen se endureció, y su voz se volvió más fría. «Creo que Lydia era una mujer a la que le gustaba ganar», dijo. «Con Ian no se trataba de amor—era una cuestión de ventaja. Era demasiado lista como para mezclar ambas cosas.»

La habitación quedó sumida en un silencio pesado mientras Alice asimilaba las palabras de Karen. La idea de que Lydia hubiera sido manipulada—o, peor aún, controlada—por Ian solo ahondaba la inquietud. Abrió la boca para hacer otra pregunta, pero antes de que pudiera hablar, la estancia se llenó de un estallido de sonido.

Una voz, cálida y pulida, flotó por el aire, sobresaltando a ambas mujeres.

«…y he de decir que soy la mujer más afortunada del mundo. Aiden y yo tenemos el tipo de matrimonio con el que la mayoría solo sueña. Somos socios en todos los sentidos de la palabra.»

La sangre se le heló a Alice al reconocer la voz. «Lydia», susurró, con los ojos recorriendo la habitación.

Karen se tensó, y su cabeza se volvió de golpe hacia el techo mientras la voz continuaba.

«…es mi sustento, mi mayor apoyo y mi mejor amigo. No puedo imaginar mi vida sin él. Estamos construyendo algo hermoso juntos, algo que durará para siempre.»

Las palabras resonaron por la habitación, claras e imperturbables, como si la propia Lydia estuviera allí pronunciándolas en persona. A Alice se le apretó el pecho, y la respiración le vino corta y superficial.

«¡Apágalo!», gritó Alice, con la voz quebrada. Retrocedió tambaleándose hasta la cama, llevándose las manos a los oídos como para bloquear el sonido. «¡Karen, encuéntralo y apágalo!»

Karen, normalmente tan comedida, parecía por primera vez inquieta. Giró sobre sus talones, escudriñando la habitación con ojos agudos. «Viene por los altavoces», dijo, con la voz tensa. «Debe estar conectada al sistema de sonido de la casa.»

«¡Pues quítala!», exclamó Alice; su voz cruda de pánico. «No puedo—no puedo escuchar esto.»

Karen se movió con rapidez, sus pasos resonando mientras salía de la habitación en busca de los controles. Pero la voz continuó, implacable y fantasmagórica.

«…y cuando miro a Aiden veo todo lo que siempre he querido. Todo lo que jamás podría necesitar. Él es mi para siempre.»

Alice se agarró al pecho, las lágrimas recorriéndole la cara mientras las palabras la atravesaban como un cuchillo. La imagen de Lydia sonriendo, diciendo aquellas cosas ante el mundo, yuxtapuesta con lo que de verdad le había ocurrido, hizo que Alice sintiera que se estaba ahogando en un mar de mentiras.

Karen regresó unos instantes después; su expresión era sombría. «El sistema está bloqueado», dijo con voz contenida. «Estoy intentando anularlo, pero me llevará un minuto.»

«¿Por qué está pasando esto?», susurró Alice, su voz temblando. «¿Por qué?»

Karen no respondió, concentrada en la tablet que tenía entre las manos mientras trabajaba para detener la grabación. Pero la voz persistió, implacable.

«…creo en el amor, en la confianza y en construir una vida juntos que merezca la pena recordar.»

Finalmente, la voz se cortó, dejando tras de sí un silencio denso. Karen exhaló con fuerza y dejó la tablet sobre la cómoda.

«Está apagado», dijo, con tono seco. «No sé cómo ha empezado, pero no volverá a suceder.»

Alice se desplomó en la cama, con las manos temblando mientras se limpiaba el rostro surcado de lágrimas. «Es como si ella estuviera en todas partes», susurró, con la voz temblorosa. «Incluso ahora, sigue aquí. No puedo escapar de ella.»

Karen se puso junto a ella, con el rostro impenetrable. «Sra. Chandler», dijo despacio, con la voz firme pero llena de aviso. «Evermere guarda muchos recuerdos, y no todos son amables. Pero dejar que te devoren no te ayudará.»

Alice la miró fija, con el corazón latiéndole con fuerza. «¿Qué se supone que debo hacer?», susurró. «¿Cómo se vive con esto?»

La mirada de Karen no titubeó. «Lo enfrentas», dijo con firmeza. «Lo enfrentas de frente. Huir no lo hará desaparecer.»

Pero cuando Karen se dio la vuelta y salió de la habitación, sus palabras flotando en el aire, Alice no pudo quitarse la sensación de que la voz de Lydia había sido algo más que una cruel coincidencia. Había sido una advertencia—un recordatorio de que la verdad, por muy profundamente enterrada que esté, siempre encuentra la manera de salir a la superficie. Fuente:

35

Alice se sentó en el borde de la cama. La maleta abierta, pero sin tocar. La ropa que había metido a prisa unas horas antes ahora parecía fuera de lugar, un plan a medio hacer que ya no pensaba seguir. Miró fijamente el teléfono; el último mensaje de Beth brillaba en la pantalla:

Estaremos listas cuando tú quieras. Ven, Alice. Lo necesitas.

Había pensado marcharse, huir de la casa y de todos sus secretos. Pero escapar no arreglaría nada. La sombra de Lydia no desaparecería. La verdad se quedaría, acechando en los rincones de su mente, hasta que ella la afrontara de frente.

*No voy a ir,*escribió por fin, las palabras sintiéndose a la vez pesadas y liberadoras.*Necesito quedarme y arreglar esto. Llamaré pronto. Te quiero.*

Presionó enviar y arrojó el teléfono sobre la cama. Su mirada se fue a la ventana, donde los acantilados y el océano más allá se alzaban oscuros y amenazantes. La casa seguía cargada con la presencia de Lydia, pero el miedo de Alice había cambiado de matiz. Ya no se trataba solo de sobrevivir. Era algo más.

El barco. El cuerpo. La verdad.

El pensamiento se asentó sobre Alice como una certeza fría e inamovible. La muerte de Lydia había quedado enterrada entre mentiras, su desaparición un misterio sin respuesta. Si Alice quería

paz—si quería seguir adelante—tenía que encontrar el barco de Lydia. Tenía que encontrar su cuerpo. Solo entonces Lydia podría ser realmente libre, y solo entonces Alice podría escapar de su fantasma.

Sus manos temblaron ligeramente mientras marcaba el número de David. Él respondió al segundo tono, su voz calma y familiar.

«Sra. Chandler», dijo él. «¿Todo bien?»

«Necesito tu ayuda, David», dijo Alice, sin andarse con rodeos. Su voz estaba serena, aunque el corazón le latía con fuerza. «¿Puedes venir a la casa? Necesito hablar contigo en persona.»

David vaciló, y casi pudo oírse el ruido de su mente trabajando al otro lado de la línea. «Por supuesto», dijo después de un momento. «Estaré ahí en breve.»

«Gracias», dijo Alice en voz baja antes de colgar.

Se puso en pie y se acercó a la ventana, consumida por la misma energía inquieta que había sentido la noche anterior, como si el propio océano la llamara, urgiéndola a seguir.

David llegó algo más de una hora después. Su pickup crujió sobre la grava del camino de entrada, el sonido arrastrándose por la quietud de la casa. Alice lo observó desde la ventana mientras él bajaba, su figura recia moviéndose con la confianza tranquila que siempre le había resultado reconfortante. Se comportaba como un hombre que lo había visto todo y lo guardaba para sí—una cualidad en la que ahora confiaba.

Cuando abrió la puerta, los ojos agudos de David repasaron su rostro de inmediato. «Parece que has pasado por el infierno», dijo sin rodeos.

Mientras David estaba allí, con su presencia firme y estable, algo en él seguía inquietándola.

«David», dijo ella, su voz temblando apenas mientras señalaba el salón. «¿Podemos sentarnos? Necesito… necesito hablar esto.»

Él asintió y la siguió hasta la sala donde ella se hundió en la esquina del sofá. David se quedó de pie un momento, mirándola, antes de sentarse en el sillón frente a ella.

«Siento que me estoy volviendo loca», admitió Alice, la voz casi un susurro. Sus manos se entrelazaban en el regazo. Los nudillos, blancos. «Cada día es peor. Las cartas, la sensación de la casa—es como si me vigilaran constantemente. Y Aiden—» Se detuvo, la voz quebrándose.

David se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. «¿Aiden qué?» preguntó con suavidad, la voz serena pero cargada de preocupación.

Alice vaciló; las palabras pesaban en la lengua. «No sé si puedo confiar en él. Me oculta cosas, David. No creo que me diga todo. Ya no sé en qué creer. Y está Ian», mordió su labio, «no sé en quién confiar.»

David frunció el ceño, su expresión tensándose. «Ian es una víbora», dijo, en voz baja. «Nunca me gustó cómo actuaba. Siempre rodeando a la gente, buscando palancas. Si tiene algo sobre Aiden, si él es el problema…» Negó con la cabeza, los labios apretados en una línea fina. «Tienes razón en desconfiar de él.»

Alice asintió, pero el corazón le golpeaba con fuerza. «No es solo él. Es todo este lugar. Todo aquí se siente… mal. Tengo miedo, David. Miedo de lo que encontraré si sigo escarbando, pero aún más miedo de lo que pasará si no lo hago. Creo que mi vida corre peligro. Y mi cordura—» Se interrumpió, la voz rompiéndose. «Estoy colgada de un hilo.»

La mirada de David se suavizó y se echó ligeramente hacia atrás en la silla. «No estás loca, Alice», dijo con firmeza. «He visto lo que este lugar le hace a la gente. Lydia… tenía una manera de retorcer las cosas, de hacer dudar a la gente de sí misma. Era buena en eso, demasiado buena. Y las personas que la rodeaban—gente como Ian—se alimentaban de ese caos. Quizá no sea solo la casa, Alice. Quizá sean las personas que han construido sus vidas aquí.»

Alice tragó con fuerza, los ojos llenos de lágrimas. «Pero Lydia se fue. Está muerta—o al menos así debería ser. ¿Cómo sigue controlándolo todo? ¿Cómo me sigue controlando a mí?»

El rostro de David se ensombreció, un destello de algo inescrutable pasando por su expresión. «Porque nunca se fue del todo», dijo en voz baja. «No en el sentido que crees.»

«¿Qué quieres decir?» preguntó Alice, con la voz temblorosa.

David exhaló con fuerza, la mirada bajando al suelo. «Lydia tenía la habilidad de dejar fragmentos de sí misma por todas partes. No solo en esta casa, sino en las personas que tocó. Lo que les hizo a Aiden, a Ian, incluso a mí… no simplemente desapareció. Se aseguró de eso.»

La habitación pareció cerrarse alrededor de Alice. «¿Qué te hizo a ti?» preguntó, la voz apenas un susurro.

David vaciló, sus manos se apretaron en puños antes de relajarse de nuevo. «Me hizo cuestionarme», dijo por fin. «Me hizo preguntarme si era parte de sus juegos, si no era más que otra pieza para ella. Vi cosas, Alice. Cosas que no encajaban, cosas que no debía notar. Y cuando lo hice, se aseguró de que guardara silencio.»

El corazón de Alice latía con fuerza. «¿Qué cosas, David? ¿Qué viste?»

David la miró, la mirada afilada y penetrante. «Cosas que arruinarían a la gente si salieran a la luz. Lydia era lista—no se limitaba a guardar secretos. Los entretejía en su vida, en sus relaciones.»

Alice lo miró fijamente, el peso de sus palabras posándose sobre ella como una manta de plomo. «¿Quieres decir que te chantajeaba?»

David no respondió de inmediato, su silencio decía mucho. «Digamos que Lydia sabía cómo mantener a las personas bajo control», dijo por fin. «Y si quería algo, lo conseguía. No importaba el precio.»

Alice se estremeció, abrazándose a sí misma. «Parece que sigue aquí. Como si aún moviera los hilos.»

David se inclinó hacia adelante de nuevo, su voz baja y urgente. «Entonces tienes que decidir, Alice. ¿Vas a tomar el control de esto?»

Alice parpadeó, su respiración se cortó mientras le buscaba en el rostro. Había algo en sus ojos—algo que la hizo vacilar. Por un instante se preguntó si realmente intentaba ayudarla o si formaba parte de la red que Lydia había dejado atrás.

«No sé en quién confiar», admitió, con la voz quebrada. «Ni en Aiden, ni en Ian, ni en esta casa. Y quiero confiar en ti, David, pero no sé si puedo.»

La expresión de David no cambió, pero sus ojos se ablandaron ligeramente. «No te culpo por eso», dijo en voz baja. «Yo me sentiría igual en tu lugar. Pero si quieres mi consejo, Alice… confía en ti. Confía en tus instintos. Te guiarán mejor que nadie.»

Alice asintió despacio, aunque su inquietud persistía, y dijo, «En ese caso tengo una idea, pero voy a necesitar tu ayuda.»

David escuchó pacientemente mientras ella explicaba y, después, se puso en pie; sus movimientos eran deliberados y tranquilos, y le ofreció la mano.

«Puedes hacerlo», dijo él. «Si hay algo ahí fuera, lo encontraremos. Juntos.»

Alice vaciló. Algo en él la inquietaba, pero no podía hacer esto sola. Ya no.

Alice no lograba quitarse la sensación de que caminaba hacia una trampa. Si era una que Lydia había tendido o una en la que David la estaba llevando, no lo sabía. Pero había algo seguro: la verdad la esperaba, y no la iba a dejar marchar sin luchar.

36 FUENTE:

Alice se sentó en el escritorio de la oficina de Aiden, el resplandor de la pantalla del ordenador iluminando su expresión resuelta. Sus manos flotaban sobre el teclado, firmes ahora donde antes habían temblado. Evermere guardaba silencio, salvo por el tenue zumbido del sistema de calefacción, pero Alice se sentía cualquier cosa menos sola. Por primera vez en semanas, recuperaba el control y su propósito estaba claro.

En los días transcurridos desde su conversación con David, había pasado horas desmenuzando los hilos de información que había reunido en secreto. El negocio turbio de Aiden, las maniobras de Ian y las migas de pan que Lydia había dejado en su vida cuidadosamente construida—todo conducía a una verdad innegable: Ian Carlisle tenía secretos propios, y era hora de sacarlos a la luz.

Su plan tomó forma a altas horas de la noche, alimentado por partes iguales de miedo y determinación. Ian la había subestimado, suponiendo que ella era la esposa ornamental de Aiden, demasiado frágil y naïf para representar una amenaza. No sabía que Alice había estado observando, escuchando y aprendiendo. Y desde luego, no tenía idea de que ella no pensaba jugar según sus reglas.

Alice escudriñó todo lo que pudo sobre Ian: registros públicos, estados financieros e incluso rumores en foros oscuros que insinuaban sus negocios menos legales. Pero no fue hasta que dio

con un archivo cifrado enterrado en los archivos de Aiden—un vestigio del rastro digital de Lydia—que encontró su prueba concluyente.

El archivo contenía una serie de correos electrónicos entre Ian y varias cuentas offshore, detallando esquemas de blanqueo de dinero, acuerdos bajo la mesa y sobornos que harían sonrojar al criminal más avezado. Alice no sabía cómo Lydia había conseguido ese material, pero agradecía que así fuera. Era suficiente para hundir a Ian sin implicar a Aiden—si jugaba bien sus cartas.

Ahora, mientras tecleaba los detalles finales de su aviso anónimo al contacto de prensa que había encontrado en línea, Alice sintió una oleada de adrenalina. Se cuidó de suprimir cualquier mención a Aiden o a su empresa, para que el foco recayera exclusivamente en Ian. El aviso era preciso, detallado y lo bastante demoledor como para desencadenar una investigación a gran escala. Pero no se detuvo ahí.

Alice incluyó pistas seleccionadas sobre el patrón de manipulación de Ian—cómo usaba el miedo y la palanca para controlar a quienes le rodeaban. Pintó la imagen de un hombre que había trepado hacia la cima pisando a otros, y se aseguró de que la historia tuviera mordiente.

Cuando estuvo satisfecha, Alice se reclinó en la silla, mirando la pantalla un momento. Su dedo se mantuvo sobre el botón de enviar, una rémora de duda colándose en su mente. Pero entonces pensó en Lydia, en las mentiras y la manipulación que envolvieron su vida y su muerte. Pensó en la sonrisa arrogante de Ian, en sus amenazas veladas y en la manera en que había intentado convertirla en otra ficha de su juego.

Con una respiración honda, Alice pulsó enviar.

Se echó hacia atrás en la silla, el pulso acelerado mientras la pantalla confirmaba que el mensaje había sido enviado. La habitación le pareció extrañamente inmóvil, como si la casa misma contuviera la respiración. Exhaló despacio, tratando de calmar la adrenalina que le recorría las venas. El resplandor del monitor se atenuó ligeramente y, por un instante, se permitió imaginar lo que sería liberarse de la sombra de Ian.

~

Las consecuencias fueron rápidas.

El primer artículo apareció en menos de veinticuatro horas, con un titular rotundo y demoledor:

«Ian Carlisle bajo fuego: salen a la luz acusaciones de corrupción y fraude.»

En cuestión de horas la noticia se propagó como la pólvora. Medios de comunicación profundizaron en la red de engaños que Ian había tejido. Excolaboradores salieron a la luz con sus propias historias, envalentonados por el repentino escrutinio. Incluso aquellos que habían sido leales empezaron a distanciarse, percibiendo que la marea giraba.

Alice lo observó todo desde la comodidad de la finca, con el portátil abierto mientras sorbía su té. Por primera vez en semanas sintió calma. El imperio de Ian se desmoronaba, su reputación en pañales y sus amenazas neutralizadas.

Aiden, que había estado fuera por trabajo, la llamó en pánico cuando estalló la noticia. «¿Has visto esto?», preguntó Aiden, con la voz tensa. «Ian está acabado. Esto podría destruirlo todo.»

«No lo hará», dijo Alice con calma. «La historia no te salpica a ti ni a la empresa. Ian hizo su cama—ahora tiene que acostarse en ella.»

Aiden vaciló. Su silencio, cargado de preguntas no formuladas. «¿Cómo lo sabes?» preguntó al fin.

Alice sonrió. Su tono firme pero sereno. «Porque yo me encargué», dijo Alice.

Aquella noche, Alice se sentó en el invernadero, mirando los acantilados mientras los últimos rayos de sol se hundían bajo el horizonte. El océano estaba en calma y, por primera vez en semanas, la casa parecía reposada—no densa ni asfixiante, sino en paz.

Sabía que esto no era el final. Quedaban preguntas. Pero por ahora, había ganado. Había maniobrado a Ian, protegido la

reputación de Aiden y recuperado parte del poder que le habían arrebatado.

Cuando las primeras estrellas empezaron a puntear el terciopelo nocturno, Alice se recostó en la silla. Notó un cambio en su interior—una resolución silenciosa que se asentaba, sólida e inquebrantable.

Por primera vez en semanas, Alice sintió que tenía rumbo y propósito. El imperio de Ian se estaba desenmarañando y ella había tenido parte en ello. El pensamiento le dio fuerza, le recordó que no era impotente. Ya no.

Su teléfono vibró sobre la mesa junto a ella, rompiendo el silencio. Lo cogió y vio el nombre de David parpadear en la pantalla. Tomando una respiración que la anclara, respondió.

«¿David?», dijo Alice, con la voz tranquila pero teñida de expectación.

«Tengo todo lo que necesitamos», dijo David, su tono confiado pero matizado por la seriedad de la tarea que tenían por delante. «Coordenadas, mareas, últimos avistamientos conocidos—todo. Todo apunta a una zona concreta, a unas treinta millas mar adentro. Ahí es donde probablemente acabó el barco de Lydia.»

El corazón de Alice dio un vuelco. «¿Cómo lo encontraste?», preguntó, agarrando el móvil con fuerza. «Creía que las autoridades habían registrado todas las zonas y no habían dado con nada.»

David se permitió una risa sofocada, un sonido que dejaba entrever cierto orgullo. «Buscaron, pero no tenían los recursos que usted tiene, Sra. Chandler. Con suficiente dinero y las conexiones adecuadas…»

Alice tragó saliva, la magnitud de lo que estaban a punto de hacer hundiéndose en ella. «¿Y estás seguro? ¿No es esto otro callejón sin salida?»

«Lo más seguro que puedo estar», respondió David. «Las corrientes en esa zona son traicioneras, y las condiciones aquella noche habrían arrastrado el barco más lejos de lo que estimó la policía. Si el pecio está ahí, no será fácil de encontrar.»

Alice miró hacia el mar. «¿Cuál es el plan?» Su voz era baja pero resuelta.

«Encuéntrate conmigo en el puerto mañana por la mañana», dijo David. «He fletado un barco y preparado el equipo que necesitaremos. Si el yate está ahí abajo, lo encontraremos.»

Alice exhaló, apretando más el móvil contra la palma. «Gracias, David. Por todo.»

La voz de David se suavizó. «No hace falta que me lo agradezca, Sra. Chandler. Solo prepárese. Va a ser un día largo.»

Alice colgó, dejó el teléfono y se quedó sentada en la quietud hasta que el sonido más tenue llamó su atención. Tan leve que casi lo desestima. Giró la cabeza, los ojos recorriendo la estancia con poca luz, pero no vio nada fuera de lugar.

Alice no conseguía desprenderse de la inquietante sensación de que algo o alguien la observaba constantemente.

Un ruido amortiguado resonó en algún lugar del pasillo. Alice se tensó, sus sentidos afilándose al instante. Giró la cabeza hacia el sonido, la respiración clavándosele en la garganta. La casa, que hacía un momento le había parecido tan silenciosa y vacía, ahora parecía viva con movimientos invisibles.

Empujó la silla hacia atrás despacio, las ruedas deslizándose sobre la alfombra. Al ponerse en pie, Alice se dirigió a la puerta del despacho de Aiden, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera. Asomó la cabeza al pasillo poco iluminado, el pulso martilleándole en los oídos.

«¿Aiden?», llamó en voz baja, apenas un susurro.

No hubo respuesta.

La mano de Alice se tensó en el marco de la puerta. No era propio de Aiden deambular por la casa a esas horas, y Karen estaba fuera. La idea de que Ian se hubiera colado en la casa otra vez, con esa expresión de suficiencia que se volvía más oscura, le recorrió la espalda como un escalofrío.

Reuniendo fuerzas, Alice salió al pasillo. El tenue resplandor del despacho proyectaba su sombra larga sobre las paredes, y se sorprendió a sí misma mirando por encima del hombro cada pocos pasos. Evermere vibraba con una energía baja, casi tangible.

Al llegar a la escalera se detuvo a escuchar. El sonido se repitió—un movimiento rítmico y leve, como pasos arriba, en el piso de

arriba. Era demasiado deliberado para ser la casa asentándose. Alguien estaba allí.

El corazón de Alice se aceleró al bajar las escaleras; cada peldaño lo hizo con cuidado y deliberación. Se volvió hacia el salón, donde el parpadeo de la chimenea proyectaba imágenes danzantes en las paredes. Sus ojos repasaron la estancia en busca de cualquier signo de movimiento, pero la habitación estaba vacía.

Avanzó hacia la puerta trasera, la mano rozando el cerrojo. Estaba cerrada, al igual que las ventanas que comprobó una por una. Aun así, la sensación de ser observada le erizaba la nuca.

Un ruido repentino detrás de ella—un golpe seco—la hizo brincar. Alice se dio la vuelta de inmediato, la respiración entrecortada. El sonido venía de la puerta principal. Por un instante se quedó paralizada, su cuerpo negándose a moverse. Después, con manos temblorosas, se acercó a la puerta y miró por la mirilla.

No había nadie.

La mano le vaciló sobre el pomo, sus instintos gritándole que se encerrara en el dormitorio y esperara hasta la mañana. Pero el tirón de la curiosidad—o la temeridad—fue más fuerte. Lentamente, giró la llave y abrió la puerta un poquito, el aire frío de la noche rozándole la cara.

El porche estaba vacío.

Alice salió, el frío clavándosele en la piel. Barría con la vista la entrada y los límites de la finca, el débil resplandor de las luces del jardín apenas iluminando las sombras densas. El viento aullaba, moviendo los árboles al borde de la propiedad, pero no había rastro de nadie.

Cuando se volvió hacia la puerta, algo llamó su atención—un pequeño papel doblado metido bajo el felpudo. Se agachó, las manos temblando al recogerlo. El papel estaba húmedo y frío en sus dedos, la tinta corría pero se leía.

¿De verdad pensaste que sería tan fácil?

A Alice se le cortó la respiración, el corazón golpeándole el pecho. Se quedó mirando la nota, la mente en ebullición. La amenaza era clara y estaba dirigida directamente a ella. Quienquiera

que la hubiera dejado sabía exactamente lo que había planeado—y la estaban vigilando.

Retrocedió tambaleándose hacia la casa, cerró la puerta de un portazo y echó el cerrojo. Las manos le temblaban tanto que le costó girar la cerradura. Necesitaba ayuda, pero ¿en quién podía confiar? David—pese a sus garantías—era un enigma que no terminaba de comprender.

Los ojos de Alice se dirigieron a la escalera, los instintos gritándole que se refugiara en la relativa seguridad de su habitación. Pero algo la detuvo—un parpadeo de movimiento fuera de la ventana. Se giró de pronto, la respiración clavándosele en la garganta.

Por un instante creyó ver una figura en el borde del jardín, justo más allá del resplandor de las luces. Pero cuando parpadeó, ya había desaparecido.

La habitación pareció inclinarse a su alrededor, la vista le daba vueltas. El miedo la invadía por completo, pero bajo él había otra cosa—una chispa de desafío. Había avanzado demasiado como para echarse atrás ahora. Quienquiera que la vigilara, quien creyera que podía asustarla, no se daba cuenta de que ya no era la misma mujer de hace semanas.

Apretando la nota con fuerza, Alice respiró hondo y regresó al despacho de Aiden. Se sentó en el escritorio, las manos aún temblando, pero su resolución se endurecía. Abrió el portátil; el resplandor de la pantalla iluminó su rostro decidido.

Si quienquiera que fuese quería pelea, la iba a tener.

37

Aiden empujó la puerta principal. La casa le pareció más fría de lo habitual; su silencio resultaba inquietante. Normalmente alguien habría aparecido ya, pero el vestíbulo seguía vacío y no se oía ningún ruido en el resto de la casa.

«¿Alice?», llamó, su voz rebotando contra los techos altos. Solo el silencio le respondió.

Frunció el ceño, dejó el maletín y se aflojó la corbata. El viaje de vuelta había sido largo y lo único que deseaba era un whisky fuerte y unos minutos para recomponerse. Pero la desolación de la casa le estaba insinuando que algo no iba bien.

Aiden registró la cocina, el salón y el solárium. Todo estaba impoluto, intacto, como si lo hubieran congelado en el tiempo. El único signo de vida era un leve rastro del perfume de Alice flotando en el aire.

Sacó el teléfono y marcó el número de Karen, pero dio directamente con el buzón de voz. Lo mismo ocurrió al intentar llamar a Alice. La frustración burbujeó bajo su exterior sereno, mezclándose con una creciente sensación de pavor.

«¿Dónde diablos estarán?», murmuró para sí.

Volvió al salón, se sirvió un whisky y se dejó caer en uno de los sillones de cuero. Miró el líquido ámbar, mientras la mente le hacía

mil conjeturas. Alice había estado distante la última vez que hablaron, pero no había dicho nada de irse a ninguna parte.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el leve sonido de la televisión, que había quedado en silencio. La pantalla mostraba un boletín de última hora; el titular en negrita llamó su atención: *"IAN CARLISLE BAJO FUEGO: SURGEN NUEVOS ESCÁNDALOS."*

Aiden agarró el mando y quitó el silencio a la televisión. La voz de la reportera llenó la estancia, tranquila pero con el peso de una revelación importante.

«…han salido a la luz acusaciones de corrupción generalizada, incluido blanqueo de capitales y operaciones offshore, contra el magnate tecnológico Ian Carlisle. Fuentes indican que la evidencia es sustancial, y expertos legales pronostican que esto podría marcar el fin de la carrera de Carlisle…»

Aiden se inclinó hacia delante; la copa quedó olvidada en la mesita. Un nudo le oprimió el estómago mientras la emisión continuaba, detallando la caída en desgracia de Ian. Las acusaciones eran demoledoras, cada palabra rasgaba el barniz de la imagen cuidadosamente construida de Carlisle. Aiden apretó los reposabrazos del sillón cuando el alcance completo del escándalo se desplegó ante él.

«…fuentes anónimas facilitaron documentación detallada sobre la implicación de Carlisle en diversas actividades ilegales, incluidos sobornos y evasión fiscal. Aunque la identidad del soplón permanece desconocida, los informantes sugieren que la evidencia fue meticulosamente compilada y difícil de rebatir…»

Mientras permanecía en la casa vacía, Aiden no podía quitárselas sensación de que estaba perdiendo el control. Y por primera vez en años, no estaba seguro de cómo recuperarlo.

Aiden dejó el vaso de whisky en la mesa; la garganta se le había quedado seca pese a la bebida. El silencio de la casa se cernía sobre él. El leve eco de sus propios pasos cuando se dirigió al pasillo principal solo avivó su inquietud. Había algo mal, profundamente mal, y no lograba librarse de la sensación de hormigueo en la nuca.

Cuanto más avanzaba por la casa, se detuvo en seco. Una sola foto de Lydia, la que siempre estaba en la consola junto a la

escalera, una de las pocas imágenes suyas que aún quedaban en la casa, estaba boca abajo. Frunció el ceño al acercarse, la mano suspendida sobre el marco. La levantó y se quedó mirando la sonrisa familiar de Lydia: luminosa, serena e inalcanzable.

Colocó la foto en su posición original y siguió hacia la cocina, pero al pasar por el comedor dudó. Otra foto de Lydia, esta en la repisa sobre la chimenea, también estaba boca abajo. El estómago se le revolvió. No era solo una imagen: todas las fotos que quedaban de ella en la casa estaban deliberadamente volteadas.

«¿Karen?», llamó de nuevo, ahora con la voz más alta, el tono delatando la inquietud que le subía por la espalda.

Se la había pedido que regresara, así que ¿dónde estaba?

Aun así, no hubo respuesta. Avanzó por el comedor, los ojos recorriendo la estancia con creciente sospecha. La superficie pulida de la larga mesa relucía bajo la luz tenue, pero fue lo que había en el centro lo que le cortó la respiración: el viejo álbum de fotos de Lydia, el encuadernado en piel que ella cuidaba tanto, estaba abierto, sus páginas al descubierto como si alguien lo hubiera estado huroneando.

Aiden se acercó con cautela, las manos le temblaban levemente cuando cerró el álbum. No necesitaba abrirlo para saber lo que contenía: fotos de sus primeros años juntos, la vida de Lydia cuidadosamente capturada en instantáneas brillantes. Pensar en Alice o en Karen hojeándolo en su ausencia le apretó el pecho.

El ruido de un movimiento arriba le hizo girarse de inmediato, los ojos entrecerrados al fijar la mirada en el techo. Se dirigió hacia la escalera con pasos firmes, el corazón martillándole en el pecho.

Al subir, cada pisada en la escalera parecía amplificarse. Llegó al rellano y se volvió hacia el dormitorio principal, la mano rozándole la pared para sujetarse.

El pasillo estaba oscuro, salvo por un débil resplandor que se escapaba por debajo de la puerta de la habitación de invitados. Frunció el ceño. Esa habitación se usaba rara vez y Alice no había dicho nada al respecto. Se acercó lentamente a la puerta, el pulso acelerado.

La empujó y lo que vio le heló la sangre. Karen estaba en el centro de la habitación, de espaldas a él. En sus manos sostenía otra foto de Lydia, el marco brillando con la luz tenue. La miró durante un instante antes de dejarla deliberadamente boca abajo sobre el tocador. La habitación estaba extrañamente inmóvil, el aire denso con algo que Aiden no supo nombrar.

«Karen», dijo, la voz afilada, cortando el silencio como un cuchillo.

Se giró despacio, la expresión serena pero los ojos inescrutables. «Señor Chandler», dijo, inclinando ligeramente la cabeza como si esperara su presencia. «No la oí entrar.»

«¿Qué estás haciendo?», exigió Aiden al entrar en la habitación, con la mirada oscilando entre ella y la foto boca abajo. «¿Qué está pasando? ¿Con las fotos?»

Las manos de Karen estaban entrelazadas frente a ella, la postura serena a pesar de la acusación en su tono. «La casa se siente... inquieta», dijo con cuidado. «Pensé que podría ayudar a—cambiar la energía.»

La mandíbula de Aiden se tensó. «¿Cambiar la energía?»

La mirada de Karen no vaciló. «No se trata de borrar. Se trata de equilibrio. Los recuerdos de la señora Lydia permanecen aquí, señor Chandler, y son pesados. Sé que usted también lo siente. La señora Chandler, sin duda, lo siente.»

«No tengo tiempo para estas tonterías», replicó Aiden con brusquedad. «¿Dónde está Alice? ¿Y por qué no has contestado al teléfono?»

Karen vaciló una fracción de segundo, ese tipo de pausa que lo decía todo. «Alice necesitaba un poco de espacio», dijo por fin, con la voz serena. «Ha estado... abrumada.»

Los ojos de Aiden se entrecerraron. «¿Dónde está, Karen?»

«No lo sé», admitió Karen, con las manos aún entrelazadas. «Pero pidió que no la molestaran. Está intentando darle sentido a todo.»

Aiden se acercó, la frustración llevándolo al límite. «¿Qué significa exactamente eso? ¿Qué le has estado diciendo mientras yo no estaba?»

La expresión de Karen no cambió, pero bajó la voz, con un tono casi tranquilizador. «Alice está lidiando con muchas cosas, señor Chandler. Está intentando encontrar su sitio en una casa que aún no es del todo suya. Es natural que se sienta perdida.»

Aiden apretó los puños, la tensión en su cuerpo casi insoportable. «Te estás entrometiendo, Karen. No te pago para que te metas en nuestras vidas.»

Karen inclinó la cabeza de nuevo, pero había algo desafiante en su mirada. «Solo quiero lo mejor para este hogar, señor Chandler. Para usted y para Alice.»

Aiden la miró durante un largo instante, el pecho subiéndole y bajándole con el esfuerzo de contener el enfado. Pero cuando estaba a punto de marcharse, la expresión serena de Karen cambió, su mirada se oscureció mientras volvía a coger la foto, sus dedos rozando el rostro de la señora Lydia antes de dejarla de nuevo boca abajo, con precisión deliberada.

Aiden dio un paso atrás, los ojos volviendo a fijarse en la foto sobre la cómoda. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y salió de la habitación, los pasos pesados mientras bajaba las escaleras.

38

Alice se ajustó la bufanda con más fuerza contra el mordisco del frío matinal. El puerto se extendía ante ella, en silencio salvo por el ocasional graznido de las gaviotas y el roce del agua contra los barcos amarrados. No era la escena idílica que había imaginado: nubes grises flotaban bajas, amenazando lluvia, y la humedad del aire parecía filtrarse hasta sus huesos.

Su mirada se fijó en David, que estaba junto a la pasarela de una embarcación azul marino desgastada. Apoyado con naturalidad en la barandilla, su rostro mostraba una expresión neutra, pero la tensión en su postura lo delataba. Alice se detuvo al borde del muelle, con el agua debajo oscura y cambiante. Aquello no era solo otro paso en su búsqueda de respuestas—se sentía como cruzar un umbral del que no podría regresar.

«Alice», llamó David, haciéndole señas para que se acercara. «Vamos, deja que te ayude a subir.»

Ella forzó una sonrisa tenue y tomó su mano tendida al poner un pie en la pasarela. El barco se meció bajo sus pies y ella apretó el brazo de David más de lo que había previsto. Debajo, el agua se agolpaba en ondulaciones turbias, su profundidad imposible de conocer, sus secretos intocables.

«Gracias», murmuró, mirando nerviosa las olas antes de recomponerse. Se ajustó la bufanda; la brisa tiraba de ella como si

intentara arrastrarla hacia atrás.

«No hay de qué», dijo David, en tono ligero. Pero cuando ella alzó la vista, captó el destello de aprensión en sus ojos. Ninguno lo dijo en voz alta, pero ambos sabían que aquella misión no iba solo de encontrar el yate de Lydia.

La embarcación en sí no era lo que Alice había esperado. Donde el yate de Lydia, *The Governess*, había sido todo lujo pulido y opulencia reluciente, este barco era utilitario, diseñado para la resistencia antes que para la belleza. La pintura azul marino estaba desconchada en algunos lugares y la cubierta mostraba las cicatrices de innumerables salidas. No era reconfortante, pero emanaba propósito. Era un barco que hacía el trabajo.

David la presentó a la tripulación mientras se dirigían a la cabina. El capitán Miles, un hombre compacto de piel curtida, la saludó con un apretón de manos firme y una mirada mesurada. Sus ojos, de un azul penetrante, parecieron evaluarla al instante, y Alice sintió alivio de que alguien tan competente estuviera al mando.

«Capitán Miles», dijo con voz áspera al presentarse, su tono cargado de autoridad. «Bienvenida a bordo. Zarparemos en breve. El tiempo nos puede jugar una mala pasada, pero hemos pasado por cosas peores.»

«Gracias», respondió Alice, intentando imitar su compostura.

«Y esta», continuó David, señalando a una mujer sentada frente a una hilera de monitores, «es la doctora Eloise Carter.»

Eloise se volvió; sus rasgos agudos se suavizaron con una sonrisa rápida. Tenía el pelo recogido en una coleta práctica y las gafas apoyadas en la nariz. Daba la impresión de ser alguien que vivía de la precisión, que encontraba consuelo en la lógica clara de los datos.

«¿Alice, verdad?» dijo Eloise poniéndose en pie para estrechar su mano. Su agarre fue firme, su mirada directa. «David me ha dicho que vas a observar. No te preocupes: te mantendremos al tanto. Yo me encargaré del sonar y del ROV. Hay mucha tecnología, pero en cuanto veas cómo funciona, todo empezará a tener sentido.»

Alice miró el conjunto de monitores. Números desfilaban por una pantalla, mientras otra mostraba imágenes de sonar—formas

oscuras delineadas contra un fondo más claro, el fondo del mar representado en relieve fantasmagórico.

Eloise siguió su mirada. «Aquí tendremos nuestra primera visión. El sonar es estupendo para mapear áreas grandes, pero el ROV—ahí encontraremos los detalles. Restos del naufragio, escombros… cualquier cosa que no deba estar ahí.»

Alice asintió, con la garganta apretada. En algún lugar allá abajo, el barco que había llevado a Lydia a su final esperaba bajo las olas, su historia sin concluir.

El capitán Miles apareció en la puerta, sus botas resonando contra la cubierta al acercarse. «Zarparemos en unos minutos», anunció. «Se está formando una tormenta mar adentro. La bordearemos, pero se va a poner dura.»

David se tensó a su lado. «¿Es seguro?» preguntó en voz baja.

Miles le dirigió una mirada larga y medida. «Suficientemente seguro, si confías en el barco y en mí. Pero el mar no perdona las dudas. Si entras, entras.»

Alice dio un paso adelante; su determinación no flaqueaba. «Estamos dentro», dijo con firmeza, su voz cortando la tensión. «Hemos llegado hasta aquí. No vamos a volver atrás ahora.»

David vaciló, mirando entre Alice y el capitán. «Sigo pensando que deberíamos llamar a Aiden. Él debería saber—»

«No», interrumpió Alice, con tono cortante. Se volvió hacia él, con los ojos encendidos por la convicción. «Aiden no necesita saber. Aún no.»

David suspiró, llevándose una mano a la cara. «Está bien. Pero si las cosas se tuercen—»

«No se torcerán», le cortó Alice.

Miles asintió con aprobación. «Bien. Entonces, manos a la obra.»

El motor del barco rugió bajo ellos, la vibración del motor recorriendo la cubierta. Al dejar el puerto atrás, las olas se volvieron más encrespadas y las nubes oscuras en el horizonte se aproximaron. Alice se apoyó en la barandilla; la salpicadura fría del agua le picó las mejillas.

La voz de Eloise se oyó por el intercomunicador de la cabina. «El primer barrido comenzará en unos treinta minutos. Empezaremos

con el sonar y luego desplegaremos el ROV. Va a ser un día largo, así que agárrense.»

Alice apretó con más fuerza la barandilla, su resolución endureciéndose. Las nubes se cernían por delante y el mar parecía susurrar sus secretos justo fuera de su alcance. Conocía los riesgos, pero no podía detenerse ahora. En algún lugar bajo las olas yacía la verdad, esperando a que ella la descubriera.

David se acercó a su lado, con la expresión tensa. «¿De verdad crees que vamos a encontrar algo?» preguntó, en voz baja.

Alice no lo miró. Sus ojos estaban fijos en el horizonte, donde las nubes se unían al agua en una línea oscura e ininterrumpida. «Tenemos que hacerlo», dijo en voz baja.

39

La respiración de Aiden salía en bocanadas ásperas e irregulares mientras tropezaba por el estrecho sendero cubierto de maleza hacia los acantilados. El viento aullaba entre los árboles retorcidos que flanqueaban el camino, tironeando de su abrigo y enredándole el pelo, con sus dedos helados arañando la piel que quedaba al descubierto. Sus zapatos patinaron sobre la grava suelta; la tierra bajo sus pies era desigual y traicionera, pero no aminoró la marcha. No podía.

Evermere, con sus jardines cuidadosamente cultivados y su fachada impoluta, parecía ahora un mundo distante —una cáscara hueca de estabilidad frente al caos que sentía por dentro. Aquí, la tierra era salvaje, indómita y peligrosa. Cada paso pesaba más que el anterior, una carga que se le clavaba con cada pensamiento sobre Alice. Su voz, su presencia, sus silencios —todo resonaba en su memoria, torturándole.

Por fin llegó al borde, y la vista le arrebató el aliento. Los acantilados caían en picado, sus bordes dentados se precipitaban hacia el mar enfurecido que los aguardaba abajo. Las olas eran monstruosas, estrellándose contra las rocas con una fuerza que levantaba columnas de espuma blanca en espiral. El olor a sal y a bruma le llenó las fosas nasales.

Avanzó un paso tentativo, los zapatos rechinando sobre la grava. La caída le revolvió el estómago y, por instinto, se echó hacia atrás, el cuerpo gritándole que se alejara. Pero sus ojos seguían fijos en la escena de abajo. Las rocas sobresalían como dientes afilados, implacables, y las olas se lanzaban sobre ellas una y otra vez con furia incesante.

«¡Alice!», gritó, la voz áspera y desesperada. Se llevó las manos a la boca en forma de cono y volvió a gritar, más fuerte esta vez; el nombre resonó un instante antes de perderse en el rugido interminable del mar.

El pánico se apoderó de él, apretándole el pecho como una tenaza. La mente le disparaba posibilidades, cada una peor que la anterior. Exploró la línea de la costa con la mirada, clavando los ojos en cada sombra y cada grieta, buscando cualquier signo de ella. Un destello blanco entre las rocas le cortó la respiración; el corazón le subió a la garganta. Por un instante horroroso, imaginó su cuerpo roto allí tendido, las extremidades torcidas en ángulos antinaturales, el pelo pegado a su rostro pálido y sin vida.

«No», murmuró, sacudiendo la cabeza con violencia como para desterrar la imagen. Sus manos se cerraron en puños a los lados, las uñas clavándose en las palmas. «No, ella no… ella no haría eso.» Pero el pensamiento no le abandonaba, se enroscaba como una serpiente en su mente, con susurros venenosos que crecían.

Se acercó al borde, las piernas temblándole mientras asomaba la cabeza otra vez. La caída mareaba; el agua turbulenta abajo le recordaba sin tregua lo fácil que era que el mar reclamara una vida. El pulso le retumbaba en los oídos. Cada latido era un metrónomo cruel que contaba los segundos en los que ella podía estar perdida.

«¡Alice!» llamó de nuevo, con la voz desgarrada. Le faltó el aire mientras rebuscaba el móvil, los dedos torpes por el frío y el pánico. Marcó su número, pegándose el teléfono a la oreja mientras sonaba. Y sonaba. Y sonaba.

«Contesta», susurró, la voz temblando. «Por favor, Alice, contesta.»

Pero la llamada fue al buzón de voz, y su saludo grabado, tranquilo, fue como una puñalada en el pecho. Colgó y marcó de

nuevo, moviéndose con frenesí. El mismo resultado. Maldijo entre dientes, la frustración en aumento.

La tormenta arreó con una furia casi consciente, como si el mundo se burlara de su impotencia. Miró al mar, el horizonte oscuro por las nubes arremolinadas, y sintió el peso de su propia insuficiencia hundiéndole. Alice llevaba semanas alejándose de él. Había intentado alcanzarla, pero no había bastado. Él no había sido suficiente.

Las manos le temblaban al pasarlas por el pelo, arrancando mechones con frustración.

Contempló las rocas otra vez, la vista difuminándose cuando las lágrimas le picaron los ojos. La idea de perderla, de perderla de verdad, era insoportable. Era un duelo que amenazaba con devorarle, un agujero negro de culpa y remordimiento del que no podía escapar. Cerró los ojos, los hombros convulsionándole mientras luchaba por recomponerse.

«Alice», susurró, el nombre convertido en plegaria, en súplica. «Vuelve a mí. Por favor.»

Mientras Aiden regresaba hacia la casa, su teléfono vibró con una alerta: el interfono del portón de la finca estaba sonando, un ruido agudo y repentino. Aiden se quedó paralizado. Echó una mirada hacia los acantilados, con un nudo retorciéndose en el estómago. El interfono volvió a zumbar, más fuerte, insistente.

Un alivio fugaz afloró, pronto sustituido por el miedo. Echó a trotar hacia la casa, la inquietud convirtiéndose en algo más oscuro.

Cuando llegó a los controles del interfono dentro de la casa, las manos le temblaban. Pulsó el botón y se inclinó sobre el altavoz. «¿Quién es?» La voz le salió tensa, esforzándose por sonar serena.

«Soy Ian», respondió, cortante y afilada. «Abre los portones, Aiden.»

Aiden vaciló, la mano suspendida sobre el control. La mente le dio vuelta a los acontecimientos de la semana pasada: los documentos filtrados, los titulares demoledores. Sabía que aquel momento era inevitable.

«¿Qué quieres, Ian?» preguntó, intentando ganar tiempo.

«¿Qué quiero?» La risa de Ian crackeó por el interfono, baja y peligrosa. «Quiero hablar. Contigo. Ahora.»

«No estoy seguro de que sea el—»

«Déjate de tonterías, Aiden», espetó Ian, la voz alzándose con furia apenas contenida. «No estoy aquí para intercambiar cortesías. Abre ese maldito portón, o lo derribo.»

Aiden apretó el botón a regañadientes, liberando el cierre. Desde la ventana vio deslizarse por la entrada un coche plateado y elegante, las lunas tintadas brillando siniestramente bajo el cielo encharcado. Sintió la tensión cerrarse a su alrededor como una soga.

El coche se detuvo en seco, y la puerta se abrió de golpe. Ian salió, el abrigo a medida ondeando con el viento. Era, en todos los sentidos, un hombre acostumbrado a tener el control, pero su expresión era torva y la mandíbula le estaba apretada como granito.

Aiden tragó saliva mientras Ian avanzaba hacia él a grandes zancadas, sus zapatos lustrados crujiendo sobre la grava.

«Tienes cara», dijo Ian, su voz baja y venenosa mientras se detenía a centímetros de Aiden. «¿Filtraste esos documentos? ¿Alimentaste a la prensa? ¿Creías que no me daría cuenta?»

Aiden levantó las manos en actitud defensiva. «Yo no—»

«¡No me mientas!», dijo Ian, su voz se quebró como un latigazo, tensa por la ira cruda. «¿Tienes idea de lo que has hecho? ¿Cuántos años de trabajo, de confianza, has destruido? ¡Me has dejado desangrar a la vista de todos!»

Aiden dio un paso atrás, la mente buscando a tientas una respuesta. «No filtré nada, Ian», dijo.

Los ojos de Ian se entrecerraron, fríos y calculadores. «Esta semana me han dejado la vida patas arriba. Mis cuentas congeladas. Inversores retirándose. ¿Y ahora estás aquí negando tu parte en esto?», dijo Ian. Dio un paso más, bajando la voz hasta un siseo. «Si descubro que mientes, Aiden, no me limitaré a destruir tu vida. Te enterraré.»

La amenaza flotaba en el aire, densa e implacable. Aiden apretó los puños, intentando reunir el valor para mantenerse firme. «No fui yo. Estás culpando a la persona equivocada», dijo.

Los labios de Ian se curvaron en una sonrisa sin humor. «Más te vale que tengas razón. Porque si descubro lo contrario...» Dejó que las palabras se desvanecieran, su intención inconfundible.

«No querrías perder otra esposa, ¿verdad, Aiden? Sería una temeridad.»

40

La embarcación se inclinó con violencia cuando otra ola golpeó su casco, lanzando una cortina de agua salada que estalló sobre la cubierta. El cielo gris se había ennegrecido hasta adquirir un tono morado, y cada respiración de Alice pesaba, cargada de sal y desesperación; el estómago le revolvía tanto por la ansiedad como por el vaivén del mar.

En el interior de la cabina, Eloise permanecía rígida en su puesto, los dedos suspendidos sobre el teclado mientras miraba con nerviosismo la torrencial lluvia que arreciaba afuera. Las pantallas frente a ella mostraban líneas ondulantes de datos de sonar y mapas cambiantes del fondo marino, pero no habían encontrado nada. Ninguna señal de*La institutriz*. Ninguna señal de Lydia.

Alice entró en la cabina, el pelo empapado pegado al rostro, y se aferró al marco de la puerta para no perder el equilibrio. Los dedos se le entumecían por el frío, el cuerpo tenso como una cuerda de arco, pero la determinación ardía con fuerza dentro de ella.

«Esto se está volviendo temerario», murmuró Eloise, mirando por encima del hombro al capitán Miles. «Tenemos que darnos la vuelta. La tormenta está empeorando, y si perdemos el control—»

«No vamos a volver atrás», interrumpió Alice, su voz áspera y teñida de una desesperación que hizo que Eloise se estremeciera.

Sus ojos estaban abiertos, febriles, como si la mera fuerza de su voluntad pudiera obligar al océano a revelar sus secretos.

«Alice, escúchame», dijo Eloise, manteniendo la voz serena pero firme. «Ya hemos registrado la zona dos veces. No hay rastro del yate, y esta tormenta—»

«¡No me importa eso!» Alice estalló, estrellando la mano contra el borde de la consola. La vibración recorrió la cabina y silenció a todos. «Estamos cerca. Lo siento. No nos iremos hasta encontrar algo.»

Su voz se quebró en la última palabra y un temblor la recorrió. Miró la pantalla con la garganta apretada y el corazón golpeándole en el pecho. Tenía que encontrar el barco. Tenía que saber qué le había pasado a Lydia—no solo por la mujer muerta, sino por ella misma. Porque sin respuestas, la duda la consumiría.

David se movió incómodo junto a la puerta; los hombros anchos se encorvaron bajo la tensión creciente. La lluvia goteaba de su chaqueta sobre el suelo de la cabina mientras miraba alternativamente a Alice y a Eloise. Se secó la cara con la mano temblorosa, evidente su malestar.

«Alice, quizá Eloise tiene razón», dijo con cuidado. «No vamos a poder hacer gran cosa si esto nos cae encima de lleno. Podemos volver cuando pase.»

«¿Volver?» Alice se volvió hacia él, con una expresión incrédula. «¿Y si el remolino sepulta lo que quede de*La institutriz*aún más? ¿Y si perdemos la oportunidad?»

Las palabras se le anudaron en la garganta. Se agarró al borde de la consola, los nudillos blancos, obligándose a mantenerse firme.

La mente le galopaba mientras miraba las pantallas, respirando a medias. Si encontraban el yate, podrían por fin confirmar la inocencia de Aiden. Podría probarse, de una vez por todas, que la muerte de Lydia había sido un accidente, que el hombre al que amaba no era capaz de las cosas que sus pensamientos más oscuros le susurraban.

Pero otra posibilidad se alzaba, igual de vívida y de insoportable. ¿Y si el naufragio contaba otra historia?

El pensamiento la heló hasta los huesos. Veía ahora la cara de Aiden, la manera en que la miraba con esos ojos intensos e inescrutables. Había confiado en él. Lo había amado.

«No puedo parar ahora», murmuró entre dientes, las palabras apenas audibles sobre el zumbido del equipo y el aullido del viento. Se mordió las uñas hasta la carne mientras apretaba los puños. «Tengo que ver esto hasta el final.»

«Alice», la voz de Eloise cortó sus pensamientos, más suave ahora. «Entiendo lo importante que es esto para ti, pero adentrarnos más en este tiempo… es peligroso. Para todos nosotros.»

La mirada de Alice volvió a los monitores, donde los datos seguían desplazándose sin sentido. Los patrones no decían nada: sólo un laberinto de cifras y estática que no ofrecía respuestas.

«Entonces seguimos buscando», dijo entre dientes. «Ampliad la zona de búsqueda. Dobléis los escaneos. No me importa lo que cueste—solo encontradlo.»

Eloise intercambió una mirada con el capitán Miles, que apretó con más fuerza el timón. La embarcación osciló violentamente cuando otra ola la golpeó, y el capitán maldijo entre dientes.

«Tenéis quince minutos», gruñó, la voz tensa de frustración. «Después de eso, volvemos, os guste o no.»

Alice abrió la boca para discutir, pero antes de que pudiera hablar, Eloise se tensó en su silla.

«Esperad», dijo Eloise, entrecerrando los ojos hacia el monitor. Sus dedos volaron sobre el teclado, ajustando la señal. «Creo que tengo algo.»

Los dedos de Eloise se movieron con rapidez sobre el teclado, los ojos entrecerrados ante la sombra tenue en la pantalla. Se inclinó hacia adelante, frunciendo el ceño con concentración. El suave pitido del sonar llenó la cabina, un pulso rítmico que parecía sincronizarse con el corazón acelerado de Alice.

«¿Qué es?», preguntó Alice, inclinándose sobre el hombro de Eloise, la mirada fija en el contorno indistinto de la pantalla.

Eloise exhaló con fuerza, los labios tensos en una línea fina. «Es difícil de decir. Podría ser una formación geológica—un conjunto de rocas o una cresta en el fondo marino. Pero la forma…» Se

interrumpió, ajustando la visualización para acercar la imagen. «Los bordes son demasiado nítidos, demasiado estructurados. No parece natural.»

Alice sintió una oleada de adrenalina. «¿Entonces puede ser el yate?»

Eloise vaciló, los dedos suspendidos sobre los mandos. «Es posible. Pero no lo puedo confirmar aún. Necesitamos más datos—el sonar no es infalible. A veces las sombras engañan en la imagen. Podría ser, con la misma facilidad, escombros de otro naufragio, o incluso equipos abandonados por barcos de pesca.»

«Pero está cerca de la zona de búsqueda», presionó Alice, elevando la voz. «Eso no puede ser una coincidencia.»

Eloise se volvió hacia ella; su expresión era comedida pero teñida de simpatía. «Y por eso lo tomamos en serio. Pero, Alice, necesito que entiendas algo. Incluso si este es el yate, no sabemos en qué estado se encuentra. Podría estar enterrado bajo sedimentos, dañado hasta quedar irreconocible. Y si lo encontramos… puede que no te dé las respuestas que esperas.»

El pecho de Alice se apretó, su respiración se cortó. «No me importa en qué estado esté. Solo necesito saber. Necesito verlo con mis propios ojos.»

Eloise la observó un momento, sus ojos agudos suavizándose. «Lo entiendo», dijo en voz baja, «de verdad lo entiendo. Pero he estado en inmersiones como esta antes, y sé lo duro que puede ser —lo que le cuesta a la gente. A veces encontrar el pecio no trae cierre. A veces solo plantea más preguntas.»

Las manos de Alice se cerraron en puños a los lados. «Preferiría tener más preguntas que convivir con las que tengo ahora. No puedo—» Su voz se quebró, y se giró, mirando por la ventanilla de la cabina hacia el mar.

La mirada de Eloise se suavizó aún más. «Lo entiendo. Y haremos todo lo posible por obtener respuestas. Pero tienes que prepararte. Incluso si encontramos el yate, incluso si hallamos algo concluyente...»

Alice volvió a mirarla, los ojos encendidos. «No busco consuelo, Eloise. Busco la verdad.»

Eloise asintió despacio; su expresión era inescrutable. «Está bien», dijo, volviéndose hacia los monitores, «veamos con qué nos enfrentamos.»

Ajustó de nuevo la imagen del sonar, filtrando algo del ruido de fondo para afinar la sombra. La forma se hizo más nítida—una estructura larga y estrecha con lo que parecían bordes rotos en un costado. Los hombros de Eloise se tensaron mientras analizaba la imagen.

«Tiene la longitud suficiente para ser un yate», murmuró, casi para sí misma, «y esa rotura en el casco...»

El aliento de Alice se quedó atrapado en la garganta. «¿Crees que es*The Governess*?»

«Creo que es una posibilidad», dijo Eloise con cautela, «pero no lo sabremos con seguridad hasta que mandemos el ROV para obtener una imagen.»

Alice asintió; su expresión se endureció con determinación. «Hazlo». Pero al fijar la vista en la silueta oscura de la pantalla, su resolución flaqueó. ¿Estaba realmente preparada para lo que les aguardaba?

41

El aire dentro de Evermere estaba cargado de tensión. Aiden permanecía en la imponente entrada principal, los puños apretados a los lados mientras Ian paseaba delante de él, sus zapatos lustrados resonando ominosamente contra el suelo de mármol. El ruido le rozaba los nervios a Aiden; cada paso avivaba el fuego de su ira, ya humeante.

«¿No vamos un poco justos, verdad?», dijo Ian, su tono rebosante de burla. «Habría pensado que ya estarías a la defensiva, peleando por mantener *tu* preciado imperio a punto de derrumbarse.»

Aiden le lanzó una mirada fulminante; los puños apretados. «Pareces tremendamente confiado para un hombre cuyo nombre aparece por todas partes en las noticias en relación con cuentas offshore y escándalos de soborno. ¿No deberías estar ocupado hablando con tus abogados?», dijo Aiden con frialdad, aunque el pulso se le había acelerado.

Ian se rió, un sonido bajo y exasperantemente divertido. «Oh, tengo a mis abogados trabajando las veinticuatro horas, no te preocupes por eso. Pero tú y yo sabemos que siempre caigo de pie. Siempre lo hago. Esa es la diferencia entre nosotros, Aiden. Yo juego para ganar», dijo Ian, con seguridad.

Aiden se inclinó hacia delante, las manos agarrando el borde del escritorio. «Estás aquí por una razón, así que deja de perder mi

tiempo y ve al grano», exigió.

La sonrisa de Ian se ensanchó, sus ojos brillando con malicia. «El punto es que sé que estás detrás de esta pequeña cruzada contra mí. Todos esos archivos, la evidencia incriminatoria convenientemente filtrada a la prensa: tienen tus huellas por todas partes», dijo Ian, con voz cortante.

«Sobreestimas mi interés en tu caída», respondió Aiden con frialdad. «Tengo cosas mejores que hacer que hurgar en tu ropa sucia.»

«¿De verdad?», su voz adquirió un tono burlón. «Porque recuerdo una época en la que tú y yo no éramos tan distintos. Cuando recortabas esquinas, hacías tratos bajo la mesa, doblabas las normas para salir adelante. Crees que has limpiado tu acto, pero yo sé mejor. Sigues siendo ese mismo hombre, Aiden. Solo que ahora lo escondes mejor.»

Los labios de Aiden se apretaron en una fina línea. «Yo no soy el investigado», dijo.

«Todavía no», replicó Ian. «Pero tú y yo sabemos que tienes muchos esqueletos en el armario. Bastaría con un soplón, un empleado descontento, para sacar a la luz todos esos secretos cuidadosamente ocultos. Y créeme, al mundo le encantaría ver caer al gran Aiden Chandler.»

Aiden se obligó a mantener la calma, aunque las manos le picaban por echar a Ian de su casa. «¿Qué quieres, Ian? ¿Una confesión? ¿Una disculpa? No vas a conseguir ninguna de las dos», dijo, rígido.

Ian inclinó la cabeza, su expresión de suficiencia. «Oh, no estoy aquí por una disculpa. Estoy aquí para recordarte que no me vienes abajo sin luchar. Y si yo ardo, me aseguraré de que tú ardas conmigo», dijo Ian, venenoso.

La paciencia de Aiden se rompió. «¿Crees que puedes intimidarme? He lidiado con cosas peores que tú, Ian. Eres solo una reliquia: un parásito aferrado a un poder que no mereces», estalló.

«Cuidado, Aiden», advirtió Ian, su media sonrisa desvaneciéndose. «Quizá quieras vigilar lo que dices. Al fin y al cabo, tienes tanto que perder como yo. Quizá incluso más. Digo, ¿qué

pensaría tu adorada mujer si supiera lo hasta dónde llegan tus manos en el fango?», dijo Ian, insinuante.

Aiden se quedó helado, el estómago retorciéndose. «Deja a Alice fuera de esto», exigió.

«¿Por qué? ¿Te preocupa que empiece a hacer preguntas? ¿Que te mire como lo hizo Lydia cuando lo descubrió?», replicó Ian, sin soltar el filo.

Los puños de Aiden se apretaron, pero Ian no había terminado. Se inclinó hacia delante, su voz bajando a un tono bajo y venenoso. «Oh, no te muestras tan sorprendido. Lydia y yo hablábamos de ti todo el tiempo. Le encantaba quejarse de su 'brillante y ambicioso marido' que creía que podía superarla. ¿Pero sabes cuál era la mejor parte? Cuando volvía a mí, susurrándome todos tus sucios secretitos. Esa mujer era una fuerza de la naturaleza, Aiden, y sabía cómo tocarte como a un instrumento», dijo Ian con sorna.

La visión de Aiden se nubló de rabia. «Cierra la boca», siseó.

La sonrisa de Ian volvió, burlona y cruel. «¿Qué pasa? ¿No aguantas la verdad? ¿O es que Lydia y yo no solo hablábamos? Porque, créeme, ella era tan buena en ciertas otras cosas como en la manipulación», dijo Ian, insinuante.

Aiden se puso de pie de un salto, los puños estrellándose contra el escritorio. «¡Dije que te calles!», rugió.

Ian no se inmutó, su suficiencia intensificándose. «¿He tocado una fibra, eh? Tranquilo, Aiden. Lydia nunca fue tuya desde el principio. Jugaba contigo desde el primer día, y tú estabas demasiado ciego para verlo», dijo Ian, calmado.

«No sabes nada de mi matrimonio», siseó Aiden, su voz baja y peligrosa. «Y si vuelves a mencionar el nombre de Alice, me las verás. Te arrepentirás», amenazó.

Ian se puso de pie, alisando su chaqueta con una calma exagerada. «Temperamento, temperamento. Deberías guardar esa energía para cuando los lobos llamen a tu puerta. Porque lo harán, Aiden. Y cuando lo hagan, yo estaré allí para disfrutar del espectáculo. Lydia siempre dijo que eras un mentiroso brillante. Veamos cuánto tiempo puedes mantenerlo», dijo Ian, confiado.

Aiden no se movió. El pecho le subía y bajaba mientras luchaba por calmarse, pero las palabras de Ian persistían, clavándose en su mente como espinas. La mención de Lydia, de Alice, era demasiada.

«¿Sabes cuánto me ha costado tu pequeña filtración?», gruñó Ian, volviéndose hacia Aiden con una ferocidad que le hizo estremecer a pesar suyo. «Todo lo que he construido, cada onza de credibilidad por la que he luchado: se ha ido. ¿Y por qué? ¿Por un rencor mezquino? ¿Algún sentido equivocado de justicia? Todo porque me follé a tu esposa», escupió Ian.

Aiden replicó, la voz temblando entre el miedo y la furia. «Te arrepentirás de decir eso, Ian. Cuida lo que sale de tu boca», advirtió.

El rostro de Ian se ensombreció, una vena en su sien palpitando visiblemente. Dio un paso más, imponiéndose sobre Aiden. «No tienes ni idea con quién te estás jugando», advirtió Ian.

«¡No estoy jugando!», espetó Aiden, las palabras se le escaparon antes de que pudiera contenerlas. «Tú eres el que ha estado jodiendo a todo el mundo durante años, y ahora por fin te está alcanzando. No me culpes a mí porque no seas capaz de mantener tu propia casa en orden.»

El golpe de la palma de Ian contra la mesa más cercana fue ensordecedor. Papeles y una copa de cristal se desplomaron al suelo, pero ninguno de los dos hombres les prestó atención. Ian se inclinó, su voz bajó a un susurro peligroso.

«Si crees que esto va de mí», dijo, los ojos brillándole de malicia, «entonces eres más tonto de lo que pensaba. Esto va de ti. De Alice. Y si piensas por un segundo que no haré todo lo que haga falta para proteger lo que es mío, estás muy equivocado.»

Aiden se tensó, la sangre helándosele en las venas. «¿Qué quieres decir con 'todo lo que haga falta'?»

Los labios de Ian se curvaron en una sonrisa cruel. «Quiero decir que he tolerado su intromisión durante demasiado tiempo. Es una carga—una que no dudaré en eliminar si sigue metiendo la nariz donde no le corresponde.»

La visión de Aiden se tiñó de rojo. Las palabras le golpearon como un puñetazo físico y, antes de darse cuenta de lo que hacía, se

lanzó sobre Ian. «¡Bastardo!»

El impacto de su hombro hizo que Ian retrocediera, pero recuperó el equilibrio con rapidez y empujó a Aiden con sorprendente fuerza. «¿Crees que puedes conmigo?», bufó Ian, su voz goteando desprecio. «Eres aún más patético de lo que pensaba.»

Aiden no respondió. La rabia lo había invadido. Lanzó un puñetazo salvaje que Ian apenas esquivó, contraatacando con un golpe en las costillas que lo hizo tambalearse. El dolor fue agudo, pero solo alimentó la furia de Aiden.

Los dos forcejearon, estrellándose contra una mesilla que se astilló bajo su peso. Ian tenía la ventaja del tamaño y la experiencia, pero la rabia pura de Aiden le daba un impulso; sus puñetazos alcanzaban con una fuerza que incluso a él le sorprendía.

«¡Aléjate!», gritó Aiden, la voz ronca mientras acorralaba a Ian contra la pared. «Si la tocas—»

Ian se zafó, estampando a Aiden contra la pared a su vez. «¿O qué? ¿Me arruinarás aún más? Ya me lo has quitado todo. Quizá sea hora de que yo te devuelva el favor.»

Ambos respiraban con dificultad ahora, el rostro enrojecido y la ropa desaliñada. Ian esbozó un gesto despreciativo, limpiándose un hilo de sangre en la comisura de la boca. «Crees que la estás protegiendo, pero lo único que haces es convertirla en un blanco. Si quieres mantenerla a salvo, igual deberías dejar de hacer de héroe y empezar a pensar en las consecuencias de tus actos.»

El pecho de Aiden se levantaba con fuerza, las manos temblándole a los lados. «Si la miras siquiera mal, te mataré.»

Ian se rió, un sonido bajo y helador. «No tienes lo que hace falta», soltó.

Se quedaron así, mirándose fijamente, el peso de amenazas no pronunciadas llenando la habitación. Finalmente, Ian se arregló el abrigo, los movimientos deliberados y controlados.

«Tienes suerte de que no termine esto ahora», dijo, con tono glacial. «Pero esto no se ha acabado, Aiden. Ni mucho menos.»

Las manos de Aiden seguían temblando, el pecho apretado por la furia que aún latía. Miró la mesa hecha añicos, la copa rota, los

papeles esparcidos como escombros y el silencio sofocante de la casa.

Esto no ha terminado.

Aiden exhaló con dificultad, apoyándose en la pared para sostenerse. En algún lugar, Alice libraba su propia batalla. Y ahora, más que nunca, sabía que tenía que encontrarla—antes de que lo hiciera Ian.

Con un último impulso, Aiden se lanzó hacia adelante y abrió de un tirón un cajón. Al darse la vuelta para encararse con Ian, alzó la pistola y disparó un tiro ensordecedor. Véase el pasaje en el archivo subido .

42

El barco gemía y se sacudía, la tormenta chillando como una banshee a través del aparejo. Las olas se alzaban como muros de agua negra, estrellándose contra los costados con una fuerza que amenazaba con despedazar la embarcación. En el interior de la cabina, Eloise estaba encorvada sobre su puesto, el rostro iluminado por el pálido resplandor de los monitores. Sus dedos barrían el teclado, su concentración inquebrantable pese al caos exterior.

Sus palabras apenas se oían sobre el incesante martilleo de la lluvia en el casco metálico. «Es grande. Por la forma en que rebota el sonar... es fibra de vidrio. Definitivamente no es algo natural», dijo ella.

«¿Es el yate?», exigió Alice, aferrándose al borde de la consola para mantener el equilibrio mientras la embarcación se inclinaba violentamente bajo sus pies.

«Tiene el tamaño adecuado», respondió Eloise con tono prudente. «Pero no puedo confirmarlo hasta que lo vea.»

«Pues baja la cámara más rápido», instó Alice, la voz temblando. «Ahora.»

Eloise vaciló, la mirada oscilando hacia la ventana con verdadera preocupación. El barco volvió a balancearse, a punto de lanzarla fuera de la silla. El capitán Miles gritó desde la rueda; su voz apenas se distinguía entre el estruendo.

«¡Se nos acaba el tiempo!», bramó. «Si no damos la vuelta pronto, no salimos vivos de esto.»

«¡Todavía no!», respondió Alice a gritos, la voz rasgada y desesperada. «¡Estamos tan cerca!»

A través de la puerta de la cabina pudo ver la mirada furiosa del capitán, las manos apretadas en el timón, nudillos blancos. Pero no le importó. Volver atrás ahora no era una opción.

Eloise exhaló con fuerza, los dedos apretándose sobre los mandos. «Está bien», murmuró. Alargó la mano hacia el joystick que controlaba el ROV—un vehículo submarino operado a distancia equipado con una cámara. La pequeña unidad robótica colgaba de la popa, atada por un cable grueso. Eloise pulsó una serie de botones y soltó el ROV al oscuro abismo bajo ellos.

La pantalla se iluminó con la imagen de la cámara: una visión granulada de agua turbia y partículas flotando en la corriente. El tiempo hacía la inmersión difícil, el cable tironeando cada vez que el barco se bamboleaba. Eloise ajustó los controles con precisión ensayada, guiando al robot hacia abajo.

«Vamos», susurró, los ojos pegados a la pantalla.

La mirada de Alice también estaba clavada en el monitor parpadeante, el corazón golpeándole en las costillas. Respiraba a bocanadas, el aire denso y sofocante en la cabina estrecha. Su mente corría, un torrente de miedo y obsesión que se negaba a callar.

No soportaba la idea de irse con las manos vacías. No después de haber llegado hasta aquí. No después de arriesgar tanto. El pensamiento la invadió con una ola de pánico; apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas.

Pero entonces un pensamiento más oscuro se deslizó en su mente, enroscándose a su alrededor como una serpiente.

Alice cerró los ojos un instante. Se había dicho a sí misma que todo esto era por hallar un cierre. Pero en el fondo sabía que era algo más. Esta búsqueda no era solo por Lydia: era por la propia cordura de Alice, por su necesidad de desenredar los hilos retorcidos de su vida antes de que la estrangularan por completo.

La pantalla parpadeó, atrayendo su atención de nuevo. La cámara del ROV descendía con firmeza, el haz de su luz cortando la negrura densa. Empezaron a surgir formas en la turbidez: rocas, algas, el ocasional destello de un pez que se escapaba. Pero nada definitivo. Nada que pareciera un yate.

Los dedos de Eloise se movían sobre los mandos; su frente se frunció concentrada. El capitán Miles gritó algo desde la caseta—otra advertencia—pero sus palabras apenas llegaron.

Alice se inclinó hacia la pantalla, entrecerrando los ojos en busca de cualquier pista. La luz de la cámara barrió el lecho marino, revelando crestas dentadas y depresiones que parecían estirarse sin fin hacia el vacío.

Y entonces, apareció.

Una sombra. Al principio débil, apenas distinguible de la oscuridad que la rodeaba. Pero a medida que el ROV se acercaba, la forma empezó a tomar contorno: un casco largo y esbelto parcialmente enterrado en el limo. El haz de la cámara reflejó un brillo metálico, la curva de una barandilla retorcida y doblada por el tiempo y la presión.

El aliento de Alice se cortó, el pecho se le apretó mientras se agarraba al borde de la consola. «¿Es—?», empezó a decir.

Eloise no respondió de inmediato. Ajustó el ángulo de la cámara, trayendo la figura sombría a un enfoque más nítido. La pantalla parpadeó otra vez y entonces la imagen fue clara: los restos de un yate, su diseño antaño elegante ahora maltrecho y destrozado, el nombre apenas visible en el costado.

«The Governess», dijo Eloise, la voz casi ahogada por el estruendo de las olas.

Alice sintió que las rodillas le flaqueaban y se dejó caer en la silla más cercana, las manos temblando. Miró la pantalla, la mente hecha un torbellino de emociones—alivio, miedo, incredulidad. Lo habían encontrado. Después de todo este tiempo, lo habían encontrado.

Pero mientras la cámara proseguía su lenta exploración del pecio, otro pensamiento se filtró en la mente de Alice, helándola hasta los huesos, justo cuando otra ola golpeó el barco, estrellándose contra el casco con un choque atronador. La fuerza inclinó peligrosamente

la embarcación a un lado, enviando un torrente de agua salada cruzando la cubierta. David, agarrado a una barandilla cerca de la cabina, casi perdió el equilibrio cuando el agua fría le cubrió los tobillos. Respiraba a bocanadas cortas, la acometida implacable haciéndole casi imposible pensar con claridad.

«¡Esto es una locura!», gritó David, la voz quebrada por el miedo. «¡Si sigue así no vamos a volver!»

Sus manos buscaron el teléfono, resbaladizas por el agua, mientras intentaba componer un mensaje.

Aiden, estamos en problemas. En el barco con Alice. El tiempo es peor de lo que pensábamos. Puede que no lleguemos a la costa.

Las manos le temblaron al pulsar enviar, observando el círculo giratorio de una señal débil que luchaba por despachar el mensaje. No sabía si había llegado y no tenía tiempo para comprobarlo. Otra ola, más alta y más furiosa que la anterior, se alzaba en la distancia.

El relámpago lo iluminó como un muro espectral de agua negra, su cresta rizada con intención malévola. A David se le encogió el estómago. La ola era demasiado grande; podía tragárselos enteros. Su agarre del pasamanos se apretó hasta que los nudillos le quedaron blancos. «¡Tenemos que retirarnos!», gritó, sus palabras perdidas en la cacofonía. «Alice, Eloise—lo que sea que estéis haciendo, ¡parad ahora!»,

«¡No todavía!», elevó Alice la voz por encima del caos, afilada y desafiante. Estaba de pie en la cabina, el pelo pegado al rostro, los ojos encendidos con algo casi desquiciado. Tenía las manos en el respaldo de la silla de Eloise, aferrándola como si la conexión a los mandos pudiera anclarla de algún modo en toda esa locura.

David pudo ver la desesperación grabada en cada línea de su rostro. Su piel pálida brillaba con la lluvia, los labios apretados en una línea delgada y decidida. No tenía miedo—ni de las olas, ni siquiera de la muerte. Eso le heló la sangre.

«¡Alice!», volvió a gritar David, con la voz quebrada. «¡Nos vas a matar!»,

Se volvió hacia él por un instante, los ojos fieros y resueltos. «Si no hacemos esto, nunca lo sabremos. ¡Nunca sabremos la verdad!», su voz se quebró un poco, pero la convicción era inquebrantable.

David quiso gritarle, sacudirla, obligarla a ver la razón. Pero sabía que no serviría de nada. Alice estaba ya más allá de la razón. Su obsesión la había poseído, empujándola al límite. Preferiría morir aquí fuera que vivir con las preguntas que la perseguían.

Dentro de la cabina, Eloise estaba encorvada sobre su estación, el rostro demacrado pero concentrado. Los monitores parpadeaban y temblaban con el movimiento del barco, la imagen del ROV distorsionada por la turbulencia. Aun así, trabajaba con precisión ensayada, las manos volando sobre los mandos mientras la cámara se acercaba a la masa sombría de abajo.

«¡Ahí!», la voz de Eloise irrumpió.

La respiración de Alice se detuvo; sus ojos se clavaron en la pantalla. El casco de fibra de vidrio apenas se distinguía, envuelto en sedimento y crecimiento marino, pero estaba allí. Una masa de estructura hecha por el hombre enterrada en el limo, tentadoramente cerca.

«Acercad más», ordenó Alice, la voz temblando de urgencia. «Necesitamos verlo con claridad»,

«¡Lo intento!», respondió Eloise, las manos temblando mientras ajustaba los mandos. La corriente hacía erráticos los movimientos del ROV, el cable tironeando con cada ola que zarandeaba el barco. «Está parcialmente enterrado...»,

David entró a trompicones en la cabina, empapado y con los ojos como platos. «¡Nos vamos a volcar!», gritó, la voz aguda de pánico. «¡El capitán Miles está enviando mayday! ¡Tenemos que volver antes de que sea demasiado tarde!»,

«¡No todavía!», fue un grito crudo de Alice, lleno de una mezcla de desesperación y rabia. Se volvió hacia David, los ojos llameando. «¡Estamos tan cerca! ¡No podemos dar la vuelta ahora!»,

David temblaba, las manos agitadas mientras trataba de razonar con ella. «Alice, ¡escúchate!»,

Su expresión flaqueó un momento, los labios entreabiertos como para responder. Pero luego volvió a mirar la pantalla, donde el contorno del pecio se hacía más claro con cada segundo. Su rostro volvió a endurecerse. «Si no quieres estar aquí, David, baja a la cubierta y espérate. Pero yo no voy a parar.»,

David la miró, el pecho subiéndole con pánico y frustración. Se volvió hacia Eloise, que se mordía el labio, los dedos vacilando sobre los mandos. «Eloise, por favor», suplicó. «¡Dile que esto es una locura!»,

Eloise miró a Alice, luego de nuevo a David, el rostro desgarrado por la indecisión. «Lo estamos forzando demasiado», dijo, la voz tensa. «Si estas olas se hacen más grandes, no podremos recuperar el ROV, y mucho menos volver a la orilla.»,

«¡No me importa!», gritó Alice, golpeando la consola con las manos. «No nos vamos hasta tener pruebas. Necesito saber. ¿No lo entendéis? Necesito saber qué le pasó a ella. ¡Necesito saber la verdad sobre Aiden!»,

La cabina quedó en silencio salvo por el pitido del sonar. David miró a Alice, el rostro pálido por la conmoción. Sabía que estaba desesperada, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto la obsesión la había consumido.

«Alice...», empezó, la voz apenas audible.

Pero antes de que pudiera decir más, otra ola golpeó el barco, más grande que la anterior. La cabina dio un vuelco violento, arrojando a Eloise de la silla y haciendo que el equipo se estrellara contra el suelo. El monitor parpadeó, la imagen del pecio desvaneciéndose en estática.

La voz del capitán Miles retumbó desde el puente. «¡Se nos acaba el tiempo!», «Voy a dar la vuelta a este barco, y si no os gusta, ¡podéis tiraros por la borda!», rugió el capitán Miles.

Los ojos de Alice volvieron a la pantalla, la respiración entrecortada. La señal de la cámara volvió a la vida durante un instante, mostrando el pecio antes de cortarse de nuevo. Y entonces lo vieron. El esqueleto, en el fondo del océano, atrapado entre las costillas del casco hundido.

David extendió la mano, la voz temblando. «Alice, por favor. Tenemos que irnos.»,

Por un momento ella no se movió, los ojos clavados en la pantalla llena de estática. Luego, lentamente, se volvió hacia él. Tenía el rostro pálido, los ojos enrojecidos, pero el fuego en ellos no se había apagado.

«Ella se ha ido de verdad», dijo en voz baja, fría e inflexible. «Lo afronté. Y ahora, se ha ido de verdad.»,

David asintió, tragando con fuerza, aliviado de que por fin hubiera acabado. Alice podía detenerse ahora. Había encontrado lo que buscaba, aunque eso pudiera matarlos a todos.

43

La lluvia azotaba el parabrisas, su tamborileo implacable ahogando el zumbido de la radio y el ocasional tono de las llamadas perdidas en su teléfono. Aiden apretó el volante de su Lamborghini, los nudillos blancos contra el cuero liso. Los limpiaparabrisas chirriaban sobre el cristal, luchando por seguir el ritmo del torrente que difuminaba su vista de la carretera serpenteante.

Cada curva se sentía más afilada, cada charco una amenaza potencial que podía hacer que el coche derrapara fuera de control. Apretó más el agarre, los dientes apretados mientras su mente corría por posibilidades—cada una más aterradora que la anterior. Su respiración era corta y entrecortada, al compás de su pulso martillando.

Un relámpago rajó el cielo, iluminando por un instante la carretera empapada. En el resplandor posterior vio su rostro—no el de Alice, sino el de Lydia. Pálida, inmóvil, los ojos abiertos por el shock y la traición. El recuerdo lo golpeó como un puñetazo en el estómago, haciéndole retroceder. El pecho se le apretó; el pánico amenazó con desbordarlo. Se obligó a concentrarse en la carretera, pisando el acelerador, más rápido, el motor gruñendo como un animal enjaulado.

«Alice, contesta», gruñó, golpeando la pantalla del teléfono con una mano mientras la otra luchaba por mantener el coche estable.

Su buzón de voz le respondió de nuevo, el sonido cortando su pánico como una mofa cruel. Arrojó el teléfono al asiento del pasajero, maldiciendo entre dientes.

El puerto aún estaba a millas de distancia, pero la distancia se sentía insuperable. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Alice allá, en el mar embravecido, arrastrada por el océano a sus profundidades. La idea de que ella sufriera el mismo destino que Lydia era insoportable. Las manos le temblaban mientras apuraba el coche, las ruedas derrapando peligrosamente sobre la carretera encharcada.

Otro relámpago iluminó el cielo y, por un breve y escalofriante segundo, la imaginó. Alice, empapada hasta los huesos, aferrándose desesperadamente a la cubierta de un barco que era mecido como un juguete por las olas. El pelo pegado a la cara; los ojos desorbitados por el miedo. O peor, su cuerpo sumergido bajo el agua revuelta, la oscuridad devorándola por completo.

«No», murmuró, sacudiendo la cabeza con violencia como para desalojar el pensamiento. «No, no, no.» Su voz subía con cada repetición, la desesperación cruda e incontrolada. Golpeó el volante con el puño.

Las luces del puerto aparecieron en el horizonte, borrosas y parpadeantes a través de la lluvia. Un alivio lo atravesó, pero fue fugaz, ahogado por el caos que lo esperaba. Derrapó en el aparcamiento, el coche balanceándose antes de chillar y detenerse. Apenas esperó a que el motor se apagara para abrir la puerta de un tirón y salir bajo el aguacero.

La lluvia lo golpeó como hielo, empapando su ropa en segundos, pero apenas la sintió. Respiraba con jadeos cortos mientras sus ojos barrían la escena. El muelle era un frenesí de actividad: equipos de rescate con impermeables amarillos cargando material y gritando órdenes. Vehículos de la Guardia Costera bordeaban el pantalán, sus luces rojas y azules parpadeando en ráfagas rápidas y desorientadoras que pintaban el cielo oscuro y enfurecido con franjas caóticas de color.

«¡Alice!» gritó, la voz ronca y desesperada. El viento se la tragó, llevándola antes de que llegara a oídos de nadie. Tropezó hacia

delante, los zapatos resbalando sobre el pavimento mojado mientras avanzaba hacia el alboroto. Cada fibra de su ser le gritaba que se moviera más rápido, que la encontrara antes de que fuera demasiado tarde.

Un agente uniformado lo vio y se plantó en su camino, levantando una mano. «Señor, no puede estar aquí—»

«¿Dónde está ella?» le cortó Aiden, su voz un gruñido bajo. «Mi esposa—Alice Chandler—¿dónde está? ¿Está ahí fuera?» Gesticuló violentamente hacia el océano embravecido, su pánico desbordándose.

El oficial vaciló, su expresión suavizándose un poco al reconocer a Aiden.

«Está ahí fuera. ¡Haced algo! Mandad una embarcación, un helicóptero—lo que sea!»

«Señor, ya hemos coordinado los esfuerzos de rescate», dijo el oficial con firmeza. «Pero si ella aún no está en peligro inminente, arriesgamos más vidas mandando a alguien hacia allá.»

El pecho de Aiden se agitó mientras miraba al hombre, sus palabras apenas registrándose. Su mente era una cacofonía de miedo y remordimiento. Debería haberla detenido. Debería haber escuchado más atento, haber visto las señales, haber hecho algo—cualquier cosa—para evitar esto.

Su teléfono vibró en su bolsillo, sobresaltándolo. Tartamudeó para sacarlo, los dedos empapados resbalando con la tela. La pantalla se iluminó débil en la lluvia; un único mensaje parpadeó: David*: We're in trouble. Weather worse than expected. Boat unstable.*

La sangre de Aiden se heló. Su visión se estrechó, el mundo a su alrededor reducido a la pantalla luminosa y al peso de las palabras que mostraba. Embarcación inestable. La frase resonó en su cabeza, un toque de muerte que amenazaba con hundirlo.

«Señor?» La voz del oficial rompió su bruma, pero Aiden apenas la oyó. Pasó junto al hombre y se dirigió al borde del muelle, los zapatos resbalando peligrosamente cerca del agua.

«¡Alice!» gritó, la voz desgarrada.

En algún lugar ahí fuera, Alice luchaba por su vida—o peor, no lo hacía. Y Aiden, con todo su poder y riqueza, estaba totalmente indefenso. La realización lo golpeó como un mazazo en el pecho, dejándolo jadeando mientras la lluvia caía, mezclándose con las lágrimas que ya no podía contener.

La lluvia era implacable, una fuerza fría y mordaz que nublaba la visión de Aiden mientras corría hacia el borde del puerto. Sus zapatos chapoteaban en charcos profundos, empapando sus pantalones, pero apenas lo notaba. La tormenta rugía a su alrededor, el viento desgarrando su abrigo y arrastrando gotas punzantes contra su rostro. Patinó hasta detenerse sobre el pavimento resbaladizo, el pecho agitado cuando fijó la vista en las luces lejanas de un barco que emergía a través de la lluvia torrencial.

No era cualquier embarcación. Reconoció las marcas rojas y blancas de la Guardia Costera. La nave se bamboleaba de forma precaria mientras luchaba por alcanzar el puerto, cada ola amenazando con tragársela por completo.

«No», murmuró Aiden entre dientes, con el corazón golpeándole el pecho.

Avistó a una oficial en el muelle, una mujer con un chubasquero amarillo brillante, el rostro en sombra bajo el visera de la capucha. Estaba dando órdenes a un grupo de tripulantes que se apresuraban para preparar la llegada de la embarcación. Aiden se dirigió a ella como una flecha, la desesperación que lo invadía anulando cualquier sentido de compostura.

«¿Qué está pasando?», gritó. «¿Por qué vuelve el barco?»

La oficial se volvió hacia él, el rostro serio y empapado por la lluvia. «Señor, necesita mantenerse atrás. No es seguro», dijo.

Aiden la ignoró y dio un paso más, con las manos apretadas en puños. «¡Necesito respuestas! ¡Mi mujer está ahí fuera! ¿Por qué están regresando? ¿La han encontrado?»

La oficial vaciló, apretando los labios en una línea fina. «Es peor de lo que pensábamos», dijo por fin, con la voz firme pero teñida de frustración. «Las condiciones son demasiado peligrosas.»

El estómago de Aiden se desplomó. «¿Se están rindiendo?», su voz se quebró, cruda de incredulidad. «¡Ella sigue ahí fuera y os estáis rindiendo?»

«No nos rendimos», dijo la oficial con firmeza, sosteniendo su mirada desbocada. «Nos estamos reagrupando. El equipo ha estado ahí afuera horas en condiciones imposibles. Si los perdemos a ellos, los perdemos a todos.»

«¡Eso no es suficiente!», gritó Aiden, las palabras arrancadas de su interior como un grito primordial. «¡No podéis dejarla ahí fuera a morir! Ella está—está ahí fuera, ¿y simplemente... dais la vuelta?»

La expresión de la oficial se endureció, aunque en sus ojos parpadeó algo—compasión, quizá. «Señor, entiendo lo que siente, pero esto no se parece a nada de lo que hemos visto en meses. Si el barco se queda ahí fuera, no volverán. Hacemos todo lo posible para mantener la búsqueda, pero tenemos que hacerlo con seguridad.»

Aiden apretó la mandíbula. Se volvió hacia el agua, esforzando la vista para ver a través de la lluvia. El barco de la Guardia Costera aún estaba lejos del muelle, sus luces de navegación parpadeando como frágiles balizas contra el caos de las olas. Cada vez que se hundía en un vacío temía que no volviera a salir.

Se volvió de nuevo hacia la oficial, acercándose, la voz baja y temblorosa por la desesperación. «No lo entiendes. Ella es todo lo que tengo. Si no vuelve...» Se detuvo, incapaz de terminar la frase, las palabras atragantándosele.

La oficial le colocó una mano firme en el brazo, su agarre estabilizador pero inflexible. «No vamos a parar, señor. Vamos a seguir buscando. Pero tiene que dejarnos encargarnos.»

Aiden arrancó el brazo y comenzó a caminar por el muelle resbaladizo como un animal enjaulado. Su mente corría, imágenes de Alice cruzando por delante de sus ojos, su voz llamándolo por última vez. Se llevó las manos al rostro, intentando bloquear los pensamientos, pero no se detenían.

Otra voz irrumpió en el caos: un tripulante de la Guardia Costera corriendo desde la orilla. «¡La radio vuelve a funcionar!», gritó, la voz forzada. «Han informado de un posible avistamiento justo antes de dar la vuelta.»

Aiden se quedó petrificado, las manos cayéndosele del rostro. Se giró hacia la oficial. «¿Un avistamiento? ¿De qué? ¿Del barco? ¿Lo encontraron? ¿La encontraron a ella?»

La oficial no respondió de inmediato, volviéndose hacia el tripulante para que aclarara. «¿Qué tipo de avistamiento?»

El tripulante dudó, mirando nervioso a Aiden antes de contestar. «No dijeron. Solo que el tiempo les obligó a retirarse antes de poder confirmarlo.»

Aiden sintió que la ira se le elevaba al pecho. «¿Me estás diciendo que quizá la encontraron y se marcharon?»

«¡No era seguro!», espetó la oficial, su paciencia al límite. «¿Crees que queremos dejar a alguien ahí fuera? ¿Crees que no estamos haciendo todo lo posible?»

Aiden abrió la boca para replicar pero se detuvo, los hombros hundiéndose cuando el peso de sus palabras lo golpeó. La lluvia seguía azotando, fría e implacable, mientras el barco de la Guardia Costera se acercaba al muelle. Aiden observó, sujeto a una mezcla de miedo y esperanza, cómo la embarcación se aproximaba y la tripulación actuaba con fatigada eficiencia, los rostros marcados por el agotamiento. Dio un paso adelante otra vez, la voz temblando al gritar, «¿La encontraron? ¿Han encontrado a Alice?»

Nadie respondió al instante, y el silencio que se extendió entre su pregunta y la contestación fue atronador. Las rodillas de Aiden flaquearon y el aire pareció hacerse más quieto, el viento aullador amortiguado por los latidos de su corazón.

La oficial le tocó el brazo otra vez, esta vez con mayor suavidad. «Volveremos a salir», dijo, la voz más lánguida. «En cuanto sea seguro.»

Aiden negó con la cabeza, la voz apenas un susurro. «No puedo perderla.»

La oficial no respondió. Aiden volvió a mirar al agua, las manos temblando mientras observaba la llegada del barco. Todo lo que le quedaba era esperar, tener esperanza y rezar para que Alice siguiera ahí fuera, en algún lugar, con vida.

44

Aiden observó, conteniendo la respiración, cómo los rescatadores desembarcaban primero, con los rostros cansados y sombríos mientras ayudaban a la tripulación a descargar el equipo.

Y entonces la vio.

Alice apareció al borde de la pasarela; su figura envuelta en una manta pesada que le caía floja sobre los hombros. El pelo empapado se pegaba al rostro y su piel pálida parecía casi translúcida bajo el implacable resplandor de las luces del muelle. Se movía tiesa, con pasos inciertos.

Aiden echó a correr, los pies salpicando en charcos fríos mientras acortaba la distancia entre ellos. «¡Alice!», gritó, la voz quebrada por la desesperación.

Ella alzó la vista con lentitud, los ojos apagados y sin foco. Tenía una calma inquietante; movimientos mecánicos, como si avanzara dentro de un sueño—o de una pesadilla. Cuando Aiden llegó hasta ella, se detuvo en seco, sin saber cómo acercarse. Quiso agarrarla, abrazarla y sentir el calor de su presencia, confirmar que estaba realmente viva. Pero algo en esa inmovilidad se lo impidió.

«Estás a salvo», dijo al fin, la voz temblando de alivio. «Gracias a Dios, estás a salvo».

Los labios de Alice se entreabrieron, pero las palabras parecían venir de muy lejos. «Nos sacaron justo a tiempo», murmuró. «El

barco... estaba entrando agua. Tuvimos que abandonarlo».

Aiden frunció el ceño; el alivio dio paso rápidamente a la inquietud. «¿Qué encontraste?», preguntó.

Los ojos de Alice se fijaron en los suyos, oscuros y vacíos, y durante un instante no dijo nada. Luego, con un casi imperceptible asentimiento, respondió: «Lo encontramos. El yate. Estaba ahí abajo, tal como pensaba».

Su respiración se cortó. «Entonces... entonces se acabó».

Los labios de Alice se curvaron en una sonrisa tenue y amarga. «¿Lo está?», dijo en voz baja. «No estoy tan segura».

El estómago de Aiden se hundió. «¿Qué quieres decir?», preguntó.

Su mirada se perdió más allá de él, hacia el mar embravecido. «No quería que lo encontrara», dijo Alice, la voz apenas un susurro. «La sentí ahí afuera, Aiden. Era ella. Intentaba arrastrarme hacia abajo, igual que lo hizo con los demás.

Aiden parpadeó, atónito. «Alice, eso...», vaciló, las palabras le fallaban. «Es sólo el shock. Estabas asustada. Es normal que—»

«No». Su voz cortó sus protestas, afilada y segura. Se volvió hacia él, los ojos encendidos ahora con una intensidad que le heló. «Era ella. Sé que suena a locura, pero la sentí, Aiden. No quería que yo sobreviviera».

Aiden la miró fijamente, la garganta apretada por la incredulidad. Extendió la mano hacia su brazo, los dedos rozando la tela húmeda de la manta. «Alice, estás exhausta. Has pasado por el infierno. Vamos a llevarte a casa y podremos hablar de esto».

Pero Alice negó con la cabeza, el gesto endureciéndose. «Quería que me uniera a ella, Aiden. Quería que me ahogara, que desapareciera como ella. Pero no lo hice. Sobreviví. Y ahora...» Exhaló con fuerza, un soplo convulsionado que pareció liberar parte de la tensión de su cuerpo. «Ahora ya no puede hacerme daño».

Aiden no supo qué decir. Quiso decirle que tenía razón, que había terminado, que el espíritu de Lydia—o la sombra que hubiera proyectado—se había ido. Pero sabía que su calvario estaba lejos de haber terminado.

Porque algo les aguardaba en Evermere. Otra víctima de esta pesadilla.

La imagen del cuerpo sin vida de Ian le cruzó la mente: la sangre acumulándose en el suelo de mármol. Las consecuencias de aquella decisión le esperaban.

«¿Aiden?» La voz de Alice lo sacó de sus pensamientos, la mirada buscando su rostro. «¿Qué pasa?»

Forzó una sonrisa. «Nada», mintió. «Solo... me alegra que estés bien».

Ella no pareció convencida, pero antes de que pudiera insistir, David apareció a su lado, el rostro surcado por la preocupación. «Alice», dijo en voz baja, la voz suave pero firme, «tenemos que hacerte un chequeo. Los sanitarios están esperando».

Alice vaciló, los ojos moviéndose entre David y Aiden. Luego, con un pequeño asentimiento, permitió que David la guiara hacia la ambulancia que esperaba.

Aiden la vio alejarse, el pecho apretado por una mezcla de alivio y temor. Estaba a salvo, por ahora. Pero el peligro del que había escapado en el mar no era nada comparado con lo que les esperaba a ambos de vuelta en casa.

45

El suave zumbido de las luces fluorescentes llenaba la silenciosa habitación del hospital mientras los primeros rayos del alba se filtraban entre las persianas. Aiden estaba desplomado en una silla de plástico junto a la cama de Alice, la cabeza apoyada contra la pared, los ojos entrecerrados. No se había ido de su lado en toda la noche. El olor estéril del antiséptico perduraba en el aire, mezclándose con el leve susurro de las enfermeras en el pasillo.

Alice se revolvió en la cama. La fina manta se enredó alrededor de sus piernas. Parpadeó contra la pálida luz matinal y sus ojos encontraron a Aiden. Él enderezó la espalda al verla despierta, inclinándose hacia adelante con una expresión angustiada.

«¿Cómo te encuentras?», preguntó Aiden, la voz baja, como si tuviera miedo de perturbar la frágil calma del momento.

«Cansada», murmuró ella, la garganta seca. «Pero bien».

Aiden alcanzó el vaso de agua en la mesilla y se lo entregó.

«No tenías que haberte quedado toda la noche», dijo Alice en voz baja, aunque una parte de ella agradecía que lo hubiera hecho.

Aiden negó con la cabeza. «No iba a irme a ninguna parte. No después de…», dijo, y se quedó en silencio.

Alice no insistió, pero el peso no dicho de todo lo que habían vivido se posó sobre su pecho como una piedra. Se incorporó hasta

sentarse, haciendo una mueca cuando sus músculos agarrotados protestaron. «¿Qué hora es?», preguntó.

«Poco después de las siete», respondió Aiden, mirando su reloj. «El doctor dijo que podías marcharte esta mañana. Ya firmé los papeles».

Alice asintió y dejó caer las piernas al costado de la cama. Vaciló, los pies colgando justo por encima del frío suelo. Aiden se levantó de inmediato para ayudarla, pero ella alzó una mano. «Puedo hacerlo».

Él retrocedió a regañadientes, observando cómo ella plantaba los pies y se ponía en pie con torpeza. Osciló ligeramente y su mano salió instintivamente para sujetarla del brazo. Esta vez ella no se apartó.

«Voy a coger tus cosas», dijo Aiden, la voz más suave ahora. Recuperó su abrigo y sus zapatos de la silla y los dejó frente a ella.

Alice se vistió despacio; el acto simple se sentía extrañamente significativo. Cuando estuvo lista, Aiden abrió la puerta y salieron al pasillo.

El hospital estaba en silencio a esas horas tempranas; los sonidos amortiguados de conversaciones lejanas y el suave pitido de los monitores creaban un telón de fondo contenido. Caminaron uno al lado del otro hacia la salida, sin hablar.

Cuando llegaron a las puertas giratorias, el aire fresco de la mañana golpeó a Alice como una descarga. Era un contraste brutal con la atmósfera clínica del hospital y, por un momento, se quedó simplemente allí, respirándolo.

Aiden había aparcado el coche cerca; el elegante Lamborghini negro brillaba con los primeros rayos. Avanzó para abrir la puerta del acompañante, sus movimientos cuidadosos, como si tuviera miedo de romper el frágil equilibrio que habían encontrado.

«¿Lista?», preguntó, mirándola con una mezcla de preocupación y esperanza.

Alice asintió y se deslizó en el asiento sin decir una palabra. Cuando Aiden rodeó el coche hasta el lado del conductor, ella miró por la ventana, viendo cómo el mundo empezaba a despertar. La normalidad de todo aquello se le antojaba casi ajena después de todo lo ocurrido y de lo que les esperaba en casa.

Cuando Aiden se sentó y arrancó, el familiar ronroneo llenó el aire. Salió del aparcamiento con suavidad y, durante un rato, ninguno de los dos habló; el silencio se estiraba entre ellos como la carretera abierta que tenían por delante.

Por fin fue Alice quien rompió el silencio. «He estado pensando», comenzó, la voz medida. «En Lydia. En aquel día».

Las manos de Aiden se apretaron en el volante; la mirada fija en la carretera. «No tienes por qué…», empezó a decir.

«No», la interrumpió Alice, con tono firme pero sin dureza. «Necesito decirlo. He pasado tanto tiempo intentando entenderla. Intentando recomponer lo que ocurrió, por qué era como era. Y después de todo—después de encontrar su yate—creo que por fin lo veo».

Aiden la miró de reojo, la expresión cautelosa. «¿Ver qué?», preguntó.

«Lo manipuladora y cruel que era», dijo Alice en voz baja, mirando por la ventanilla. «Creí que podría aguantarlo. Pensé que era inmune. Pero no lo fui. También consiguió llegarme, incluso cuando no estaba aquí».

Aiden no respondió mientras tomaba una curva cerrada. Cuando por fin habló, la voz le salió suave. «No siempre fue así, ¿sabes? Al menos, no creo que lo fuera. Pero para cuando me di cuenta de lo que se había convertido, ya era tarde. Yo estaba demasiado metido».

Alice le giró la cara y lo miró, la mirada firme. «Te creo. Y lo entiendo ahora. Veo cuánto has intentado enmendarlo —por todo—. Y sé que me quieres, Aiden. También lo veo».

La presión de sus manos sobre el volante se aflojó un poco y soltó el aire, un pequeño, pero notable, alivio de tensión. «Lo quiero», dijo él sencillamente. «Más que a nada».

Condujeron en silencio unos instantes más, por las calles tranquilas. La finca Evermere aún estaba a cierta distancia, pero la idea de volver a ella —su grandiosidad, sus fantasmas— se cernía en la lejanía como una nube de tormenta.

«Quiero que empecemos de nuevo», dijo Alice por fin, su voz cortando el silencio. «No más mentiras, no más secretos. Lo que

quedaba de Lydia lo he enterrado. No quiero que su sombra nos siga encima».

Aiden la miró; el ceño fruncido. «Después de todo…», empezó.

«Estoy segura», lo cortó ella con suavidad. «La sobreviví, Aiden. La sobreviví. Y ahora quiero que sigamos adelante. Que construyamos algo verdadero. Juntos».

Sus palabras flotaron en el aire, frágiles pero llenas de esperanza. Aiden asintió lentamente, las manos firmes en el volante. «Yo también quiero eso», dijo.

El coche atravesó el paisaje ondulado, el ritmo de los neumáticos sobre la carretera mojada lo único que rompía el silencio entre ellos. Aiden no dejaba de mirar a Alice; ella mantenía la vista fija en la ventanilla, distante e inescrutable.

Finalmente, Aiden ya no pudo soportarlo más. «Alice», comenzó Aiden, con la voz vacilante. «¿Me vas a decir qué pasó ahí fuera?»

Sus ojos se desplazaron brevemente hacia él antes de volver al borrón de campos que pasaban. Durante un momento no dijo nada, y Aiden se preguntó si siquiera iba a contestar. Pero entonces exhaló, un suspiro largo y lento, y se volvió para mirarlo.

«La vi», dijo Alice, su voz apenas un susurro.

El corazón de Aiden dio un vuelco. Sus manos se apretaron en el volante. «¿Qué quieres decir?», preguntó, con la voz ligeramente temblorosa. «¿A quién viste?»

«A Lydia», respondió Alice, con tono plano, sin emoción. «O lo que queda de ella.»

El pecho de Aiden se contrajo, y tragó con fuerza. «Alice, yo no —»

«Se ha ido, Aiden», la interrumpió Alice, su voz adquiriendo un filo cortante. «Realmente se ha ido. Ya no quedan dudas. Vi su esqueleto. Las imágenes de la cámara—mostraban los restos. Seguía en el yate, tendida entre los restos, rodeada por el mar. Se acabó. Ella está… acabada.»

Las palabras golpearon a Aiden como un puñetazo en el estómago. Mantuvo la vista en la carretera mientras intentaba regular la respiración.

Alice negó con la cabeza, soltando una risa amarga. «La forma en que estaba tendida… la manera en que el mar se la había reclamado. Era ella. Lydia está muerta, y yo lo he visto con mis propios ojos.»

Aiden no supo qué decir. Su mente corría llena de preguntas, con las imágenes inquietantes que evocaban sus palabras. «¿Y los demás… David, Eloise? —¿lo vieron también?»

Alice vaciló y luego asintió. «Sí. Pero nadie dijo nada. No en voz alta, al menos. Todos sabíamos lo que estábamos viendo, aunque no lo expresáramos.»

El aire en el coche se volvió pesado. La garganta de Aiden se apretó mientras intentaba articular una respuesta, pero nada le parecía suficiente. «No sé si esto te dará el cierre que buscabas», dijo al fin, en un susurro. «Pero… siento que hayas tenido que verlo.»

Alice volvió a mirar por la ventanilla, las manos aferradas al borde del abrigo. «Sí», dijo después de un rato. «En cierto modo. Siempre pensé que encontrarla, saber a ciencia cierta, me ayudaría a dejarla ir. Y quizá lo haga, con el tiempo. Pero ahora mismo…» Se quedó en silencio, negando con la cabeza.

«¿Ahora mismo?», animó Aiden con suavidad.

«Ahora mismo, todo lo que siento es agotamiento», admitió Alice, su voz quebrándose ligeramente. «Ha sido un espectro entre nosotros durante tanto tiempo, acechando cada rincón de mi vida. Es como si hubiera estado librando esta batalla tanto tiempo que ya no sé cómo parar.»

El pecho de Aiden dolió ante sus palabras. Extendió la mano y la posó con suavidad sobre la suya. «No tienes que hacer nada ahora», dijo con ternura. «Solo respira. Paso a paso.»

Alice no retuvo su mano, pero tampoco reconoció el gesto. Simplemente miró hacia fuera, la expresión impenetrable. «¿Crees que me odiaba?», preguntó de repente, su voz pequeña.

Aiden parpadeó, sorprendido por la pregunta. «¿Qué? No, Alice. ¿Por qué piensas eso?»

«Luchó tanto por mantenerme fuera de tu vida», dijo Alice, con la voz temblorosa. «Incluso en la muerte parecía que intentaba

apartarme. No puedo evitar preguntarme si…»

Aiden negó con vehemencia. «Lydia no era capaz de amar, Alice. Ni a mí, ni a nadie.»

Alice se volvió hacia él, sus ojos buscando respuestas en su rostro. «¿Y tú, Aiden? ¿Eres?»

La mano de Aiden se apretó sobre la suya. «Me tienes a mí», dijo con firmeza. «Siempre me has tenido.»

Durante un largo momento, Alice sostuvo su mirada, las emociones asomando justo bajo la superficie. Luego retiró la mano, cruzándose de brazos con fuerza como si quisiera protegerse. «Necesito tiempo», dijo en voz baja. «Para asimilar todo esto.»

Aiden asintió, con el corazón hundiéndose al verla retraerse. «Tómate todo el tiempo que necesites», dijo, esperando que pronto volviera a él.

El resto del trayecto transcurrió en silencio, el peso del lugar donde Lydia había encontrado su descanso final suspendido entre ellos como un espectro. Aiden no lograba desprenderse de la imagen que Alice había pintado en su mente: un esqueleto yaciendo olvidado en el fondo del océano, los últimos restos de una mujer que una vez dominó su vida. Y ahora, incluso muerta, seguía proyectando una sombra sobre todo lo que él apreciaba.

Alice sonrió débilmente, apoyando la cabeza contra el asiento. Por primera vez en lo que le pareció una eternidad, el peso que había llevado se alivió, aunque solo fuera un poco.

Pero para Aiden, la pesadilla solo estaba comenzando.

El agarre de Aiden en el volante se apretó, los nudillos blanqueando. El corazón le latía desbocado, un sudor frío le recorrió la espalda. Dentro de los muros de Evermere, el cuerpo de Ian yacía esparcido sobre el suelo de mármol. La pelea se reproducía en su mente: las amenazas burlonas de Ian, la oleada de rabia que lo había invadido, la escalofriante sensación de cierre de todo aquello.

Miró a Alice, que contemplaba la ventana del coche, ajena a lo que les esperaba. Ella creía que ahora eran libres, que podían empezar de nuevo. Pero la verdad era un peso podrido en su pecho, pesado e ineludible.

Llegaron a un semáforo y Aiden avanzó, sus movimientos eran mecánicos. Temía el momento en que la casa se hiciera visible, su fachada imponente.

No había escapatoria—no ahora, ni nunca. Había aceptado que Ian y Lydia habían ganado.

«Aiden?», la voz de Alice irrumpió en sus pensamientos. Ella se volvió hacia él, el ceño fruncido. «¿Estás bien?»

Forzó una sonrisa, aunque sentía que su rostro podría resquebrajarse con el esfuerzo. «Sí», mintió.

Pero no estaba bien. Todo estaba a punto de venirse abajo, y él no tenía idea de cómo mantenerlo en pie. El pasado no estaba simplemente detrás de ellos—estaba esperándolos, dentro de esa casa, listo para destruirlo todo de nuevo.

46

El Lamborghini se deslizaba por la carretera empapada de lluvia, el leve zumbido del motor llenando el silencio entre Aiden y Alice. La tormenta había pasado y, a su lado, Alice parecía en paz, el rostro sereno mientras miraba por la ventanilla, como si el peso de los últimos días se hubiera levantado de sus hombros.

Aiden, sin embargo, estaba lejos de estar tranquilo. Cada milla que los acercaba a la finca Chandler se sentía como una soga que se apretaba alrededor de su cuello. Y, aun así, no era la muerte de Ian lo que realmente lo acechaba ahora. Era la de Lydia. El recuerdo emergía sin ser invitado, nítido y punzante a pesar de sus esfuerzos por reprimirlo. El día en que discutieron estaba grabado en su alma, ineludible como la propia mansión.

A su lado, Alice permanecía inmóvil, la cabeza apoyada en la ventana mientras observaba los árboles que pasaban. Ella no lo sabía. No conocía toda la verdad. Y ahora, después de todo, ya no estaba seguro de cuánto más podría ocultárselo.

El recuerdo se fue arrastrando, lento e insistente, hasta consumirlo por completo.

Había empezado—como tantas de sus peleas—con la voz de Lydia, afilada y cortante, rasgando la frágil calma de la casa. Aiden estaba en su despacho, enfrascado en la papeleta de un trato que ya

cojeaba al borde del desastre. Cuando Lydia irrumpió, él apenas levantó la vista.

«Me voy», anunció ella, sin rastro de emoción, como si hablara del tiempo.

Parpadeó, la pluma deteniéndose a mitad de la firma. «¿Perdón?»

«Me voy, Aiden», repitió Lydia, adelantándose un paso. Sus ojos brillaban con algo que no supo identificar—triunfo, quizá, o crueldad. «Ya he tenido suficiente de esta farsa. De ti.»

Aiden dejó la pluma sobre el escritorio, el pecho contrayéndose. «No seas ridícula, Lydia. No te vas a ir. ¿Y el bebé?»

Su risa fue fría, un sonido que lo atravesó como un cuchillo. «No me controlas. Ya no. Y el bebé, bueno»—miró su mano perfectamente arreglada—.

Arrojó una pila de papeles sobre su mesa, la fuerza dispersándolos por la madera pulida. «¿Crees que no lo sabía?» siseó, inclinándose. «Los tratos que cierras, las esquinas que saltas—lo sé todo, Aiden. Y cuando me vaya, me aseguraré de que todos lo sepan también. Nunca formarás parte de la vida de este niño.»

Sintió cómo se le iba la sangre de la cara mientras repasaba los documentos. Correos. Contratos. Pruebas de acuerdos que había enterrado tan profundo que creía que nunca saldrían a la luz. «¿De dónde sacaste esto?» exigió, la voz baja y peligrosa.

Lydia esbozó una sonrisa. «¿Importa? Deberías haber sido más cuidadoso. Solo tienes que dejarme marchar y todo esto desaparece.»

La pelea que siguió fue un borrón de gritos y reproches, cada palabra más afilada que la anterior. Ella lo provocaba, lo empujaba más lejos que nunca. Y entonces lo dijo.

«Ian es mejor en todo», escupió, la voz venenosa. «Es más listo, más fuerte—y no se estremece cuando le digo la verdad.»

Aiden se quedó paralizado, la visión estrechándose mientras aquellas palabras calaban hondo. «¿Qué verdad?» exigió, la voz temblando con una rabia contenida.

La sonrisa de Lydia se ensanchó, cruel y deliberada. «Tú no eres el padre, Aiden.»

No recordó haberse lanzado hacia ella. No recordó la mano que le golpeó la mejilla ni el sonido nauseabundo de su cabeza al chocar contra el borde del escritorio al caer. Pero la imagen de ella tendida allí, la sangre extendiéndose bajo su cabeza, quedó grabada en su mente con una claridad aterradora.

Por un instante se quedó inmóvil, jadeando, mirando su cuerpo inerte. El pánico le arañaba el pecho. Cayó de rodillas junto a ella, las manos temblando al tocar su hombro.

«Lydia», susurró, la voz quebrada. «Lydia, despierta.»

Pero ella no se movió. El rostro pálido, el pecho inmóvil. Se apartó hacia atrás, las manos resbalando de sangre.

La voz de Alice lo trajo de nuevo al presente.

«¿Aiden?», dijo ella en voz baja, frunciendo el ceño mientras se volvía para mirarle. «¿Estás bien? Agarras el volante con demasiada fuerza.»

Se obligó a relajarse, soltando la presa y estirando los dedos. «Estoy bien», mintió, con la voz tensa.

Alice asintió, aparentemente satisfecha, y volvió a mirar al frente. Pero el corazón de Aiden latía desbocado, el pecho apretado por el peso de su secreto.

La muerte de Ian se sentía como un eco de la de Lydia—un recordatorio sombrío de que por mucho que intentara huir de su pasado, este siempre lo alcanzaba. Se había dicho a sí mismo que su muerte fue un accidente, que no había sido su intención. Pero ahora, con el cuerpo de Ian tendido en la finca, no podía quitarse la sensación de que aquello era su castigo.

El universo, o el destino, o cualquier fuerza cruel que gobernara su vida, finalmente estaba dictando sentencia. Había intentado empezar de nuevo. Pero el pasado tenía garras, y ahora se le estaban clavando, arrastrándolo de vuelta a la oscuridad de la que había tratado de escapar.

Mientras el coche corría por la carretera de la costa hacia la finca, una nube de humo apareció en el horizonte y, al doblar la curva, la

vieron. Las puertas de Evermere se hicieron visibles; a Aiden le recorrió un sudor frío la espalda. La mansión se alzaba adelante; su fachada inmaculada estaba siendo devorada por grandes llamas furiosas.

47

El cielo sobre Evermere era un lienzo humeante de naranja y negro, el fuego ardiendo con una intensidad que parecía devorar no solo la casa sino el mismo aire que la rodeaba. El humo ascendía en columnas retorcidas, asfixiando el cielo matutino, y el rugido de las llamas era una sinfonía ensordecedora e implacable. Cada crepitar, cada estruendo de vigas que se desplomaban, reverberaba en el pecho de Aiden como el tambor de una sentencia.

Se quedó inmóvil al borde de la entrada, su figura recortada contra el caos. Sus ojos, abiertos y sin parpadear, reflejaban el infierno como si las llamas hubieran calcinado su alma. A su lado, la mano temblorosa de Alice se aferraba a su brazo, el rostro manchado de hollín y pálido, los labios entreabiertos como si las palabras se formaran pero no lograran escapar.

«Se ha ido...», susurró Alice, su voz hueca. «Todo. Todo.»

Las palabras apenas hicieron mella. El pulso de Aiden rugía en sus oídos, ahogando el mundo a su alrededor. Su mirada estaba fija en la mansión desmoronándose, la finca que había sido la piedra angular de su identidad. El imperio que había construido con Lydia, el legado que ella dejó atrás, las mentiras que había enterrado entre sus muros—todo se estaba desintegrando, engullido por llamas que danzaban más alto con cada segundo que pasaba.

Debería haber sido libertad. Como una absolución que no merecía pero que de algún modo le concedían. Y, sin embargo, el nudo en su estómago se apretaba con cada viga que caía, con cada destello del hambre voraz del fuego. No era libre. Aún no.

El cuerpo de Ian.

El pensamiento lo golpeó como un golpe físico, y su respiración se entrecortó. Trató de dejarlo a un lado, de permitir que el fuego fuera su salvador, pero el pozo de pavor en su vientre no hizo más que profundizarse. Sus ojos se dirigieron involuntariamente al lugar donde sabía que había estado la entrada. Debajo de esas llamas, bajo el techo hundido y las paredes que se derrumbaban, yacía Ian. Y con él, los secretos que podían destrozar el mundo de Aiden.

Apretó los puños, el sudor de sus palmas mezclándose con hollín y lluvia. El fuego podía borrar tantas cosas—las manchas de sangre, los cristales hechos añicos, los ecos de su lucha—pero no podía tocar la bala alojada en el cráneo de Ian. Esa única, implacable prueba podía deshacerlo todo. Sobreviviría, ajena a las llamas, esperando a ser descubierta.

El fuego no lo estaba salvando. Se burlaba de él, consumiendo la fachada que tanto se había esforzado por mantener mientras dejaba intacta la verdad.

«¿Aiden?», dijo ella, y se volvió hacia él, su expresión una mezcla de estupor y dolor. «¿Qué pasa ahora?»

Se obligó a sostener su mirada, el corazón latiéndole tan fuerte que estaba seguro de que ella podía oírlo. «Reconstruiremos», dijo él, las palabras con sabor a ceniza en la lengua. «Esto es solo... una casa. La reconstruiremos.»

Alice parpadeó, frunciendo el ceño mientras las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

La atrajo hacia sí, envolviéndola entre sus brazos. «Lo que importa es que estamos a salvo», murmuró contra su pelo, la mentira deslizándose de su lengua con una facilidad ensayada. «Mientras nos tengamos el uno al otro, nada más importa.»

Ella asintió apoyada en su pecho, su confianza en él tan inquebrantable como siempre. Pero la mente de Aiden estaba en otra parte, corriendo por mil posibilidades, mil maneras en que todo

podría torcerse. Los bomberos llegarían pronto—ya podía oír el lejano lamento de las sirenas. Buscarían entre las ruinas, cribarían los escombros. Y encontrarían a Ian. O lo que quedara de él.

Se apartó ligeramente, las manos agarrando los hombros de Alice mientras sus ojos la escrutaban. «Escúchame», dijo, su voz baja pero urgente. «Pase lo que pase, saldremos de esto.»

Alice asintió otra vez, aunque el destello de incertidumbre en su mirada le revolvió el estómago. Ella no sabía. No podía saber. Y si tenía alguna esperanza de mantenerla, tenía que asegurarse de que nunca lo descubriera.

Mientras las llamas rugían más alto, el calor quemando incluso a distancia, Aiden vio su pasado evaporarse como polvo. Su imperio se había ido, reducido a cenizas ante sus ojos. Pero ya no era la casa ni la riqueza lo que importaba. Era la verdad enterrada debajo—y hasta dónde tendría que llegar para mantenerla sepultada.

Las sirenas se oían más cerca, los primeros destellos de luces rojas apareciendo en el horizonte. El agarre de Aiden sobre Alice se apretó cuando la giró para alejarla del infierno, protegiéndola de la destrucción como si eso pudiera de algún modo protegerla de la pesadilla que aún estaba por venir.

Porque el fuego no era el final. Era solo el comienzo.

48

Las llamas lamen más alto el cielo, su brillo anaranjado convierte las nubes en un lienzo magullado y en llamas. Estoy al borde del bosque, mi aliento visible en el aire frío de la noche, las manos temblándome—pero no por el frío. El calor del incendio me golpea incluso desde aquí, su rugido ahoga los sonidos lejanos de las sirenas.

Es hermoso, de alguna manera. La destrucción siempre lo es. Hay una especie de pureza en ella, en cómo lo toma todo—verdades, mentiras, remordimientos—y los reduce a ceniza. Ver arder Evermere se siente como escribir el final de un capítulo que nadie debería leer.

Los veo, de pie juntos cerca del camino de entrada, siluetas contra el fuego desatado. Aiden y Alice. Tan cerca, tan confiados. Él no sabe que estoy aquí. No sabe que yo estaba*allí*.

Oí todo.

Había vuelto a la casa, el paraguas casi arrancado de mi agarre mientras me abría paso dentro. El lugar estaba inquietantemente silencioso, el zumbido habitual de la finca silenciado por la tempestad que rugía afuera. Había ido a enfrentar a Aiden, a preguntarle por las piezas que había juntado—las mentiras, la tensión, los recuerdos de Lydia que se le pegaban como una maldición. Pero no esperaba encontrar*a él*.

Ian.

Paseaba por el gran vestíbulo, su voz afilada y venenosa, haciendo eco en el mármol. Me quedé paralizada justo dentro del umbral, oculta por las sombras, mientras Aiden bajaba las escaleras para enfrentarse a él. Su discusión empezó como empiezan la mayoría—con palabras, acusaciones lanzadas como dagas. La rabia en la voz de Aiden era la misma que entonces. El día que golpeó a Lydia. El día que desapareció.

«Eres patético», se burló Ian, su voz llevada por la tormenta

afuera. «Ni siquiera sabes mantener en orden tu casa. Siempre has sido un fraude, Aiden. Un fraude que finge ser un hombre.»

Me quité los zapatos empapados y avancé en silencio, mis pisadas inaudibles.

«Lárgate», gruñó Aiden. «Has dicho lo tuyo. Vete.»

Pero Ian no se fue. Dio un paso más, sus palabras goteando veneno. «¿De verdad crees que puedes protegerla? ¿Esa mujercita tuya? No es mejor que Lydia—aferrada, desesperada. ¿Y tú? La arruinarás, igual que arruinaste a Lydia. Es lo que eres.»

Oí el sonido antes de verlo—el crujido del disparo que resonó como un trueno dentro de la casa. Se me cortó la respiración, y me agarré a la pared para apoyarme mientras espiaba alrededor del quicio.

Ian yacía en el suelo, sangre manando de su cabeza, sus ojos inertes clavados en la lámpara de araña. Aiden estaba sobre él, el arma temblando en su mano, el pecho agitado. Por un momento, pareció que podría dejarla caer, que no podía creer lo que acababa de hacer.

Y entonces se movió. Se arrodilló, tocó el cuello de Ian como si buscara pulso—inútil, por supuesto—y maldijo entre dientes. Se tambaleó hacia atrás, las manos en la cabeza, murmurando algo que no pude oír por la lluvia que golpeaba las ventanas.

Me escabullí antes de que pudiera verme, el corazón a toda prisa, la mente a punto de estallar.

Podría haber llamado a la policía. Podría haber salido corriendo. Pero no lo hice. Lo protegí. Como siempre lo he hecho.

Tomé una decisión.

Esperé hasta que Aiden salió de la casa. Esperé hasta que la mansión quedó en silencio, registré la bodega de vinos hasta dejarla vacía, y lo usé.

No esperaba que el fuego prendiera tan rápido, que se extendiera como si hubiera estado esperando a que alguien lo desatara. Pero a medida que las llamas crecían, lamiendo con hambre la madera y el mármol, no sentí más que determinación.

Ahora, contemplo la finca arder, los dedos me hormiguean con el recuerdo de la cerilla que encendí.

Dirán que fue un accidente—daños por el tiempo, un cableado defectuoso, algo mundano.

Yo sé mejor. Sé dónde está su cuerpo ahora. Y nunca se encontrará. Está en el maletero de su coche. Y pronto, mientras las miradas estén puestas en el fuego, me desharé de ambos. Ian, como Lydia, reposará en una tumba acuática y este cuerpo nunca revelará sus secretos.

Me pregunto si Aiden llegará a darse cuenta de que fui yo quien prendió el fuego. Quizá piense que el destino intervino. Quizá crea que fue el fantasma de Lydia. Quizá piense que tuvo suerte.

Pero yo sé la verdad.

Al volver sobre mis pasos y adentrarme en el bosque, el calor del fuego se va apagando con cada paso, y no siento remordimiento. A veces hay que quemarlo todo para volver a empezar. Y esa es la oportunidad que les he dado. La oportunidad de recomenzar.

Solo espero que la aprovechen y no me decepcionen.

49

El sol californiano se filtraba a través de las amplias ventanas de su nueva mansión, bañando de una cálida luz el espacio abierto del salón. Aiden estaba en la cocina, tomando su café de la mañana mientras hojeaba la pila de correo que acababa de llegar. El aroma del café recién hecho se mezclaba con el tenue olor a mar que entraba desde la terraza.

Arriba, Alice tarareaba suavemente para sí, con pasos ligeros mientras se movía por la futura habitación del bebé. Trozos de telas en tonos pastel cubrían los muebles y muestras de pintura se alineaban en el alféizar de la ventana. Sus manos acariciaban con ternura la tripa que estaba creciendo mientras se imaginaba la habitación llena de la risa de su hijo.

«¡Aiden!», llamó ella, la voz teñida de entusiasmo, «¿qué te parece un tema de bosque? ¿Muchos animalitos adorables?»

«Perfecto», respondió él, una sonrisa rozando sus labios.

Siguió revisando el correo: facturas, algunas tarjetas de felicitación por la casa, una invitación para el estreno de una película. Entonces sus dedos se detuvieron en una postal sencilla, escondida entre una revista brillante y una factura de suministros. Mostraba una playa serena al atardecer, colores vivos e irresistibles.

Frunció el ceño ligeramente y le dio la vuelta. Su corazón se saltó un latido al leer el mensaje escrito con una caligrafía ordenada y

conocida:

«Disfruta de tu nueva vida. No te olvides de mí. No olvides lo que hice por ti. Siempre guardaré tus secretos. Siempre te mantendré a salvo.» Estaba firmada solo con una K.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Karen. Karen a la que había dejado tras el incendio en Evermere, a la que había sobornado diciéndole que disfrutara de su retirada. Karen que había estado a su lado durante años.

Los recuerdos del incendio volvieron con fuerza: las llamas devorando la finca, borrando las pruebas de la muerte de Ian. Él había sospechado que fue un accidente, un giro trágico del destino que lo había salvado de la ruina. Pero ahora estaba claro: Karen había estado allí. Sabía lo que él había hecho y lo había encubierto.

«¿Aiden?», flotó la voz de Alice desde la escalera. «¿Puedes subir un momento?»

Metió la postal en el bolsillo, forzando una expresión de calma en el rostro. «¡Ahora voy!», dijo.

Rápidamente se acercó al cubo de la basura, vacilando una fracción de segundo antes de rasgar la postal en pequeños pedazos. Los enterró bajo recibos arrugados y sobres desechados. La cabeza le daba vueltas mientras se dirigía hacia su despacho, con un desvío para revisar el sistema de seguridad. Las pantallas mostraban las imágenes de las cámaras colocadas estratégicamente alrededor de la propiedad: puertas, entradas, perímetros; todo parecía normal. No había señales de intrusión.

Pero la inquietud persistía. El refugio de su nuevo hogar ahora se sentía expuesto, vulnerable.

«Aiden?», llamó Alice de nuevo, con un matiz de curiosidad en la voz.

Respiró hondo, suavizó los rasgos y subió. La encontró en la habitación del bebé, sosteniendo dos bodies diminutos: uno con zorritos juguetones y otro con lunas y estrellas sonrientes.

«¿Cuál te gusta más?», preguntó ella, los ojos brillando de alegría.

Logró esbozar una sonrisa sincera. «Los dos están bien. Pero creo que los zorros le van mejor a nuestro pequeño.»

Ella sonrió con complicidad. «Ya sabía que elegirías ese.» Colocó los conjuntos en la cuna y se acercó, abrazándole por la cintura. «¿Todo bien? Pareces algo distraído.»

Aiden la miró a los ojos, el peso de sus secretos presionándole con fuerza. «Solo pienso en lo afortunados que somos», dijo en voz baja. «En lo lejos que hemos llegado.»

Ella apoyó la cabeza en su pecho. «Tenemos una segunda oportunidad para empezar de verdad desde cero.»

Él la rodeó con los brazos, deseando poder congelar ese instante. «Sí», murmuró. «Y quiero aprovecharla al máximo.»

Mientras permanecían juntos, el sol los envolvía con su calor, pero Aiden no lograba apartar el frío pavor que le oprimía el estómago. El mensaje de Karen era claro: ella tenía la llave de su secreto más oscuro. La seguridad que creía haber encontrado era una ilusión, frágil y fácil de romper.

«¿Por qué no damos un paseo por la playa más tarde?», sugirió Alice, separándose para mirarle. «Tomamos un poco de aire fresco antes de que lleguen los decoradores.»

«Me parece perfecto», respondió él, esforzándose por quitarle la ansiedad a su voz.

Ella le besó ligeramente la mejilla antes de volver a sus planes. «Solo termino esto aquí.»

Aiden la observó un instante y salió de la habitación. La mente le bullía con posibilidades. ¿Podría enfrentarse a Karen? ¿Convencerla de que se mantuviera en silencio? La incertidumbre le carcomía.

De vuelta en su despacho, se sentó en la mesa y miró sin ver la pantalla del ordenador. El cursor parpadeaba con ritmo, a la espera. En lugar de teclear, metió la mano en el bolsillo, buscando el peso fantasma de la postal que ya no estaba.

Aiden miró por la ventana hacia el horizonte, donde el mar y el cielo se confundían sin remedio. El futuro le había parecido tan ilimitado como aquella vista, pero ahora la inquietud acechaba en los bordes.

Enderezó los hombros y la determinación endureció sus rasgos. Lo que viniera, lo afrontaría. Por Alice. Por su hijo por nacer. Haría cualquier cosa para mantenerlos a salvo.

Pero cuando se inclinó para comprobar una vez más el sistema de seguridad, la duda volvió a asentarse en su mente. En algún lugar, Karen esperaba: guardiana silenciosa o bomba de relojería. Solo el tiempo lo diría.

50

Karen se ajustó el sombrero de ala ancha sobre la cabeza, la suave tela gris proyectando una sombra sobre su rostro. Su pelo oscuro, normalmente liso y brillante, ahora caía en ondas sueltas y despeinadas, teñido de un tono rojizo que la hacía casi irreconocible. Unas gafas de sol sobredimensionadas le ocultaban los ojos mientras permanecía en el bullicioso centro comercial, integrándose sin esfuerzo entre la multitud.

Desde su posición junto a un café, podía ver a Alice pasear sin prisa entre las tiendas, la mano apoyada de forma protectora sobre su vientre abultado. Tenía el rostro radiante, la sonrisa suave mientras hojeaba perchas de ropa de bebé y decoración para la habitación. Karen observó cómo la otra mano de Alice se desplazaba de vez en cuando hacia el estómago, un gesto que delataba la emoción y el cariño por la vida que crecía dentro de ella.

Karen sorbió su café, el líquido amargo la anclaba mientras su mirada seguía cada movimiento de Alice. Siempre había sido buena observando, en pasar desapercibida. Era una habilidad que había perfeccionado a lo largo de los años—años de ser la ayudante invisible, la protectora silenciosa. Y ahora, seguía sirviéndole bien.

Alice se detuvo frente a un escaparate con cunas y móviles, su rostro iluminándose al entrar. Karen apretó la taza entre los dedos; el fino cartón crujió levemente bajo la presión. Se levantó de su

asiento, dejó la taza en una papelera cercana y siguió a Alice hasta la tienda.

La tienda olía a pulimento para madera, con un suave zumbido de música en el techo. Karen mantuvo la distancia, permaneciendo junto a una estantería de peluches mientras Alice recorría los pasillos, escogiendo objetos y colocándolos con delicadeza en el carrito.

«Un tema boscoso», dijo Alice en voz alta para sí misma, sonriendo mientras cogía una lámina enmarcada de un zorro acurrucado entre los árboles. «Perfecto.»

Se acercó un paso más, moviéndose con cuidado, sin prisas. Alice examinaba ahora un par de zapatitos diminutos, con expresión suave mientras rozaba la delicada tela con los dedos. Karen vaciló, la mano suspendida cerca de una fila de mantitas.

Por un instante imaginó hablar con Alice, hacerle saber que estaba allí. Quizá incluso felicitarla, como si fueran viejas amigas que se encontraban por casualidad. Pero pronto desechó la idea. No era el momento—todavía no. Pero estaba lo bastante cerca como para oler la fragancia embriagadora de Alice. La inhaló antes de girarse y dirigirse a la salida, fundiéndose de nuevo con el flujo de compradores. Afuera, el mundo se le antojó más brillante, más áspero, el sol reflejándose en los escaparates de vidrio. Karen se acomodó las gafas de sol, la mente acelerada mientras caminaba hasta su coche, aparcado estratégicamente cerca de la salida.

Al deslizarse en el asiento del conductor, se permitió un último vistazo hacia el centro comercial. Alice seguía dentro, ajena a su presencia, a los hilos invisibles que las ataban. Karen recorrió el volante con un dedo, sus labios curvándose en una leve sonrisa.

Había hecho tanto por ellos. El incendio, los secretos, las mentiras que había enterrado para proteger a Aiden, para darles a él y a Alice la vida que tanto deseaban. Había borrado el pasado por ellos, asegurado que pudieran empezar de nuevo.

Luego sus pensamientos se dirigieron a Lydia. Aiden pensaba *él* que era él quien la había matado, y Karen le había dejado creerlo. Al fin y al cabo, esa culpa lo hacía manejable, lo impulsaba a

querer seguir adelante. Pero Karen conocía la verdad, la verdad que llevaba consigo desde aquella noche.

No estuvo planeado, no exactamente. Había regresado a la finca tarde esa noche para entregar unos documentos que Lydia exigía. Karen siempre había estado a disposición de Lydia—su sombra silenciosa, recogiendo los fragmentos de las manipulaciones y mentiras de Lydia. Pero esa noche la casa se sentía distinta. El aire estaba cargado, espeso de tensión. Al entrar, oyó la discusión—las voces de Aiden y Lydia cortando el silencio como cuchillos.

Karen se había mantenido oculta, no por miedo sino por curiosidad. Conocía a Lydia lo bastante como para prever sus tendencias manipuladoras, y quería ver si Aiden finalmente le plantaría cara. Cuando lo hizo, sintió algo que se parecía a un alivio.

Entonces vino el choque. El ruido nauseabundo cuando la cabeza de Lydia golpeó la mesa. Karen esperó, sin aliento, mientras Aiden se quedaba paralizado por el estupor. Cuando salió tambaleándose de la habitación unos instantes después, Karen supo que ese era su momento.

Se acercó a Lydia, que aún estaba con vida pero por poco. Sus ojos se entreabrieron, sus labios se movieron en un débil intento de hablar. Karen se agachó a su lado, inclinándose cerca.

«Siempre la reina», susurró Karen, la voz baja y temblorosa por años de ira contenida. «Siempre la que tiene el control. Pero ya no.»

Los ojos de Lydia se abrieron, la mano le tembló débilmente, y por primera vez Karen vio miedo en ellos. Fue embriagador.

Presionó sus manos contra la garganta de Lydia, con un agarre firme, ignorando los débiles intentos de forcejeo. No tardó mucho. El cuerpo de Lydia se quedó flácido, su último aliento escapando mientras Karen soltaba la presa y se incorporaba, con la respiración convulsa.

Cuando Aiden volvió, con el pánico escrito en el rostro, Karen ya había limpiado la escena. Fue ella quien arrastró el cuerpo de Lydia hasta su coche y luego hasta el yate, y fue ella quien llevó el barco mar adentro y se aseguró de que se hundiera. Fue ella quien

regresó a la orilla bajo la cubierta de la noche, en la pequeña embarcación. Fue ella quien le dejó creer que la culpa era solo suya.

El tiempo borró sus huellas. Su lealtad había sido absoluta—su regalo secreto para él, aunque sabía que él nunca lo sabría.

Ahora, Karen salió del aparcamiento, la mirada demorándose en su reflejo del espejo retrovisor. El disfraz le sentaba bien. Le recordaba que no necesitaba riqueza ni reconocimiento para ser poderosa.

Ella había incendiado Evermere hasta arrasarlo para proteger a Aiden de las pruebas, tal como había acabado con Lydia para que sus manipulaciones terminaran. Lo había salvado ya dos veces, asegurándose de que pudiera construir la vida que quería con Alice.

Pero no lo había hecho del todo por él. Lo había hecho por sí misma. Y por Alice. Por la hija que nunca tuvo. Por la familia que siempre había querido pero que había sacrificado para servir a los Chandler.

No le quedaba otra opción que poner fin al caos que Lydia había provocado. Asegurar su propio lugar en la historia, aunque quedara oculto en los márgenes.

Al incorporarse a la corriente constante del tráfico, Karen sonrió. Creían que eran libres, que habían escapado del pasado. Pero ella seguía ahí, vigilante, velando para que el mundo no se desmoronara bajo sus pies.

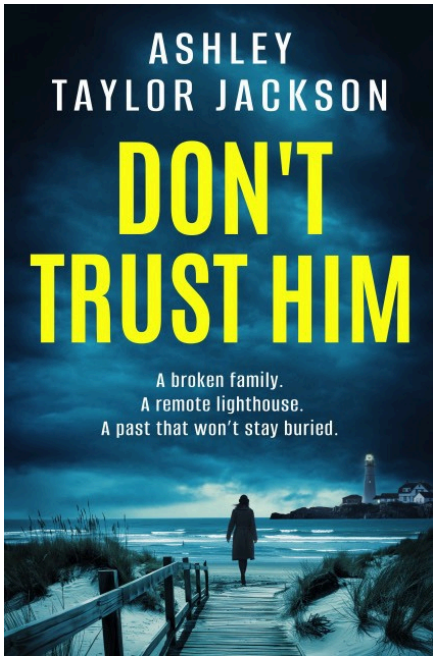
Aiden y Alice aún no lo sabían, pero Karen no tenía intención de permitirles olvidar. Porque un día la necesitarían de nuevo. Y cuando ese día llegara, ella estaría preparada.

Por ahora, dejó que el coche se confundiera con la corriente constante del tráfico, desvaneciéndose en la ciudad con la misma facilidad con la que había llegado. Los guardianes nunca desaparecen del todo—permanecen, esperando el momento en el que se les necesite.

Y Karen tenía todo el tiempo del mundo.

FIN

La próxima e imprescindible novela de Ashley Taylor Jackson, Don’t Trust Him, ya está disponible



CÓMPRALO AHORA